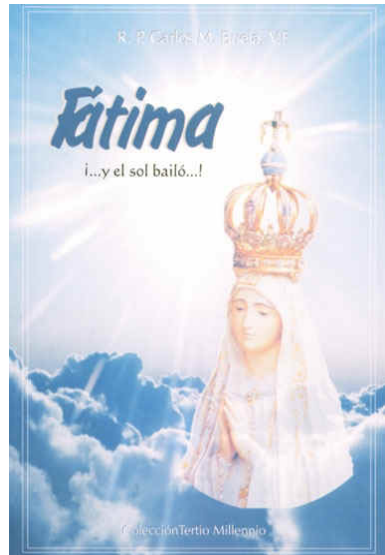


Ediciones del Verbo Encarnado

FÁTIMA ...¡Y EL SOL BAILÓ...!

P. Carlos Miguel Buela



[Prólogo](#)

[I. Las tres apariciones del ángel](#)

[II. Primera y segunda aparición de la virgen](#)

[III. Tercera aparición](#)

[IV. El heroísmo de los pastorcitos](#)

[V. Interpretación del silencio de Lucía](#)

[VI. El secreto de Fátima y la lucha de los sistemas ateos contra la Iglesia](#)

[VII. Fátima y la época actual](#)

[VIII. Fátima y los mártires de nuestro siglo](#)

[IX. Un confesor de la fe](#)

[X. El Papa](#)

[XI. Un signo de los tiempos: Juan Pablo Magno](#)

[XII. Las últimas tres apariciones](#)

[XIII. Apariciones complementarias](#)

[XIV. La consagración de Rusia al Inmaculado Corazón](#)

[XV. El mensaje de Fátima](#)

[XVI. Cardenal Ratzinger: La clave del «secreto» es penitencia](#)

[XVII. Tercera parte del secreto: preguntas pendientes](#)

[XVIII. Lo que deben ver los peregrinos](#)

[XIX. El Beato Francisco](#)

[XX. El sentido de la reparación](#)

[XXI. El espíritu de Francisco](#)

[XXII. Los pastorcitos y la Eucaristía](#)

[XXIII: la comunión de Francisco](#)

[XXIV. Jacinta, la niña que reflejaba a Dios](#)

[XXV. Visitas de la Virgen a Jacinta](#)

[XXVI. La beata Jacinta, víctima por los pecadores](#)

[XXVII. El milagro que posibilitó la beatificación](#)

[Epílogo](#)

[Imprimatur](#)

PRÓLOGO

Su Santidad Juan Pablo II consagró el Jubileo del año 2000 –Jubileo de la Encarnación del Verbo– a la Virgen de Fátima.

El p. Buela, correspondiendo al gesto del Papa, peregrina a Fátima con ocasión de la beatificación de Francisco y Jacinta; tiene la oportunidad de comunicarse con Sor Lucía, y –motivado por dichos acontecimientos y movido por el mismo amor filial que el Peregrino Universal hacia la Santísima Virgen, y hacia él– le surgen estas páginas que explicitan, con admirable claridad y sincera devoción, la experiencia vivida; las cuales reflejan los hechos que –de manera central– señalan proféticamente el rumbo de estos tiempos. Es de suma importancia conocerlos, para acomodar nuestras vidas a los designios divinos; manifestados –una vez más– por mediación de nuestra Madre del Cielo; respondiendo a la economía de nuestra salvación.

Es así que, amable lector, pongo en tus manos este libro, fruto del celo sacerdotal del p. Buela; quien te hará recorrer –cual hábil baquiano– los senderos que conducen a la comprensión de los sucesos que vivimos, a la Luz de los hechos que relata que –por otra parte– no son de este mundo. Y lo hace, fundamentalmente, para que puedas tomar el Camino que conduce a la Vida, a través de la Verdad; que no es otro que Jesucristo, el Enviado del Padre; «el mismo hoy, que ayer y para siempre...»: el Verbo Encarnado, por obra del Amor, y el *Fiat* de María.

R. P. Miguel F. Sacco, V.E.

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

I. LAS TRES APARICIONES DEL ÁNGEL

«Designios de misericordia...»

(Palabras del Ángel)

Dios me ha dado en estos días[1] varios regalos, que deseo compartir con todos.

1º. Pude peregrinar a Fátima con ocasión de la beatificación de los dos pastorcitos que vieron a Nuestra Señora, Francisco y Jacinta Marto, que tenían nueve y siete años cuando la Virgen se les apareció. Como sabrán, es la primera vez en la historia de la Iglesia que dos niños no mártires alcanzan el honor de los altares a tan corta edad, pues Francisco murió a los 11 años y Jacinta a los 10.[2]

2º. Pude ser partícipe, en la misma ocasión, de otro acontecimiento trascendental: el anuncio, ante más de un millón de personas, de la publicación del famoso tercer secreto de Fátima.

3º. En la misma ocasión, y esto fue para mí una alegría del todo especial, pude estrechar la mano de la Hermana Lucía, la única sobreviviente de los pastorcitos.[3] Sólo alcancé a decirle, en medio de la gente que empujaba: «Soy de Argentina», a lo que respondió con alegría: «¡De Argentina! ¡Siempre rezo por Argentina...!».

Estoy convencido de que sin Fátima es imposible comprender el siglo XX. La beatificación de Francisco y de Jacinta, de modo indirecto es una confirmación de la veracidad de las apariciones y, por tanto, también de la veracidad de los anuncios proféticos que la Virgen dio a los tres pastorcitos.

Siguiendo las huellas de Juan Pablo II, creo conveniente que hagamos nuestro el mensaje de Fátima. Más teniendo en cuenta que «en los designios de la Providencia nada es pura coincidencia», como dijo el Santo Padre cuando peregrinó por primera vez a Fátima en agradecimiento a la Virgen después del atentado.[4] También nosotros, lícitamente, podemos pensar que «en los designios de la Providencia nada es pura coincidencia», y que hemos nacido del Corazón Inmaculado de María, ya que nuestro Instituto tuvo inicio precisamente el 25 de marzo de 1984, el día en que el Papa junto con los obispos de todo el mundo, consagró el mundo al Inmaculado Corazón de María, de acuerdo al pedido de la Santísima Virgen en Fátima.

I. Las Apariciones preparatorias del Ángel, precursor de la Virgen

A lo largo de la historia del pueblo elegido por Dios, Israel, y en la historia de la Iglesia, Dios ha enviado en ocasiones a sus ángeles, como portadores de sus mensajes a fin de ayudar a los hombres a comprender mejor su palabra y su voluntad.

En Fátima, en 1916, aproximadamente un año antes de las apariciones de la Madre de Dios, por tres veces un Ángel visitó a los pastorcitos. El Ángel precursor de la Virgen preparaba a los videntes para comprender mejor el mensaje.

De estas apariciones del Ángel sólo se tuvo conocimiento en 1937. Cuando Sor Lucía escribió su *Memoria primera*, referida principalmente a sus recuerdos de Jacinta, dejó al descubierto que guardaba celosamente todavía muchas cosas, que sólo revelaría por obediencia. Por mandato del Obispo, Sor Lucía escribió unas segundas *Memorias*, donde cuenta muchas circunstancias todavía inéditas hasta ese momento, como por ejemplo, estas apariciones preliminares a las de la Virgen.

En cuanto a las fechas de las apariciones del Ángel, Lucía aclara que «no puede precisarlas con certeza, porque, en esa época, no sabía contar los años, ni los meses, ni los mismos días de la semana».[\[5\]](#)

En el año 1915, Lucía, que ya cuidaba los rebaños de su familia, tiene una serie de tres apariciones confusas en donde no hay ningún tipo de locución. Recién después de bastante tiempo serán asimiladas las manifestaciones veladas del ángel y durante 1916, por tres veces se le aparece a los pastorcitos un ángel que se autodenominará «Ángel de la Paz» y «Ángel de Portugal», para prepararlos a recibir la visita de la Virgen.

II. Apariciones confusas: Abril a Octubre de 1915

Encontrándose Lucía pastoreando los rebaños junto con tres compañeras: Teresa Matías, su hermana María Rosa y María Justina, suben casi a la cima del monte «O Cabeço». Después de almorzar se ponen a rezar el rosario. Apenas comenzado aparece delante de sus ojos una figura suspendida en el aire con el aspecto de una estatua de nieve envuelta en los rayos del sol que la volvían transparente, sin podérsele ver ni ojos ni manos. Le preguntaban a Lucía que era eso a lo que ella respondió que no sabía, pero continuaron su rezo y concluido el mismo la figura desapareció. Por tres veces sucedió esta aparición en el mismo lugar.

Vale la pena transcribir con las propias palabras de Lucía el testimonio completo de estos

sucesos:

«Cuando llegué a los siete años, mi madre determinó que comenzase a guardar nuestras ovejas. Mi padre no era de esa opinión, ni mis hermanas tampoco. Querían para mí, por el afecto particular que me tenían, una excepción; pero mi madre no cedió.

—Es como todas —decía ella—. Carolina ya tiene doce años. Por tanto, puede ya comenzar a trabajar en el campo, o aprender a hilar, tejer o coser, si lo quiere

Así me fue confiada la guarda de nuestro rebaño. La noticia de que yo comenzaba mi vida de pastora se extendió rápidamente entre los pastores, y casi todos vinieron a ofrecerse para ser mis compañeros. A todos les dije que sí, y con todos hice planes para ir a la sierra. Al día siguiente, la sierra estaba repleta de pastores y rebaños. Parecía una nube que la cubría; pero yo no me encontraba bien en medio de tantos gritos. Escogí, pues, entre ellos, tres para que fueran mis compañeras, y sin decir nada a los demás, escogimos unos pastos apartados.

Las tres que escogí eran: Teresa Matías, su hermana María Rosa y María Justina.[\[6\]](#)

Al día siguiente nos fuimos con nuestros rebaños a un monte llamado Cabezo, nos dirigimos a la falda del monte, que queda mirando al norte. Subimos con nuestros rebaños casi hasta la cima del monte. A nuestros pies, quedaba una extensa arboleda que se extiende en las llanuras del valle; olivas, robles, pinos, encinas, etc.

Al llegar al mediodía, comimos nuestra merienda, y después invité a mis compañeras a que rezasen el Rosario, a lo que ellas se unieron con gusto. Apenas habíamos comenzado, cuando, delante de nuestros ojos, vimos, como suspendida en el aire, sobre el arbolado, una figura como si fuera una estatua de nieve que los rayos del sol volvían como transparente.

—¿Qué es aquello?

—No lo sé.

Continuamos nuestro rezo, siempre con los ojos fijos en dicha figura que, en cuanto terminamos, desapareció. Según mi costumbre, tomé la decisión de callar, pero mis compañeras, en cuanto llegaron a casa, contaron lo sucedido a sus familias. Se divulgó la noticia; y un día, cuando llegué a casa, me interrogó mi madre:

—Oye: dicen que viste por ahí no sé que, ¿qué es lo que viste?

—No lo sé.

Y como no me sabía explicar, añadí:

–No se le conocían ojos ni manos.

Mi madre terminó con un gesto de desprecio, diciendo:

–¡Tonterías de niños!

Pasado algún tiempo, volvimos con nuestros rebaños a aquel mismo sitio, y se repitió lo mismo y de igual manera. Mis compañeras contaron de nuevo lo acontecido. Y lo mismo sucedió, pasado otro espacio de tiempo. Era la tercera vez que mi madre oía hablar fuera de casa de estas cosas, sin yo haber dicho una palabra en casa.

Me llamó entonces, ya poco contenta, y me preguntó:

–Vamos a ver: ¿qué dice la gente que ves por ahí?

–No lo sé, madre mía, no sé lo que es.

Varias personas comenzaron a burlarse de nosotras. Y como yo, desde mi primera Comunión, me quedaba abstraída por algún tiempo, recordando lo que había pasado, mis hermanas, con algo de desprecio, me preguntaban:

–¿Estás viendo a alguien envuelto en una sábana?

Estos gestos y palabras de desprecio afectaban mucho a mi sensibilidad, pues yo solamente estaba acostumbrada a muestras de cariño. Pero esto no era nada. Lo que pasaba es que yo no sabía lo que el buen Dios me tenía reservado para el futuro». [7]

III. Apariciones certeras: desde la primavera al otoño de 1916

Hoy día se puede llegar en peregrinación a los tres lugares donde se apareció el Ángel. Estos lugares son: Loca do Cabeço (Roca del Cabezo), donde fue la primera y tercera aparición, y el Pozo del Ángel, al fondo de la casa de Lucía, donde fue la segunda aparición del Ángel.

1. Primera aparición del Ángel

La primera aparición del Ángel tuvo lugar en la Roca del Cabezo, una loma rocosa cercana a Aljustrel,^[8] en abril de 1916. Era un día lluvioso, y los pastorcitos habían buscado refugio entre las rocas. Cuando el cielo se despejó, permanecieron en aquel lugar jugando, hasta el momento de la aparición. Lucía la atestigua minuciosamente:

«Por este tiempo, Francisco y Jacinta pidieron y obtuvieron permiso de sus padres para comenzar a guardar sus rebaños. Dejé, pues, estas buenas compañeras y las sustituí por mis primos: Francisco y Jacinta. Entonces acordamos pastorear nuestros rebaños en las propiedades de mis tíos y de mis padres, para no juntarnos en la sierra con los otros pastores.

Un bello día fuimos con nuestras ovejas a una propiedad de mis padres, situada en el fondo de dicho monte, mirando al saliente. Esa propiedad se llama “Chousa Velha”. Alrededor de media mañana comenzó a caer una lluvia fina, algo más que orvallo. Subimos la falda del monte seguidos por nuestras ovejas, buscando un resguardo que nos sirviera de abrigo. Fue entonces cuando, por primera vez, entramos en nuestra caverna bendita. Queda en medio de un olivar que pertenece a mi padrino Anastasio. Desde allí se ve la pequeña aldea donde nací, la casa de mis padres, los lugares de Casa Velha y Eira da Pedra. El olivar, perteneciente a varios dueños, continúa hasta confundirse con estos pequeños lugares. Allí pasamos el día, a pesar de que la lluvia había cesado y el sol había aparecido, hermoso y claro. Comimos nuestra merienda, rezamos nuestro Rosario, y no recuerdo si no fue uno de aquellos Rosarios que solíamos rezar, cuando teníamos ganas de jugar, pasando las cuentas y diciendo solamente las palabras “Padre Nuestro” y “Ave María”. Terminado nuestro rezo, comenzamos a jugar a las chinas. Hacía poco tiempo que jugábamos, cuando un viento fuerte sacudió los árboles y nos hizo levantar la vista para ver lo que pasaba, pues, el día estaba sereno. Vemos, entonces, que, desde el olivar se dirige hacia nosotros la figura de la ya hablé. Jacinta y Francisco aún no la habían visto, ni yo les había hablado de ella. A medida que se aproximaba, íbamos divisando sus facciones: un joven de unos 14 o 15 años, más blanco que la nieve, el sol lo hacía transparente, como si fuera de cristal, y de una gran belleza».^[9]

En su *Memoria cuarta*, Lucía también describe esta primera aparición del Ángel añadiendo otros detalles interesantes:

«Me parece que debía ser en la primavera (alrededor de mayo) de 1916 cuando el ángel se nos apareció por primera vez en nuestra Roca del Cabezo.

Subimos la ladera en busca de un abrigo, y después de merendar y rezar allí, empezamos viendo a cierta distancia, sobre los árboles que se extendían en dirección al naciente, una luz más blanca que la nieve, con la forma de un joven, transparente, más brillante que un cristal atravesado por los rayos del sol. A medida que se aproximaba íbamos distinguiéndole las facciones. Estábamos sorprendidos y medio absortos. No decíamos ni una palabra.

Al llegar junto a nosotros dijo:

–¡No temáis! Yo soy el Ángel de la Paz. Orad conmigo.

Y arrodillándose en tierra, dobló la frente hasta el suelo. Transportados por un movimiento sobrenatural, le imitamos y repetimos las palabras que le oímos pronunciar:

–Dios mío, yo creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no os aman.

Después de repetir esto por tres veces, se levantó y dijo:

–¡Orad así! Los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas.

Y desapareció.

La atmósfera sobrenatural que nos envolvía era tan intensa, que casi no nos dábamos cuenta de nuestra propia existencia, por un largo espacio de tiempo, permaneciendo en la posición que nos había dejado, repitiendo siempre la misma oración. La presencia de Dios se sentía tan intensa e íntima, que ni entre nosotros mismos nos atrevíamos a hablar. Al día siguiente todavía sentíamos el alma envuelta en esa atmósfera, que solamente iba desapareciendo muy lentamente.

En esta aparición, nadie pensó en hablar ni en recordar el secreto. Ella, por sí, lo impuso. Era tan íntima que no era fácil pronunciar sobre ella la menor palabra. Nos hizo tal vez mayor impresión por ser la primera tan manifiesta». [\[10\]](#)

2. Segunda aparición del Ángel

La segunda aparición del Ángel tuvo lugar dos meses más tarde, en el verano de 1916 (en el mes de junio) mientras los pastorcitos estaban jugando junto al pozo que se encuentra en la parte posterior de la casa de Lucía:

«Pasado bastante tiempo, en un día de verano, en que habíamos ido a pasar el tiempo de la siesta a casa, jugábamos al lado de un pozo que tenía mi padre en la huerta, a la que llamábamos “Arneiro”. De repente vimos junto a nosotros la misma figura...», dice Lucía en su *segunda Memoria*. [\[11\]](#) En la *Memoria cuarta* la atestigua así:

«La segunda debió de ser en el medio del verano, en esos días de mayor calor, en que íbamos con el rebaño para casa, a media mañana, para volver a llevarlo ya a media tarde.

Fuimos, pues, a pasar las horas de la siesta a la sombra de los árboles que rodeaban el pozo.

De repente, vimos al mismo Ángel junto a nosotros.

–¿Qué hacéis? ¡Orad! ¡Rezad mucho! Los Corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Ofreced constantemente al Altísimo plegarias y sacrificios.

–¿Cómo nos hemos de mortificar? –pregunté.

–De todo lo que podáis, ofreced un sacrificio, en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido, y de súplica por la conversión de los pecadores. Atraed así sobre vuestra Patria la paz. Yo soy el Ángel de su Guarda, el Ángel de Portugal. Sobre todo, aceptad y soportad con sumisión el sufrimiento que el Señor os envíe.

Estas palabras del Ángel se grabaron en nuestra alma, como una luz que nos hacía comprender quién era Dios, cómo nos amaba y quería ser amado, el valor del sacrificio y cómo éste le era agradable; cómo por atención a él convertía a los pecadores. Por eso desde ese momento comenzamos a ofrecer al Señor todo lo que nos mortificaba, pero sin pararnos a buscar otras mortificaciones o penitencias, excepto la de pasarnos horas seguidas postrados en tierra, repitiendo la oración que el Ángel nos había enseñado». [\[12\]](#)

«En la segunda aparición del Ángel, junto al pozo, pasados los primeros momentos que la seguían, Francisco preguntó:

–Tú hablaste con el Ángel; ¿qué fue lo que te dijo?

–¿No oíste?

–No, vi que hablaba contigo; oí lo que tú le decías; pero lo que él te dijo no lo sé.

Como el ambiente de lo sobrenatural en el que él nos dejaba, no había pasado del todo, le dije que me lo preguntase al día siguiente, o a Jacinta.

–Jacinta, cuéntame tú lo que te dijo el Ángel.

–Te lo diré mañana. Hoy no puedo hablar.

Al día siguiente, tan pronto como llegó junto a mí, me preguntó:

–¿Dormiste esta noche? Yo pensé siempre en el Ángel y en qué sería lo que él os dijo.

Le conté entonces lo que el Ángel había dicho en la primera y segunda Apariciones. Pero él parecía no comprender lo que significaban las palabras, y preguntaba:

–¿Quién es el Altísimo?, ¿qué quiere decir los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas?, etc.

Y obtenida la respuesta, se quedaba pensativo para luego hacer otra pregunta. Pero mi espíritu todavía no estaba del todo libre y le dije que aguardase al día siguiente. Que en aquel día aún no podía hablar. Esperó alegre, pero no dejaba perder las primeras oportunidades para otras preguntas, lo que impulsó a Jacinta a decirle:

–Atiende, ¡de esas cosas habla más bien poco!

Cuando hablábamos del Ángel, no sé lo que sentíamos. Jacinta decía:

–No sé lo que siento. Yo no puedo hablar, ni cantar, ni jugar, ni tengo fuerza para nada.

–Yo tampoco –respondió Francisco–mas ¿qué importa? El Ángel es más bello que todo esto. Pensemos en él.». [\[13\]](#)

3. Tercera aparición del Ángel

En otoño de 1916 (en el mes octubre), los pastorcitos se encontraban un día en la Roca del Cabezo, el lugar de la primera aparición.

«La tercera aparición me parece debió de ser en octubre o a finales de septiembre, porque ya no íbamos a pasar las horas de la siesta a casa.

Como ya dije en el escrito sobre Jacinta, pasamos de la Pregueira (es un pequeño olivar que pertenece a mis padres), a la Roca, dando la vuelta a la ladera del monte por el lado de Aljustrel y Casa Velha. Rezamos allí nuestro Rosario y la oración que en la primera aparición nos había enseñado. Estando, pues allí se nos apareció por tercera vez, portando en la mano un Cáliz y sobre él una Hostia, de la cual caían dentro del Cáliz, algunas gotas de sangre. Dejando el Cáliz y la Hostia suspensos en el aire, se postró en tierra y repitió tres veces la oración:

–Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, os adoro profundamente y os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es

ofendido. Y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os pido la conversión de los pobres pecadores.

Después, levantándose, tomó en la mano el Cáliz y la Hostia, y me dio la Hostia a mí; y lo que contenía el Cáliz, lo dio a beber a Jacinta y a Francisco, diciendo al mismo tiempo:

–Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios.

De nuevo se postró en tierra y repitió con nosotros, tres veces más, la misma oración:

–Santísima Trinidad... etc.

Y desapareció.

Transportados por la fuerza de lo sobrenatural que nos envolvía, imitábamos al Ángel en todo; es decir, postrándonos como él y repitiendo las oraciones que él decía. La fuerza de la presencia de Dios era tan intensa, que nos absorbía y anonadaba casi del todo. Parecía privarnos hasta del uso de los sentidos corporales por un gran espacio de tiempo. En aquellos días, hacíamos las acciones materiales como transportados por ese mismo ser sobrenatural que a eso nos impulsaba. La paz y la felicidad que sentíamos, era inmensa; pero sólo interior, completamente concentrada el alma en Dios. El abatimiento físico que nos postraba, también era grande». [\[14\]](#)

«A pesar de todo fue él quien se dio cuenta, una vez pasada la tercera Aparición del Ángel, de lo próxima que estaba de noche. Él fue quien nos lo advirtió y quien pensó en conducir el rebaño a casa.

Pasados los primeros días, y recuperado el estado normal, Francisco preguntó:

–El Ángel, a ti te dio la Sagrada Comunión; pero a mí y Jacinta, ¿qué fue lo que nos dio?

–Fue también la Sagrada Comunión –respondió Jacinta con una felicidad indecible–. ¿No ves que era la Sangre que caía de la Hostia?

–¡Yo sentía que Dios estaba en mí, mas no sabía como era!

Y arrodillándose permaneció por largo tiempo, con su hermana repitiendo la oración del Ángel: Santísima Trinidad...». [\[15\]](#)

Hasta aquí la Hermana Lucía.

Conclusión:

Pienso que cada uno de nosotros puede tomar para sí las palabras del Ángel a los pastorcitos, como si nos fueran dichas de modo personal:

–«Los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas».

–«Los Corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia».

–«Ofreced constantemente al Altísimo plegarias y sacrificios. Atraed así sobre vuestra Patria la paz».

–«De todo lo que podáis, ofreced un sacrificio, en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido, y de súplica por la conversión de los pecadores. Sobre todo, aceptad y soportad con sumisión el sufrimiento que el Señor os envíe».

–«¡Consolad a vuestro Dios!».

Pienso también que a cada uno de nosotros el Ángel podría recriminarnos como hizo con los pastorcitos:

–«¿Qué hacéis? ¡Orad! ¡Rezad mucho!» Mucho más a nosotros, sacerdotes, que debemos implorar la Misericordia de Dios para el pueblo.

Finalmente, quiero remarcar lo que cuenta Lucía acerca de las palabras del Ángel, particularmente las últimas («Sobre todo, aceptad y soportad con sumisión el sufrimiento que el Señor os envíe»):

«Estas palabras del Ángel se grabaron en nuestra alma, como una luz que nos hacía comprender quién era Dios, cómo nos amaba y quería ser amado, el valor del sacrificio y cómo éste le era agradable; cómo por atención a él convertía a los pecadores».

Si no comprendemos esto, no comprenderemos el mensaje de Fátima, ni el de Lourdes, ni el testimonio de los pastorcitos, ni del Padre Pío, ni el de los santos de todos los tiempos, porque no hemos comprendido la locura de la cruz, misterio que Dios sólo revela a los que se hacen pequeños, y no a los sabios y grandes de este mundo.

«¡Consolad a vuestro Dios!». ¡Qué esa sea también nuestra misión!

[1] Entre el 12 y 15 de mayo de 2000

[2] Francisco nació el 11 de junio de 1908 en Aljustrel, comarca al oeste de Fátima, y murió allí el 4 de abril de 1909; su hermana nació en el mismo lugar el 11 de marzo de 1919 y murió en Lisboa, el 20 de febrero de 1920. Sus padres fueron

[3] Lucía dos Santos, en la actualidad tiene 93 años. Nació el 22 de marzo de 1907; en el momento de las apariciones era la mayor del grupo, tenía 10 años. Sus padres fueron María Rosa Ferreira Rosa y Antonio dos Santos.

[4] Palabras a su llegada a Fátima, 12 de mayo de 1982, en: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, 1982.

[5] *Memoria cuarta*, 155, en: *Memorias de la Hermana Lucía*, volumen I, Compilación del P. Luis Kondor, SVD e Introducción y notas del P. Dr. Joaquín M. Alonso CMF, (5ª edición: agosto 1999), Secretariado dos Pastorinhos, P-2496 Fátima Codex, Portugal. De ahora en adelante cito siempre esta edición.

[6] Todas ellas, interrogadas por el P. Kondor, confirmaron las afirmaciones de Lucía.

[7] *Memoria segunda*, 59–60.

[8] Pueblito pequeño donde nacieron y vivían los pastorcitos. El templo parroquial queda a unos 2 kms. Y está en el pueblo de Fátima.

[9] *Memoria segunda*, 61

[10] *Memoria cuarta*, 57; cf. *Memoria segunda*, 61–62.

[11] *Memoria segunda*, 61–62.

[12] *Memoria cuarta*.

[13] *Memoria cuarta*, 125–126.

[14] *Ibid.*, 159–160.

[15] *Memoria cuarta*, 126.

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

II. PRIMERA Y SEGUNDA APARICIÓN DE LA VIRGEN

«Jesús quiere servirse de ti para darme a conocer y amar...»

(Palabras de la Virgen)

La historia de las Apariciones de Nuestra Señora de Fátima es espléndida de todo punto de vista. «Por designio divino, *una Mujer vestida de sol* (Ap. 12,1), vino del Cielo a esta tierra en búsqueda de los pequeños privilegiados del Padre. Les habla con voz y corazón de madre: los invita a ofrecerse como víctimas de reparación, mostrándose dispuesta a conducirlos, seguros, hasta Dios», dijo el Papa en la homilía de beatificación de los dos Pastorcitos.

La «Señora del Cielo», «más brillante que el sol», es también nuestra Madre, la misma a quien nosotros nos hemos consagrado en materna esclavitud de amor, como esclavos de Jesús en María.

Por eso creo se puede aplicar perfectamente aquí el consejo que Dios da a todos en el libro de los Proverbios: *Hijo mío, (...) no desprecies las enseñanzas de tu madre. Llévalas siempre grabadas en tu corazón y cuélgatelas al cuello. Cuando camines, te guiarán; cuando te acuestes, velarán junto a ti; y cuando despiertes conversarán contigo* (6,20–22).

1. Primera aparición: 13 de mayo de 1917

La descripción de la primera aparición revela la experiencia mística de la Luz que tuvieron los Pastorcitos. El relato de Lucía dice así:

«Día 13 de mayo de 1917. Estando jugando con Jacinta y Francisco encima de la pendiente de Cova da Iria, haciendo una pared alrededor de una mata, vimos, de repente, como un relámpago.

–Es mejor irnos ahora para casa –dije a mis primos–, hay relámpagos, puede venir tormenta.

–Pues sí.

Y comenzamos a descender la ladera, llevando las ovejas en dirección del camino. Al llegar poco más o menos a la mitad de la ladera, muy cerca de una encina grande^[1] que allí había, vimos otro relámpago; y, dados algunos pasos más adelante, vimos sobre una carrasca una Señora, vestida toda de blanco, más brillante que el sol, irradiando una luz más clara e intensa que un vaso de cristal, lleno de agua cristalina, atravesado por los rayos del sol más ardiente. Nos detuvimos sorprendidos por la aparición. Estábamos tan cerca que nos quedábamos dentro de la luz que la cercaba, o que Ella irradiaba. Tal vez a metro y medio de distancia más o menos.

Entonces Nuestra Señora nos dijo:

–No tengáis miedo. No os voy a hacer daño.

–¿De dónde es Ud.?

–Soy del cielo.

–¿Y qué es lo que Ud. quiere?

–Vengo a pedir os que vengáis aquí seis meses seguidos, el día 13 de cada mes a esta misma hora. Después os diré quién soy y lo que quiero. Después volveré aquí aún una séptima vez.

–Y yo, ¿también voy al Cielo?

–Sí, vas.

–Y ¿Jacinta?

–También.

–Y ¿Francisco?

–También; pero tiene que rezar muchos Rosarios.

Entonces me acordé de preguntar por dos muchachas que habían muerto hacía poco. Eran amigas mías e iban a mi casa a aprender a tejer con mi hermana mayor.

–¿María de las Nieves ya está en el Cielo?

–Sí, está. (Me parece que debía tener unos dieciséis años).

–Y, ¿Amelia?

–Estará en el Purgatorio hasta el fin del mundo. (Me parece que debía tener de dieciocho a veinte años).

–¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quisiera enviaros, en acto de desagravio por los pecados con que es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?

–Sí, queremos.

–Tendréis, pues, mucho que sufrir, pero la gracia de Dios será vuestra fortaleza.

Fue al pronunciar estas últimas palabras (la gracia de Dios será vuestra fortaleza) cuando abrió por primera vez las manos comunicándonos una luz tan intensa como un reflejo que de ellas se irradiaba, que nos penetraba en el pecho y en lo más íntimo del alma, haciéndonos ver a nosotros mismos en Dios que era esa luz, más claramente que nos vemos en el mejor de los espejos. Entonces por un impulso íntimo, también comunicado, caímos de rodillas y repetíamos íntimamente: Oh Santísima Trinidad, yo os adoro. Dios mío, Dios mío, yo os amo en el Santísimo Sacramento.

Pasados los primeros momentos, Nuestra Señora añadió:

–Rezad el Rosario todos los días, para alcanzar la paz para el mundo y el fin de la guerra.

Enseguida comenzó a elevarse suavemente, subiendo en dirección al naciente, hasta desaparecer en la inmensidad de la lejanía. La luz que la rodeaba iba como abriendo camino en la bóveda de los astros, motivo por el cual alguna vez, dijimos que habíamos visto abrirse el Cielo». [2]

En la homilía de la beatificación de Francisco y Jacinta, Juan Pablo II aludió a esta experiencia mística que tuvieron los tres niños, citando la explicación que dio Francisco:

«Entonces, de sus manos maternas salió una luz que los penetró íntimamente, y se sintieron sumergidos en Dios, como cuando una persona –ellos mismos lo explican– se contempla en un espejo. Más tarde, Francisco, uno de los tres privilegiados, observaba: “Nosotros estábamos ardiendo en aquella luz que es Dios y no nos quemábamos. ¡Cómo es Dios! No se puede decir. Esto sí que no lo podremos decir jamás”. Dios: una luz que arde, pero que no quema. Fue la misma percepción que tuvo Moisés, cuando vio a Dios en la zarza ardiente; en aquella ocasión Dios le habló, diciéndole preocupado por la esclavitud de su pueblo y decidido a liberarlo por medio de él: *Yo estaré contigo* (Ex 3,12) [3]. Cuantos acogen esta presencia llegan

a ser morada y, consiguientemente, “zarza ardiente” del Altísimo».

Lucía narra también en sus *Memorias* sobre Francisco las consecuencias que esta primera aparición de Nuestra Señora tuvo en ellos:

«La Aparición de Nuestra Señora –dice Lucía– vino a concentrarnos una vez más en lo sobrenatural, pero de una manera más suave. En lugar de aquel aniquilamiento en la presencia divina que nos postraba, incluso físicamente, nos quedó una gran paz y alegría expansiva, que no nos impedía hablar a continuación de cuanto había pasado. Mientras tanto, con respecto al reflejo que nos había comunicado Nuestra Señora con las manos y de todo lo que con él se relacionaba, sentíamos un no sé qué en el interior, que nos movía a callarnos.

Inmediatamente contamos a Francisco todo cuanto Nuestra Señora había dicho. Y él, feliz, manifestando lo alegre que se sentía por la promesa de ir al Cielo, cruzando las manos sobre el pecho, decía:

–Querida Señora mía, rezaré todos los rosarios que Tú quieras.

Y desde entonces tomó la costumbre de separarse de nosotros como paseando; y, si alguna vez le llamaba y le preguntaba sobre lo que estaba haciendo, levantaba el brazo y me mostraba el rosario. Si le decía que viniese a jugar, que después rezaríamos todos juntos, respondía:

–Después rezo también. ¿No recuerdas que Nuestra Señora dijo que tenía que rezar muchos rosarios?

Cierto día, me dijo:

–Gocé mucho al ver el Ángel, pero más aún me gustó Nuestra Señora. Con lo que más gocé, fue ver a Nuestro Señor, en aquella luz que Nuestra Señora nos introdujo en el pecho. ¡Gozo tanto de Dios! ¡Pero Él está tan disgustado a causa de tantos pecados! Nunca debemos cometer ninguno.

A veces decía:

–Nuestra Señora nos dijo que tendríamos que sufrir mucho. No me importa; sufro todo cuanto ella quiera. Lo que yo quiero es ir al Cielo». [\[4\]](#)

2. Segunda aparición: 13 de junio de 1917

La segunda aparición de Nuestra Señora, también en Cova da Iria, puso de manifiesto lo que sería la misión de los tres pastorcitos, particularmente la misión de Lucía, a quien la Virgen le reveló la salvación de su alma y su misión en la tierra «por algún tiempo». En esta aparición la Virgen hizo una gran promesa, y tuvo palabras muy consoladoras. Unos de los relatos de Lucía, la *Memoria Cuarta*, lo narra así:

–¿Qué quiere Ud. de mí? –preguntó Lucía.

–Quiero que vengáis aquí el 13 del mes que viene; que recéis el Rosario todos los días y que aprendáis a leer. Después diré lo que quiero.

Pedí la curación de un enfermo.

–Si se convierte, se curará durante el año.

–Quería pedirle que nos llevase al Cielo.

–Sí; a Jacinta y a Francisco los llevaré pronto. Pero tú te quedarás aquí algún tiempo más. Jesús quiere servirse de ti para darme a conocer y amar. Él quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. A quien la abrace, le prometo la salvación; y estas almas serán amadas por Dios, como flores puestas por mi para adornar su trono.

–¿Me quedo aquí sola? –pregunté, con pena.

–No, hija. ¿Y tú sufres mucho? No te desanimes. Yo nunca te dejaré. Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá hasta Dios.

Fue en el momento en que dijo estas palabras, cuando abrió las manos y nos comunicó, por segunda vez, el reflejo de esa luz inmensa. En ella nos veíamos como sumergidos en Dios. Jacinta y Francisco parecían estar en la parte de la luz que se elevaba al Cielo y yo en la que esparcía sobre la tierra. Delante de la palma de la mano derecha de Nuestra Señora estaba un corazón, cercado de espinas, que parecían estar clavadas en él. Comprendimos que era el Inmaculado Corazón de María, ultrajado por los pecados de la humanidad, que pedía reparación».

3. La misión de los tres pastorcitos

Destaco algo muy interesante. Esta segunda visión habla de la misión de los tres pastorcitos en la Iglesia: Jacinta y Francisco desde el cielo, Lucía desde la tierra. La Virgen le reveló a

Lucía la salvación de su alma, pero le dijo que debería quedarse por «algún tiempo». Ese «algún tiempo» hasta el presente han sido 83 años. Cuando tuvo la aparición, Lucía era la mayor, y tenía 10 años. Ahora tiene 93, y sigue cumpliendo su misión que, ciertamente, es del todo singular. También hay que tener en cuenta que se trata de la principal de los videntes de Fátima, porque era ella quien hablaba a Nuestra Señora. Francisco solo la veía y Jacinta no habló durante las seis apariciones.

Respecto de esta misión, Lucía cuenta en otro lugar de sus *Memorias*:

«En la segunda aparición, el día 13 de junio de 1917, (Francisco) se impresionó mucho con la comunicación del reflejo que ya dije en el segundo escrito; fue en el momento en que Nuestra Señora dijo: Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te llevará a Dios. Él parecía no tener, por el momento, la comprensión de los hechos, tal vez porque no había oído las palabras que los acompañaban. Por eso preguntaba después:

–¿Por qué Nuestra Señora estaba con el Corazón en la mano, esparciendo por el mundo esa luz tan grande que es Dios? Tú estabas con Nuestra Señora en la luz que descendía a la tierra, y Jacinta conmigo en la que subía para el Cielo.

–Es que, –le respondí–tú, con Jacinta, vas en breve al Cielo, y yo quedo algún tiempo más en la tierra con el Corazón Inmaculado de María.

–¿Cuántos años quedarás aquí? –preguntaba.

–No sé; bastantes.

–¿Fue Nuestra Señora quien lo dijo?

–Fue. Yo lo entendí en esa luz que nos introducía en el pecho.

Y Jacinta afirmaba esto diciendo:

–Es así. Yo igualmente lo entendí así.

A veces (Francisco) decía:

–Estas gentes quedan tan felices solamente porque nosotros les decimos que Nuestra Señora nos mandó rezar el rosario y que aprendamos a leer. ¿Qué sería si supiesen lo que Ella nos mostró en Dios, en su Corazón Inmaculado, en esa luz tan grande? Pero eso es secreto; no se le dice. Es mejor que nadie lo sepa.

–Ya me falta poco para ir al Cielo. Tú te quedas aquí para decir que Dios quiere establecer en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María. Cuando sea el momento de decirlo, no te escondas. Di a toda la gente que Dios nos concede las gracias por medio del Inmaculado Corazón de María; que se las pidan a Ella; que el Corazón de Jesús quiere que, a su lado, se veneren el Inmaculado Corazón de María; que pidan la paz al Inmaculado Corazón de María, que Dios se la entregó a Ella. ¡Si yo pudiese meter en el corazón de todo el mundo el fuego que tengo dentro de mi pecho, quemándome y haciéndome amar tanto al Corazón de Jesús y al Corazón de María!». [5]

Lucía sigue cumpliendo su misión, de difundir la devoción al Inmaculado Corazón y también, de ser testigo de la veracidad de los anuncios recibidos de la Virgen, particularmente de la famosa tercera parte del secreto, que en parte se refiere al Santo Padre. Hasta el momento la misión de Lucía no ha concluido, como no ha concluido la actualidad del mensaje de Fátima. Fue una alegría muy grande para mí poder observar de cerca la felicidad de Sor Lucía en la beatificación de sus primos, que tanto se querían entre sí, compañeros inseparables en sus juegos, y mucho más en su «misión».

Pienso que cada uno de los miembros de nuestros Institutos, debe hacer suya la misión que la Virgen encomendó a Lucía: «Jesús quiere servirse de ti para darme a conocer y amar...», y el deseo de Francisco: «si pudiera...».

Y si desean conocer la razón de esto, basta que tengan presentes los siete motivos por los cuales, según nuestro Patrono San Luis María Grignion de Montfort, «Dios quiere revelar y descubrir a María, la obra maestra de sus manos, en estos últimos tiempos». [6]

[1] Que todavía, en el día de hoy, existe.

[2] *Memoria cuarta*, 161–163

[3] cf. Ex 3,2–12

[4] *Memoria tercera*, 126–127

[5] *Memoria segunda*, 116.

[6] *Tratado de la Verdadera Devoción*, n. 50.

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

III. TERCERA APARICIÓN

«Habéis visto el infierno, donde van los pobres pecadores...»

(Palabras de la Virgen)

La tercera aparición de Nuestra Señora a los pastorcitos es tal vez la más importante, en cuanto al mensaje recibido de la Virgen. En ella se les confió un «secreto» que, según dice la misma Hermana Lucía, «consta de tres partes distintas»^[1]: las dos primeras partes fueron publicadas a su debido tiempo, con «licencia del Cielo», es decir, cuando Lucía supo que ya podían ser reveladas. Por mi parte, tengo la impresión de que también ahora la tercera parte del secreto ha sido dada a conocer a su debido tiempo, y «con licencia del Cielo». De hecho, Lucía ha tenido revelaciones posteriores a las seis apariciones, y se dice que aún sigue teniendo manifestaciones de Nuestra Señora, lo cual no sería nada de extrañar.

El «primer secreto» era la visión del infierno. Líneas más adelante me detendré a considerar la influencia de esta visión en los pastorcitos, y las consecuencias que podemos sacar de la misma.

El «segundo secreto» profetizaba la segunda guerra mundial, la desaparición de varias naciones, las persecuciones en Rusia a la Iglesia; habla también del martirio de los buenos, de los sufrimientos del Santo Padre, y de la conservación del dogma de la fe en Portugal –lo que muchos interpretan como una alusión a la apostasía de la fe en Europa–. Las palabras «En Portugal se conservará siempre el dogma de la fe.», preceden inmediatamente al texto del «tercer secreto».

1. Tercera aparición de Nuestra Señora: viernes 13 de julio de 1917.

El relato de todos los mensajes de Nuestra Señora, con la descripción minuciosa de las apariciones, y también de las circunstancias que vivían los pastorcitos al momento de las mismas, ha sido escrito por la Hermana Lucía, en varias *Memorias* a las cuales aquí me remito.

En la *Memoria tercera*, Lucía narra la aparición del 13 de julio:

«Momentos después de haber llegado a Cova da Iria, junto a la encina, entre una numerosa multitud del pueblo (unas 4.000 personas), estando rezando el rosario, vimos el resplandor de la acostumbrada luz y, enseguida, a Nuestra Señora sobre la encina.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —pregunté—.

—Quiero que vengáis aquí el día 13 del mes que viene, y que continuéis rezando el rosario todos los días en honra a Nuestra Señora del Rosario, con el fin de obtener la paz en el mundo y el final de la guerra porque sólo Ella puede conseguirlo.

Dije entonces:

—Quisiera pedirle nos dijera quién es, y que haga un milagro, para que todos crean que usted se nos aparece.

—Continuad viniendo aquí todos los meses. En Octubre diré quien soy, y lo que quiero, y haré un milagro que todos han de ver para creer.

Aquí hice algunos pedidos que no recuerdo bien cuales fueron. Lo que recuerdo es que Nuestra Señora dijo que era preciso rezar el rosario para alcanzar las gracias durante el año. Y continuó:

—Sacrificaos por los pecadores y decid muchas veces y, en especial, siempre que hagáis algún sacrificio: ¡Oh, Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María!

Al decir estas últimas palabras abrió de nuevo las manos como en los meses anteriores.

El reflejo parecía penetrar en la tierra y vimos como un mar de fuego, y sumergidos en ese fuego los demonios y las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana, que fluctuaban en el incendio, llevadas por las llamas que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo, cayendo hacia todos lados, semejante a la caída de pavesas en grandes incendios, pero sin peso ni equilibrio, entre gritos y lamentos de dolor y desesperación que horrorizaban y hacían estremecer de pavor. (Debía ser a la vista de eso que dije un “ay” que dicen haber oído). Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes como negros tizones en brasa. Asustados y como pidiendo socorro levantamos la vista a Nuestra Señora, que nos dijo con bondad y tristeza:

–Habéis visto el infierno, a donde van las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si hicieren lo que yo os digo se salvarán muchas almas y tendrán paz: la guerra terminará, pero si no dejan de ofender a Dios, en el reinado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando viereis una noche alumbrada por una luz desconocida sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes, por medio de la guerra, del hambre, de la persecución a la Iglesia y al Santo Padre.

Para impedir eso, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la comunión reparadora de los primeros sábados. Si atendieren a mis pedidos, Rusia se convertirá y habrá paz: si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia, los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir, varias naciones serán aniquiladas: por fin mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz. En Portugal se conservará siempre el dogma de la fe, etc. (Aquí comienza la tercera parte del secreto, escrita por Lucía entre el 22 de diciembre de 1943 y el 9 de enero de 1944). Esto no lo digáis a nadie. A Francisco si podéis decírselo.

–Cuando recéis el rosario, decid después de cada misterio: Oh, Jesús mío, perdónanos, líbranos del fuego del infierno, lleva al cielo a todas las almas, y socorre especialmente a las más necesitadas.

Siguió un instante de silencio y después pregunté:

–¿Usted no quiere de mí nada más?

–No, hoy no quiero nada más. Y como de costumbre comenzó a elevarse en dirección a Oriente hasta que desapareció en la inmensidad del firmamento».[\[2\]](#)

2. Influencia de la visión del infierno en los pastorcitos

La influencia del mensaje de la Señora, incluido el llamado «secreto» entero, con sus tres partes, fue muy grande en los pastorcitos. Prefirieron la cárcel y aun la muerte, antes de revelarlo a las autoridades civiles que los forzaban a ello. De modo particular el «primer secreto» –es decir, de la visión del infierno– tuvo una mayor resonancia en la Beata Jacinta, la más pequeña de los tres videntes. Apenas tenía seis años cuando la Virgen le mostró el infierno. La misma Lucía destaca esto, haciendo una crítica muy interesante a aquellas personas, incluso gente piadosa, que no quiere que se hable del infierno a los niños. Basta prestar atención a lo que Lucía relata en sus *Memorias* para suponer la crítica que ella haría a todo lo que implica la «pastoral progresista» de nuestros días, que ni siquiera deja que se

mencione el infierno a gente adulta.

Por eso Lucía no tiene el menor reparo en contar lo siguiente, en las *Memorias* que escribe a pedido del obispo de Fátima:

«Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo: dije ya a V. Excelencia Reverendísima, en las anotaciones que le envié, una vez leído el libro “Jacinta”, que ella se impresionaba muchísimo con algunas de las cosas reveladas en el secreto. Ciertamente era así. Al tener la visión del infierno, se horrorizó de tal manera, que todas las penitencias y mortificaciones le parecían nada para salvar de allí a algunas almas.

Bien; ahora respondo yo al segundo punto de su interrogación que, de muchos sitios, hasta aquí me han llegado.

¿Cómo es que Jacinta, siendo tan pequeñita, se dejó poseer y llegó a comprender tan gran espíritu de mortificación y penitencia?

Me parece a mí que fue debido: primero, a una gracia especialísima de la Madre que Dios, por medio del Inmaculado Corazón de María, le concedió; segundo, viendo el infierno y las desgracias de las almas que allí padecen.

Algunas personas, incluso piadosas, no quieren hablar a los niños pequeños sobre el infierno, para no asustarlos; sin embargo Dios no dudó de mostrarlo a tres y una de ellas contando apenas seis años; y Él sabía que había de horrorizarse hasta el punto de, casi me atrevería a decirlo, morir de susto.

Con frecuencia se sentaba en el suelo o en alguna piedra y, pensativa, comenzaba a decir:

—¡El infierno! ¡El infierno! ¡Qué pena tengo de las almas que van al infierno! ¡Y las personas que, estando allí vivas, arden como leña en el fuego!

Y, asustada, se ponía de rodillas, y con las manos juntas, rezaba las oraciones que Nuestra Señora le había enseñado:

—¡Oh Jesús mío, perdónanos, libranos del fuego del infierno, lleva al Cielo a todas las almas, especialmente a aquellas que más lo necesitan!

Ahora, Exmo. y Rvmo. Señor Obispo, ya V. Excia. Rvma. comprenderá por qué a mí me daba la impresión de que las últimas palabras de esta oración, se referían a las almas que se encuentran en mayor peligro, o más inminente, de condenación.

Y permanecía así, durante largo tiempo, de rodillas, repitiendo la misma oración. De vez en

cuando me llamaba a mí o a su hermano (como si despertara de un sueño):

–Francisco, Francisco, ¿vosotros rezáis conmigo? Es preciso rezar mucho, para librar a las almas del infierno. ¡Van para allá tantas!, ¡tantas!

Otras veces preguntaba:

–¿Por qué Nuestra Señora no muestra el infierno a los pecadores? ¡Si ellos lo vieran, no pecarían para no ir allá! Has de decir a aquella Señora que muestre el infierno a toda aquella gente (referíase a los que se encontraban en Cova da Iria en el momento de la aparición). Verás cómo se convierten.

Después, medio descontenta, me preguntaba:

–¿Por qué no dijiste a Nuestra Señora que mostrase el infierno a aquella gente?

–Lo olvidé, le respondí.

–También yo lo he olvidado –decía ella con aire triste–.

–¿Qué pecados son los que esa gente hace para ir al infierno?

–No sé. Tal vez el pecado de no ir Misa los Domingos, de robar, el decir palabras feas, maldecir, jurar.

–¿Y sólo así por una palabra van al infierno?

–¡Claro! Es pecado...

–¡Qué trabajo les costaría el estar callados e ir a Misa! ¡Qué lástima me dan los pecadores! ¡Si yo pudiera mostrarles el infierno!

Algunas veces, de una manera repentina, se agarraba a mí y me decía:

–Yo voy al Cielo; pero tú te quedas aquí; si Nuestra Señora te lo permitiera, di a todo el mundo cómo es el infierno, para que no cometan pecados y no vayan allá.

Otras veces, después de estar un poco de tiempo pensando decía:

–¡Tanta gente que va al infierno! ¡Tanta gente en el infierno!

Para tranquilizarla yo le decía:

–No tengas miedo. Tú irás al Cielo.

–Voy, voy –decía con paz–, pero yo quisiera que todas aquellas gentes fueran también allá.

Cuando ella, por mortificarse, no quería comer, yo le decía:

–¡Jacinta!, anda, ahora come.

–No. Ofrezco este sacrificio por los pecadores que comen más de la cuenta.

Cuando durante la enfermedad iba algún día a Misa, le decía:

–Jacinta, ¡no vengas! Tú no puedes. Hoy no es domingo.

–¡No importa! Voy por los pecadores que no van ni los domingos.

Si alguna vez oía algunas de esas palabras, que alguna gente hacía alarde de pronunciar, se cubría la cara con las manos y decía:

–¡Dios mío! ¿No saben estas gentes que por pronunciar estas cosas pueden ir al infierno? Jesús mío, perdónales y conviértelas. Ciertamente es que no saben que con esto ofenden a Dios. ¡Qué lástima, Jesús mío! Yo rezo por ellos.

Y ella repetía la oración enseñada por Nuestra Señora:

–¡Oh, Jesús mío, perdónanos!, etc.». [\[3\]](#)

Hasta aquí la Hermana Lucía.

Conclusión: sin infierno, la vida es un pic-nic

Probablemente recordarán muchos de ustedes el artículo que años atrás publiqué sobre el infierno, en la revista Diálogo, número 15. Se titula “Un infierno light”. Quiero que sepan que lo escribí para salir al paso de los daños que podría producir en nuestro Seminario la enseñanza de una alta autoridad eclesial, que andaba divulgando entre los jóvenes seminaristas, que el infierno existe pero actualmente está vacío. Al respecto escribí: «Nos podemos preguntar ¿qué es un infierno “light”? Es un infierno “carenciado”. Es un infierno “liviano”: sin pena de

daño, sin pena de sentido, sin eternidad y/o sin habitantes. Sobre la base de estas cuatro carencias las variantes son muchas y hay para todos los gustos. Algunos son plenamente “light” y sostienen las cuatro negaciones, otros son más medidos y aceptan sólo algunas variantes “light” o les ponen atenuantes».

Lo que está vacío no es el infierno, sino aquellos Seminarios donde hay profesores que, o niegan la existencia del infierno, como si se tratara de una doctrina ya superada, o admiten su existencia, pero enseñan que está deshabitado, porque piensan que no hay condenados de hecho, siguiendo en esto, al parecer, el error de los no–infiernistas como Von Balthasar y otros.

¿Imaginan las consecuencias que esto trae para la pastoral? ¿Para qué confesar, asistir a los moribundos, dar una buena catequesis, administrar los sacramentos, si todos nos vamos al Cielo? Quien no está convencido de la seriedad de la eternidad, no convence a nadie, sus palabras son aire que se lleva el viento y sus obras pesan lo que una tela de araña. ¿A quién puede convencer la frivolidad del infierno gnóstico, producto de la cultura de la trivilización?

Por eso sabiamente afirma el P. Fabro: «sin la eternidad de las penas del infierno y sin infierno, la existencia se convierte en una gira campestre»^[4], en un pic–nic. Y citaba a Kierkegaard, que decía: «Una vez eliminado el horror a la eternidad (o eterna felicidad o eterna condenación), el querer imitar a Jesús se convierte en el fondo en una fantasía. Porque únicamente la seriedad de la eternidad puede obligar, pero también mover, a un hombre a cumplir y a justificar sus pasos».^[5] Los progresistas han eliminado el horror a la eternidad y sus predicaciones, sus acciones pastorales, su evangelización... ¡son una fantasía! Sin eternidad el seguimiento de Cristo... ¡es una fantasía! No quieren la seriedad de la eternidad y por eso son incapaces de obligarse, moverse, cumplir y justificar sus acciones. Sin la posibilidad concreta de la eterna condenación, la eternidad del cielo es fútil, pueril, insignificante. La pérdida de la seriedad de la eternidad, y no la supuesta falta de vocación, está en la base de la claudicación de tantos sacerdotes y religiosas.

Quiero recordar aquí que los progresistas escamotean o niegan la realidad del infierno, se avergüenzan de predicarlo o lo ocultan con subterfugios, no sólo por pseudo razones misericordiosistas, sino, sobre todo, por estar inmersos en lo temporal y genuflexos frente a lo que opina el mundo. De este modo rebajan la dignidad de Cristo al quitarle valor a sus palabras, ya que fue Nuestro Señor quien enseñó la doctrina del infierno.

En este sentido, la visión del infierno tenida por los pequeños pastorcitos, es una confirmación, venida del Cielo, de la doctrina tradicional de la Iglesia sobre el infierno. Si en Portugal siempre se conservará el dogma de la fe, según la promesa de la Virgen, se deduce lógicamente que en otras partes puede no conservarse. Pienso aquí en la apostasía de Europa, de la que hablaron con tanta claridad los Padres Sinodales en el último Sínodo para Europa. Pienso en todos los teólogos modernos que no han conservado la fe católica con respecto al infierno, y

que en sus doctrinas han sido seguidos, desgraciadamente, por obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, y laicos. Pienso en los sacerdotes que han abandonado su ministerio, siendo infieles a su vocación, tal vez porque hubo quien les convenció que el infierno no existe, o que está de paro, o que está cerrado por falta de quorum. A esos sacerdotes, a esos religiosos, que deberían poner toda su alma para trabajar por la salvación de las almas, los acusa el ejemplo de tres niños de 6, 9 y 10 años, a quienes «todas las mortificaciones y penitencias le parecían pocas con tal de salvar a los pecadores».[6]

Sigue diciendo Lucía: «Ya dije en las anotaciones que envié sobre el libro “Jacinta”, que ella se impresionaba mucho con algunas cosas reveladas en el secreto. Por ejemplo, con la visión del infierno, con la desgracia de tantas almas que para allá iban; la guerra futura, cuyos horrores ella parecía tener presentes, le hacían estremecer de miedo. Cuando la veía muy pensativa, le preguntaba:

–Jacinta, ¿en qué piensas?

Y no pocas veces respondía:

–En esa guerra que ha de venir, en tanta gente que ha de morir e ir al infierno. ¡Qué pena! ¡Si dejasen de ofender a Dios no vendría la guerra, ni tampoco irían al infierno!».[7]

«Tanto impresionó a Jacinta la meditación del infierno y de la eternidad, que, a veces, jugando preguntaba:

–Pero, oye, ¿después de muchos, muchos años, el infierno no se acaba?

Y, otras veces:

–¿Y los que allí están, en el infierno ardiendo, nunca se mueren? ¿Y no se convierten en cenizas? ¿Y si la gente reza mucho por los pecadores, el Señor los libra de ir allí? ¿Y con los sacrificios también? ¡Pobrecitos! Tenemos que rezar y hacer muchos sacrificios por ellos.

Después añadía: –¡Qué buena es esa Señora! ¡Y nos prometió llévarnos al Cielo!»[8]

Teniendo en cuenta todos estos testimonios, se comprende el valor de lo dicho por Juan Pablo II en la homilía de beatificación de los pastorcitos, recordando a la Virgen que dijo: «...muchas almas van al infierno...»:

«Con su solicitud materna, la santísima Virgen vino aquí, a Fátima, a pedir a los hombres que “no ofendieran más a Dios, nuestro Señor, que ya ha sido muy ofendido”. Su dolor de madre la impulsa a hablar; está en juego el destino de sus hijos. Por eso pedía a los pastorcitos:

“Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno porque no hay quien se sacrifique y pida por ellas”. La pequeña Jacinta sintió y vivió como suya esta aflicción de la Virgen, ofreciéndose heroicamente como víctima por los pecadores. Un día –cuando tanto ella como Francisco ya habían contraído la enfermedad que los obligaba a estar en cama–la Virgen María fue a visitarlos a su casa, como cuenta la pequeña: “Nuestra Señora vino a vernos, y dijo que pronto volvería a buscar a Francisco para llevarlo al cielo. Y a mí me preguntó si aún quería convertir a más pecadores. Le dije que sí”. Y al acercarse el momento de la muerte de Francisco, Jacinta le recomienda: “Da muchos saludos de mi parte a Nuestro Señor y a Nuestra Señora, y diles que estoy dispuesta a sufrir todo lo que quieran con tal de convertir a los pecadores”. Jacinta se había quedado tan impresionada con la visión del infierno, durante la aparición del 13 de julio –sigue diciendo el Papa–, que todas las mortificaciones y penitencias le parecían poca cosa con tal de salvar a los pecadores».[9]

Finalmente, se ve con cuanta razón el Papa Juan Pablo II dijo en la homilía de beatificación de Francisco y Jacinta:

«El mensaje de Fátima es un llamado a la conversión, alertando a la humanidad para que no siga el juego “del dragón”, que, con su “cola”, arrastró un tercio de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra (cf. Ap 12, 4). La meta última del hombre es el cielo, su verdadera casa, donde el Padre celestial, con su amor misericordioso, espera a todos. Dios quiere que nadie se pierda; por eso, hace dos mil años, envió a la tierra a su Hijo, a *buscar y salvar lo que estaba perdido* (Lc 19,10). Él nos ha salvado con su muerte en la cruz, ¡que nadie haga vana esa cruz!».[10]

[1] *Memoria tercera*, 106.

[2] *Memoria cuarta*, 167–172.

[3] *Memoria tercera*, 101–103.

[4] *La aventura de la teología progresista* (Pamplona 1976) 230.

[5] *Ibid.*

[6] Juan Pablo II, Homilía durante la Misa de beatificación de los pastorcitos de Fátima Francisco y Jacinta, sábado 13 de mayo de 2000, *L'Osservatore Romano*, n. 20, 3.

[7] *Memoria tercera*, 113–114.

[8] *Memoria primera*, 30.

[9] Juan Pablo II, Homilía durante la Misa de beatificación de los pastorcitos de Fátima Francisco y Jacinta, sábado 13 de mayo de 2000, *L'Osservatore Romano*, n. 20, 3.

[10] Homilía durante la Misa de beatificación de los pastorcitos de Fátima Francisco y Jacinta, sábado 13 de mayo de 2000, *L'Osservatore Romano*, n . 20, 3.

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

IV. El heroísmo de los pastorcitos

«AQUELLA SEÑORA NOS AYUDA SIEMPRE. ES NUESTRA AMIGA»

(Palabras de Jacinta)

En la tercera aparición de Nuestra Señora en Cova da Iria, la del 13 de julio de 1917, me detuve particularmente en la primera parte del secreto, la visión del infierno. Allí, de manera admirable, la Virgen María se presenta como la gran y eximia catequista de los novísimos, de la escatología, de las verdades últimas: muerte, juicio, cielo, purgatorio, infierno. (Recuerdo que el diario *La Nación* de Buenos Aires había dicho que el Catecismo de la Iglesia Católica no hablaría del infierno –y se equivocaron totalmente–, como tantos que hoy en día niegan la realidad del infierno o quienes prohíben predicar sobre el infierno, etc.) Como saben, lo esencial de esta tercera aparición fue la comunicación del «secreto», con sus tres partes, las cuales ciertamente están relacionadas entre sí.

Quisiera referirme a un aspecto poco conocido en lo que se refiere a la historia del secreto, que tiene un gran valor apologético como una garantía más de la veracidad del mensaje. Este aspecto es el heroísmo con que el secreto fue guardado por los tres pastorcitos. Cuando la Virgen acabó de revelar el contenido del secreto, lo último que dijo fue: «Esto no lo digáis a nadie. A Francisco si podéis decírselo». Cumplir este mandato, convirtió a los pastorcitos en valientes confesores de la fe.

Resulta muy interesante ver cómo estos niños de 7, 9 y 10 años tuvieron el don de fortaleza en grado extraordinario. Ni las amenazas de muerte del Administrador de Vila Nova de Ourém, ni los tortuosos interrogatorios a los que fueron sometidos, ni los palos y escobazos que la madre de Lucía dio a su hija, lograron que se desdijeran entre sí, ni tampoco pudieron sacarles una palabra acerca de lo que la Virgen les había mandado no decir a nadie. Leyendo las *Memorias* de Lucía, se encuentran muchas referencias a la «guarda del secreto» y a los sufrimientos que les acarreó; como ejemplos, transcribo algunos pasajes:

1. Amenazas del Administrador de Vila Nova de Ourém

«Vinieron un día a hablarnos tres caballeros. Después de su interrogatorio, bien poco agradable, se despidieron diciendo:

–Mirad si os decidís a decir ese secreto; si no, el Señor Administrador está dispuesto a quitaros la vida.

Jacinta, dejando traslucir su alegría en el rostro, dijo:

–¡Qué bien! ¡Con lo que me agrada Nuestro Señor y Nuestra Señora! ¡Así vamos a verla enseguida!

Corriendo el rumor de que, efectivamente, el Administrador nos quería matar, una de mis tías, casada en Casais, vino a nuestra casa, con la intención de llevarnos a la suya, porque decía ella:

–Yo vivo en otro Ayuntamiento y por eso el Administrador no os puede ir a buscar allí.

Pero su intención no se realizó, debido a que nosotros no quisimos ir y respondimos:

–Si nos matan, es lo mismo; vamos al Cielo». [\[1\]](#)

El Administrador de Vila Nova de Ourém haciéndose eco de la preocupación que ya existía en el gobierno, marcadamente anticristiano y masón, citó a los padres de los pastorcitos y a los niños, con el fin de intimidarlos a que revelaran el secreto. Cuenta Lucía:

«Pasados no muchos días, mis tíos y mis padres reciben orden de las autoridades para comparecer en la Administración, al día siguiente, a la hora marcada; con Jacinta y Francisco, mis tíos; y conmigo, mis padres. La Administración está en Vila Nova de Ourém; por eso, había que andar unas tres leguas, distancia bien considerable para unos niños de nuestra edad. Y los únicos medios de viajar en aquel tiempo, por allí, eran los pies de cada uno, o alguna burrita. Mi tío respondió enseguida que comparecía él; pero que sus hijos no los llevaba:

–Ellos, a pie, no aguantan el camino –decía él–y montados no irían seguros encima del animal, porque no están acostumbrados. Además, no tengo por qué presentar a un tribunal a dos niños de tan corta edad.

Mis padres pensaban de otra manera:

–La mía, va; que responda ella. Yo de estas cosas no entiendo nada. Y, si miente, está bien que sea castigada.

Al día siguiente, muy de mañana, me montaron encima de una burra, de la que me caí tres veces en el camino, y allá fui acompañada de mi padre y de mi tío. Me parece que ya conté a

V. Excia. Rvma. cuánto sufrieron en este día Jacinta y Francisco pensando que me habían matado. A mí lo que más me hacía sufrir era la indiferencia de mis padres; esto lo veía más claro cuando observaba el cariño con que mis tíos trataban a sus hijos. Recuerdo que en este viaje me hice esta reflexión: ¡Qué diferentes son mis padres a mis tíos! Para defender a sus hijos se entregan ellos mismos. Mis padres muestran la mayor indiferencia para que hagan de mí lo que quieran; pero, paciencia –decía en el interior de mi corazón–, así tengo la dicha de sufrir más por tu amor, oh Dios mío, y por la conversión de los pecadores. Con esta reflexión encontraba siempre consuelo.

En la Administración fui interrogada por el Administrador en presencia de mi padre, mi tío y varios señores más, que no sé quiénes eran. El Administrador quería forzosamente que le revelase el secreto, y que le prometiese que no volvería más a Cova da Iria. Para conseguir esto, no se privó ni de promesas ni de amenazas. Viendo que nada conseguía, me despidió manifestando que lo había de conseguir, aunque para ello tuviese que quitarme la vida. Mi tío recibió una buena reprensión por no haber cumplido la orden; después de todo esto, nos dejaron volver a nuestra casa». [2]

En la *Memoria primera*, Lucía cuenta el mismo episodio con algunas otras circunstancias, que destacan también el sufrimiento de Francisco y Jacinta mientras Lucía comparecía ante el Administrador lo mismo que su valentía. Leyéndolo, parece que se revive la escena del apóstol Tomás cuando decía: *Vayamos y muramos con él* (Jn 11,16), pero con la candidez e ingenuidad propia de los niños: «Si ellos te matan, le dice Jacinta a Lucía, les dices que Francisco y yo somos también como tú, y que queremos morir contigo». Así lo cuenta Lucía:

«Un día, mi padre y mi tío fueron avisados para que nos llevasen al día siguiente a la Administración del Consejo. Mi tío dijo que no llevaba a sus hijos, porque, decía:

–No tengo por qué llevar a un tribunal a dos criaturas que no son responsables de sus actos; además ellos no aguantan a por el camino hasta Vila Nova de Ourém. Voy a ver lo que ellos quieren.

Mi padre pensaba de otra manera:

–A la mía, la llevo: que se las arregle con ellos; que yo de estas cosas no entiendo nada.

Aprovecharon entonces la ocasión para meternos todo el miedo posible. Al día siguiente, al pasar por casa de mi tío, mi padre le esperó un momento. Corrí a la cama de Jacinta a decirle adiós. En la duda de no volver a vernos, la abracé y la pobre niña me dijo llorando:

–Si ellos te matan, les dices que Francisco y yo somos también como tú, y que queremos morir contigo. Y yo voy ahora con Francisco al pozo a rezar mucho por ti.

Cuando por la noche volví, corrí al pozo; y allí estaban los dos de rodillas echados sobre el brocal, con la cabecita entre las manos, llorando. Cuando me vieron, quedaron sorprendidos:

—¿Tú, estás aquí? Vino tu hermana a buscar agua y nos dijo que ya te habían matado. ¡Hemos rezado y llorado tanto por ti...!»[3]

¿Qué niño no revelaría un secreto después de pasar lo que los pastorcitos pasaron?

2. La cárcel

Sin embargo, aún no estaban agotados todos los medios para intimidarlos y hacerlos revelar el secreto. El día 13 de agosto de 1917, en que 18.000 personas esperaban la aparición, el Administrador secuestró a los pastorcitos y los tuvo tres días en la cárcel. En el tiempo que los tuvo prisioneros en el calabozo, el funcionario trató por todos los medios, amenazando con violencias o aterrorizándolos, de sacarles los «secretos». Sigue contando Lucía:

«Entre tanto, amanecía el día 13 de agosto. Las gentes llegaban de todas partes desde la víspera. Todos querían vernos e interrogarnos y hacernos sus peticiones para que las trasmitiésemos a la Santísima Virgen. Éramos, en las manos de aquellas gentes, como una pelota en las manos de los niños. Cada uno nos empujaba para su lado y nos preguntaba por sus cosas, sin darnos tiempo a responder a ninguno.

En medio de esta lucha, aparece una orden del Sr. Administrador, para que fuera a casa de mi tía, que me esperaba allí. Mi padre era el intimidado y fue a llevarme. Cuando llegué, estaba él en un cuarto con mis primos. Allí él nos interrogó e hizo nuevas tentativas para obligarnos a revelar el secreto y a prometer que no volveríamos a Cova da Iria. Como nada consiguió, dio orden a mi padre y a mi tío para que nos llevasen a casa del Sr. Cura. Todo lo que nos pasó después en la prisión, no me detengo ahora a contarlo...», concluye Lucía.

El testimonio que dieron en la prisión fue extraordinario. Ni siquiera la amenaza de «fritarlos» logró arrancarles el secreto.

«Cuando pasado algún tiempo estuvimos presos, a Jacinta lo que más le costaba era el abandono de los padres; y decía corriéndole las lágrimas por las mejillas:

—¡Ni tus padres ni los míos vienen a vernos!; ¡no les importamos nada!

—No llores —le dice Francisco—; ofrezcámoslo a Jesús por la conversión de los pecadores.

Y levantando los ojos y las manos al cielo hizo él el ofrecimiento.

–¡Oh mi Jesús, es por tu amor y por la conversión de los pecadores!

Jacinta añadió:

–Y también por el Santo Padre y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María.

Cuando después de habernos separado, volvieron a juntarnos en una sala de la cárcel, diciendo que dentro de poco nos iban a buscar para freírnos, Jacinta se acercó a una ventana que daba a la feria de ganado. Pensé al principio que estaría distrayéndose; pero enseguida vi que lloraba. Fui a buscarla y le pregunté por qué lloraba; respondió:

–Porque vamos a morir sin volver a ver a nuestros padres, ni a nuestras madres. Y, con lágrimas, decía:

–Al menos yo quería ver a mi madre.

–Entonces, ¿tú no quieres ofrecer este sacrificio por la conversión de los pecadores?

–Quiero, quiero.

Y con lágrimas bañándole la cara, las manos y los ojos levantados al cielo, hizo el ofrecimiento:

–¡Oh mi Jesús! Es por tu amor, por la conversión de los pecadores, por el Santo Padre y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María.

Los presos que veían esta escena querían consolarnos. –Pero –decían– todo lo que tenéis que hacer es decir al señor Administrador ese secreto. ¿Qué os importa que esa Señora no quiera?

–Eso, nunca –respondió Jacinta con viveza–; prefiero morir».[4]

El silencio sobre el secreto fue también una de las últimas recomendaciones que Lucía recibió de Jacinta, según cuenta en la *Memoria primera*:

«Llegó por fin el día de salir para Lisboa: la despedida partía el corazón. Permaneció mucho tiempo abrazada a mi cuello, y decía llorando.

–Nunca más volveremos a vernos. Reza mucho por mí hasta que yo vaya al Cielo; después, cuando yo esté allí, pediré mucho por ti. *No digas nunca el secreto a nadie, aunque te maten.* Ama mucho a Jesús y al Inmaculado Corazón de María; y haz muchos sacrificios por los pecadores». [\[5\]](#)

3. Los interrogatorios de los sacerdotes

Tampoco los sacerdotes lograron que los niños revelaran el «secreto», y fue el sabio consejo de un sacerdote el que animó a Lucía a permanecer en silencio, hasta su debido tiempo, es decir, hasta el momento en que lo reveló en la carta que envió al Santo Padre en el año 1941.

«Vino en una ocasión a interrogarme un sacerdote de Torras Novas. Me hizo un interrogatorio tan minucioso, tan lleno de enredos, que quedé con algunos escrúpulos, por creer haber ocultado alguna cosa. Consulté con mis primos el caso:

–No sé –les dije– si estamos haciendo mal, en no decir todo cuanto nos preguntan sobre si Nuestra Señora nos dice alguna cosa más. No sé si decir que tenemos un secreto, no mentimos callando el resto.

–No sé –respondió Jacinta–, mira, a ver tú: eres la que quieres que no se diga.

–Ya se ve que no quiero, no –le respondí–; ¡para que comiencen a preguntarnos qué mortificaciones hacemos!, ¡sólo nos faltaba eso! Oye, si tú te hubieses callado y no hubieras dicho nada, ahora nadie sabría que habíamos visto a Nuestra Señora y hablado con Ella, como con el Ángel. Nadie precisaba saberlo.

La pobre niña, al oír mis razones, comenzó a llorar y, como en mayo, según lo que ya le escribí en su historia, me pidió perdón. Quedé, pues, con mis escrúpulos, sin saber cómo resolver mi duda. Pasado poco tiempo, se presentó otro sacerdote de Santarém. Parecía hermano del primero o, al menos, que se habían ensayado juntos: las mismas preguntas y enredos, los mismos modos de reír y hacer burla; hasta la estatura y facciones parecían las mismas. Después de este interrogatorio, mis dudas aumentaron, y no sabía verdaderamente qué hacer. Pedía constantemente a Nuestro Señor y Nuestra Señora que me dijiesen cómo debía actuar:

–¡Oh mi Dios y mi Madrecita del Cielo! ¡Vosotros sabéis que no os quiero ofender con mentiras, pero bien veis que no es bueno decir todo lo que me dijisteis!

En medio de esta perplejidad, tuve la suerte de hablar con el Vicario de Olival. No sé por qué su Rvcia. me inspiró confianza y le expuse mis dudas. Ya escribí en el escrito sobre Jacinta

cómo su Rvcia. nos enseñó a guardar nuestro secreto».[\[6\]](#)

¿Cómo les enseñó ese sacerdote a guardar el secreto? También lo cuenta Lucía :

«Entretanto consulté un día a un santo sacerdote sobre esta reserva, porque no sabía qué responder cuando me preguntaban si la Santísima Virgen me había dicho algo más. Este señor que era entonces Vicario de Olival, nos dijo: Hacéis bien, hijos míos, en guardar el secreto de vuestras almas para Dios y para vosotros; cuando os hagan esa pregunta, responded: Sí, lo dijo; pero es secreto. Si os insistieran sobre ello, pensad en el secreto que os comunicó la Señora y decid: Nuestra Señora nos dijo que no se lo comunicásemos a nadie, por eso no lo decimos; así, guardaréis vuestro secreto al amparo de la Santísima Virgen. ¡Qué bien comprendí la explicación y los consejos de este venerable anciano!».[\[7\]](#)

Es realmente admirable la fortaleza de los tres pastorcitos, como también es admirable cuánto han tenido que sufrir, no sólo de los malos y enemigos, sino también de los buenos.

¡Aprendamos a ofrecer muchos sacrificios por la conversión de los pecadores!

[\[1\]](#) *Memoria segunda*, 78.

[\[2\]](#) *Memoria segunda*, 72–73.

[\[3\]](#) *Memoria primera*, 35.

[\[4\]](#) *Memoria primera*, 36.

[\[5\]](#) *Ibid.*, 47.

[\[6\]](#) *Memoria segunda*, 83.

[\[7\]](#) *Ibid.*, 84.

[\[Volver Atrás\]](#)

V. INTERPRETACIÓN DEL SILENCIO DE LUCÍA

1º. La Virgen no impuso secreto en las dos primeras apariciones. Hay que destacar que fueron los mismos pastorcitos quienes decidieron no revelar muchos elementos de las mismas, como por ejemplo, las experiencias místicas que tuvieron, tanto por humildad como para evitar problemas, y sólo a partir de la tercera aparición comenzaron a guardar el secreto al amparo del mandato de Nuestra Señora. Decía Francisco: «—Estas gentes quedan tan felices solamente porque nosotros les decimos que Nuestra Señora nos mandó rezar el rosario y que aprendamos a leer. ¿Qué sería si supiesen lo que Ella nos mostró en Dios, en su Corazón Inmaculado, en esa luz tan grande? Pero eso es secreto; no se le dice. Es mejor que nadie lo sepa».

Añade Lucía: «Desde esta aparición (la segunda), comenzamos a decir, cuando nos preguntaban si Nuestra Señora no nos había dicho nada más:

—Sí que dijo; pero es secreto.

Si nos preguntaban el motivo por el cual era secreto, nos encogíamos de hombros y, bajando la cabeza, guardábamos silencio. Pero pasado el día 13 de julio, decíamos:

—Nuestra Señora nos dijo que no se lo dijéramos a nadie —refiriéndonos entonces al secreto impuesto por Nuestra Señora—.[\[1\]](#)

2º. Al decir del Padre Joaquín M. Alonso, CMF, existe en torno a la publicación de los documentos de Fátima una maravillosa «oeconomía silentii» (discreto silencio), esto es: un especial cuidado, que sólo se puede explicar por la admirable Providencia de Dios, que tiene en su mano todos los acontecimientos. Jamás Lucía escribió nada por voluntad propia sino por obediencia de sus superiores, en lo que veía claramente tanto la voluntad de Dios como el momento indicado para revelar lo sucedido. Las *Memorias*, si bien se centran en el acontecimiento de las apariciones tienen un contenido diverso según el objetivo para que fueron solicitadas. Estos elementos nos explican el por qué la vidente no reveló todo desde un primer momento sino a medida que le fue solicitado. Así, por ejemplo, lo deja entrever el Prólogo de la *Memoria tercera*, donde explica qué cosa es «el secreto»:

«En obediencia a la orden que V. Excia. Rvma. me da, en carta del 26 de julio de 1941, de pensar y apuntar alguna cosa más que pueda recordar de Jacinta, pensé, y así me pareció, que, por medio de esa orden, Dios hablaba; y que había llegado el momento de responder a dos puntos de interrogación que varias veces me han sido mandados, y a los cuales he diferido la respuesta.

Paréceme que sería del agrado de Dios y del Inmaculado Corazón de María que, en el libro “Jacinta”, se dedicase un capítulo a hablar del infierno, y otro, del Corazón de María.

V. Excia. ciertamente que va a encontrar extraño y sin sentido este mi parecer; pero no es mío. Y Dios hará ver a V. Excia. Rvma. que, en ello, está implicada su gloria y bien de las almas.

Para ello, tendré que hablar algo del secreto, y responder al primer punto del interrogatorio.

¿Qué es el secreto? Me parece que lo puedo decir, pues ya tengo licencia del Cielo. Los representantes de Dios en la tierra me han autorizado a ello varias veces y en varias cartas; juzgo que V. Excia. Rvma. conserva una de ellas, del R.P. José Gonçalves aquella en que me manda escribir al Santo Padre. Uno de los puntos que me indica es la revelación del secreto. Sí, ya dije algo; pero, para no alargar más ese escrito que debía ser breve, me limité a lo indispensable, dejando a Dios la oportunidad de un momento más favorable». [2]

3º. Tampoco se puede decir que las profecías reveladas por Lucía fuesen «post eventum» (después de lo sucedido). Estos escritos fueron realizados antes de que se verificaran los hechos, como científicamente se puede demostrar. Además, la misma Lucía da la explicación de su silencio:

«Puede ser, Exmo. y Rvmo. Sr. Obispo, que a alguien le parezca que debía haber manifestado todas estas cosas hace mucho tiempo, porque a su parecer tendría doblado valor algunos años antes. Así hubiese sido, si Dios me hubiese querido en el mundo como profeta. Pero creo que ésa no fue la intención de Dios, al darme a conocer todas estas cosas. Si así hubiese sido, pienso que, en 1917, cuando me mandó guardar silencio –orden que fue confirmada por medio de los que le representaban–, me hubiera mandado hablar. Juzgo, pues, Exmo. y Rvmo. Sr. Obispo, que solamente quiso servirse de mí para recordar al mundo la necesidad que tiene de evitar el pecado y reparar a Dios ofendido, por la oración y por la penitencia.

¿Dónde me tendría que ocultar, para no responder a las muchas preguntas que sobre esto me han hecho? Ahora todavía temo, sólo al pensar en lo que podría venir. Y confieso que la repugnancia en darlo a conocer es tal, que a pesar de tener presente ante mí la carta en la que V. Excia. me manda apuntar todo aquello que pueda recordar y sentir en mi interior; y que este es el momento señalado por Dios para hacerlo, dudo, con verdadera lucha, si entregar o quemar el escrito. No sé aún lo que vencerá. Será lo que Dios quiera. El silencio que he guardado ha sido para mí una gracia enorme.

¿Qué hubiera sido con la exposición sobre el infierno? Sin dar con la palabra exacta, para mostrar la realidad –pues lo que ahora digo, no es nada, da sólo una raquítica idea habría dicho ahora una cosa, luego otra, queriéndome explicar sin conseguirlo. Formaría así, tal vez, una tal confusión de ideas, que vendrían –quién sabe–a estropear la obra de Dios. Por eso doy gracias a Dios al mismo tiempo que pienso que todo lo que Él hace está bien hecho». [3]

4º. Se trata de un secreto guardado al amparo de la Virgen, lo que explica con elocuencia cómo fueron protegidos por Ella para conservar el secreto recibido y cumplir su misión. Hay una anécdota contada por Lucía que muestra la confianza que tenían en la protección de la Virgen al respecto:

«Mi madre se afligía cada vez más con la marcha de los acontecimientos. Por lo que se esforzaba más aún en obligarme a decir que había mentido. Un día se levantó por la mañana y me dijo que iba a llevarme a casa del señor Prior:

–Cuando lleguemos, ponte de rodillas, le dices que has mentido y pides perdón.

Al pasar por casa de mi tía, mi madre entró unos minutos. Aproveché esta ocasión para contar a Jacinta lo que ocurría. Al verme afligida, dejó caer unas lágrimas y me dijo:

–Me voy a levantar y voy a llamar a Francisco; iremos a tu pozo a rezar. Cuando vuelvas, ve allá enseguida.

A la vuelta, corrí al pozo y allí estaban los dos rezando. Cuando me vieron, Jacinta corrió a abrazarme preguntándome qué había pasado. Se lo conté. Después, me dijo:

–¿Ves? No debemos tener miedo de nada. Aquella Señora nos ayuda siempre. Es nuestra amiga». [4]

Que el secreto estuviese al amparo de Nuestra Señora, para Lucía significaba «guardarlo en su corazón», a imitación de la Virgen:

«Excmo. y Rvmo. Señor: a pesar de mi buena voluntad en obedecer, pido que me concedáis reservar algunas cosas que –porque también dicen respecto a mí desearía que sólo fuesen leídas en los umbrales de la eternidad.

V. Excía. Rvma. no extrañará que pretenda guardar secretos y lecturas para la vida eterna. ¿No es verdad que, en ello, tengo a la Santísima Virgen como ejemplo? ¿No nos dice el Sagrado Evangelio que María guardaba todas las cosas en su Corazón? [5] Y ¿quién mejor que este Inmaculado Corazón nos podría descubrir los secretos de la divina Misericordia? Y, sin embargo, se los llevó guardados, como en un jardín cerrado [6], para el palacio del Divino Rey.

Todavía me acuerdo de una máxima que me dio un venerable sacerdote, cuando yo tenía sólo 11 años. Fue, como tantos otros, a hacerme algunas preguntas. Entre otras, me interrogó acerca de un asunto del que yo no quería hablar. Y después de haber deshojado todo su

repertorio de interrogantes, sin conseguir obtener, sobre tal asunto, una respuesta satisfactoria; y comprendiendo, tal vez, que tocaba un asunto demasiado delicado, el venerable sacerdote, bendiciéndome, dijo:

–Haces bien, hija mía, porque el secreto de la Hija del Rey^[7], debe permanecer oculto en el fondo de su corazón.

No entendí por entonces el significado de estas palabras, pero comprendí que aprobaba mi comportamiento, y como no las olvidé, las comprendo ahora. Este venerable sacerdote era entonces Vicario de Torres Novas. Su Excia. no sabe bien cuánto le agradezco estas palabras, pues hicieron mucho bien a mi alma». ^[8]

Conclusión

Como dice Cicerón, «historia magistra vitae est» (la historia es maestra de la vida). También esta «historia» de la guarda del secreto y de lo que sufrieron los pastorcitos por guardarlo tiene mucho que enseñarnos. Viendo la mano protectora de Nuestra Señora que fortaleció de tal modo a tres niños en las tremendas dificultades en las que se vieron por guardar un secreto, ¿cómo no vamos a confiar nosotros de que ella llevará a feliz término la obra comenzada?, ¿cómo no vamos a luchar por conservar nuestra vocación religiosa y misionera, luchando contra todas las adversidades que se presentan y se presentarán, amparándonos siempre bajo el amparo protector de la Virgen Inmaculada?

Con Don Bosco, podemos afirmar: «Todo lo ha hecho Ella». Al amparo de la Virgen no debemos temer nada. ¡Guardemos seriamente nuestra vocación y nuestra perseverancia al amparo de la Virgen, y vivamos de acuerdo a las exigencias de nuestro voto de esclavitud mariana, es decir, haciendo todo por María, con María, en María, y para María, para mejor hacerlo por Jesús con Jesús, en Jesús y para Jesús!

Pregunto: ¿Entendemos que la guerra, a pesar de lo duro que pueda resultar el campo de batalla, ya está ganada? Nosotros confiamos firmemente en que al fin su Inmaculado Corazón triunfará, y sabemos que esa Señora es nuestra amiga. Por eso no debemos dejar nunca de decir, con humildad y confianza:

Santa Madre de Dios; no desprecies nuestras súplicas, ¡oh Virgen gloriosa, y bendita! Bajo tu amparo nos acogemos.

No lo olvidemos nunca: «No debemos tener miedo de nada. Aquella Señora nos ayuda siempre. Es nuestra amiga».

Como no debemos olvidar que lo esencial de los mensajes marianos son: ¡Oración y penitencia!, por más que los hombres mundanos no quieran ni oír hablar de las mismas.

[1] *Memoria cuarta*, 130.

[2] *Memoria tercera*, 104–106.

[3] *Memoria tercera*, 114.

[4] *Memoria primera*, 33.

[5] cf. Lc 2,19 y 51.

[6] cf. Ct 4,12

[7] cf. Ct 4,1–3.

[8] P. Antonio de Oliveira Reis, entonces Vicario de Torres Novas (+1962).

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

VI. EL SECRETO DE FÁTIMA Y LA LUCHA DE LOS SISTEMAS ATEOS CONTRA LA IGLESIA

Exégesis del texto: «La clave de lectura ha de ser de carácter simbólico»

(Palabras de S.E.R. Cardenal Angelo Sodano)

Antes de analizar el primer tema de la visión profética, hay que tener en cuenta la clave de interpretación dada por el Cardenal Sodano: «Este texto es una visión profética comparable a la de la Sagrada Escritura, que no describe con sentido fotográfico los detalles de los acontecimientos futuros, sino que sintetiza y condensa sobre un mismo fondo hechos que se prolongan en el tiempo en una sucesión y con una duración no precisadas. Por tanto, la clave de lectura del texto ha de ser de carácter simbólico».[1]

Remarco que el Cardenal dijo «visión profética comparable a la de la Sagrada Escritura», porque llama la atención la alusión que el Papa ha hecho en la homilía de la Misa de beatificación, al capítulo 12 del Apocalipsis, que narra la lucha de la Mujer vestida de sol contra el Dragón, un texto de la Escritura netamente simbólico. De hecho, ese fue el texto elegido por el Santo Padre para la primera lectura de la Misa de beatificación.

Además, hizo una aplicación de este texto en la homilía de esa Misa: *Y apareció otra señal en el cielo: un gran Dragón* (Ap 12,3). Estas palabras de la primera lectura de la Misa nos hacen pensar en la gran lucha entre el bien y el mal, pudiendo constatar cómo el hombre, al alejarse de Dios, no puede hallar la felicidad, sino que acaba por destruirse a sí mismo. ¡Cuántas víctimas durante el último siglo del segundo milenio! Vienen a la memoria los horrores de las dos guerras mundiales y de otras muchas en diversas partes del mundo, los campos de concentración y exterminio, los gulag, las limpiezas étnicas y las persecuciones, el terrorismo, los secuestros de personas, la droga y los atentados contra los hijos por nacer y contra la familia. El mensaje de Fátima es una llamada a la conversión, alertando a la humanidad para que no siga el juego del “dragón”, que, con su “cola”, arrastró un tercio de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra (cf. Ap 12,4)».[2]

Resulta por demás interesante la exégesis que el Papa hace de este pasaje del Apocalipsis: «estas palabras de la primera lectura nos hacen pensar en la gran lucha entre el bien y el mal...».

Para entender esta lucha, hay que conocer la táctica de Satanás. El Papa la recordó en 1981 a los jóvenes universitarios, precisamente unos 15 días antes del atentado. Dijo entonces Juan Pablo II: «El demonio existe, tiene un reino y un programa que exigen una estricta lógica de acción, una lógica tal que “el reino del mal” pueda reinar. Es más, que pueda desarrollarse en los hombres a los cuales va dirigido... La lucha entre el reino del mal, del espíritu maligno, y el reino de Dios, no ha cesado, no ha acabado. Ha entrado solamente en una etapa nueva, es más en la etapa definitiva. En esta etapa la lucha perdura en las generaciones siempre nuevas de la historia humana. Aprended a pensar, a hablar y a obrar con claridad evangélica. Llamad pecado al pecado, y no lo llaméis liberación».[3]

El que pueda entender que entienda. ¿Puede quedarnos alguna duda de que la lucha entre el reino del mal, del espíritu maligno, y el reino de Dios no ha acabado, sino que ha entrado en una etapa nueva de la historia humana, en su etapa definitiva?

Por si alguno le queda alguna duda, me limito a citar de Juan Pablo II una exégesis similar al texto del Apocalipsis sobre la lucha de la Mujer y el Dragón. Es una homilía del 15 de agosto de 1984, con ocasión de la Asunción: «*La mujer vestida de sol* del Apocalipsis de Juan es la mujer que después el pecado del hombre ha sido introducida en el centro de la lucha contra el espíritu de las tinieblas. Habla el libro del Génesis. Recordemos las palabras de Dios pronunciadas al Tentador: *Pondré enemistad entre ti y la mujer* (Gen 3,15). Y esto es confirmado en el Apocalipsis: *El dragón se puso delante de la mujer que esta por dar a luz para devorar al niño apenas nacido* (12,4). Nos encontramos en el punto central de la lucha que se desarrolla sobre la tierra, desde el inicio de la historia del hombre (cf. GS 13). La serpiente del libro del Génesis, el dragón del Apocalipsis es el mismo Espíritu de las tinieblas, el Príncipe de la mentira, que, rechazando a Dios y a todo lo que es divino, ha llegado a ser la “negación” encarnada.

La historia del hombre, la historia del mundo, se vuelve bajo la presión incesante de esta negación originaria de Dios llevada adelante por Satanás, negación del Creador por parte de la creatura. Desde el inicio, y desde el momento de la tentación de nuestros primeros padres, y después durante todas las generaciones de los hijos e hijas de la tierra, él trata de introducir su “non serviam” en el alma del hombre. (...) En el centro mismo de la lucha entre el espíritu de la negación de Dios y el servicio salvífico, el Hijo de Dios ha llegado a ser Hijo de María»[4].

La «negación del Creador por parte de la Creatura» de la que habla el Papa en la exégesis que hace del capítulo 12 del Apocalipsis, es propiamente la esencia del materialismo ateo. «La lucha de los sistemas ateos contra la Iglesia y los cristianos» es la moderna versión de la lucha entre el Reino del mal y del maligno y el Reino de Dios. No cabe la menor duda. En el magisterio de Juan Pablo II se menciona muchas veces como un «signo de nuestros tiempos». «La Señora del mensaje parecía leer con una perspicacia especial los signos de los tiempos, los signos de nuestros tiempos... La invitación insistente de María santísima a la penitencia es

la manifestación de su solicitud materna por el destino de la familia humana, necesitada de conversión y perdón».[5] Estas palabras de Juan Pablo II fueron citadas por el Cardenal Sodano en su comunicación.

En otra oportunidad, explicando el sentido de la fiesta de la Asunción, el Papa decía: «Ella es el “signo” grandioso que, según las palabras de san Juan en el Apocalipsis, aparece en el cielo (cf. Ap 12,1). Al mismo tiempo ese signo está unido estrictamente con la tierra. Es ante todo el signo de la lucha “con el dragón” (cf. Ap 12,4), y en esta lucha releemos toda la historia de la Iglesia sobre la tierra: la lucha contra Satanás, la lucha contra las fuerzas de las tinieblas, que no cesan de lanzar sus ataques al Reino de Dios.

Esto es, al mismo tiempo, el signo de la definitiva victoria; en el misterio de la Asunción, María es el signo de esta definitiva victoria, de la cual habla el autor del Apocalipsis: *ahora se ha cumplido la salvación, la fuerza y el reinado de nuestro Dios y la potestad de su Cristo* (Ap 12,10)».[6]

Una alusión muy significativa de la lucha de los sistemas ateos dio Juan Pablo en Fátima, a un año del atentado. Hablando de la maternidad espiritual de la Virgen sobre la Iglesia, se refirió a este aspecto del tercer secreto:

«... desde aquel 13 de mayo de 1917, es difícil no percibir cómo este amor salvador de la Madre abraza en su radio, de modo particular, a nuestro siglo. A la luz del amor fraterno comprendemos todo el mensaje de Nuestra Señora de Fátima. Lo que se opone más directamente al camino del hombre hacia Dios es el pecado, el perseverar en el pecado y, finalmente, la negación de Dios. La programada cancelación de Dios del mundo, del pensamiento humano. La separación de él de toda actividad terrena del hombre. El rechazo de Dios por parte del hombre. En realidad, la salvación eterna del hombre está únicamente en Dios. El rechazo de Dios por parte del hombre, si llega a ser definitivo, guía lógicamente al rechazo del hombre por parte de Dios (Cf. Mt 7,23;10,33): a la condenación.

¿La Madre –que con toda la fuerza de su amor que nutre en el Espíritu Santo– desea la salvación de todos los hombres puede callar sobre todo lo que mina las bases mismas de la salvación? ¡No, no lo puede hacer!

Por esto, el mensaje de Nuestra Señora de Fátima, tan maternal, es, a la vez, tan vigoroso y decidido. Parece severo. Es como si aún hablara Juan el Bautista en las orillas del río Jordán. Invita a la penitencia. Advierte. Llama a la oración. Recomienda el rezo del rosario.

Este mensaje se dirige a todos los hombres. El amor de la Madre del Salvador llega dondequiera que llega la obra de la salvación. Objeto de sus cuidados son todos los hombres de nuestra época, y, a la vez, las sociedades, las naciones y los pueblos. Las sociedades amenazadas por la apostasía y la degradación moral. El hundimiento de la moralidad lleva

consigo las caída de las sociedades»[\[7\]](#).

Días después, en la Audiencia general de los miércoles, nuevamente el Papa se refirió a este aspecto de la tercera parte del secreto, con mucha claridad:

«La peregrinación a Fátima era una necesidad del corazón y, al mismo tiempo, una manifestación del camino que sigue la Iglesia, al final de este siglo, como pueblo de Dios ligado a la humanidad entera con el sentido de una particular responsabilidad por el mundo contemporáneo.

El mensaje que en el año 1917 ha venido de Fátima, considerado a la luz de la enseñanza de la fe, contiene en sí la eterna verdad del Evangelio, aplicada particularmente a las necesidades de nuestra época.

La invitación a la conversión y a la penitencia es la primera palabra y la más fundamental del Evangelio. Esta palabra jamás ha sido prescrita, y en nuestro siglo asume dimensiones particulares delante a la creciente conciencia de la lucha más que nunca profunda entre las fuerzas del bien y del mal en nuestro mundo humano. Este es también el punto central de la solicitud de la Iglesia como testimonian las voces de los Pastores que han indicado “la reconciliación y la penitencia” como el tema más actual (...).

La amenaza por parte de las fuerzas del mal proviene en particular de los errores difundidos propiamente en nuestro siglo, errores que se apoyan sobre la negación de Dios y miran a separar completamente de él a la humanidad, impostando la vida humana sin Dios y, aun más, contra Dios. En el corazón mismo del mensaje que ha salido al inicio de nuestro siglo desde Fátima, se encuentra una penetrante puesta en guardia de estos errores. Las simples palabras, dirigidas a simples niños de campo, están llenas del sentido de la grandeza y de la santidad de Dios, y del ardiente deseo de la veneración y del amor debido a Dios solo.

De ahí también la invitación a acercarse de nuevo a esta Santidad misericordiosa mediante el acto de consagración.

El Corazón de la Madre de Cristo, que está más cercano a la fuente de esta Santidad misericordiosa, desea acercarse a ella todos los corazones: todo hombre y la humanidad entera, las naciones en particular y el mundo entero».[\[8\]](#)

Conclusión:

NO OLVIDARSE que el demonio existe, tiene un reino y un programa que exigen una estricta lógica de acción, una lógica tal que “el reino del mal” pueda reinar... La lucha entre el

reino del mal, del espíritu maligno, y el reino de Dios, no ha cesado, no ha acabado. Ha entrado solamente en una etapa nueva, es más en la etapa definitiva. En esta etapa la lucha perdura en las generaciones siempre nuevas de la historia humana...

No es otra cosa que los dos amores de San Agustín y las dos banderas de San Ignacio. Y nosotros debemos hacer una recta elección, momento a momento. ¡Que la Virgen nos ayude siempre!

[1] *Id.*

[2] Homilía durante la misa de beatificación de los pastorcitos de Fátima Francisco y Jacinta, sábado 13 de mayo, en: *L' Osservatore Romano* (19 de mayo de 2000), n. 20, 3.

[3] Juan Pablo II, Durante un encuentro pascual con los estudiantes universitarios, 26 de marzo de 1981.

[4] Juan Pablo II, 15 de agosto de 1984.

[5] Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial del Enfermo* 1997, n. 1.

[6] Juan Pablo II, Homilía del 15 de agosto de 1982.

[7] Juan Pablo II, *El mensaje de María para nuestro tiempo*, *L'Osservatore Romano* (Roma 1982), 341.

[8] Juan Pablo II, *El mensaje de Fátima*, Audiencia general, 17 de mayo de 1982; cit. en *Con María verso il Duemila*, Editrice Ancora Milano, p. 408.

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

VII. FÁTIMA Y LA ÉPOCA ACTUAL

Vuelvo nuevamente sobre el tema del punto anterior^[1] para subrayar su importancia en la formación de los jóvenes que se forman en nuestra familia religiosa para ser misioneros en el mundo. Aclaro que lo que digo puede aplicarse también para la formación de las religiosas.

1. El drama más grave

Pide el Concilio Vaticano II que los seminarios tengan un «recto conocimiento de la mentalidad de la época actual» a fin de estar «preparados a tiempo para dialogar con los hombres de su época».^[2]

Sin duda que el fenómeno cultural más impresionante de esta época es el ateísmo en todas sus variantes. De hecho, jamás en toda la historia de la humanidad, se dio un ateísmo militante como en esta época. No sólo dominó la mente de muchos filósofos modernos, sino que, además, se hizo ideología y alcanzó el poder en muchas naciones de la tierra. Cosa que nunca antes había pasado con esas dimensiones planetarias.

Según recientes encuestas el ateísmo teórico está disminuyendo en el mundo, pero no así el ateísmo práctico que está creciendo. Ese ateísmo práctico es el de aquellos que «viven como si Dios no existiese». Se puede percibir en la habitual no referencia a Dios en los medios de comunicación social, en todos los niveles de la educación, en los parlamentos, en los medios empresariales y laborales, en los niveles donde se decide la paz o la guerra, en los generadores de opinión...

Estimamos que los mejores trabajos, de nivel científico sobre el ateísmo, fueron publicados por los Padres Cornelio Fabro,^[3] Victorino Rodríguez OP,^[4] y Mons. José Guerra Campos.^[5] El estudio de los mismos es imperioso para conocer en profundidad el fenómeno del ateísmo, sus raíces, sus adalides, sus ramificaciones. En especial, la gravedad del principio de inmanencia que, al quedarse en el ser mental, no llega al ser extra mental, y no puede, por tanto, remontarse válidamente al Principio de todos los seres, al Sumo Ser.

Consideramos que, incluso en amplios sectores de la Iglesia, en especial del progresismo de cepa liberal y de cepa marxista, el ateísmo sigue impactando culturalmente sin que todavía se implementen soluciones de fondo eficaces. Al no tener una formación sólida y al no conocer en

profundidad la cultura moder-na, con todas sus implicancias, aun los de mejor doctrina, son incapaces de tomar una postura vigorosa y definida frente a la misma y, por tanto, la influencia cultural católica es casi nula.

El ateísmo con su negación de Dios, a Dios no le hace nada. Es como los que balearon imágenes de Jesucristo: a Él las balas no le hicieron nada. Todo el ateísmo actual, aun elevado a la enésima potencia, no le quita a Dios ni un gramo de su Gloria intrínseca. Más aún, todo el ateísmo feroz y militante, lejos de destruir a Dios, trabaja –sin que ellos lo quieran–para manifestación de la grandeza de Dios, de su sabiduría, de su omnipotencia, y, sobre todo, de su bondad y misericordia. Ya decía el salmista: *¿Por qué... trazan los pueblos planes vanos? ...se confabulan los príncipes contra Dios y contra su Cristo... El que mora en los cielos se ríe, el Señor se burla de ellos* (Sl 2,1–4). San Pablo nos recuerda: *No os engañéis; de Dios nadie se burla* (Ga 6,7); y a los Corintios: *Escrito está: Cazaré a los sabios en su astucia* (Job 5,13),^[6] a lo cual comenta Santo Tomás: «El Señor atrapó a los sabios en su astucia, en el sentido de que en el mismo hecho de pensar astutamente contra Dios, Dios impide el intento de los mismos, y realiza su propio propósito; del modo como por la malicia de los hermanos de José, que querían impedir el principado de éste, se cumplió por divina ordenación, que José vendido fuese príncipe en Egipto. Es por eso que antes de las referidas palabras, Job dice: *Disipa sus pensamientos, a saber, los de los malvados, para que no puedan llenar sus manos con sus cálculos* (5,2); porque como se dice en Pr 21,30: *No hay sabiduría, no hay ciencia, no hay consejo contra el Señor*».^[7]

El ateísmo a Dios no le hace nada; el ateísmo a quien destruye es al hombre. El ateísmo, de hecho, es un atentado contra el hombre creado *a imagen de Dios* (Gn 1,27). El ateísmo sabe que a Dios no puede afectarlo en su ser ni la blasfemia, ni el sacrilegio, ni el odio, ni la negación de su existir (que es sólo postulatoria,^[8] es decir, fundamentada en un único «argumen-to»: el deseo de que Dios no exista), pero sí puede destruir la imagen de Dios en el hombre; ese es el gran y único logro del ateísmo: la destrucción del hombre. Ese es el drama del humanismo ateo:^[9] en nombre de una supuesta exaltación del hombre, lo destruye. ¿Habrá que recordar, tal vez, que, en nombre del materialismo ateo, mataron 66.000.000 de seres humanos en el período staliniano?^[10] Ese efecto, destructor del hombre, propio del ateísmo ya lo habían advertido los Santos Padres: así, por ejemplo, San Ireneo de Lyon: «si Dios faltara completa-mente al hombre, el hombre dejaría de existir. La gloria de Dios es que el hombre viva, pero la verdad del hombre es ver a Dios».^[11]

Por eso afirmaba Pablo VI que el ateísmo «es el fenómeno más grave de nuestro tiempo».^[12] Esto viene corroborado por el Concilio Vaticano II cuando dice: «uno de los fenóme-nos mas graves de nuestro tiempo»;^[13] al punto que, como afirma más adelante: «la criatura sin el Creador desaparece».^[14]

No se piense que esto sólo afecta a otros continentes. Hoy por el contrario está afectando, y muy gravemente, a toda Latinoamérica. Es uno de los princi-pales problemas de nuestro

continente, y como expresa el inteligente colombiano Darío Castri-Illón Hoyos: «el ateísmo cultural, dentro del cual tiene un espacio amplio el marxista, es un problema de proporciones crecientes que inquieta seriamente al Episcopado latinoamericano».[\[15\]](#)

El hombre que «hace» a Dios, en su cabeza, luego lo niega.

Ya en la antigüedad algunos escépticos habían afirmado:

–«Es el temor ante lo inexplicable (la caída del rayo, el río que arrasa la ciudad) lo que engendra la creencia en Dios» (Petronio).

–«Es conveniente la creencia en Dios; luego, hagamos que exista» (Ovidio).

Y en los siglos recientes:

–«Si Dios no existe, habría que inventarlo» (Voltaire).

–«Sin el mundo, Dios no es Dios» (Hegel).

–«Dios no es más que la humanidad» (Feuerbach).

–«Los hombres hacen a Dios a su semejanza» (A. Huxley).

–«Si tu comportamiento variase ... necesitarías ese dios» (B.Brecht).

–«Dios es el Fondo de nuestro ser» (J.A.T.Robinson).

Traeremos distintos testimonios, aun del *underground* cultural, de *la lumpen-kul-tur*:

–«Dios ha muerto» (Nietzsche).

–«¿Oyes la campanilla? ¡De rodillas! Están llevando los sacramentos a Dios que agoniza» (H.Heine).

–«Dios es la alienación, y la muerte de Dios es la liberación del hombre» (Feuerbach).

–«No tenemos Dios... Todos somos huérfanos. Ni vosotros ni yo tenemos padre» (J.P.Richter).

–«No creas en la magia,

no creas en la Biblia,

no creas en Jesús,

no creas en Hitler,

no creas en Kennedy,

no creas en el yoga,

no creas en Elvis,

no creas en Zimmerman (Bob Dylan),

no creas en los Beatles,

cree en mí, cree en mí» (John Lennon).

–«Hemos paseado por el cielo y no hemos visto ni a Dios ni a los ángeles » (Gagarín).

–«Dios es una anécdota... la existencia ya no es teocéntrica, el hombre puede vivir y de hecho vive sin Dios» (Bergmann).

–«Lo absoluto (Dios) es indeterminable, impensable e inexorable. Es una quimera» (Ludwing von Mises).

–«Yo respeto la figura de Jesucristo, pero para mí no tiene valor trascendente. Es una pequeña anécdota sin ningún valor» (Jean Rostand).

–«Los caminos (para llegar a Dios) son infinitos, el único que no es válido es el de la religión católica» (Nina Hagen).

Al negar a Dios, el hombre se destruye.

Y como *quien siembra vientos, recoge tempestades* (Os 8,7) y «de tales polvos, tales lodos», el ateísmo , teórico y práctico, conduce al estallido del hombre :

–«El hombre es una pasión inútil» (Sartre).

–«Es un ser para la muerte» (Heidegger).

- «Es un perverso polimorfo» (Freud).
- «Es lo que come» (Feuerbach).
- «Es un conjunto de fuerzas electromagnéticas» (B. Russell).
- «Es cosa entre cosas» (Levi–Strauss).
- «Es sólo una máquina compleja» (Lametrie).
- «Es un animal en busca de un significado» (Leroi–Gourgham, etnólogo).
- «Es tierra en movimiento» (Calchaquí).
- «Es una máquina cibernética propensa a error» (Van Resselael Potter).

De ahí, que con razón, pudiera afirmar Foucault: «Hoy no es tanto afirmar la muerte de Dios, cuanto la muerte del hombre... según Nietzsche es el último hombre el que anuncia que ha matado a Dios... (Nietzsche anuncia) el fin del asesino de Dios».

Esta es la gran tragedia de nuestro tiempo: los hombres y los pueblos están escupiendo para arriba; pero su misma saliva, al caer, ensucia sus rostros. Otro escritor decía con verdad: «cuando los dioses mueren, el hombre no encuentra más que una cosa: su cuerpo... La droga, el sexo y la violencia son los sustituti-vos naturales de la desaparición de Dios».

El único remedio.

Hay que comenzar por la cabeza de los que tienen como función ser cabezas, porque, como en los pescados, la pudrición del hombre comienza por la cabeza. Nos parece que lo más conducente, sin negar otras opciones, es comenzar por formar bien a los seminaristas .

Ninguna garantía de sólida formación doctrinal y por tanto de futura perse-verancia , da un joven incapaz de llegar a Dios con la sola luz de la razón. Si un candidato al sacerdocio no está convencido –con convicción personal, libre y racional– que *desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, son conocidos mediante las obras* (Ro 1,20), es «inexcusa-ble»,^[16] a nuestro modo de ver, carece de idoneidad intelectual, y si, luego de toda la ayuda necesaria, por su configuración mental es incompetente para llegar a Dios con la sola luz de la razón natural,^[17] hay que decirle con caridad y claridad que no se lo ve apto para el sacerdocio. Porque si un joven es incapaz de alcanzar una verdad tan elemental y fundamental, ¿cómo podrá después llegar a los grandes misterios de la Santísima Trinidad, del Verbo Encarnado, de la Iglesia, de la Eucaristía...?, cuando lleguen las pruebas en la fe, las

noches oscuras, ¿cómo resistirá? La perversión objetiva que significa no conocer a Dios por la inteligencia –que Dios nos ha dado para que lo conozcamos a Él–es mucho peor que cualquiera otra perversión moral, y es más antinatural que otras graves desviaciones. Además, si no se llega a Dios por la razón, ¿qué podrá conocerse de «la época actual»? ¿de qué manera se podrá defender eficazmente al hombre cuando el supuesto «defensor» está baldado?

Únicamente, con una buena metafísica y buena teología, el sacerdote estará capacitado para ser testigo de la mesianidad y de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo. Sin crisis de identidad.

Sólo Jesucristo puede salvar al hombre y a los pueblos. Es el único que tiene *palabras de vida eterna* (Jn 6,68). Es el único que salva: *en ningún otro hay salvación, pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos* (He 4,12). «El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... (Él) manifiesta plenamente el hombre al propio hombre» [\[18\]](#) Él, sólo Él.

Jesucristo muestra Dios al hombre: *quien me ve, ve al Padre* (Jn 14,9).

Jesucristo muestra el hombre al hombre, como lo presentó Pilatos, con verdad más plena de lo que entendía: *Ecce homo* [\[19\]](#) (Jn 19,5); como lo anunció Juan Bautista: *detrás de mí viene un hombre...* (Jn 1,30).

La época actual tiene urgencia de Jesucristo, sólo Él puede dar Dios y humanidad al hombre actual. Dijo el Papa en Puebla: «quizás una de las más vistosas debilidades de la civilización actual esté en una inadecuada visión del hombre. La nuestra es, sin duda, la época en que más se ha escrito y hablado sobre el hombre, la época de los humanismos y del antropocentrismo. Sin embargo, paradójicamente, es también la época de las más hondas angustias del hombre respecto de su identidad y destino, del rebajamiento del hombre a niveles insospechados, época de valores humanos conculcados como jamás lo fueron antes. ¿Cómo se explica esta paradoja? Podemos decir que es la paradoja inexorable del humanismo ateo. Es el drama del hombre amputado de una dimensión esencial de su ser –el Absoluto–y puesto así frente a la peor reducción del mismo ser» [\[20\]](#)

La base para construir una verdadera civilización es colaborar con todas nuestras fuerzas para que «prevalezca en el mundo un auténtico sentido del hombre, no encerrado en un estrecho antropocentrismo, sino abierto hacia Dios» [\[21\]](#)

Los Obispos argentinos han señalado que el conocimiento del presente los lleva a destacar dos desafíos: la secularización «...que intenta reducirlo todo a la inmanencia ...» [\[22\]](#) y «una justicia largamente esperada» [\[23\]](#) que si, en verdad, se refiere directamente «a la convivencia

responsable de los hombres entre sí», no excluye, sino mas bien incluye, que se le dé Dios al hombre, porque su falta es la mayor y esencial pobreza, la mayor y esencial injusticia. Y no se erradicarán las injusticias que existen entre los hombres entre sí mientras los hombres no se sujeten a la ley de Dios y sepan que serán juzgados por Él.

En fin, simple y sencillamente, para nosotros los católicos, siempre será una verdad que nos enorgullece, dar el testimonio de que: «el Hombre es una estatua de Dios que pasea por el jardín del mundo». [24] Nos lo enseña *el Verbo que se hizo carne* (Jn 1,14), o sea, el Verbo que se hace hombre sin

dejar de ser Dios.

[1] Lo hago reproduciendo un artículo que escribí particularmente para los seminaristas en junio de 1994. Fue publicado ese mismo año en *Ave María*.

[2] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Decreto sobre la formación sacerdotal «Optatam Totius»*,15.

[3] Cf. la monumental obra en dos tomos *Introduzione all' ateismo moderno* (Roma 1964).

[4] Una síntesis muy lograda: *Temas claves de humanismo cristiano* (Madrid 1984) 191–205.

[5] *Lecciones sobre el ateísmo contemporáneo* (Madrid 1978) 185.

[6] Cf. 1 Cor 3,19.

[7] *Ad 1 Cor*, III,180.

[8] Mons. José Guerra Campos, *Lecciones sobre el ateísmo contemporáneo* (Madrid 1978).

[9] Cf. el libro de Henri de Lubac, *El drama del humanismo ateo* (Madrid 1967).

[10] cf. Alexandr Solzhenitsyn, *Alerta a Occidente* (Barcelona 1978) 159–160.

[11] *Adversus haereses*, IV,20,7.

[12] Pablo VI, *Carta Encíclica «Ecclesiam Suam»*,25.

- [13] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* «*Gaudium et Spes*»,19a.
- [14] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* «*Gaudium et Spes*»,36.
- [15] «La vida de la Iglesia en América Latina», *L'Osservatore Romano* 18 (1985) 261.
- [16] Cf. Ro 1,20.
- [17] Esta es una verdad de fe definida por el Concilio Vaticano I, DS 3026.
- [18] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* «*Gaudium et Spes*»,22.
- [19] «Ahí tenéis al hombre».
- [20] Juan Pablo II, *Discurso a la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, *L'Osservatore Romano* 11 (1979) 55.
- [21] Juan Pablo II, *Discurso al presidente y autoridades de la República de Brasil*, *L'Osservatore Romano* 12 (1980) 396.
- [22] Conferencia Episcopal Argentina, *Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización* (Buenos Aires 1990) 16ss.
- [23] Juan Pablo II, *Discurso a los Obispos del CELAM*, *L'Osservatore Romano*, 16 (1984) 671.
- [24] G. K. Chesterton, *Ortodoxia, Obras Completas*, I (Barcelona 1961) 620.

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

VIII. Fátima y los mártires de nuestro siglo

«LOS BUENOS SERÁN MARTIRIZADOS»

(Palabras de la Virgen)

Según se desprende del comunicado del Cardenal Sodano, la tercera parte del secreto de Fátima se refiere en segundo lugar al «inmenso sufrimiento de los testigos de la fe del siglo XX». Es un tema al que la Virgen también se refirió en la segunda parte del secreto cuando profetizó a los pastorcitos: «los buenos serán martirizados». En la tercera parte, la Virgen les mostró este signo de nuestros tiempos con una visión simbólica: «el Obispo vestido de blanco, que ora por todos los fieles es el Papa [...], caminando con fatiga hacia la Cruz entre los cadáveres de los martirizados (obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y numerosos laicos)...».

1. Alusiones al tercer secreto anteriores a la comunicación de su contenido

Me vienen a la memoria las palabras que varios años atrás el Santo Padre dirigió a unos jóvenes alemanes que le preguntaron acerca de por qué los Papas no habían querido revelar la tercera parte del secreto de Fátima. Luego de dar una breve explicación, el Papa sacó un rosario, y mostrándoselo les dijo: «¡Rezad! (...) No será la primera vez que la Iglesia sea purificada a través de la sangre». Mons. León Kruk las reprodujo en su Semanario “Comunidad”, y a estas mismas palabras del Papa parece aludir el periodista Messori en “Informe sobre la Fe”, en la entrevista que hiciera en el año 1985 al Cardenal Ratzinger. Como periodista, no podía eludir la pregunta sobre el secreto de Fátima, y aunque el Cardenal guardó silencio, Messori dedujo en parte los temas del secreto. Transcribo el texto entero, porque ayuda para tener un panorama más completo de la historia del secreto.

Dice Messori: «El juicio sobre las apariciones marianas corresponde a una de las cuatro secciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe (la sección llamada disciplinar). Le pregunto: Cardenal Ratzinger, ¿ha leído usted el llamado “tercer secreto” de Fátima, el que sor Lucía, la única superviviente del grupo de videntes, hizo llegar a Juan XXIII, y que el Papa, después de haberlo examinado, confió al predecesor de Ud., Cardenal Ottaviani ordenándole

que lo depositara en los archivos del Santo Oficio?

La respuesta es inmediata, seca: Sí, lo he leído.

Circulan en el mundo –continuo–versiones nunca desmentidas, que describen el contenido de este “secreto” como inquietante, apocalíptico y anunciador de terribles sufrimientos. El mismo Juan Pablo II, en su visita pastoral a Alemania, pareció confirmar (si bien con prudentes rodeos, hablando privadamente con un grupo de invitados certificados) el contenido, no precisamente alentador, de este escrito. Antes que él, Pablo VI, en su peregrinación a Fátima, parece haber aludido también a los temas apocalípticos del “secreto”. ¿Por qué no se ha decidido nunca a publicarlo, aunque no fuera mas que para evitar suposiciones aventuradas?

Si hasta ahora no se ha tomado esta decisión –responde–, no es porque los Papas quieran esconder algo terrible.

Entonces, insisto, ¿hay algo en el manuscrito de sor Lucía?

Aunque así fuera –replica escogiendo las palabras–esto no haría más que confirmar la parte ya conocida del mensaje de Fátima. Desde aquel lugar se lanzó al mundo una severa advertencia, que va en contra de la facilonería imperante; una llamada a la seriedad de la vida, de la historia, ante los peligros que se ciernen sobre la humanidad. Es lo mismo que Jesús recuerda con harta frecuencia; no tuvo reparo en decir: *Si no os convertís, todos pereceréis* (Lc 13,3). La conversión –y Fátima nos lo recuerda sin ambages–es una exigencia constante de la vida cristiana. Deberíamos saberlo por la Escritura entera.

¿Quiere esto decir que no habrá publicación, al menos por ahora?

El Santo Padre juzga que no añadiría nada a lo que un cristiano debe saber por la Revelación y, también, por las apariciones marianas aprobadas por la Iglesia, que no hacen sino confirmar la necesidad urgente de penitencia, de conversión, de perdón, de ayuno. Publicar el “tercer secreto” significaría también exponerse a los peligros de una utilización sensacionalista de su contenido.

¿Entran tal vez en consideración –aventuro– implicaciones políticas, teniendo en cuenta que, al parecer, también aquí, como en los otros dos secretos, se menciona a Rusia.

Pero el Cardenal dice que no puede extenderse más sobre este punto y se niega con firmeza a entrar en más detalles. Por otro lado, mientras se desarrollaba nuestro coloquio, no hacía mucho que el Papa había consagrado de nuevo el mundo (con una mención particular al Este europeo) al Co-razón Inmaculado de María, respondiendo así a la exhortación de la Virgen de Fátima. Y el mismo Juan Pablo II, herido en atentado un 13 de mayo –aniversario de la primera aparición en la localidad portuguesa–, viajó a Fátima en peregrinación de acción de

gracias a María, «cuya mano –dice– ha guiado milagrosamente el proyectil», haciendo alusión, al parecer, a las profecías que, a través de un grupo de niños, fueron transmitidas a la humanidad y en las que se hace referencia también a la persona de los pontífices».[1]

Las dos deducciones de Messori fueron certeras: el secreto rozaba el tema de Rusia –los sistemas ateos que luchan contra la Iglesia–, y los Papas del siglo XX –el largo *Via Crucis* de los Papas del siglo XX–, incluido el atentado al Papa.

Es interesante notar que el mismo Juan Pablo II se haya referido tres veces a Fátima, en “Cruzando el umbral de la esperanza”, en respuesta a los interrogantes de Messori. En el capítulo “Érase una vez el comunismo”, el Papa dice: «¿Y qué decir de los tres niños portugueses de Fátima, los cuales improvistamente, en 1917, en la vigilia de la explosión de la Revolución de octubre, escucharon: “Rusia se convertirá”, y “Al fin, mi Corazón triunfará...”? No pueden haber sido inventadas por ellos tales predicciones. No conocían la historia y la geografía, y mucho menos tenían conocimiento, de hecho, de movimientos sociales y del desarrollo de las ideologías. Y, sin embargo, ha sucedido cuando habían anunciado.

Quizás también por esto el Papa ha sido llamado de “un país lejano”, quizás por esto era necesario que sucediese el atentado en la plaza San Pedro propiamente el 13 de mayo de 1981, aniversario de la primera aparición en Fátima, a fin que todo aquello llegara a ser más transparente y comprensible, a fin de que la voz de Dios que habla en la historia del hombre mediante los “signos de los tiempos” pueda ser más fácilmente escuchada y comprendida.

Este es el Padre que obra constantemente, y este el Hijo, el cual también obra, y este el invisible Espíritu Santo que es Amor, y como Amor es incesante acción salvífica, creativa, santificante y vivificante».[2]

En el mismo libro el Papa sin aclarar que se trata del secreto de Fátima, habla claramente del atentado a su persona como de un suceso anunciado en Fátima que llegó a su cumplimiento el 13 de mayo de 1981. A ello me referiré en la parte que dedicaré al tercer tema del secreto: el Papa. Ahora me limito a transcribir del mismo libro, un texto muy elocuente sobre la situación de la Iglesia en Europa Oriental después de la caída del comunismo, y sobre los mártires de nuestro siglo, verdadera fuerza de la Iglesia.

«Permítame volver un momento a la actual situación religiosa de Europa. Algunos esperaban que, después de la caída del comunismo, tendría lugar, por así decirlo, *un giro instintivo hacia la religión* en todos los estratos de la sociedad. ¿Ha sucedido esto? Ciertamente no ha sucedido del modo en que algunos se lo imaginaban; y sin embargo se puede afirmar que esto está sucediendo, especialmente en Rusia. ¿Cómo? Sobre todo en forma de vuelta a la tradición y a las prácticas propias de la Iglesia ortodoxa. En aquellas regiones, además, gracias a la reconquistada libertad religiosa, ha renacido también la Iglesia católica presente desde siglos por medio de los polacos, de los alemanes, de los lituanos, de los ucranianos que

habitaban en Rusia; y están llegando comunidades protestantes, y numerosas sectas occidentales, que disponen de grandes medios económicos.

En otros países el proceso de vuelta a la religión, o bien de perseverancia en la propia Iglesia, se desarrolla según haya sido la situación vivida por la Iglesia durante la opresión comunista y, en un cierto sentido, también en relación con sus más antiguas tradiciones. Se puede mostrar esto fácilmente observando sociedades como la de Bohemia, la de Eslovaquia, la de Hungría, y también la de Rumania, de mayoría ortodoxa, o Bulgaria. Una problemática propia presentan la ex Yugoslavia y los países bálticos.

Pero ¿en qué está la verdadera fuerza de la Iglesia? Naturalmente, la fuerza de la Iglesia, en Oriente y en Occidente, a través de los siglos, está en el testimonio de los santos, de los que de la verdad de Cristo han hecho su propia verdad, de los que han seguido el camino que es Él mismo, que han vivido la vida que brota de Él en el Espíritu Santo. Y nunca han faltado estos santos en la Iglesia, en Oriente y en Occidente.

Los santos de nuestro siglo han sido en gran parte mártires. Los regímenes totalitarios, que han dominado en Europa en la mitad del siglo XX, han contribuido a incrementar su número. Los campos de concentración, los campos de muerte, que han producido, entre otras cosas, el monstruoso holocausto judío, han hecho que aparecieran auténticos santos entre los católicos y los ortodoxos, y también entre los protestantes. Se ha tratado de verdaderos mártires. Baste recordar las figuras del padre Maximiliano Kolbe y de Edith Stein y, aun antes, aquéllas de los mártires de la guerra civil en España. En el este de Europa es enorme el ejército de los santos mártires, especialmente ortodoxos: rusos, ucranianos, bielorrusos, y de vastos territorios más allá de los Urales. Ha habido también mártires católicos en la misma Rusia, en Bielorrusia, en Lituania, en los países bálticos, en los Balcanes, en Galizia, en Rumania, Bulgaria, Albania, en los países de la ex Yugoslavia. Ésta es la gran multitud de los que, como dice en el Apocalipsis, “siguen al Cordero” (cfr. 14,4). Ellos completaron con su martirio el testimonio redentor de Cristo (cfr. Col 1,24) y, al mismo tiempo, están en base de un mundo nuevo, de la nueva Europa y de la civilización». [3]

Teniendo en cuenta todo esto, se ve claramente cómo no fue casualidad que el Papa haya realizado el domingo anterior a su peregrinación a Fátima la «Conmemoración de los testigos de la Fe del siglo XX». Explícitamente hizo alusión a ella en la homilía de beatificación de los pastorcitos, recordando que en Fátima «fueron anunciados estos tiempos de tribulación»: «El domingo pasado en el Coliseo de Roma, conmemoramos a numerosos testigos de la fe del siglo XX, recordando las tribulaciones que sufrieron, mediante algunos significativos testimonios que nos han dejado. Una multitud incalculable de valientes testigos de la fe nos ha legado una herencia valiosa, que debe permanecer viva en el tercer milenio. Aquí, en Fátima, donde se anunciaron estos tiempos de tribulación y nuestra Señora pidió oración y penitencia para abreviarlos, quiero hoy dar gracias al cielo por la fuerza del testimonio que se manifestó en todas esas vidas». [4]

2. La «Conmemoración de los testigos de la fe del siglo XX».

Esta «Conmemoración de los testigos de la fe del siglo XX» fue formidable. Varios de los nuestros estuvieron presentes. Todos aquellos que han dado su vida por Cristo en nuestro siglo fueron recordados de manera colectiva en siete grupos distintos, según los continentes y según ámbitos en los cuales de las distintas confesiones han dado testimonio, heroicamente, de la fe. Los grupos de los testigos de la fe de los cuales se hizo memoria fueron los siguientes:

Cristianos que han testimoniando la fe bajo el totalitarismo soviético.

Testigos de la fe, víctimas del comunismo en otras naciones de Europa.

Confesores de la fe, víctimas del nazismo y del fascismo.

Seguidores de Cristo que han dado la vida por el anuncio del Evangelio en Asia y Oceanía.

Fieles de Cristo perseguidos por odio contra la fe católica, testigos de la evangelización en África y Madagascar.

Cristianos que dieron la vida por amor a Cristo y a los hermanos en América.

Testigos de la fe en varias partes del mundo.

La homilía del Santo Padre para esta ocasión fue espléndida, pronunciada con mucha fuerza y entusiasmo. Transcribo tan sólo unos párrafos:

«La experiencia de los mártires y de los testigos de la fe no es característica sólo de la Iglesia de los primeros tiempos, sino que también marca todas las épocas de su historia. En el siglo XX, tal vez más que en el primer período del cristianismo, son muchos los que dieron testimonio de la fe con sufrimientos a menudo heroicos. Cuántos cristianos, en todos los continentes, a lo largo del siglo XX, pagaron su amor a Cristo derramando también la sangre. Sufrieron formas de persecución antiguas y recientes, experimentaron el odio y la exclusión, la violencia y el asesinato. Muchos países de antigua tradición cristiana volvieron a ser tierras donde la fidelidad al Evangelio se pagó con un precio muy alto. En nuestro siglo “el testimonio ofrecido a Cristo hasta el derramamiento de la sangre se ha hecho patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes”.^[5]

La generación a la que pertenezco ha conocido el horror de la guerra, los campos de

concentración y la persecución. En mi Patria, durante la segunda Guerra Mundial, sacerdotes y cristianos fueron deportados a los campos de exterminio. Sólo en Dachau fueron internados casi tres mil sacerdotes; su sacrificio se unió al de muchos cristianos provenientes de otros países europeos, pertenecientes también a otras Iglesias y Comunidades eclesiales. Yo mismo fui testigo en los años de mi juventud, de tanto dolor y de tantas pruebas. Mi sacerdocio, desde sus orígenes, “ha estado inscrito en el gran sacrificio de tantos hombres y de tantas mujeres de mi generación”.^[6] La experiencia de la Segunda Guerra Mundial y de los años siguientes me ha movido a considerar con grata atención el ejemplo luminoso de cuantos, desde inicios del siglo XX hasta su fin, experimentaron la persecución, la violencia y la muerte, a causa de su fe y de su conducta inspirada en la verdad de Cristo.

¡Y son tantos! Su recuerdo no debe perderse, más bien debe recuperarse de modo documentado. Los nombres de muchos no son conocidos; los nombres de algunos fueron manchados por sus perseguidores, que añadieron al martirio la ignominia; los nombres de otros fueron ocultados por sus verdugos. Sin embargo, los cristianos conservan el recuerdo de gran parte de ellos. Lo han demostrado las numerosas respuestas a la invitación de no olvidar, llegadas a la Comisión «Nuevos mártires» dentro del Comité del Gran Jubileo, que ha trabajado con tesón para enriquecer y actualizar la memoria de la Iglesia con los testimonios de todas aquellas personas, también las desconocidas, que *han dado su vida por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo* (He 15,26). Sí, como escribía –la víspera de su ejecución–el metropolitano ortodoxo de San Petersburgo, Benjamín, martirizado en 1922, “los tiempos han cambiado y ha surgido la posibilidad de padecer sufrimientos por amor de Cristo...”. Con la misma convicción, desde su celda de Buchenwald, el pastor luterano Paul Schneider lo afirmaba ante sus verdugos: “Así dice el Señor, yo soy la Resurrección y la Vida”. La participación de Representantes de otras Iglesias y Comunidades eclesiales da a nuestra celebración de hoy un valor y elocuencia singulares dentro de este Jubileo del año 2000. Muestra cómo el ejemplo de los heroicos testigos de la fe es verdaderamente hermoso para todos los cristianos. La persecución ha afectado a casi todas las Iglesias y Comunidades eclesiales en el siglo XX, uniendo a los cristianos en los lugares del dolor y haciendo de su común sacrificio un signo de esperanza para los tiempos venideros. Estos hermanos y hermanas nuestros en la fe, a los que hoy nos referimos con gratitud y veneración, son como un gran cuadro de la humanidad cristiana del siglo XX. Un mural del Evangelio de las Bienaventuranzas, vivido hasta el derramamiento de la sangre.

Muchos rechazaron someterse al culto de los ídolos del siglo XX y fueron sacrificados por el comunismo, el nazismo, la idolatría del Estado o de la raza. Muchos otros cayeron, en el curso de guerras étnicas o tribales, porque habían rechazado una lógica ajena al Evangelio de Cristo. Algunos murieron porque, siguiendo el ejemplo del Buen Pastor, quisieron permanecer junto a sus fieles a pesar de las amenazas. En todos los continentes y a lo largo del siglo XX hubo quien prefirió dejarse matar antes que renunciar a la propia misión. Religiosos y religiosas vivieron su consagración hasta el derramamiento de la sangre. Hombres y mujeres creyentes murieron ofreciendo su vida por amor de los hermanos, especialmente de los más pobres y débiles. Tantas mujeres perdieron la vida por defender su dignidad y su pureza.

El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna (Jn 12,25). Hemos escuchado hace poco estas palabras de Cristo. Se trata de una verdad que frecuentemente el mundo contemporáneo rechaza y desprecia, haciendo del amor hacia sí mismo el criterio supremo de la existencia. Pero los testigos de la fe, que también esta tarde nos hablan con su ejemplo, no buscaron su propio interés, su propio bienestar, la propia supervivencia como valores más grandes que la fidelidad al Evangelio. Incluso en su debilidad, ellos opusieron firme resistencia al mal. En su fragilidad resplandeció la fuerza de la fe y de la gracia del Señor».

Creo que estas palabras del Santo Padre son el mejor comentario al segundo tema de la tercera parte del secreto. Añado que vale la pena conocer los textos de los testimonios que se leyeron en la celebración ecuménica, como será de mucho provecho conocer las “Actas de los Mártires” del siglo XX, que aún no han sido del todo recopiladas, salvo la lista de 12.692 nombres que la Comisión jubilar para los “Nuevos mártires” ya ha registrado. Esperamos también la pronta edición de la nueva versión del Martirologio Romano, uno de los siete libros litúrgicos, que tanto bien hizo su lectura en los siglos pasados.

No obstante la falta de material, están al alcance de todos las “Memorias” del Cardenal Mindzenty, el “Diario de la cárcel” del cardenal Wysinski para tener una idea del “inmenso sufrimiento de los testigos de la fe del siglo XX”. Recomiendo su lectura a todos los miembros de nuestros Institutos, especialmente a los seminaristas. Como también “las memorias de Mons. Tang”, 22 años prisionero del comunismo chino, gran amigo del Cardenal Kung Pin Mei. ¡Cómo se fortalece nuestra fe conociendo las cosas que han soportado por Cristo y de qué modo las han sobrellevado! ¡Con qué paciencia, con qué fortaleza, con qué heroísmo!

Hace pocos días atrás, Mons. Zef Simoni, actualmente obispo auxiliar de Escútari, y confesor de la fe, dio una breve entrevista al “Jornal del Peregrino”, periódico oficial del Jubileo. Relata las persecuciones y la angustia de los terribles años de 1944 a 1990, que bañaron a Albania con la sangre de nuevos mártires. Albania cayó bajo el terror de las persecuciones, guiada por el dictador Enver Hoxha, que desencadenó una lucha feroz contra la fe católica y su clero. Vale la pena que la transcriba entera, para darnos apenas una remota idea de los sufrimientos de los testigos de la fe del siglo XX.

«Monseñor Zef, amenazas, prisión, fusilamientos, terror y torturas. Pero todo esto no ha impedido a los 200 sacerdotes albaneses ejercer su propio ministerio y haber estado siempre cerca de la gente. ¿Qué los animaba?»

—Indudablemente la fe. Sólo con ella se podían soportar esas enormes atrocidades. Todos los sacerdotes arrestados eran sometidos a torturas como descargas eléctricas, les llenaban la boca de sal, les metían la cabeza en un barril lleno de agua helada durante varios días o huevos recién hervidos debajo de las axilas. La valentía nos la daba nuestra fe.

Pero de todas maneras tenían que lograr sobrevivir para estar cerca de la gente...

–Vivíamos en continua clandestinidad. Las iglesias, los santuarios y la catedral de Scutari fueron cerrados. Algunos templos se convirtieron en museos, gimnasios, sedes de asociaciones o teatros. Nosotros nos escondíamos donde podíamos. Celebrábamos la misa en las cantinas, a veces también en las cloacas, ante la presencia de muchos fieles valerosos. En suma, habíamos vuelto a los tiempos primitivos de la Iglesia, cuando los cristianos se escondían en las catacumbas.

Pensar en aquellos días espantosos, hoy que la situación en Albania es diversa, ¿qué le trae a la mente?

–Vivir el terror compartiéndolo con los demás crea un nexo muy fuerte. Algunos amigos míos de la infancia, como el padre Leke Siriani o el padre Pjter Cuni, murieron por las torturas con la cabeza en la cloaca. Quiero decir que las persecuciones han privado al hombre de toda dignidad y civilización, por no hablar de las figuras conocidas de la cultura y de la literatura albanesa y europea pisoteadas. Perdonar y amar. Es la lección del Evangelio». [7]

3. Los mártires: signo de nuestros tiempos

Enseña el Concilio Vaticano II: «...es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los interrogantes de la humanidad...». Analizando los signos de los tiempos, podríamos decir que éste fue el siglo que se caracterizó como el siglo de los «bunkers» nazis, el siglo de los «gulags» de los campos de concentración soviéticos, y el siglo de los «laogais» –los llamados campos de reeducación chinos. Sobre este tema me referí meses atrás en una homilía que titulé “De búnkers, **gulags y laogais**”, [8] para que los seminaristas, que en su mayoría son jóvenes y no alcanzan a darse cuenta de la trascendencia de los hechos de nuestro siglo, aprendan a discernir “los signos de los tiempos”, como les pide la Iglesia.

En esa homilía destacaba que en los búnkers se santificaron, entre otros, San Maximiliano Kolbe y Santa Edith Stein, una de las patronas de Europa; en los gulags, entre otros, María Fix –nueve años estuvo presa–, el P. Estanislao Szulminski, palotino que murió en un gulag en el Ártico, el P. Alexander Saretski de Buguruslán; el cardenal Josef Slipyj, 18 años en un campo de concentración; y en los «laogais», entre otros, el Cardenal Ignatio Kung Pin–mei, Mons. Ten Yi–Ming, Mons. Joseph H. Y. Fan. Nosotros, como católicos, debemos conocer de manera especial el testimonio de todos aquellos mártires de nuestro tiempo que han sido canonizados o beatificados. Me vienen a la memoria, entre otros, algunos nombres para nosotros tan familiares: el beato Miguel Agustín Pro, San Benito de Jesús, los 51 beatos Mártires

Claretianos de Barbastro, etc. Son nuestros hermanos, y por tanto, no podemos pasar desapercibidos *ante esta nube tan grande de testigos* (Heb 12,1). Al contrario, como dice San Pablo, *teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con constancia la carrera que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consume la fe, el cual, por el gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia y está sentado a la diestra del trono de Dios. Fijáos en aquel que soportó tal contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis faltos de ánimo. No habéis resistido todavía hasta la sangre en vuestra lucha contra el pecado* (Heb 12, 1–4).

Conclusión

Como dijo Juan Pablo II: «Que permanezca viva la memoria de estos hermanos y hermanas nuestros a lo largo del siglo y del milenio recién comenzados. Más aún, ¡que crezca! Que se transmita de generación en generación para que de ella brote una profunda renovación cristiana. Que se custodie como un tesoro de gran valor para los cristianos del nuevo milenio y sea la levadura para alcanzar la plena comunión de todos los discípulos de Cristo. Con el espíritu lleno de íntima emoción expreso este deseo. Elevo mi oración al Señor para que la nube de testigos que nos rodea nos ayude a todos nosotros, creyentes, a expresar con el mismo valor nuestro amor por Cristo, por Él que está vivo siempre en su Iglesia: como ayer, así hoy, mañana y siempre».

[1] Cardenal Joseph Ratzinger–Vittorio Messori, *Informe sobre la Fe* (Madrid 1985) 118–122.

[2] Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, cap. 20.

[3] *Ibid.*, cap. 27: cuando el “mundo” dice no.

[4] *Ibid.*, 5

[5] *Tertio millennio adveniente*, 37

[6] *Don y Misterio*, 47.

[7] *El Diario del Peregrino*, lunes 15 de mayo de 2000, número 11, 2.

[8] Cf. *Ave María* n. 40, diciembre de 1999, 1–7, www.iveargentina.org

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

IX. Un confesor de la Fe

«LA PRISIÓN FUE LA PROLONGACIÓN DE MI NOVICIADO»

(Palabras del Mons. Tang)

Continuando con el segundo tema de la tercera parte del secreto de Nuestra Señora de Fátima: «el inmenso sufrimiento de los testigos de la fe del siglo XX», quiero ofrecer a la meditación de todos el testimonio extraordinario de un confesor de la fe del siglo XX, Mons. Dominic Tang, S.I., Arzobispo de Cantón. Gracias al P. Juan Pablo Sajú he conseguido las memorias de Mons. Tang, tituladas “How Inscrutable His Ways! Memoirs 1951–1981”[\[1\]](#). Están escritas en inglés con la simplicidad típica de los chinos. Es de mucho provecho su lectura.

Aquí sólo ofrezco la traducción (colaboración del P. Benito Lagos, VE) de la parte principal del capítulo 31, titulado “My spiritual life”. Se refiere a la vida espiritual que llevaba en la prisión china, cumpliendo prácticamente todo lo que había aprendido en su noviciado. Dice así:

“...Aunque yo tenía pecados, Dios me dio muchas gracias enormes. Cuando estaba en prisión y sentía que todo era difícil acostumbraba a pensar en los sufrimientos de Jesús, y entonces así podía soportarlos. Soy una persona débil; le pedí a Dios que me ayudara, que me enseñara a actuar, y de esa manera me sentía fortalecido. Algunos en tales circunstancias se hicieron de la Asociación Patriótica, y fuera de la prisión tuvieron una libertad sin restricciones. Era más fácil para ellos seguir su propia concupiscencia. Fueron más tentados e incitados a pecar desde afuera, y por eso para ellos fue más fácil caer. Entre ellos estaban incluidos algunos sacerdotes que se casaron.

En principio, se necesita humildad, bondad y un constante ejercicio espiritual para aprender a renunciar al pecado. Cuando se vive en la sociedad se puede tener la ayuda de otros, pero en la prisión uno debe enfrentar todo a solas. Ya he dicho que el trabajo de formación espiritual necesita esfuerzo y práctica. Yo practiqué las virtudes que me inculcaron en el noviciado. Allí aprendí a ser humilde y obediente, a servir a los enfermos, trabajar en la cocina, lavar los pisos y lavar los lavatorios. Cuando me gritaban, debía guardar silencio y mostrar una cara sonriente. ¡Le agradezco a Dios que en mi noviciado tuve tan gran entrenamiento!

Cuando estaba en el Seminario Menor, yo era el Viceprefecto de la Cofradía de Nuestra Señora. Todos los días dirigía las oraciones y la meditación, y enseñaba la doctrina a los niños. Cuando había una fiesta en la Iglesia, la limpiaba y decoraba. Frecuentemente visitaba

al Director Espiritual y aceptaba su dirección, practicaba la mortificación y realizaba obras humildes y espirituales. Pienso que los novicios deberían poner un buen fundamento a su vida espiritual, y cooperar incesantemente con la gracia, y así ser capaces de enfrentar en el futuro todos los cambios del mundo.

En la prisión siempre le pedía a Dios que me concediera la gracia de progresar en las virtudes, por ejemplo, en la humildad y en la obediencia. Consideraba a las autoridades de la cárcel como mis superiores. Yo les obedecía. Obviamente, obedecía sólo aquellas reglas que no se oponían a los principios de mi fe. Trataba de ser gentil y amable con los demás, sin resistir al mal trato de ellos; me controlaban y sufría atropellos, y no me quejaba. Tuve muchas oportunidades en la prisión para practicar la virtud.

En 1982, cuando fui a las Filipinas, les dije a los novicios de Novaliches: “Mi prisión fue la prolongación de mi noviciado”. Mi intención era decir que tuve que practicar las virtudes aprendidas en el Noviciado. Por tanto, si hacemos bien nuestro noviciado, deberíamos ser capaces de enfrentar todas las dificultades y penurias, y hacer la voluntad de Dios.

Hay un dicho que dice: “No vayas a la cárcel durante la vida y no vayas al infierno luego de la muerte”. Para adaptarse uno mismo a la severidad y a la monotonía de la vida de prisión, que está llena de dificultades, uno debe atravesar grandes sufrimientos. Los fundamentos de nuestra fe y de la práctica de las virtudes fueron cimentados en mi niñez. Cuando yo era seminarista, aprendí a hacer la voluntad de Dios. La voluntad de Dios me pidió que practicara la virtud en la prisión. Esto era una muestra de su amor por mí.

Durante mi largo período en prisión, escuché muchas teorías comunistas sobre la posición marxista en contra de la religión y la propaganda sobre la teoría de la evolución de Darwin. Me dijeron que alguien había aterrizado en la luna. Además, el carcelero me dijo: “Nosotros tenemos gente que va a la luna para investigar. El espacio exterior es basto, aparte de las estrellas no se ve nada más. Esto es ciencia. ¿Todavía crees que Dios existe?” En aquel entonces, yo estaba completamente aislado del mundo exterior. Estaba solo. Por lo tanto, era una prueba para mi fe. Pensé en mi corazón: ¿puede ser verdad lo que me dicen? En esas circunstancias realmente no era fácil creer en Dios. Hice un acto de fe, y recé fervientemente: “Dios, yo creo en ti”. Cuando tenía oportunidad, miraba a través de la pequeña ventanita y observaba un alto eucalipto. En la primavera lo veía brotar, en verano estaba cubierto de hojas. En otoño se volvían amarillas, y en invierno caían. El segundo año, el tercer año, año tras años, todo era lo mismo. Los cambios en los árboles, las cuatro estaciones, la hermosa vista de la puesta del sol, las aves volando en el cielo y cantando, ¿es todo eso casual? Si no hubiera Dios, si no hubiera Creador, ¿cómo podría haber semejante orden natural? Todo esto está arreglado por el Creador y son pruebas de la existencia de Dios. Así mi fe se fortaleció más y creí firmemente. Cuando me atacaban con el materialismo, el ateísmo o con falsos argumentos científicos, inmediatamente me dirigía a Dios y le rezaba, y Él me daba la gracia para conservar mi fe.

Además de seguir las reglas y horarios de la prisión, también me hice mi propio horario. Cada mañana luego de levantarme recitaba la oración del Apostolado de la Oración, ofreciendo el día a Dios. Luego decía el “Veni Creator”, porque en cada día había muchos acontecimientos que necesitaban la luz del Espíritu Santo. Luego hacía media hora de meditación sobre los hechos de Cristo, sus milagros; meditaba especialmente los misterios del Santo Rosario. Sobre todo me gustaba meditar en la Pasión de Jesús, y recitar algunas oraciones de la Misa en latín que recordaba. (Pero en los últimos años recordaba muy poco). Recitaba las oraciones de la consagración del Cuerpo y Sangre de Cristo y hacía entonces una Comunión espiritual. Esto se me hizo un hábito. No importaba si me llevaban o no al interrogatorio. Recitaba diariamente 15 decenas del Rosario en lugar del Oficio Divino. También recitaba 5 decenas más, pidiendo a Nuestra Señora que protegiera nuestra diócesis de Cantón. Como no tenía las cuentas del Rosario, las contaba con mis dedos. A veces estaba distraído y me llevaba una hora decir las cinco decenas del Rosario. Cuando rezaba ponía mis manos debajo del periódico, y simulaba leer el diario. Solía decir jaculatorias tales como: “Jesús, creo en ti, te amo, por favor enséñame que debo hacer. Hazme progresar cada día en virtud”. Rezaba diariamente por el Papa, por los sacerdotes, las Hermanas, los católicos de Tung Kong, Pak Kong, Nam Hoi, Shun Tak, Tung Koong, Cantón, por mis padres y parientes, y por la Iglesia y sus fieles.

Antes y después de cada comida siempre rezaba, pero antes y después de las comidas los carceleros venían a espiarme, y si ellos sospechaban que estaba rezando me gritaban. Durante la meditación, me sentaba silenciosamente o permanecía de pie mirando por la ventanilla. Si los carceleros me veían, me gritaban diciendo: “¿Estás rezando otra vez? ¡Siéntate!”

Mi oración preferida era la oración ignaciana: “Suscipe Domine”: “Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo cuanto soy y cuanto tengo. Vos Señor me lo disteis, a Vos Señor lo torno. Todo es vuestro. Disponed de ello según tu voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que ella me basta” (Plegaria de San Ignacio).

Cuando en mayo de 1981 fui a Roma a ver a mi Superior General, luego de haber hablado con mis compañeros jesuitas, el Padre Arrupe, nuestro Superior General, me pidió que recitara esta oración con todos los miembros presentes. Además de mi oración y meditación, cada día cantaba algunos himnos en voz baja: “Jesús, yo vivo por ti; Jesús, muero por ti; Jesús, yo te pertenezco. ¡Vivo o muerto soy para Jesús!”. Este himno me lo enseñó un prisionero protestante que vivió en mi celda. Por la noche antes de retirarme, cantaba. “Buenas Noches, Santa María, mi misericordiosa Madre...”. A veces cantaba “Adeste fideles”, “Noche de Paz” y otros himnos que recordaba. Estos breves himnos me dieron gran fuerza espiritual.

Al mediodía hacía un breve examen de conciencia y antes de acostarme en la noche hacía otro examen y un acto de contrición y decía: “Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía; Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía; Jesús, José y María, que expire en

paz el alma mía en vuestra compañía”. Y agregaba tres Ave Marías, y entonces me iba a la cama. Los viernes y domingos además de mis usuales oraciones, hacía el *Via crucis* (uno simple). Una vez al año hacía un retiro de ocho días, haciendo dos meditaciones cada día. Luego me examinaba diariamente en mis relaciones con Dios, con los demás, conmigo mismo, y respecto a los tres votos. Incluso en tiempos de dificultad, siempre hice mis ejercicios. Los Ejercicios Espirituales eran el centro de mi vida, y la fuente de mi renovación y reforma. Afortunadamente antes de mi encarcelamiento a menudo prediqué Ejercicios, por lo que me acordaba de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, y el orden y la materia de las meditaciones. Durante las meditaciones trataba de encontrar mi defecto dominante. Luego de cada Ejercicio hice propósitos para la reforma de vida. Donde algo me faltaba, trataba de progresar. Durante mi prisión, tuve sufrimientos de todas clases: el dolor de estar solo, los interrogatorios de los jueces, las presiones de la gente podrían haber debilitado mi voluntad. Tuve que entrenarme para tener un espíritu inflexible y una voluntad firme. Cada día acudía a la oración y a la meditación. Si tenía que presentarme para los interrogatorios ni dejaba de hacer mi oración, ni era laxo con ella. Encontraba algún otro tiempo para hacerla. Cada día decía un cierto número de oraciones y rezaba con sinceridad y humildad. Este era el modo de entrenar mi voluntad y de guardar mi fe en la verdad intacta, sin salirme del camino recto o perder mi fe. Cada día rezaba, meditaba, y cantaba himnos para que no me quedara tiempo libre. Realizar siempre la misma ejercitación espiritual cada día, fue un apoyo para el largo período de prisión y me dio la fuerza para sobreponerme tanto a las penurias materiales como a las espirituales, y tener un corazón sereno. Dios me dio la gracia de un espíritu optimista, alentándome constantemente a ver el lado bueno de las cosas, y rara vez el lado malo. Estuve en prisión por Dios, por la Iglesia. Mi conciencia estaba en paz en tanto cumplí mis obligaciones hacia Dios y la Iglesia. Si algún día me hubiera tocado morir, habría muerto en paz. Si hubiera sido puesto en libertad, habría continuado sirviendo a Dios y a la Iglesia. Estos pensamientos y sentimientos felices, esta paz en lo profundo de mi alma, alentaron mi espíritu durante los 22 inviernos y veranos de mi vida en prisión».

Hasta aquí Mons. Tang.

Lo último que quiero destacar sobre este tema es algo que me ha llamado la atención. Mientras Mons. Tang estaba en la prisión, sufriendo lo que sufrió; mientras los mártires de Barbastro eran conducidos en el “camión de la muerte” al cementerio para ser fusilados; mientras San Maximiliano Kolbe se encontraba en el búnker de la muerte; o bien, mientras tantos miles más eran conducidos en nuestro siglo al martirio, había alguien que rezaba fervorosamente por ellos, ofreciendo por ellos sacrificios gratos al Señor. Escondida primero en el convento de las Doroteas, y luego en el Carmelo, Sor Lucía, la niña que a los 10 años tuvo la visión de los mártires del siglo XX, pedía para ellos fortaleza y perseverancia en la tribulación. Con sus 93 años, ella fue contemporánea de todos los mártires del siglo XX, y rezó por ellos, y también siempre reza por Argentina.

[1] Caritas Printing, Hong Kong, 2d ed., 1991.

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

X. El Papa

«EL OBISPO VESTIDO DE BLANCO, QUE ORA POR TODOS ...»

(Palabras de Lucía)

Continuando con los temas del tercer secreto de Fátima, quiero referirme al tercer aspecto: «el Obispo vestido de blanco que ora por todos...», el Papa.

En el texto del comunicado del Cardenal Sodano se revela lo que parece ser el eje central de la visión: «La visión de Fátima (...) es un interminable *Via Crucis* dirigido por los Papas del Siglo XX. Según la interpretación de los “pastorinhos”, interpretación confirmada recientemente por Sor Lucía, el “Obispo vestido de blanco” que ora por todos los fieles es el Papa. También él, caminando con fatiga hacia la Cruz entre los cadáveres de los martirizados (obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y numerosos laicos), cae a tierra como muerto, bajo los disparos de arma de fuego. Después del atentado de 13 de mayo de 1981, a Su Santidad le pareció claro que había sido “una mano materna quien guió la trayectoria de la bala”, permitiendo al “Papa agonizante” que se detuviera “a las puertas de la muerte”.^[1] Con ocasión de una visita a Roma del entonces Obispo de Leiría–Fátima, el Papa decidió entregarle la bala, que quedó en el jeep después del atentado, para que se custodiase en el Santuario. Por iniciativa del Obispo, la misma fue después engarzada en la corona de la imagen de la Virgen de Fátima».

A partir de estos datos podemos analizar tres puntos:

El Obispo vestido de blanco.

El interminable *Via crucis* de los Papas del siglo XX.

El atentado al Papa.

1. «El Obispo vestido de blanco»

Podemos preguntarnos si en su momento sabrían los pastorcitos que significaba «el Obispo vestido de blanco». Según declaraciones de Lucía del año pasado, cuando la Virgen les habló

de Rusia, ellos pensaron que se trataba de «una señora muy mala», que necesitaba de oraciones y sacrificios para convertirse, y por lo que se deduce de las *Memorias de Lucía*, parece que tampoco sabían bien quién era el Santo Padre, al menos Jacinta y Francisco, que aún no habían estudiado el Catecismo. Cuenta Lucía en la *Memoria primera*:

«Fueron a interrogarnos dos sacerdotes que nos recomendaron que rezásemos por el Santo Padre. Jacinta preguntó que quién era el Santo Padre; y los buenos sacerdotes nos explicaron quién era y cómo necesitaba mucho de oraciones.

En Jacinta arraigó tanto el amor al Santo Padre, que siempre que ofrecía un sacrificio a Jesús, añadía: y por el Santo Padre. Al final del Rosario, rezaba siempre tres avemarías por el Santo Padre; y algunas veces decía:

–¡Quién me diera ver al Santo Padre! ¡Viene aquí tanta gente y el Santo Padre no viene nunca!

En su inocencia de niña, creía que el Santo Padre podía hacer este viaje como las otras personas». [2]

Es interesante notar cómo arraigó en Jacinta el amor al Santo Padre, cómo rezaba y se sacrificaba por él. Cuando Juan Pablo II en la homilía de beatificación agradeció a Jacinta de un modo especial, todas las oraciones y sacrificios hechos por el Santo Padre, «a quien vio en gran sufrimiento», el aplauso de más de un millón de personas sonó con una fuerza impresionante en la explanada del Santuario. Hablando de este amor al Santo Padre, continúa contando Lucía:

«Ya dije a V. Excia. Rvma. en el escrito sobre mi prima, cómo fueron dos venerables sacerdotes, quienes nos hablaron de Su Santidad y de la necesidad que tenía de oraciones. Desde entonces, no ofrecíamos a Dios oración o sacrificio alguno, en que no dirigiésemos una súplica por Su Santidad. Y concebimos un amor tan grande al Santo Padre que, cuando un día el Sr. Cura dijo a mi padre que seguramente yo iba a tener que ir a Roma, para ser interrogada por el Santo Padre, batía las palmas de alegría y decía a mis primos:

–¡Qué bien, si voy a ver al Santo Padre!

Y a ellos se les caían las lágrimas, y decían: Nosotros no vamos, pero ofrecemos este sacrificio por él». [3]

Una cosa que poco se conoce es que Jacinta, además de las seis apariciones “oficiales”, recibió del Cielo otras visitas de la Virgen, y algunas revelaciones particulares sobre el Papa, que no recibieron Lucía y Francisco. Entre estas, las visiones que se narran en la *Memoria segunda*:

«Un día fuimos a pasar las horas de la siesta junto al pozo de mis padres. Jacinta sentóse al borde del pozo; Francisco, conmigo, fue a buscar miel silvestre en las zarzas de un matorral que había junto a un ribazo de allí. Pasado un poco de tiempo, Jacinta me llamó:

—¿No has visto al Santo Padre?

—¡No!

—No sé como fue. He visto al Santo Padre en una casa muy grande, de rodillas, delante de una mesa, llorando con las manos en la cara. Fuera de la casa había mucha gente, unos le tiraban piedras, otros le maldecían y decíanle muchas palabras feas. ¡Pobrecito, el Santo Padre! Tenemos que rezar mucho por él.

Dije antes como, un día, dos sacerdotes nos recomendaron rezar por el Santo Padre y nos explicaron quién era el Papa. Jacinta me preguntó después:

—¿Es el mismo que yo vi llorar y del cuál aquella Señora nos habló en el secreto?

—Lo es —respondí—.

—Sin lugar a dudas aquella Señora también lo mostró a estos sacerdotes. ¿Te das cuenta? Yo no me engañé. Es necesario rezar mucho por él.

En otra ocasión, fuimos al Roquedal del Cabeço. Llegamos allí, nos pusimos de rodillas en tierra, para rezar las oraciones del Ángel. Pasado algún tiempo, Jacinta se pone en pie y me llama:

—¿No ves muchas carreteras, muchos caminos y campos llenos de gente que lloran de hambre por no tener nada para comer? ¿Y el Santo Padre en una iglesia, rezando delante del Inmaculado Corazón de María? ¿Y tanta gente rezando con él?

Pasados algunos días me preguntó:

—¿Puedo decir que vi al Santo Padre y a todas aquellas gentes?

—No. ¿No ves que eso forma parte del secreto, y luego se descubriría todo?

—Está bien; entonces no digo nada».[\[4\]](#)

Si prestaron atención a este último texto, publicado hace ya más de medio siglo, se podrán dar cuenta cómo a partir del mismo era posible deducir que la tercera parte del secreto hacía

alusión al Santo Padre. Lucía le responde a su prima que no cuente esta visión del Papa, aunque no fuese la visión del secreto, porque como el Papa «forma parte del secreto», podría «descubrirse todo». No obstante esto, esta visión fue publicada en la *Memoria tercera*, solicitada por el obispo y la superiora de la vidente, con el deseo de publicar una nueva biografía de Jacinta en el 25º aniversario de las apariciones. Lucía, dada la importancia del acontecimiento, consideró que era el momento indicado para contar aquello que ha obrado la transformación de Jacinta: la visión del infierno y el Inmaculado Corazón de María; y por eso narra en esta *Memoria* las dos primeras partes del secreto, y envía la tercera al Santo Padre. Esta *Memoria* que contiene las visiones que acabo de citar, fue entregada al obispo de Leiría el 31 de agosto de 1941 y se hizo pública el 13 de octubre de 1942 en una carta pastoral del beato Ildefonso Schuster, cardenal arzobispo de Milán.

Con respecto a estas visiones sobre el Papa, en 1948 William Thomas Walsh, autor del libro “Nuestra Señora Fátima”, entrevistó con permiso del Obispo de Fátima a Sor Lucía, y le preguntó: «Algunas personas creen que la visión de Jacinta de un Papa perseguido se refería a algún Pontífice determinado. Algunas creen que ella vio al actual Santo Padre Pío XII». Lucía simplemente le respondió: «Jacinta dijo que era un Papa. No hubo nada que indicase un Papa determinado».[5]

Aclaro que esa fue la respuesta de Lucía en 1948, treinta años antes de que subiera al pontificado el Papa de la tercera parte del secreto, Juan Pablo II, y que son diversas las opiniones sobre las visiones del Santo Padre tenidas por Jacinta. Algunos opinan que una de ellas ya se cumplió en tiempos de Pío XII porque la visión de Jacinta tiene un gran parecido con el hecho de la primera consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María, realizada por Pío XII, en la Basílica de San Pedro, el 8 de diciembre de 1942. Además, en varias regiones de Europa se había desencadenado una fuerte persecución contra él. Pero otros, por ejemplo, el P. Joaquín M. Alonso, CMF, conocido experto en “Fatimología”, piensa que «se trata de una visión que alude al futuro».[6]

Si hay algo que se puede afirmar con certeza es que la visión que los pastorcitos tuvieron en la tercera parte del secreto, especialmente se refería al Papa que se unió a los mártires del siglo XX, sufriendo el atentado que le llevó al borde de la muerte y que le convirtió en confesor de la fe. Y esta certeza la ha confirmado Navarro Valls, vocero de la Santa Sede, cuando en una conferencia de prensa, dio las dos razones de por qué no quiso Juan Pablo II ser él quien diera el anuncio de la tercera parte del secreto, sino el Cardenal Sodano:

«Primero, porque el Papa siempre se ha reservado personalmente la publicación del mensaje, desde que él mismo es claramente el protagonista de la visión profética.

Segundo, dijo, quería destacar el carácter oficial del anuncio preservando claramente la distinción entre esta visión, que es una revelación privada, y el cuerpo de la Revelación transmitida a través de las Escrituras y la Tradición de la Iglesia».[7]

Lo último que quiero remarcar de este punto es materia para seguir profundizando: el carácter ecuménico de la visión, ya que el Papa es ante todo, “obispo” dentro del Colegio episcopal, pero, además de ser “primus inter pares” por ser obispo de Roma, es decir, por ser sucesor del Primado de honor de Pedro, tiene el Primado de jurisdicción del Príncipe de los Apóstoles. Otro elemento esencial de la función del Papa es su carácter de “pontífice máximo”, o “sumo pontífice”, cosa que la visión parece dejar en claro al decir “el obispo que ora por todos”. Esa es su función como pontífice: interceder por todos. Recuerdo aquí el hermoso capítulo de “Cruzando el umbral de la esperanza”, titulado: “La oración del Vicario de Cristo”: «Gaudium et spes, luctus et angor hominum huius temporis, los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de hoy (...) son objeto de la oración del Papa».[8]

2. «El interminable Via crucis de los Papas del siglo XX»

Leyendo la historia de la Iglesia, se puede observar como el sufrimiento es parte del testimonio que debe dar aquel que es “Vicario” del Redentor. Jamás ha habido un Papa sin cruz, ¡y qué cruces! Hermosamente San Jerónimo llamaba a Pedro «el discípulo de la cruz». En dos mil años de pontificado, los Papas han sufrido vicisitudes muy grandes: en los tres primeros siglos, diez atroces persecuciones por parte del Imperio Romano; luego, las invasiones de los bárbaros, los saqueos de Roma... ¡Cuántas persecuciones, cuántos Papas desterrados, cuántos Papas mártires...! Los libros litúrgicos y hagiográficos de la Iglesia de Roma consideran como Mártires a todos los Papas anteriores a Silvestre I (314–335), dice el Anuario Pontificio.[9] Esto significa que los 32 primeros Papas o murieron mártires o fueron confesores de la fe. Y por este camino de sufrimiento han debido caminar también los Papas del siglo XX, en medio de los terribles acontecimientos de nuestro siglo. No en vano la Santísima Virgen habló en la segunda parte del secreto de «persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre», y como si sintetizara la historia del Papado del siglo XX, anunció claramente: «el Santo Padre tendrá que sufrir mucho». Veamos una síntesis de esta “Vía dolorosa”:

León XIII (muerto en 1903). Nuestro siglo comenzó con los tres últimos años del extraordinario Pontificado de León XIII. Lo que hizo y lo que sufrió este Pontífice, todas sus solicitudes y preocupaciones, han quedado reflejadas de un modo especial en sus encíclicas, que son magníficas. Pienso, entre otras, en la “*Rerum novarum*”, en donde el Papa busca una solución justa a la situación dramática que vivían los obreros, en la época de la Revolución industrial.

San Pío X (1903–1914). Basta leer su biografía, para conocer sus sufrimientos. Soportó numerosas persecuciones por parte del Modernismo, al que refutó en la encíclica “*Pacendi Dominici grecis*”, y al que definió como «cloaca de todas las herejías». Murió tres años antes de las revelaciones de Fátima, pero vio proféticamente los horrores de la Gran Guerra, como está atestiguado en su proceso de canonización. A pocos días de iniciada la guerra, un

general le vino a pedir la bendición para sus ejércitos. «Yo no puedo bendecir la guerra», le respondió, y después de esto quedó tan agobiado, que murió a los pocos días. De él dirá el Padre Pío que «fue la primera víctima de la Guerra».

Benedicto XV (1914–1923). Le tocó vivir toda la Primera Guerra Mundial, los años posteriores, y el inicio de la revolución en Rusia. Era el Papa reinante en tiempos de las apariciones de Nuestra Señora. Comentando las tribulaciones de este pontificado, dice Giorgio Rumi, uno de los historiadores más prestigiosos de Europa, en una entrevista publicada en “*Avvenire*”^[10]: «El punto de partida está en el hecho más simple del mundo, aunque nadie lo ha dicho nunca: el 13 de mayo de 1917 se sitúa en el medio, entre la primera y la segunda revolución rusa, por lo tanto es ya el final de la vieja Rusia imperial y ortodoxa, y existe la gran incógnita de este comunismo que crece. El primero de agosto –continúa Rumi– Benedicto XV envía su famosa nota a todos los jefes de las naciones beligerantes, un hecho sin precedentes. Para nosotros 1917 es el año de Caporetto, después está la revolución bolchevique. Es verdaderamente el año terrible por definición, algo apocalíptico. Lo que sucedió en Fátima está muy lejos de ser idílico, es un comienzo tremendo».

Pío XI (1923–1939). Sobre su época, comenta el historiador Rumi: tiempo «igualmente apocalíptico porque, aunque es cierto que no hay guerra, sin embargo en cierta manera la situación es aún peor porque se sabe que la guerra volverá». Se suman a esta situación las persecuciones en México, después en España y luego en Alemania, mientras que, a lo largo de esos 17 años de pontificado, comienza en Rusia la primera persecución auténticamente “neroniana”, y el hecho de que en el punto de mira esté la Iglesia ortodoxa no cambia nada las circunstancias. No es casualidad que en 15 días, en 1937, el Papa Pío XI publique sus dos encíclicas, “*Divini Redemptoris*” y “*Mit Brennender Sorge*”, en las que identifica claramente en el comunismo y en el nazismo los dos ateísmos armados.

Pío XII (1939–1958). En el recorrido de este *Via crucis*, llegamos a Pío XII. «Estoy convencido de que cuando llegue el tiempo de la apertura de los archivos, se verá el sufrimiento del Papa Pacelli y de sus colaboradores» –afirma Rumi–.

Por mi parte, lo que recuerdo del sufrimiento de Pío XII es que durante su pontificado la Iglesia bajó a las Catacumbas, y se convirtió en la Iglesia clandestina tanto en Europa Oriental como en China. ¿Cómo olvidarse de aquella fotografía de Pío XII con los brazos abiertos en cruz, en medio del pueblo romano, minutos después del bombardeo de la basílica de San Lorenzo extramuros? Es la imagen del Pontífice, que implora la misericordia para su pueblo y de un pastor que no abandona al rebaño a pesar de todos los riesgos para su propia vida (de hecho no quiso huir de Roma cuando los alemanes tomaron la ciudad). Con toda razón se le llamaba el “Pastor Angélico”. Estuvo muy relacionado con Fátima. Fue el Papa que consagró por primera vez el mundo y Rusia al Inmaculado Corazón de María, y fue consagrado obispo el 13 de octubre de 1917, el mismo día de la última aparición y del milagro de la danza del sol. Este milagro él mismo lo vio desde los Jardines Vaticanos, pero en otra ocasión, en 1950, según

atestiguó el Cardenal Tedeschini el 13 de octubre de 1951, durante la clausura del Año Santo en Fátima.

Juan XXIII (1958–1963). Hablando de las dificultades de su Pontificado, dice Rumi: «“Papa bueno” pero no bonachón, hombre sabio, profundo, hombre de su tiempo. Nuncio en Francia, fue severo hacia los sacerdotes obreros, y absolutamente responsable cuando salvó al episcopado francés de tan apresuradas condenas gaullistas de colaboracionismo con Vichy: también él tuvo que llevar una tiara de espinas, no nos olvidemos del inicio del Concilio».

Pablo VI (1963–1978). De su tiempo, comenta Rumi: «¿Cómo omitir que aquellos fueron años espantosos? Y, sobre todo, del post-Concilio: Pablo VI fue el guía en los difíciles años de la transición, tuvo que conducir la *ostpolitik*, en una palabra: mantener encendida la llama».

Sobre el sufrimiento de Pablo VI, en aquellos tiempos turbulentos, un testimonio elocuente es la carta que le envió el beato Padre Pío de Pietrelcina:

«Santidad (...) sé que vuestro corazón sufre mucho en estos días por la suerte de la Iglesia, por la paz del mundo, por las tantas necesidades de los pueblos, pero sobre todo por la falta de obediencia de algunos, por si fuera poco católicos, a la alta enseñanza que Vos nos dais, asistido del Espíritu Santo y en nombre de Dios. Os ofrezco mi oración y sufrimientos cotidianos, como pequeño pero sincero regalo del último de vuestros hijos, a fin de que el Señor os conforte con su gracia para continuar el derecho y fatigoso camino, en la defensa de la eterna verdad, que jamás cambia con el mudar de los tiempos.

También en nombre de mis hijos espirituales y de los “Grupos de Oración” os agradezco por la palabra clara y decisiva que habéis dicho, especialmente en la última encíclica “*Humanae vitae*”, y reafirmo mi fe, mi incondicionada obediencia a vuestras iluminadas directivas».[\[11\]](#)

Juan Pablo I (1978). Apenas tuvo un mes de pontificado, pero no por esto ha dejado de estar unido al *Via crucis* de los Papas del siglo XX. También Juan Pablo I tuvo su ligamen a Fátima, como ha revelado recientemente el hermano del Papa, Edoardo Luciani: «En marzo de 1978, cuando era todavía patriarca de Venezia, mi hermano fue a Fátima en peregrinación. Cuando retornó vino a pasar algunos días aquí, a Canale d’Agordo. Estaba extraño, se encontraba siempre solo. Le pregunté que cosa tenía, y me respondió que en Fátima sor Lucía le había mandado llamar y que le había hablado. “Sigo pensando en aquello que me ha dicho”, me confidenció. Pero no quiso revelarme el contenido de su coloquio. Cuando murió, su secretario me dijo que aquel coloquio había durado dos horas y que mi hermano había salido impresionado. Estoy convencido que sor Lucía le predijo la elección al papado y su muerte».[\[12\]](#)

Llegamos así a la última estación de este *Via crucis* de los Papas del siglo XX: **Juan Pablo II**. Testigo de los sufrimientos de los mártires del siglo XX, se unió a ellos con su propia sangre.

«También él, caminando con fatiga hacia la Cruz entre los cadáveres de los martirizados (obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y numerosos laicos), cae a tierra como muerto, bajo los disparos de arma de fuego».

Ahora como conclusión transcribo la interpretación que de este *Via crucis* dio el Cardenal Sodano, en una breve entrevista al *Corriere de la Sera*[\[13\]](#):

«Eminencia, ¿por qué el Papa ha elegido revelar el secreto aquí y no en Roma?»

–Porque Fátima era el lugar justo, un lugar–símbolo por evidentes motivos.

¿Una elección ligada a la beatificación de Francisco y Jacinta Marto?

–Hacía mucho tiempo que el Papa pensaba hacerlo. Se trataba de encontrar la ocasión propicia. Y ha arribado con la beatificación. Pero se trata también de una elección ligada al milenio que se cierra, al siglo apenas traspasado, un siglo lleno de sufrimientos y de tribulaciones.

¿Cuánto ha contado la espera de los fieles?

–Era oportuno que estas visiones simbólicas vinieran reveladas porque no tienen nada de misterioso.

¿Qué cosa representan?

–Repito: es la tragedia de este siglo que viene recorrida.

¿Qué significado tienen estas visiones para la Iglesia?

–Revelan que la Providencia guía al pueblo de Dios, no obstante tantos sufrimientos...

¿Y después?

–Subrayan el hecho que la Virgen Santísima es madre de la Iglesia y de sus pastores. Y de modo particular del Papa. Todas cosas que nos dan una gran esperanza para el nuevo milenio.

¿Cuál?

–La de que la Providencia de Dios continuará en guiar a la Iglesia en los años que vendrán».

- [1] Juan Pablo II, *Meditación con los Obispos italianos desde el Policlínico Gemelli*, 1994.
- [2] *Memoria primera*, 34.
- [3] *Memoria segunda*, 2.
- [4] *Memoria tercera*, 112.
- [5] William Thomas Walsh, *Nuestra Señora de Fátima*, Espasa–Calpe (Madrid 1960) 277.
- [6] *Memoria tercera*, 112 (nota 15).
- [7] ACI digital, 14 de mayo de 2000.
- [8] cf. 21–26.
- [9] *Anuario Pontificio 2000*, Librería Editrice Vaticana, 7.
- [10] Domenica 14 de mayo 2000, 2; también en: Zenit, 15 de mayo 2000: “El siglo XX a la luz de Fátima”. Declaraciones del historiador Giorgio Rumi.
- [11] *Epistolario, A Sua Santità Paolo VI*, t. IV, San Giovanni Rotondo (Italia 1998), 12–14.
- [12] Corriere della Sera, 14 magio 2000, 4: “Il fratello di Papa Luciani: ora finirano le voci sulla sua morte”.
- [13] Corriere della Sera, 14 magio 2000, 2.

[\[Volver Atrás\]](#)

XI. Un signo de los tiempos: Juan Pablo Magno

Continuando con el tema del capítulo anterior, me detengo en un gran signo de nuestros tiempos: el Papa Juan Pablo Magno. Ya he hablado de esto en otras oportunidades,[\[1\]](#) pero ahora deseo hacerlo a la luz de Fátima, especialmente a la luz del atentado del 13 de mayo de 1981, profetizado 64 años antes en la tercera parte del secreto. Divido este capítulo en dos puntos:

1. El atentado.
2. Juan Pablo II: un signo de los tiempos.

1. El atentado al Papa

En estos días el tema del “secreto de Fátima” ha vuelto a ser noticia con motivo del indulto a Alí Agca, quien fue extraditado por Italia a Turquía, «donde afronta viejas deudas», según informa *La Nación*. El atentado llevado a cabo por este joven turco conmovió al mundo entero. Seguramente han visto filmaciones o fotografías del mismo. Hasta el momento nadie sabe con certeza quién lo mandó realizar, pero ciertamente está íntimamente relacionado a «las persecuciones de los sistemas ateos que luchan contra la Iglesia», según se desprende de la tercera parte del secreto de Fátima.

Me permito citar un artículo de “La Nación” para recordar algunos pormenores del suceso. Se subtitula: «“El atentado que conmovió al mundo” ».

«¿El Papa aún está vivo?», preguntó sorprendido Mehmet Alí Agca a los jueces que lo interrogaban. Las versiones coinciden en que se desplomó en una silla y apoyó las manos esposadas en las piernas, enfundadas en un traje claro, ideal para el mayo en Roma.

Agca, un extremista turco de 23 años, acababa de disparar dos veces sobre Juan Pablo II frente a 20.000 personas. La reacción de los agentes de seguridad le impidió perfeccionar su tarea, aunque la creía completa. Por eso se sorprendió al preguntársele sobre su «intento de homicidio». «¿Cómo que “intento”? –dijo– ¿acaso vive?» .

La crónica podría ser la que sigue: el 13 de mayo de 1981, mientras el Papa se dirigía a iniciar

su audiencia semanal en la Plaza de San Pedro, saludando desde un *jeep*, fue alcanzado por dos balas disparadas desde el público que lo hirieron en el abdomen, el brazo derecho y la mano izquierda. Dos turistas norteamericanas también resultaron con heridas leves.

La noticia paralizó al mundo: habían intentado matar a Juan Pablo II y estaba grave. Fue llevado al Policlínico Gemmeli, donde se le practicó una operación intestinal. Indignada, la gente hacía vigilia fuera del sanatorio y miles de misas fueron celebradas en el mundo por su salud.

El resultado fue afortunado: tras varias horas de trabajo quirúrgico, y con 14 puntos cruzándole el abdomen, el Papa quedó fuera de peligro. «Fue un milagro que las balas no le afectaran los órganos vitales –dijo Luigi Candia, director del hospital– ya que pasaron a milímetros de la aorta, de la uretra y de la columna».

Cuando al mes abandonó el hospital, su cirujano, Francesco Crucitti, aseguró: «física y psicológicamente será el Papa de antes»[\[2\]](#).

En la reciente conferencia de prensa dada por Navarro Valls, y el Cardenal Sodano al día siguiente de haber sido anunciada la publicación del secreto, el Cardenal Sodano dijo que el Santo Padre esperó hasta el año jubilar para publicar “la tercera parte del secreto” de Fátima porque el mensaje involucraba a «los Papas del siglo XX», e indicó que «si bien el Papa conoció el tercer secreto poco después de su elección, como éste se presentaba en la forma de una visión simbólica, no mostró un interés especial en él hasta después del intento de asesinato que sufrió el 13 de mayo de 1981. Sólo después del atentado, indicó el Purpurado, el Papa tomó conciencia que había ocurrido el día de la fiesta de Fátima y reconoció la relevancia de la visión, dando desde ese momento crédito a la Virgen María por haber salvado su vida».[\[3\]](#)

Es interesante observar que el Papa numerosísimas veces ha dado gracias a Dios por la protección maternal de la Virgen en el atentado y en su pontificado. La primera vez que fue a Fátima, el 13 de mayo de 1981, dijo: «La meta de la peregrinación era, ante todo, Fátima, a donde me sentía llamado de modo particular después del atentado a mi persona el 13 de mayo del año pasado. Ya he dicho muchas veces que sólo a la misericordia de Dios y a la especial protección de la Madre de Cristo debo la salvación de mi vida y la posibilidad del servicio ulterior a la Sede de Pedro».

Ahora, con mayor énfasis ha repetido esto mismo en su último viaje: «Aquí, en Fátima, donde se anunciaron estos tiempos de tribulación y Nuestra Señora pidió oración y penitencia para abreviarlos, quiero dar gracias al cielo por la fuerza del testimonio que se manifestó en todas esas vidas. Y deseo, una vez más, celebrar la bondad que el Señor tuvo conmigo, cuando, herido gravemente aquel 13 de mayo de 1981, fui salvado de la muerte. Expreso mi gratitud también a la beata Jacinta por los sacrificios y oraciones que ofreció por el Santo Padre, a

quien había visto en gran sufrimiento».

En la comunicación del secreto, confirmó esto mismo el Cardenal Sodano: «Después del atentado del 13 de mayo de 1981, a Su Santidad le pareció claro que había sido “una mano materna quien guió la trayectoria de la bala”, permitiendo al “Papa agonizante” que se detuviera “a las puertas de la muerte”». [4]

2. Juan Pablo II, un signo de los tiempos

Ciertamente Juan Pablo II es un signo de nuestros tiempos. Recordemos que sin él, no hubiese sido posible el colapso del comunismo bajo el «efecto dominó» que produjo el corte de los alambres de púas entre las fronteras de Hungría y Austria; «efecto dominó» que permitió la caída del muro y que luego también produjo el desmembramiento de los otros países satélites de la U.R.S.S. que querían la libertad, los países de Europa Central y los de Europa Oriental, logrando finalmente en 1991 la caída del Imperio Soviético ante el asombro de todos, sobre todo de los occidentales que fueron los que mantuvieron, aun económicamente, al comunismo en el mundo.

Y esto lo han afirmado personas autorizadas. Por ejemplo, «el general Wojciech Jaruzelski, que lideró Polonia durante la época de los años ochenta en el último régimen comunista, admitió que la elección de Karol Wojtyla para el papado contribuyó significativamente a la caída del comunismo». [5]

También lo ha afirmado un intelectual estadounidense, convertido en 1990 al catolicismo –antes era pastor luterano y actualmente es sacerdote–, el p. Richard John Neuhaus. A las preguntas de un periodista de por qué se refería al actual pontífice con el calificativo de «Juan Pablo II el Grande», y de por qué calificar a este Papa con un título así, respondió: «Me refiero a “Juan Pablo el Grande” porque, sin lugar a dudas, ha ejercido uno de los pontificados más importantes a nivel doctrinal de la historia de la Iglesia. Pero también por su coyuntura histórica, pues en el umbral del tercer milenio, la cristiandad (junto con el espectro inquietante del Islam) constituye la única propuesta universal en el escenario mundial para el futuro del hombre. Más que por su papel de líder decisivo en la caída del comunismo, algo que no puede ser minusvalorado, es grande porque ha sabido encuadrar el camino de la Iglesia durante el colapso del secularismo ilustrado y de sus desilusiones utópicas. Ahora, la Iglesia se encuentra en el centro del escenario como la propuesta más coherente, convincente y comprensiva para el proyecto del hombre». [6]

El Patriarca georgiano dijo refiriéndose a Juan Pablo II: «Si el mundo ha cambiado, sobre todo en esta zona, el mérito es sobre todo suyo». [7]

Con toda razón dijo Luigi Giussani: «Wojtyla es el Papa que ha dicho la verdad con más ardor y con una coherencia irreductibles... Sus veinte años de pontificado han transcurrido como luces que cruzan por las tinieblas oscuras, bajo un cielo de batalla»[\[8\]](#).

Y la clave para entender este signo, creo que está en un dato muy interesante que revela el Cardenal Camilo Ruini en la introducción al libro “Giovanni Paolo II. Cinquanta parole per il nuovo millenio”: «...el corazón del anuncio de este Pontífice gira en torno a Jesucristo,... Una cifra ilustra perfectamente la idea: ha utilizado 94.000 veces este nombre en sus discursos y documentos. Esto quiere decir estadísticamente una media de trece veces al día en poco más de siete mil días de pontificado».[\[9\]](#)

Sepamos entonces interpretar nosotros los signos de los tiempos, de modo particular este signo de los tiempos que es para todo el mundo el Papa Juan Pablo II.

Y recemos siempre por él y sus intenciones, con el fervor con que lo hicieron los niños de Fátima. Como pudimos hacerlo al concelebrar con él el día en que cumplió 80 años, en la Plaza de San Pedro, en Roma, junto con otros 7.000 sacerdotes.

Y una última reflexión. Fátima es la clave de lectura del siglo XX. La Virgen en Cova da Iria enseñó claramente, entre otras, dos cosas:

1º. El materialismo histórico o dialéctico no puede formar parte del Evangelio de Jesucristo, es un error. Nunca será solución para los problemas del hombre y de la humanidad, como lo pretendió el progresismo y por eso rechaza Fátima.

2º. Pero, a su vez, es una refutación irrefutable para aquellos, que tal vez sin darse cuenta utilizan ideológicamente del mensaje de Fátima, pero que, en las filas del lefebrismo o del para-lefebrismo –sedevacantistas–están en contra del Papa Juan Pablo II y algunos, en general, contra todos los Papas después de Pío XII. La Virgen de Fátima profetizó sobre Juan Pablo II, por tanto, no sólo es Papa verdadero y legítimo, sino que, además, es un gran Papa, confesor de la fe católica. Y oponerse a él, es oponerse a la verdad católica.

[\[1\]](#) Cf. Sermón «De “bunkers”, “gulags” y “laogais”», Ave María n.40, diciembre 1999, 1–7.

[2] *La Nación on line* (junio de 2000).

[3] ACI digital, 14 de mayo de 2000.

[4] Juan Pablo II, *Meditación con los Obispos italianos desde el Policlínico Gemelli*, 1994.

[5] AICA, año XLIII, n. 2189, 2/12/1998, p. 410.

[6] Interpelado por la "Gran Tradición". Entrevista de la agencia Zenit a Richard John Neuhaus, publicada por *Cristo Hoy*, 11 de noviembre de 1998, 10.

[7] Diario L'Avvenire del 17 de noviembre de 1999, art. "Georgia, prove di ecumenismo".

[8] Luigi Giussani, *La Repubblica*, 24 de octubre de 1998; cf. 30 Días, año XVI, n.10, 1998, p.61.

[9] 30 Días, o.c., p. 21.

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

XII. Las últimas tres apariciones

«No ofendan más a Dios, Nuestro Señor, que ya está muy ofendido»

(Palabras de la Virgen)

Con los comentarios a la tercera parte del secreto interrumpí la historia de las apariciones. Quedamos en la tercera aparición. Veamos ahora, según las *Memorias* de Lucía, la historia de las últimas tres apariciones en Fátima.

1. Cuarta aparición: Domingo, 19 de agosto, en los Valinhos

La aparición no se realizó el día 13 de agosto en Cova da Iria porque el Administrador del Consejo, haciéndose eco de la preocupación que ya existía en el gobierno, marcadamente anticristiano, secuestró a los tres videntes con la excusa de entregárselos a sus padres, cosa que hizo tres días después. Los llevó a Vila Nova de Ourém con la intención de obligarles a revelar el secreto. Los tuvo presos en la Administración y en el calabozo municipal. Les ofreció los más valiosos presentes si descubrían el secreto. Los pequeños videntes respondieron:

—No lo decimos ni aunque nos den el mundo entero.

El Administrador los encerró en el calabozo. Los presos les aconsejaron:

—Pero decid al Administrador ese secreto. ¿Qué os importa que esa Señora no quiera?

—¡Eso no —respondió Jacinta con vivacidad—, antes quiero morir!

Y los tres niños rezaron con ellos el rosario, delante de una medalla de Jacinta colgada de la pared.

El Administrador, para amedrentarlos, mandó preparar una caldera de aceite hirviendo en la cual amenazó asar a los pastorcitos si no hacían lo que les mandaba. Ellos, aunque pensaban que la cosa iba en serio, permanecieron firmes sin revelar nada. El día 15, fiesta de la

Asunción, los llevó por fin a Fátima.

No obstante el encarcelamiento de los niños y las amenazas de represión policial, el día 13, una gran multitud que llegó a casi 18.000 personas se había reunido en Cova da Iria esperando a los pastorcitos. Ellos no llegaron, pero la multitud no se fue del todo defraudada pues el cielo irrumpió en diversas señales para testimoniar que la ausencia de los niños no es suficiente impedimento para que la Virgen falte a su cita y que Dios manifieste su poder. Días después, tuvo lugar la aparición, pero no en el lugar de la cita, Cova da Iria, sino en los Valinhos, cerca de allí. Así la narra Lucía:

«Habiendo ya contado lo que sucedió en ese mes, pasaré a hablar de la aparición que, a mi entender fue el día 15 por la tarde. Como todavía no sabía contar los días del mes, puede ser que yo sea la equivocada, pero tengo la idea de que fue el mismo día en que volvimos de Vila Nova de Ourém.

Estando con las ovejas, en compañía de Francisco y de su hermano Juan, en un lugar llamado Valinhos, y sintiendo que alguna cosa sobrenatural se aproximaba y nos envolvía, sospechando que Nuestra Señora viniese a aparecérsenos, y dándome pena que Jacinta se quedase sin verla, pedimos a su hermano Juan que fuese a llamarla. Como no quería ir, le ofrecí dos veintenos y allá se fue corriendo.

Entretanto, vi con Francisco el reflejo de luz que llamábamos relámpago, y habiendo llegado Jacinta, un instante después, vimos a Nuestra Señora sobre una carrasca.

—¿Qué es lo que quiere usted de mí?

—Deseo que sigáis yendo a Cova da Iria en los días 13, que sigáis rezando el rosario todos los días. El último mes haré el milagro para que todos crean.

—¿Qué es lo que quiere usted que se haga con el dinero que la gente deja en Cova da Iria?

—Que hagan dos andas, una para ti y Jacinta, para llevarla con dos chicas más vestidas de blanco y otra que la lleve Francisco con tres niños más. El dinero de las andas es para la fiesta de Nuestra Señora del Rosario; lo que sobre es para ayudar a una capilla que deben hacer. (las andas usadas en Fátima y otros lugares, no son para transportar imágenes, sino para recoger ofertas en dinero y en género).

—Quería pedirle la curación de algunos enfermos.

—Sí; a algunos los curaré durante el año.

Y tomando un aspecto más serio dijo:

–Rezad, rezad mucho, y haced sacrificios por los pecadores, porque muchas almas van al infierno por no tener quien se sacrifique y rece por ellas.

Y como de costumbre comenzó a elevarse en dirección al naciente». [\[1\]](#)

2. Quinta aparición: jueves, 13 de septiembre

«Al aproximarse la hora, fui a Cova da Iria con Jacinta y Francisco entre numerosas personas (unas 30.000) que apenas nos dejaban andar. Los caminos estaban apiñados de gente; todos nos querían ver y hablar, allí no había respetos humanos. Numerosas personas, y hasta señoras y caballeros, consiguiendo adelantarse por entre la multitud que alrededor nuestro se apiñaba, venían a postrarse de rodillas delante de nosotros, pidiéndonos que presentásemos sus necesidades a Nuestra Señora. Otros, no consiguiendo llegar junto a nosotros, clamaban de lejos. Uno de ellos:

–¡Por el amor de Dios, pidan a Nuestra Señora que me cure a mi hijo, que está impedido!

Otro:

–¡Que me cure el mío, que es ciego!

Otro:

–El mío, que es sordo!

–Que me traiga a mi marido... a mi hijo, que están en la guerra.

–¡Que convierta un pecador!

–¡Que me dé salud, que estoy tuberculoso!, etc., etc...

Allí aparecían todas las miserias de la pobre humanidad. Y algunos gritaban desde lo alto de los árboles y las tapias donde subían para vernos pasar. Diciendo a unos que sí, dando la mano a otros para ayudarles a levantarse del polvo de la tierra, allá íbamos andando gracias a algunos caballeros que nos iban abriendo el paso entre la multitud.

Cuando ahora leo en el Nuevo Testamento esas escenas tan encantadoras del paso de Nuestro Señor por Palestina, recuerdo estas que, tan niña todavía el Señor me hizo presenciar en esos pobres caminos y carreteras de Aljustrel a Fátima y a Cova da Iria. Y doy gracias a Dios, ofreciéndole la fe de nuestro buen pueblo portugués. Y pienso: si esta gente se humilla

así delante de tres pobres niños, sólo porque a ellos les es concedida misericordiosamente la gracia de hablar a la Madre de Dios, ¿qué no harían si viesan delante de sí al propio Jesucristo?

Bien, pero esto no pertenece aquí. Fue más bien una distracción de la pluma que se me escapó por donde yo no quería. ¡Paciencia! Una cosa más de sobra; pero no la quito, por no inutilizar el cuaderno.

Llegamos, por fin, a Cova da Iria, junto a la carrasca, y comenzamos a rezar el rosario con la gente. Poco después, vimos el reflejo de luz y, seguidamente, a Nuestra Señora sobre la encina.

—Continuad rezando el rosario para alcanzar el fin de la guerra. En octubre vendrá también Nuestro Señor, Nuestra Señora de los Dolores y del Carmen, San José con el Niño Jesús para bendecir al mundo. Dios está contento con vuestros sacrificios, pero no quiero que durmáis con la cuerda puesta; llevadla sólo durante el día.

—Me han solicitado para suplicarle muchas cosas: la curación de algunos enfermos, de un sordomudo.

—Sí, a algunos los curaré; a otros no. En octubre haré el milagro para que todos crean.

Y comenzando a elevarse, desapareció como de costumbre».[2]

Con respecto a lo que la Virgen les dice sobre «la cuerda», hay que tener en cuenta que los niños tomaron muy a pecho lo que les dijo en la aparición del mes anterior, cuando pidió sacrificios por los pecadores. Uno de los sacrificios más dolorosos era la cuerda que cada uno de ellos llevaba atada a la cintura. La Virgen les dijo con solicitud maternal que de noche no usaran la cuerda para poder disfrutar del reposo necesario. Otros sacrificios eran no comer la merienda, que repartían a niños pobres, dejaban los higos y las uvas, y muchísimos sacrificios más que ustedes por su cuenta pueden conocer en las *Memorias* de Lucía, publicadas con licencia eclesiástica del Obispo de Fátima y con autorización del Obispo de Roma; y por si fuera poco, con licencia de Arriba. «Todas estas mortificaciones son impresionantes; pero el motivo que los llevaba a hacerlas es más impresionante todavía: las salvación de los pecadores», dice Mons. Francisco Rendeiro, Obispo de Coimbra. ¡Pensar que hay muchos en la Iglesia que predicán contra las penitencias corporales, contra lo que enseñó la Virgen y practicaron los santos! ¡No hay que hacerles caso: son lobos con piel de oveja! Carecen del don de inteligencia, como decía el mismo Obispo: «...dejarse impresionar de la suerte de aquellos que viven en pecado, de aquellos que corren el riesgo de perderse para siempre, esta es la caridad más sublime, es fruto del don de inteligencia que penetra el misterio del pecado».[3]

Mayores todavía eran los sacrificios que les exigía la misión que la Virgen les encomendara: las vejaciones, la curiosidad y molestias de la gente, sus interminables visitas y preguntas, la persecución y la prisión, y por fin la larga enfermedad de Francisco y, sobre todo, de Jacinta a la cual varias veces visitó la Virgen, previniéndola que moriría sola, después de sufrir mucho.

3. Sexta aparición: sábado 13 de octubre

Cuenta Lucía: «Se había extendido el rumor de que las autoridades habían decidido hacer explotar una bomba junto a nosotros, en el momento de la aparición. No sentimos, por ello, miedo alguno y hablando de esto con mis primos, dijimos:

–¡Qué bien si nos fuera concedida la gracia de subir, desde allí con Nuestra Señora al Cielo!

Sin embargo, mis padres se asustaron, y por primera vez quisieron acompañarme, diciendo:

–Si mi hija va a morir, yo quiero morir a su lado.

Mi madre me llevó, entonces, de la mano hasta el lugar de las apariciones. Pero, desde el momento de las apariciones, no la volví a ver más, hasta que por la noche me encontré en el seno de la familia».[\[4\]](#)

«Salimos de casa bastante temprano, contando con las demoras del camino. Había gente en masa (70.000 personas). Caía una lluvia torrencial. Mi madre, temiendo que fuese aquel el último día de mi vida, con el corazón traspasado por la incertidumbre de lo que podía ocurrir, quiso acompañarme. Por el camino, se sucedían las escenas del mes pasado, más numerosas y conmovedoras. Ni el barro de los caminos impedía a la gente arrodillarse en actitud más humilde y suplicante.

Llegados a Cova da Iria, junto a la encina[\[5\]](#), llevada de un movimiento interior, pedí al pueblo que cerrasen los paraguas para rezar el rosario. Poco después vimos el reflejo de luz y, en seguida, a Nuestra Señora sobre la encina.

–¿Qué es lo que Usted quiere de mí?

–Quiero decirte que hagan aquí una capilla en honor mío; que soy la Señora del Rosario, que continúen rezando el rosario todos los días. La guerra está acabándose y los soldados volverán pronto a sus casas.

–Tenía muchas cosas que pedirle: si curaba a unos enfermos, si convertía a unos pecadores,

etc.

–Unos sí; a otros, no. Es preciso que se enmienden; que pidan perdón por sus pecados.

Y tomando un aspecto más triste dijo:

–Que no ofendan más a Dios Nuestro Señor, que ya está muy ofendido.

Y, abriendo sus manos, las hizo reflejarse en el sol. Y, mientras se elevaba, continuaba el brillo de su propia luz proyectándose en el sol.

He aquí, Exmo Señor Obispo, el motivo por el cual exclamé que mirasen al sol. Mi motivo no era llamar la atención del pueblo, pues ni siquiera me daba cuenta de su presencia. Lo hice sólo llevada por un movimiento interior que me impulsaba a ello.

Desaparecida Nuestra Señora en la inmensidad del firmamento, vimos al lado del sol a San José con el Niño y a Nuestra Señora vestida de blanco con un manto azul. San José con el Niño parecían bendecir al mundo, con unos gestos que hacían con las manos en forma de cruz. Poco después, desvanecida esta aparición, vi a Nuestro Señor y a Nuestra Señora, que me daba sensación de ser Nuestra Señora de los Dolores. Nuestro Señor parecía bendecir al mundo de la misma forma que San José.

Al desvanecerse esta aparición, me pareció ver todavía a Nuestra Señora en forma parecida a Nuestra Señora del Carmen.

He aquí la historia de las Apariciones de Nuestra Señora en Cova da Iria en 1917».[\[6\]](#)

«La tarde de este día la pasé con mis primos, como si fuésemos algún bicho raro que la multitud procuraba ver y observar. Llegué a la noche verdaderamente cansada de tantas preguntas e interrogatorios, los cuales no acabaron ni con la noche. Varias personas, porque no habían podido interrogarme, quedaron haciendo turno para la mañana siguiente. Aún quisieron algunos hablarme por la noche; pero yo, vencida por el sueño, me dejé caer en el suelo para dormir. Gracias a Dios, el respeto humano y el amor propio en aquella edad aún no los conocía, y por ello estaba tranquila ante cualquier persona, como si estuviese con mis padres.

Al día siguiente continuaron los interrogatorios, o, mejor dicho, en los días siguientes, porque, desde entonces, casi todos los días iban personas a implorar la protección de la Madre del Cielo a Cova da Iria, y todos querían ver a los videntes, hacerles sus preguntas y rezar con ellos el rosario. A veces me sentía tan cansada de tanto repetir lo mismo y de rezar, que buscaba un pretexto para excusarme y escapar. Pero aquella pobre gente insistía tanto, que yo tenía que hacer un esfuerzo, a veces no pequeño, para satisfacerla. Repetía, entonces, mi

oración habitual en el fondo de mi corazón: “Es por tu amor, Dios mío, en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María, por la conversión de los pecadores y por el Santo Padre”». [7]

4. El milagro de la danza del sol

Como sabrán, en la aparición del 13 de octubre tuvo lugar el milagro conocido como la danza del sol. Es importante conocerlo por su valor apologético. Fue la señal del Cielo para confirmar la verdad de las apariciones. La gente no vio a la Virgen, ni al Niño ni a San José, pero lo que vieron fue algo estupendo, nunca oído. Las nubes se abrieron sin haber viento, y el sol se dejó ver como un disco plateado. Se podía mirar directamente sin cerrar los ojos y con una satisfacción única y deliciosa. Mientras lo contemplaban la gigantesca bola comenzó a danzar. El común testimonio de los presentes relata que el sol comenzó a girar vertiginosamente sobre sí mismo, lanzando rayos luminosos con los colores del arco iris en todas direcciones. Luego parecía desprenderse del firmamento y caer sobre la gente. Al cabo de diez minutos de prodigio, el sol tomó su estado normal. Entretanto, los pastorcitos eran favorecidos por otras visiones.

Concluido el extraordinario milagro, los presentes notaron que estaban totalmente secos a pesar de la lluvia torrencial que habían soportado instantes antes. El fenómeno del sol fue visto a más de 50 kilómetros a la redonda. Los enemigos de las apariciones dijeron que fue una sugestión colectiva, lo cual, si fuera verdad, es mucho más milagroso: ¿quién puede sugestionar a 70.000 personas? Las teorías del hipnotismo o sugestión en masa fueron descartadas cuando se supo que había testigos de confianza que vieron el milagro y que no figuraban entre los concurrentes a Cova da Iría. El poeta Alfonso Lopes Vieira lo vio desde su casa, en San Pedro de Noel, a 40 kilómetros de Fátima. Además, el milagro quedó documentado por el testimonio de los presentes, por fotografías impresionantes, e incluso por la prensa anticlerical, que se vio obligada en todo Portugal a aportar testimonio de lo ocurrido. Había acuerdo general en lo esencial.

El 17 de octubre, *O Día* un periódico de Lisboa reportó lo siguiente: «A la una de la tarde, mediodía por el sol, la lluvia cesó. El cielo, con un color gris aperlado, iluminaba el vasto paisaje árido con una luz extraña. El sol tenía un velo delgado transparente, así que los ojos se podían fijar fácilmente en él. El tono gris madre perla se tornó en una sábana de plata la cual se rompió cuando las nubes se abrieron y el sol de plata, rodeado en la misma luz de gris transparente, se vio girar y voltear en el círculo de las nubes abiertas. Un grito salió de cada boca y la gente cayó de rodillas en el suelo pantanoso. La luz se volvió un hermoso azul como si hubiera venido a través de vidrios ahumados de ventanas de catedral y se esparció sobre la gente que estaba arrodillada con las manos abiertas. El azul se desvaneció despacio y entonces la luz parecía pasar a través de un vidrio amarillo. Manchas amarillas cayeron sobre

los pañuelos blancos y sobre las faldas oscuras de las mujeres. También se vieron en los árboles, en las rocas y en la sierra. La gente lloraba y rezaba con las cabezas descubiertas en la presencia del milagro que ellos habían esperado».

Otro periódico grande de Lisboa, *O Século*, mandó a su editor, Avelino de Almeida al sitio de las apariciones. Éste vino preparado para ridiculizar las apariciones, pero luego reportó lo siguiente: «un espectáculo único e increíble si uno no hubiese sido testigo de él ... Desde la carretera, donde los vehículos estaban parqueados estaban congregadas cientos de personas que no se atrevían a atravesar el pantanero, uno podía ver la inmensa multitud que miraba hacia el sol, el cual parecía estar libre de las nubes y en su cenit. Parecía como una placa de plata desteñida y era posible mirarle sin ninguna incomodidad. Podría haber sido un eclipse que estaba tomando lugar. Pero en ese momento un gran grito se escuchó y uno podía escuchar los espectadores más cercanos gritando: “¡milagro!, ¡milagro!” Ante los ojos atónitos de la multitud, cuyo aspecto era bíblico como si estuvieran descubiertos, ansiosamente buscando el cielo, el sol tembló, hizo unos movimientos increíbles fuera de sus leyes cósmicas –el sol “bailó”, de acuerdo a las expresiones típicas de la gente–»[\[8\]](#).

Conclusión

Hasta aquí sin agotar el tema, creo haberles dado un panorama bastante completo de la historia de las seis apariciones de Fátima. Para este capítulo, la mejor conclusión que puedo ofrecerles es el comentario de la Hermana Lucía a la sexta aparición:

De esta aparición, dice ella, las palabras que más se me grabaron en el corazón, fue la petición de Nuestra Santísima Madre del Cielo:

–No ofendan más a Dios, Nuestro Señor, que ya está muy ofendido.

¡Qué hermosa queja y que tierna petición! ¡Cómo me gustaría que los hombres de todo el mundo y todos los hijos de la Madre del Cielo escuchasen su voz!».

Hagamos nuestro también este deseo.

[1] *Memoria cuarta*, 172–173.

[2] *Ibid.*, 173–175.

[3] Luis Kondor, *La spiritualità dei pastorelli*, Fátima, 1999, p. 21 y p. 22.

[4] *Memoria segunda*, 81.

[5] Todavía hoy puede verse esa encina, grande y lozana, defendida por un muro bajo y sobre él una reja circular.

[6] *Ibid.*, 175–176.

[7] *Memoria segunda*, 81–82.

[8] cf. William Thomas Walsh, *Nuestra Señora de Fátima*, Espasa–Calpe (Madrid 1960), 190.

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

XIII. Apariciones complementarias

«...Al que la abrazare prometo la salvación»

(Palabras de la Virgen)

Con la aparición del 13 de octubre, la Virgen cierra el ciclo de apariciones en Cova da Iría. Sor Lucía explicará que es la última del modo como han sido las cinco precedentes. Según lo dicho en julio de 1917, la Virgen, en efecto, había prometido retornar todavía para pedir ciertas cosas, pero tanto el tiempo como la modalidad los niños lo ignoraban pues no les fue revelado.

De estas apariciones complementarias, las únicas de público conocimiento son las que tuvo en Pontevedra y en Tuy, ambas relacionadas con la devoción al Inmaculado Corazón de María.

1. Visión en Pontevedra: 10 de diciembre de 1925

En Pontevedra, España, el 10 de diciembre de 1925, Lucía, ya de 18 años, siendo postulante de las Hermanas de Santa Dorotea, recibe en su habitación la visita de la Virgen con el Niño Jesús. María, poniéndole la mano derecha en el hombro, le muestra un corazón rodeado de espinas que sostiene en la otra mano. Aquí tendrá lugar la promesa del Inmaculado Corazón de María. El texto que transcribo es un documento escrito por Lucía, a fines del año 1927, por mandato de su director espiritual. A este documento el P. Joaquín María Alonso le llamó «TEXTO DE LA GRAN PROMESA DEL CORAZÓN DE MARÍA», «porque, efectivamente es la expresión de una gratuita y misericordiosa Voluntad divina, de darnos un medio de salvación fácil y seguro, puesto que se apoya en la tradición católica más sana, sobre la eficacia salvadora de la intercesión mariana».[\[1\]](#)

En este documento se encuentran las condiciones necesarias para realizar los Cinco Primeros Sábados de mes en reparación de las injurias hechas al Corazón de María. Sor Lucía lo escribe en tercera persona:

«J.M.J.

El día 17 de diciembre de 1927, fue junto al Sagrario a preguntarle a Jesús cómo satisfaría la petición que se le hizo, si el origen de la devoción al Inmaculado Corazón de María estaba encerrado en el secreto que la Santísima Virgen le había confiado.

Jesús, con voz clara, le hizo oír estas palabras:

–Hija mía, escribe lo que te pidan; y todo lo que reveló la Santísima Virgen en la aparición en que habló de esta devoción escríbelo también. En cuanto al resto del secreto, sigue guardando silencio.

Lo que en 1917 fue confiado a este respecto, es lo siguiente:

–Sí; a Jacinta y a Francisco los llevaré pronto, pero tú te quedas aquí algún tiempo más. Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. Él quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón; a quien la abrace, prometo la salvación, y serán queridas de Dios estas almas como flores puestas por mí para adornar su trono.

–¿Me quedo sola? –dijo con pena–.

–No, hija. Yo nunca te dejaré. Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá hasta Dios.

El día 10 de diciembre de 1925, se le apareció la Santísima Virgen y al lado, suspenso en una nube luminosa, un Niño. La Santísima Virgen, poniéndole una mano en el hombro, le mostró al mismo tiempo un Corazón que tenía en la otra mano, cercado de espinas.

Al mismo tiempo dijo el Niño:

–Ten compasión del Corazón de tu Santísima Madre que está cubierto de espinas que los hombres ingratos en todo momento le clavan, sin haber quien haga algún acto de reparación para arrancarlas.

Enseguida dijo la Santísima Virgen:

–Mira, hija mía, mi Corazón, cercado de espinas que los hombres ingratos me clavan en todos los momentos con sus blasfemias e ingratitudes. Tú al menos busca consolarme, y di que todos aquellos que durante 5 meses, al primer sábado de mes se confesaren recibiendo la Sagrada Comunión, rezaren un rosario y me hagan compañía durante quince minutos meditando los 15 misterios del rosario con el fin de desagraviarme, yo prometo asistirlo en la hora de su muerte con todas las gracias necesarias para la salvación de sus almas.

En el día 15 de febrero de 1926, se le apareció de nuevo el Niño Jesús. Le preguntó si ya

había difundido la devoción a su Santísima Madre. Ella le explicó las dificultades que tenía el confesor, y que la Madre Superiora estaba dispuesta a propagarla; pero que el confesor había dicho que ella sola nada podía. Jesús respondió:

–Es verdad que tu Superiora sola nada puede; pero con mi gracia lo puede todo.

Presentó a Jesús las dificultades que tenían algunas almas de confesarse en sábado y pidió que fuese válida la confesión de ocho días. Jesús respondió:

–Sí, pueden ser muchos días más todavía, con tal que, cuando me reciban, estén en estado de gracia y tengan la intención de desagruar al Inmaculado Corazón de María.

Ella preguntó:

–Jesús mío, ¿y las que olviden tener esta intención?

Pueden hacerla en otra confesión siguiente, aprovechando la primera ocasión que tuvieran de confesarse». [\[2\]](#)

Algunos días más tarde, la Hermana Lucía escribió una redacción, que fue enviada a Mons. Manuel Pereira Lopes, que había sido su confesor:

«En el día 15 (febrero de 1926), andaba yo muy ocupada con mis oficios y ya no me acordaba de aquello casi nada; y, yendo a arrojar un cubo de basura fuera de la propiedad, donde algunos meses atrás había encontrado a un niño; le pregunté si sabía el Avemaría, respondiéndome que sí; le mandé que la dijese para oírla yo; mas, como no se resolvía a decirla solo, la dije yo con él tres veces; y, al fin de las tres Avemarías, le pedí que la dijese solo; le pregunté si sabía cuál era la Iglesia de Santa María; me respondió que sí; le dije que fuese allí todos los días y que dijese así: “Oh Madre mía del Cielo, dadme a vuestro Niño Jesús”. Le enseñé esto y entré en casa.

En ese día, pues, del 15–2–1926, volviendo yo allí como de costumbre, encontré un niño que me pareció ser el mismo; y le pregunté entonces:

–¿Has pedido el Niño Jesús a la Madre del Cielo?

El niño se vuelve hacia mí, y dice:

–¿Y tú has propagado por el mundo aquello que la Madre del Cielo te pedía?

Diciendo esto, se transforma en un Niño resplandeciente; conociendo entonces que era Jesús,

dije:

–Jesús mío, Vos sabéis bien lo que mi confesor me dijo en la carta que os leí; me decía que era necesario que aquella visión se repitiese; que hubiese hechos para que fuese creíble; y que la Madre Superiora sola, para propagar ese hecho, nada podía.

–Es verdad que la Madre Superiora nada puede, pero con mi gracia lo puede todo; y basta que tu confesor te dé licencia, y que tu Superiora lo diga, para que sea creído; aún sin saberse a quién fue revelado.

–Pero, mi confesor decía en la carta que esta devoción no hacía falta en el mundo, porque ya había muchas almas que Os recibían en los Primeros Sábados en honra de Nuestra Señora y de los quince misterios del rosario.

–Es cierto, hija mía, que muchas almas los comienzan, pero pocas los acaban; y las que los terminan, es con el fin de recibir las gracias que a eso están prometidas; pero me agradan más las que hagan los cinco Primeros Sábados con fervor y con el fin de desagraviar el Corazón de tu Madre del Cielo, que aquellas que hagan los cinco tibios e indiferentes». [3]

–

2. Tuy: junio de 1929

La última de las visiones complementarias, que sepamos, ocurre en Tuy, España, cuando Lucía hacía la Hora Santa, entre las once y las doce de la noche, rezando a solas las oraciones enseñadas por el Ángel.

Habiendo sido perdido el manuscrito de la vidente, el director espiritual de Sor Lucía, el P. Gonçalvez, lo había transcripto literalmente con anterioridad al extravío. Dice así:

«Vino algunas veces a nuestra capilla, para confesar, el Padre Gonçalvez. Me confesé con su Rvcia. Y, como me entendía bien, continué por espacio de tres años que estuvo aquí de secretario del P. Provincial.

Fue en esta época cuando Nuestra Señora me avisó que había llegado el momento en que quería que participase a la Iglesia su deseo de la consagración de Rusia, y su promesa de convertirla. La comunicación fue así:

13 de junio de 1929. Había pedido y obtenido licencia de mis superiores y del confesor, de hacer la Hora Santa de once a media noche, de los jueves a los viernes. Estando una noche sola, me arrodillé entre la balaustrada, en medio de la capilla, postrada, para rezar las oraciones del Ángel. Sinténdome cansada, me incorporé y continué rezando con los brazos en

cruz. La única luz era la de la lámpara.

De repente se iluminó toda la capilla, con una luz sobrenatural y sobre el altar apareció una cruz de luz, que llegaba hasta el techo. En una luz más clara se veía, en la parte superior de la cruz, un rostro de un hombre con el cuerpo hasta la cintura, y sobre el pecho una paloma de luz, y clavado en la cruz el cuerpo de otro hombre. Un poco por debajo de la cintura, suspendido en el aire se veía un Cáliz y una Hostia grande sobre la cual caían algunas gotas de Sangre que corrían a lo largo del rostro del Crucificado y de una herida del pecho. Escurriendo por la Hostia, estas gotas caían dentro del Cáliz. Bajo el brazo derecho de la cruz estaba Nuestra Señora (era Nuestra Señora de Fátima con su Inmaculado Corazón en la mano izquierda, sin espada ni rosas, sino con una corona de espinas y llamas...). Bajo el brazo izquierdo, unas letras grandes como si fuesen de agua cristalina que corrían hacia el altar; formaban estas palabras: "Gracia y Misericordia". Comprendí que me era mostrado el misterio de la Santísima Trinidad y recibí luces sobre este misterio que no es permitido revelar.

Después Nuestra Señora me dijo:

—Ha llegado el momento en que Dios pide al Santo Padre que haga, en unión con todos los Obispos del mundo, la consagración de Rusia a mi Corazón Inmaculado; prometiendo salvarla por este medio. Son tantas las almas que la justicia de Dios condena por los pecados cometidos contra Mí, que vengo a pedir reparación; sacrificate por esta intención y reza.

Di cuenta de esto al confesor que me mandó escribir lo que Nuestra Señora quería se hiciese.

Más tarde por medio de una comunicación íntima, Nuestra Señora me dijo, quejándose:

—No han querido prestar atención a mi pedido... Al igual que el rey de Francia se arrepentirán, y lo harán, pero ya será tarde. Rusia habrá esparcido ya sus errores por el mundo, provocando guerras, persecuciones contra la Iglesia: el Santo Padre tendrá mucho por qué sufrir».[\[4\]](#)

El pedido de consagración de Rusia (13 de junio de 1929), Lucía lo escribió en mayo de 1930, al obispo de Leiría un mes más tarde. Recién en 1937, siete años después, el prelado escribirá al Papa Pío XI haciéndoselo saber.

Luego, la carta dirigida a Pío XII, redactada en Tuy, el 24 de octubre de 1940, y corregida y escrita definitivamente el 20 de diciembre de 1940, transmite al Papa todo lo referente a las peticiones de la Virgen respecto a la promesa del Inmaculado Corazón de María y a la consagración de Rusia para evitar que siga difundiendo sus errores.

La tercera parte del secreto, fue escrita a pedido del obispo de Leiría y terminada el 9 de enero de 1944. El destinatario era el mismo obispo, pero este no quiso leerlo y permaneció en Portugal hasta 1957, año que llega a Roma siendo depositado en un cofre con la indicación:

Secretum Sancti Officii. Parece ser que Pío XII, ya enfermo, no lo leyó, pues cuando Juan XXIII fue a leerlo encontró el sobre aún lacrado.

Como verán, parte integral del mensaje de Nuestra Señora de Fátima es la devoción al Inmaculado Corazón de María. Si recuerdan la primera visión de los pastorcitos, «cuando se vieron como sumergidos en Dios», según el relato de Lucía, Jacinta y Francisco parecían estar en la parte de la luz que se elevaba al Cielo y ella en la que esparcía sobre la tierra. Delante de la palma de la mano derecha de Nuestra Señora estaba un corazón, cercado de espinas, que parecían estar clavadas en él: «Comprendimos que era el Inmaculado Corazón de María, ultrajado por los pecados de la humanidad, que pedía reparación». Después de la visión del infierno, también torna la devoción al Inmaculado Corazón: «—Habéis visto el infierno, a donde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas, **Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón**. Si hicieran lo que os voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra va a acabar. Pero si no dejan de ofender a Dios... **Para impedirla, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón, y la Comunión reparadora de los primeros sábados**. Si atendieren a mis peticiones, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá que sufrir mucho, varias naciones serán aniquiladas. Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz».

Conclusión

Pienso que a nuestra Congregación, que ha nacido el día en que fue cumplido este pedido especial de la Santísima Virgen, el 25 de marzo de 1984, van dirigidas de modo especial las palabras de Cristo: «Ten compasión del Corazón de tu Santísima Madre que está cubierto de espinas que los hombres ingratos en todo momento le clavan, sin haber quien haga algún acto de reparación para arrancarlas». ¡Aprendamos a hacer reparación!

También a nuestra Congregación, que es hija de la Inmaculada, Ella nos dice: «Mira, hija mía, mi Corazón, cercado de espinas que los hombres ingratos me clavan en todos los momentos con sus blasfemias e ingratitudes. Tú al menos procura consolarme... » ¡Seamos el consuelo de la Virgen y seremos así el consuelo de Jesús!

Y, sabiendo que «Dios quiere establecer en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón», ¡seamos sus apóstoles! Nos precede una pléyade de hombres y mujeres que ha penetrado los secretos de este Corazón; nos preceden como guías San Juan Eudes, San Luis María Grignon de Montfort, San Antonio María Claret, fundador de los *Cordis Mariae Filii*, y, especialmente, aquellos santos que nos son tan queridos, los 51 Misioneros Claretianos de

Barbastro. Ellos, además de ser parte de los Mártires de Fátima, son particularmente los Mártires del Inmaculado Corazón. Murieron gritando: «¡Viva el Inmaculado Corazón!».

Recuerdo en especial, el testimonio de uno de ellos, el de Esteban Casadeval. «Ofrezco gustoso mi sangre por el reinado del Sagrado Corazón de Jesús en toda España y de una manera especial por el reinado del Corazón de María en todo el mundo, y no descansaré en el cielo hasta haber conseguido este reinado del Corazón Virginal en todas las naciones de la tierra».

Bástenos esto para difundir en el pueblo las devociones populares, confirmadas y recomendadas por la Santa Iglesia, no obstante la oposición del mal llamado progresismo. Recuerdo aquí, entre tantas otras, especialmente la devoción al Sagrado Corazón, al Santo Rosario, al *Via crucis*, a la Divina Misericordia, al Escapulario del Carmen, a los 9 primeros viernes, a los 5 primeros sábados, etc.

Las promesas son muy grandes. Y la Virgen es fiel a su palabra: **«Él quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón; a quien la abrace, prometo la salvación, y serán queridas de Dios estas almas como flores puestas por mí para adornar su trono».**

[1] *Memorias de Lucía*, Apéndice primero, 194.

[2] *Memorias de la Hermana Lucía*, Apéndice 1, 194–200.

[3] *Memorias de Lucía*, Apéndice primero, 200–201.

[4] *Ibid.*, Apéndice, 201–203

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

XIV. La consagración de Rusia al Inmaculado Corazón

«Rusia se convertirá»

(Palabras de la Virgen)

Para ilustrar este punto muy importante del mensaje de Fátima, me sirvo de un trabajo sobre Fátima que ha escrito el rp. Rolando Santoianni V.E, licenciado en Mariología.

1. Historia de la consagración

A los dos días de comenzar el Año Jubilar de Fátima para conmemorar el 250 aniversario de las apariciones, el 13 de mayo de 1942, tiene lugar en Cova da Iría la renovación solemne de la consagración de Portugal al Inmaculado Corazón de María. La primera consagración de Portugal por parte de todo el episcopado portugués ya había tenido lugar el 13 de mayo de 1931, pero en 1936 los obispos, ante los acontecimientos en España que hacían temer una expansión del comunismo, hacen un *voto* que cumplirán en 1938. Portugal, superado el traumático gobierno liberal–masónico, a pesar de sufrir ciertos desórdenes internos y verse involucrado indirectamente en la gran guerra, fue preservado del azote comunista.

Pío XII, que había sido consagrado obispo el 13 de mayo de 1917, el mismo día de la Primera Aparición, en 1942 celebraba sus bodas de plata episcopales y el 31 de octubre, en un radiomensaje consagra el mundo al Inmaculado Corazón de María, e implícitamente a Rusia, con palabras cargadas de dramatismo: «para confiar, entregar, consagrar, en esta hora trágica de la historia humana, al Corazón Inmaculado de María, no sólo la Santa Iglesia, que sufre y sangra por todas partes y es de tantos modos atormentada, sino también todo el mundo». Esta consagración será renovada en Roma el 8 de diciembre. En efecto, la guerra se encontraba en su punto más terrible y Rusia ya estaba involucrada en ella. Al terminar la conflagración y delineado el nuevo mapa político, toda la Europa oriental había quedado bajo el poder ruso o bajo su influencia y el comunismo comenzó una etapa de propagación mundial. Recién el 7 de julio de 1952 renovará la consagración con mención explícita de Rusia diciendo: «Como hace algunos años consagramos todo el género humano al Corazón Inmaculado de la Virgen, Madre de Dios, así ahora, de un modo especialísimo, dedicamos y consagramos a todos los

pueblos de Rusia al mismo Inmaculado Corazón».

Paulo VI en 1964 y Juan Pablo II en 1982 renovarían la consagración, y este último, el 25 de marzo de 1984, repetirá dicha consagración del mundo, esta vez en unión con todos los obispos.

Según la opinión que Sor Lucía expresara en una carta de fecha 21 de noviembre de 1989, el contenido que debería guardar la consagración solicitada por la Virgen se ha ido cumpliendo de forma escalonada desde Pío XII en 1942 hasta Juan Pablo II en 1984. Es decir que se tardó 42 años en adquirir la forma completa en esta última consagración según la misma vidente.

Existirían diversos aspectos internos y externos que se pueden considerar para comprender este progreso paulatino y no una acción inmediata. La Iglesia siempre fue discreta y prudente antes de aceptar oficialmente aquello concerniente a revelaciones privadas. De hecho, el proceso canónico de las apariciones fue concluido en 1930.

La urgencia de la consagración de Rusia, según la revelación de 1929 y puesta por escrito en 1930, recién es consignada al Papa Pío XI para su consideración en 1937, el mismo año que publica dos documentos contra el nazismo y el comunismo, cuando aún había una luz de esperanza para la paz. El Papa fallecerá el 2 de febrero de 1939.

No se puede negar que durante el pontificado de Pío XII el peligro que se cernía sobre la Iglesia era más que evidente, sobre todo con el fracaso de toda mediación y el estallido de la guerra en septiembre. El Papa, en la encíclica "*Saeculo exeunte*" reconoce la misión providencial de la Virgen de Fátima en ese tiempo tan especial que vive la humanidad.

Dos años después, en 1942, a pesar de que la Virgen había hablado solamente de la consagración de Rusia, según lo atestigua Lucía en una entrevista que le hace el rp. Jongen, S.M.M., el 6 de febrero de 1946, el Papa hace la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María, pero en ese momento, cuando los Aliados estaban envueltos en la lucha contra las potencias del Eje, no era posible efectuarla tal cual lo requerido: exclusivamente de Rusia, en unión con todos los obispos y fieles del mundo. Si reflexionamos, las circunstancias políticas, hacían esto impracticable. En una situación de guerra, las comunicaciones eran casi imposibles, los obispos dispersos y sin contacto en muchos casos con la Sede Apostólica y hasta con sus fieles, los países del este devastados y sujetos a potencias ocupantes, la incertidumbre sobre el efecto que produciría en nazis y soviéticos tal anuncio aumentando aún más el peligro de los católicos, etc. Respecto a la consagración explícita de Rusia que hace Pío XII en 1952, si bien había paz al menos aparente, la tensión política no era menor y tanto la jerarquía episcopal, donde aún existía, como los fieles católicos, estaban subyugados bajo los regímenes comunistas no sólo de Rusia sino de todos los países de detrás de la «cortina de hierro». Viendo estas realidades comprendemos mejor la actitud de Pío XII en ambas consagraciones.

Si bien estos actos no cumplían con todos los requisitos manifestados por la Virgen, se evidencia que el Papa, dadas las crudas realidades que se vivían, consideró que no había que dejar pasar más tiempo y con una inmensa confianza en la poderosa intercesión de María y la misericordia de Dios, es que hace estas dos consagraciones en circunstancias diversas. La mirada dolida del pontífice sobre un mundo destrozado, le hacen ponerlo en su totalidad al amparo del Inmaculado Corazón de la Madre del Cielo y más adelante le entregará también a Rusia. Los frutos igualmente no tardaron en llegar. El año 1942 marca el punto en que el nazismo comienza a perder terreno bajo todo concepto. A partir de 1952 el comunismo fue afectado por una seria crisis. La muerte de Stalin interrumpió el régimen de terror político y social que había implantado en Rusia y produjo grandes descalabros en la cúpula del gobierno por la sucesión del poder; los países del este a un gran precio comienzan a rebelarse contra el yugo soviético; nace una resistencia creciente de los intelectuales rusos contra el sistema; etc. Es verdad que aún correría mucha sangre y que la paz y la libertad estaban lejos, pero fueron actos y hechos que demostraron un despertar de la esperanza que perdurará y dará sus frutos. Podemos decir que el gesto de Pío XII fue un excelente acto sobrenatural, un verdadero acto de fe realizado en consonancia con su potestad. Es la manifestación explícita de la creencia del pontífice en la promesa de Cristo a Pedro sobre la Iglesia: *las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*(Mt 16,18).

Pablo VI en la clausura del Concilio Vaticano II, el 21 de noviembre de 1964 proclama a la Virgen Madre de la Iglesia y prometiendo al santuario de Fátima la «Rosa de Oro», en el contexto político de la “guerra fría”, renueva la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María.

Juan Pablo II visita Fátima el 13 de mayo de 1982 consagra nuevamente al mundo, y el 25 de marzo de 1984 repite la consagración en Roma, esta vez en unión espiritual con todos los obispos. Es, según Lucía, la que reúne finalmente las condiciones pedidas por María.

Ciertamente que los resultados tangibles no se hicieron esperar mucho, pues a los pocos años cae el «muro de Berlín» y Alemania se reunifica, cae la «cortina de hierro», el inmovible poder soviético se quebró y los países del este europeo recobran su libertad y autonomía política. El comunismo, que todo lo sojuzgaba y que parecía eterno, se desplomó de un día para el otro, dejando solamente una estela de caos que es el fruto de lo que sembró durante más de medio siglo. El mismo Papa Juan Pablo II considera estos acontecimientos a la luz de Fátima, además de su propia experiencia. El 10 de octubre de 1997 habló a todos los cardenales del mundo diciendo: «A mí personalmente me ha sido dado comprender de un modo particular el mensaje de la Virgen de Fátima: por primera vez el 13 de mayo de 1981, en el momento del atentado a la vida del Papa, luego ahora, hacia el fin del ochenta, con ocasión de la caída del comunismo en los países del bloque soviético. Pienso que se trata de una experiencia bastante transparente para todos».

Todo esto queda perfectamente explicitado en el mensaje que el Papa ha hecho leer el 13 de

mayo de 2000.

No obstante, es de esperar que la consagración que el Papa realizará en Roma en octubre de 2000 con ocasión del Jubileo de los Obispos, será del todo especial y plenificará aún más los deseos de la Virgen ya que contará con la jerarquía episcopal rusa ahora ya establecida.

Como complemento de esta información, reproduzco dos documentos importantes:

1º. La carta del Papa Juan Pablo II donde pide a los obispos del mundo la consagración al Inmaculado Corazón.

2º. El acto de consagración.

2. Carta del Papa Juan Pablo II a todos los obispos de la Iglesia Católica pidiendo la Consagración al Inmaculado Corazón

Queridos hermanos en el ministerio episcopal:

El 25 de marzo de 1983 iniciamos el Jubileo extraordinario de la Redención. Una vez más os doy las gracias por haberos unido a mí al inaugurar, aquel mismo día, el Año de la Redención en vuestras diócesis. La solemnidad de la Anunciación, que recuerda a lo largo del año litúrgico el comienzo de la obra de la Redención en la historia de la humanidad, pareció particularmente adecuada para tal inauguración.

Este inicio está relacionado con el Adviento; y el actual Año de la Redención tiene un cierto sentido de adviento, dado que se acerca el año 2000 desde el nacimiento de Cristo. Vivimos a la espera del final del segundo milenio de la era cristiana, compartiendo las experiencias difíciles y dolorosas de los pueblos, y aun de toda la humanidad, en el mundo contemporáneo.

De estas experiencias nace la necesidad particular, en cierto sentido, el imperativo interior, de volver con renovada intensidad de fe precisamente a la Redención de Cristo, a su inagotable poder salvífico. *Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo... y puso en nuestras manos la palabra de reconciliación* (2Cor 5,19). El sínodo de los Obispos, celebrado el pasado mes de octubre, ha llamado nuestra atención en la misma dirección.

En este día de la solemnidad de la Inmaculada Concepción, la Iglesia medita el poder salvífico de la Redención de Cristo en la Concepción de la Mujer, destinada a ser la Madre del Redentor. Hay aquí un nuevo estímulo para que, en el contexto del Jubileo, ante las amenazas para la humanidad contemporánea que tiene su raíz en el pecado, se haga un recurso más intenso del poder de la Redención. Si el camino para la superación del pecado pasa a través

de la conversión, el comienzo de este camino, como para su continuación, no están sino en la profesión del infinito poder salvífico de la Redención.

¡Mis queridos hermanos!

En el contexto del Año Santo de la Redención, deseo profesar este poder junto con vosotros y con toda la Iglesia. Deseo profesarlo mediante el Corazón Inmaculado de la Madre de Dios, que en medida del todo particular experimentó este poder salvífico. Las palabras del acto de consagración y de ofrecimiento que os envió, corresponden, con pequeños cambios, a las que pronuncié en Fátima el día 13 de mayo de 1982. No puedo sustraerme a la convicción de que repetir este Acto en el curso del Año Jubilar de la Redención responde a la expectativa de muchos corazones humanos, deseosos de renovar a la Virgen el testimonio de su devoción y de confiarle sus aflicciones por los múltiples males del presente, sus temores ante las amenazas que incumben sobre el porvenir, sus preocupaciones por la paz y la justicia en cada una de las naciones y en el mundo entero.

La fecha más conveniente para este testimonio común parece ser la solemnidad de la Anunciación, dentro de la Cuaresma de 1984. Os quedaré agradecido si ese día (el 24 de marzo, al que se anticipa litúrgicamente esta Solemnidad mariana, o bien el 25 de marzo, III Domingo de Cuaresma), renováis ese acto junto conmigo, eligiendo la manera que cada uno de vosotros considere más adecuada.

In caritate fraterna.

Juan Pablo II

Vaticano, 8 de diciembre de 1983

3. Acto de ofrecimiento y consagración a la Virgen de Juan Pablo II

Finalizo ofreciéndoles el texto enviado por el Santo Padre a todos los obispos, para realizar la Consagración, que fue el que pronunció en Roma el 25 de marzo de 1984.

«La familia es el corazón de la Iglesia. Surja hoy de este corazón un acto de consagración especial al Corazón de la Madre de Dios.

En el año Jubilar de la Redención queremos confesar que el Amor es más grande que el pecado y que todo mal que amenaza al hombre y al mundo.

Con humildad invoquemos este Amor:

1. «Nos acogemos a tu protección, Santa Madre de Dios»

Pronunciando las palabras de esta antifona, con la que la Iglesia de Cristo reza desde hace siglos, nos encontramos hoy ante ti, Madre, en el Año Jubilar de nuestra Redención.

Estamos unidos a todos los Pastores de la Iglesia con un vínculo particular, formando un cuerpo y un colegio con Pedro.

En el vínculo de esa unidad, pronunciamos las palabras de este Acto, en el que deseamos recoger, una vez más, las esperanzas y las angustias de la Iglesia en el mundo contemporáneo.

Hace cuarenta años, y nuevamente diez años después, tu siervo el Papa Pío XII, teniendo presentes las experiencias dolorosas de la familia humana, *confió y consagró a tu Corazón Inmaculado* todo el mundo, y especialmente los pueblos que, debido a su situación, son objeto particular de tu amor y solicitud.

Este *mundo de los hombres y de las naciones* es el que tenemos ante los ojos también hoy: el mundo del segundo milenio que está finalizando, el mundo contemporáneo, nuestro mundo.

La Iglesia, recordando las palabras del Señor: *Id, pues, enseñad a todas las gentes... Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo* (Mt 18,19–20), ha avivado en el Concilio Vaticano II su conciencia de *su misión en este mundo*.

Y por esto, *oh Madre de los hombres y de los pueblos*, tú que conoces todos sus sufrimientos y esperanzas, tú que sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que invaden el mundo contemporáneo, acoge nuestro grito que, movidos por el Espíritu Santo, elevamos directamente a tu corazón: *abraza con amor de Madre y de Sierva del Señor* este mundo humano nuestro, que te confiamos y consagramos, llenos de inquietud por la suerte terrena y eterna de los hombres y de los pueblos.

De modo especial confiamos y consagramos aquellos hombres y *aquellas naciones*, que tienen necesidad particular de esta entrega y de esta consagración.

¡«Nos acogemos a tu protección, Santa Madre de Dios»!

¡*No deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades!*

2. He aquí que, encontrándonos hoy ante ti, Madre de Cristo, ante tu Corazón Inmaculado, deseamos, junto con toda la Iglesia, unirnos a la consagración que, por nuestro amor, tu Hijo hizo de sí mismo al Padre cuando dijo: *Yo por ellos me santifico, para que ellos sean*

santificados en verdad (Jn 17,19). Queremos unirnos a nuestro Redentor en esta consagración por el mundo y por los hombres, la cual, en su Corazón divino, tiene el poder de conseguir el perdón y procurar la reparación.

El poder de esta consagración dura por siempre, abarca a todos los hombres, pueblos y naciones, y supera todo el mal que el espíritu de las tinieblas es capaz de sembrar en el corazón del hombre y en su historia; y que, de hecho, ha sembrado en nuestro tiempo.

¡Oh, cuán profundamente sentimos la necesidad de consagración para la humanidad y para el mundo: para nuestro mundo contemporáneo, en unión con Cristo mismo! En efecto, la obra redentora de Cristo debe *ser participada por el mundo a través de la Iglesia*.

Lo manifiesta el presente Año de la Redención, el Jubileo extraordinario de toda la Iglesia.

En este Año Santo, bendita seas *por encima de todas las creaturas*, tú, Sierva del Señor, que de manera más plena obedeciste la llamada divina.

Te saludamos a ti, que *estás totalmente unida* a la consagración redentora de tu Hijo.

Madre de la Iglesia, ilumina al pueblo de Dios en los caminos de la fe, de la esperanza y de la caridad. Ilumina especialmente a los pueblos de los que tú esperas nuestra consagración y nuestro ofrecimiento. Ayúdanos a vivir en la verdad de la consagración de Cristo por toda la familia humana del mundo actual.

3. Al encomendarte, oh Madre, el mundo, todos los hombres y pueblos, te *confiamos* también *la misma consagración del mundo*, poniéndola en tu corazón maternal.

¡Corazón Inmaculado! Ayúdanos a vencer la amenaza del mal, que tan fácilmente se arraiga en los corazones de los hombres de hoy y que con sus efectos inconmensurables pesa ya sobre la vida presente y da la impresión de cerrar el camino hacia el futuro.

¡Del hambre y de la guerra, *líbranos!*

¡De la guerra nuclear, de la autodestrucción incalculable y de todo tipo de guerra, *líbranos!*

¡De los pecados contra la vida del hombre desde su primer instante, *líbranos!*

¡Del odio y del envilecimiento de la dignidad de los hijos de Dios, *líbranos!*

¡De toda clase de injusticias en la vida social, nacional e internacional, *líbranos!*

¡De la facilidad de pisotear los mandamientos de la ley de Dios, *líbranos!*

¡De la tentativa de ofuscar en los corazones humanos la verdad misma de Dios, *líbranos!*

¡Del extravío de la conciencia del bien y del mal, *líbranos!*

¡De los pecados contra el Espíritu Santo, *líbranos!* ¡*líbranos!*

Acoge, oh Madre de Cristo, este grito *lleno del sufrimiento* de todos los hombres. *Lleno del sufrimiento* de sociedades enteras.

Ayúdanos con el poder del Espíritu Santo a vencer todo pecado, el pecado del hombre y el «pecado del mundo», el pecado en todas sus manifestaciones.

Aparezca, una vez más, en la historia del mundo el infinito poder salvador de la Redención: poder del Amor misericordioso. Que éste detenga el mal. Que transforme las conciencias. Que en tu Corazón Inmaculado se abra a todos la *luz de la Esperanza*.

Amén.

Juan Pablo II

XV. El Mensaje de Fátima

El 26 de junio de 2000 se presentó en la Oficina de Prensa de la Santa Sede el documento “El mensaje de Fátima”, elaborado por la Congregación para la Doctrina de la Fe. Lleva la firma del cardenal Joseph Ratzinger y del arzobispo Tarcisio Bertone, S.D.B., respectivamente prefecto y secretario de este dicasterio.

El documento, de algo más de 40 páginas, se ha publicado en inglés, francés, italiano, castellano, alemán, portugués y polaco.

Consta de una presentación del arzobispo Bertone; la primera y segunda parte del «secreto» de Fátima: texto original del escrito de Sor Lucía en la *Tercera memoria* del 31 de agosto de 1941 destinada al obispo de Leiria–Fátima y su traducción; la reproducción fotográfica del

manuscrito original de la tercera parte del secreto y su traducción; la carta de Juan Pablo II a Sor Lucía, fechada el 19 de abril de 2000 y su traducción; una síntesis del coloquio del arzobispo Bertone y del obispo Serafim de Sousa Ferreira e Silva (de Leiria–Fátima) con Sor Lucía el pasado 27 de abril en el Carmelo de Santa Teresa de Coimbra (Portugal); las palabras del cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado, al final de la beatificación de Jacinta y Francisco el pasado 13 de mayo; y un comentario teológico del cardenal Ratzinger.

En la presentación, el arzobispo Bertone afirma que «Fátima es sin duda la más profética de las apariciones modernas. (...) Nadie en 1917 podía haber imaginado todo esto: los tres “pastorinhos” de Fátima ven, escuchan, memorizan, y Lucía, la testigo que ha sobrevivido, lo pone por escrito en el momento en que recibe la orden del obispo de Leiria y el permiso de Nuestra Señora».

«La tercera parte del secreto –escribe–, fue escrita (...) el 3 de enero de 1944. Existe un único manuscrito, que aquí se reproduce en facsímil. El sobre lacrado estuvo guardado primero por el obispo de Leiria. Para tutelar mejor el “secreto”, el 4 de abril de 1957 el sobre fue entregado al archivo secreto del Santo Oficio. Sor Lucía fue informada de ello por el obispo de Leiria».

El secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe señala que «según los apuntes del archivo, el 17 de agosto de 1959, el comisario del Santo Oficio, padre Pierre Paul Philippe, O.P., de acuerdo con el cardenal Alfredo Ottaviani, llevó el sobre que contenía la tercera parte del “secreto de Fátima” a Juan XXIII. Su Santidad, “después de algunos titubeos”, dijo:

“Esperemos. Rezaré. Le haré saber lo que decida”. En realidad, el Papa Juan XXIII decidió devolver el sobre lacrado al Santo Oficio y no revelar la tercera parte del “secreto”. Pablo VI leyó el contenido con el sustituto, el obispo Angelo Dell’Acqua, el 27 de marzo de 1965 y devolvió el sobre al archivo del Santo Oficio, con la decisión de no publicar el texto. Juan Pablo II por su parte pidió el sobre con la tercera parte del “secreto” después del atentado del 13 de mayo de 1981, que fue entregado al sustituto de la Secretaría de Estado, monseñor Martínez Somalo, el 18 de julio del mismo año, y el 11 de agosto fue devuelto al archivo del Santo Oficio».

«Como es sabido –añade monseñor Bertone–, el Papa Juan Pablo II pensó inmediatamente en la consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María y compuso él mismo una oración que definió “acto de consagración”, que se celebraría en la Basílica de Santa María la Mayor el 7 de junio de 1981».

«Pero el Santo Padre, para responder más plenamente a las peticiones de “Nuestra Señora” quiso explicitar durante el Año Santo de la Redención (1984) el acto de consagración del 7 de junio de 1981, repetido en Fátima el 13 de mayo de 1982».

«Sor Lucía –continuó el arzobispo–, confirmó personalmente que este acto solemne y

universal de consagración correspondía a los deseos de Nuestra Señora. Por tanto, toda discusión, así como cualquier otra petición ulterior, carecen de fundamento».

Sor Lucía ya había insinuado la interpretación de la tercera parte del «secreto» en una carta al Santo Padre del 12 de mayo de 1982, que se publica en el documento.

El arzobispo Tarcisio Bertone señala finalmente que «la decisión del Santo Padre Juan Pablo II de hacer pública la tercera parte del “secreto” de Fátima cierra una página de historia, marcada por la trágica voluntad humana de poder y de iniquidad, pero impregnada del amor misericordioso de Dios y de la atenta premura de la Madre de Jesús y de la Iglesia».

Les ofrezco a continuación la traducción completa del texto original en portugués de la tercera parte del secreto de Fátima, revelado el 13 de julio de 1917 a los tres pastorcillos en la Cueva de Iria–Fátima y transcrito por Sor Lucía el 3 de enero de 1944:

«Escribo en obediencia a Vos, Dios mío, que lo ordenáis por medio de Su Excelencia Reverendísima el Señor Obispo de Leiria y de la Santísima Madre vuestra y mía».

«Después de las dos partes que ya he expuesto, hemos visto al lado izquierdo de Nuestra Señora un poco más en lo alto a un Ángel con una espada de fuego en la mano izquierda; centelleando emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo; pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él; el Ángel señalando la tierra con su mano derecha, dijo con fuerte voz: Penitencia, Penitencia, Penitencia! Y vimos en una inmensa luz que es Dios: algo semejante a como se ven las personas en un espejo cuando pasan ante él, a un Obispo vestido de blanco “hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre”. También a otros Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas vimos subir una montaña empinada, en cuya cumbre había una gran Cruz de maderos toscos como si fueran de alcornoque con la corteza; el Santo Padre, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino; llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran Cruz fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego y flechas; y del mismo modo murieron unos tras otros los Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y diversas personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones. Bajo los dos brazos de la Cruz había dos Ángeles cada uno de ellos con una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los Mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios».

[\[Volver Atrás\]](#)

XV. El Mensaje de Fátima

El 26 de junio de 2000 se presentó en la Oficina de Prensa de la Santa Sede el documento “El mensaje de Fátima”, elaborado por la Congregación para la Doctrina de la Fe. Lleva la firma del cardenal Joseph Ratzinger y del arzobispo Tarcisio Bertone, S.D.B., respectivamente prefecto y secretario de este dicasterio.

El documento, de algo más de 40 páginas, se ha publicado en inglés, francés, italiano, castellano, alemán, portugués y polaco.

Consta de una presentación del arzobispo Bertone; la primera y segunda parte del «secreto» de Fátima: texto original del escrito de Sor Lucía en la *Tercera memoria* del 31 de agosto de 1941 destinada al obispo de Leiria–Fátima y su traducción; la reproducción fotográfica del manuscrito original de la tercera parte del secreto y su traducción; la carta de Juan Pablo II a Sor Lucía, fechada el 19 de abril de 2000 y su traducción; una síntesis del coloquio del arzobispo Bertone y del obispo Serafim de Sousa Ferreira e Silva (de Leiria–Fátima) con Sor Lucía el pasado 27 de abril en el Carmelo de Santa Teresa de Coimbra (Portugal); las palabras del cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado, al final de la beatificación de Jacinta y Francisco el pasado 13 de mayo; y un comentario teológico del cardenal Ratzinger.

En la presentación, el arzobispo Bertone afirma que «Fátima es sin duda la más profética de las apariciones modernas. (...) Nadie en 1917 podía haber imaginado todo esto: los tres “pastorinhos” de Fátima ven, escuchan, memorizan, y Lucía, la testigo que ha sobrevivido, lo pone por escrito en el momento en que recibe la orden del obispo de Leiria y el permiso de Nuestra Señora».

«La tercera parte del secreto –escribe–, fue escrita (...) el 3 de enero de 1944. Existe un único manuscrito, que aquí se reproduce en facsímil. El sobre lacrado estuvo guardado primero por el obispo de Leiria. Para tutelar mejor el “secreto”, el 4 de abril de 1957 el sobre fue entregado al archivo secreto del Santo Oficio. Sor Lucía fue informada de ello por el obispo de Leiria».

El secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe señala que «según los apuntes del archivo, el 17 de agosto de 1959, el comisario del Santo Oficio, padre Pierre Paul Philippe, O.P., de acuerdo con el cardenal Alfredo Ottaviani, llevó el sobre que contenía la tercera parte del “secreto de Fátima” a Juan XXIII. Su Santidad, “después de algunos titubeos”, dijo:

“Esperemos. Rezaré. Le haré saber lo que decida”. En realidad, el Papa Juan XXIII decidió devolver el sobre lacrado al Santo Oficio y no revelar la tercera parte del “secreto”. Pablo VI leyó el contenido con el sustituto, el obispo Angelo Dell’Acqua, el 27 de marzo de 1965 y devolvió el sobre al archivo del Santo Oficio, con la decisión de no publicar el texto. Juan Pablo II por su parte pidió el sobre con la tercera parte del “secreto” después del atentado del 13 de mayo de 1981, que fue entregado al sustituto de la Secretaría de Estado, monseñor Martínez Somalo, el 18 de julio del mismo año, y el 11 de agosto fue devuelto al archivo del Santo Oficio».

«Como es sabido –añade monseñor Bertone–, el Papa Juan Pablo II pensó inmediatamente en la consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María y compuso él mismo una oración que definió “acto de consagración”, que se celebraría en la Basílica de Santa María la Mayor el 7 de junio de 1981».

«Pero el Santo Padre, para responder más plenamente a las peticiones de “Nuestra Señora” quiso explicitar durante el Año Santo de la Redención (1984) el acto de consagración del 7 de junio de 1981, repetido en Fátima el 13 de mayo de 1982».

«Sor Lucía –continuó el arzobispo–, confirmó personalmente que este acto solemne y universal de consagración correspondía a los deseos de Nuestra Señora. Por tanto, toda discusión, así como cualquier otra petición ulterior, carecen de fundamento».

Sor Lucía ya había insinuado la interpretación de la tercera parte del «secreto» en una carta al Santo Padre del 12 de mayo de 1982, que se publica en el documento.

El arzobispo Tarcisio Bertone señala finalmente que «la decisión del Santo Padre Juan Pablo II de hacer pública la tercera parte del “secreto” de Fátima cierra una página de historia, marcada por la trágica voluntad humana de poder y de iniquidad, pero impregnada del amor misericordioso de Dios y de la atenta premura de la Madre de Jesús y de la Iglesia».

Les ofrezco a continuación la traducción completa del texto original en portugués de la tercera parte del secreto de Fátima, revelado el 13 de julio de 1917 a los tres pastorcillos en la Cueva de Iria–Fátima y transcrito por Sor Lucía el 3 de enero de 1944:

«Escribo en obediencia a Vos, Dios mío, que lo ordenáis por medio de Su Excelencia Reverendísima el Señor Obispo de Leiria y de la Santísima Madre vuestra y mía».

«Después de las dos partes que ya he expuesto, hemos visto al lado izquierdo de Nuestra Señora un poco más en lo alto a un Ángel con una espada de fuego en la mano izquierda; centelleando emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo; pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él; el Ángel señalando la tierra con su mano derecha, dijo con fuerte voz: Penitencia, Penitencia,

Penitencia! Y vimos en una inmensa luz que es Dios: algo semejante a como se ven las personas en un espejo cuando pasan ante él, a un Obispo vestido de blanco “hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre”. También a otros Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas vimos subir una montaña empinada, en cuya cumbre había una gran Cruz de maderos toscos como si fueran de alcornoque con la corteza; el Santo Padre, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino; llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran Cruz fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego y flechas; y del mismo modo murieron unos tras otros los Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y diversas personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones. Bajo los dos brazos de la Cruz había dos Ángeles cada uno de ellos con una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los Mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios».

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

XVI. CARDENAL RATZINGER:

LA CLAVE DEL «SECRETO» ES PENITENCIA

Según el cardenal Joseph Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, la palabra clave del tercer secreto de Fátima «es el triple grito: “Penitencia, Penitencia, Penitencia!”». Lo afirma en el «Comentario Teológico» que se publica en la parte final del documento hecho público el 26 de junio por la Santa Sede. El cardenal Ratzinger dice también que otra palabra clave es «mi Corazón Inmaculado triunfará», «el corazón abierto a Dios, purificado por la contemplación de Dios, es más fuerte que los fusiles y que cualquier tipo de arma; el fiat de María, la palabra de su corazón, ha cambiado la historia del mundo».

El Comentario Teológico del Prefecto de la Congregación para la doctrina de la Fe está dividido en tres partes:

Revelación pública y revelaciones privadas, su lugar teológico; la estructura antropológica de las revelaciones privadas; un intento de interpretación del secreto de Fátima.

«El término “revelación pública” –afirma el cardenal Ratzinger– designa la acción reveladora de Dios destinada a toda la humanidad, que ha encontrado su expresión literaria en las dos partes de la Biblia: el Antiguo y el Nuevo Testamento. Se llama “revelación” porque en ella Dios se ha dado a conocer progresivamente a los hombres, hasta el punto de hacerse él mismo hombre, para atraer a sí y para reunir en sí a todo el mundo por medio del Hijo encarnado, Jesucristo. (...) En Cristo Dios ha dicho todo, es decir, se ha manifestado a sí mismo y, por lo tanto, la revelación ha concluido con la realización del misterio de Cristo que ha encontrado su expresión en el Nuevo Testamento».

La «revelación privada», en cambio, «se refiere a todas las visiones y revelaciones que tienen lugar una vez terminado el Nuevo Testamento; es ésta la categoría dentro de la cual debemos colocar el mensaje de Fátima. (...) La autoridad de las revelaciones privadas –prosigue el cardenal Ratzinger– es esencialmente diversa de la única revelación pública: ésta exige nuestra fe». La revelación privada, en cambio, «es una ayuda para la fe, y se manifiesta como creíble precisamente porque remite a la única revelación pública».

Citando al teólogo flamenco E. Dhanis, el prefecto para la Fe afirma que «la aprobación

eclesiástica de una revelación privada contiene tres elementos: el mensaje en cuestión no contiene nada que vaya contra la fe y las buenas costumbres; es lícito hacerlo público, y los fieles están autorizados a darle en forma prudente su adhesión». «Un mensaje así puede ser una ayuda válida para comprender y vivir mejor el Evangelio en el momento presente; por esto no se debe descartar. Es una ayuda que se ofrece, pero no es obligatorio hacer uso de la misma».

El cardenal Ratzinger subraya también que «la profecía en el sentido de la Biblia no quiere decir predecir el futuro, sino explicar la voluntad de Dios para el presente, lo cual muestra el recto camino hacia el futuro».

La parte más importante del Comentario Teológico está dedicada a «un intento de interpretación del secreto de Fátima». Del mismo modo que la palabra clave de la primera y de la segunda parte del secreto es la de salvar almas, «la palabra clave de este “secreto” es el triple grito: ¡Penitencia, Penitencia, Penitencia!. Viene a la mente el comienzo del Evangelio: *paenitemini et credite evangelio* (Mc 1,15). Comprender los signos de los tiempos significa comprender la urgencia de la penitencia, de la conversión y de la fe. Esta es la respuesta adecuada al momento histórico, que se caracteriza por grandes peligros y que serán descritos en las imágenes sucesivas. Me permito insertar aquí un recuerdo personal: en una conversación conmigo, Sor Lucía me dijo que le resultaba cada vez más claro que el objetivo de todas las apariciones era el de hacer crecer siempre más en la fe, en la esperanza y en la caridad. Todo el resto era sólo para conducir a esto».

Después, el prefecto de la Congregación para la Fe pasa revista a las imágenes del secreto. «El ángel con la espada de fuego a la derecha de la Madre de Dios recuerda imágenes análogas en el Apocalipsis. Representa la amenaza del juicio que incumbe sobre el mundo. La perspectiva de que el mundo podría ser reducido a cenizas en un mar de llamas, hoy no es considerada absolutamente pura fantasía: el hombre mismo ha preparado con sus inventos la espada de fuego».

«La visión muestra después la fuerza que se opone al poder de destrucción: el esplendor de la Madre de Dios, y proveniente siempre de él, la llamada a la penitencia. De este modo se subraya la importancia de la libertad del hombre: el futuro no está determinado de un modo inmutable, y la imagen que vieron los niños no es una película anticipada del futuro, de la cual nada podría cambiarse. En realidad, toda la visión tiene lugar sólo para llamar la atención sobre la libertad y para dirigirla en una dirección positiva. (...) Su sentido es el de movilizar las fuerzas del cambio hacia el bien. Por eso están totalmente fuera de lugar las explicaciones fatalistas del “secreto” que dicen que el atentado del 13 de mayo de 1981 habría sido en definitiva un instrumento de la Providencia. (...) La visión habla más bien de los peligros y del camino para salvarse de los mismos.»

Pasando a las siguientes imágenes, «el lugar de la acción –explica el cardenal Ratzinger–

aparece descrito con tres símbolos: una montaña escarpada, una gran ciudad medio en ruinas, y finalmente una gran cruz de troncos rústicos. Montaña y ciudad simbolizan el lugar de la historia humana: la historia como costosa subida hacia lo alto, la historia como lugar de la humana creatividad y de la convivencia, pero al mismo tiempo como lugar de las destrucciones, en las que el hombre destruye la obra de su propio trabajo (...) Sobre la montaña está la cruz, meta y punto de orientación de la historia. En la cruz la destrucción se transforma en salvación; se levanta como signo de la miseria de la historia y como promesa para la misma».

«Aparecen después aquí personas humanas: el Obispo vestido de blanco (“hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre”), otros Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y, finalmente, hombres y mujeres de todas las clases y estratos sociales. El Papa parece que precede a los otros, temblando y sufriendo por todos los horrores que lo rodean. No sólo las casas de la ciudad están medio en ruinas, sino que su camino pasa en medio de los cuerpos de los muertos. El camino de la Iglesia se describe así como un *Via crucis*, como camino en un tiempo de violencia, de destrucciones y de persecuciones. En esta imagen, se puede ver representada la historia de todo un siglo. Del mismo modo que los lugares de la tierra están sintéticamente representados en las dos imágenes de la montaña y de la ciudad, y están orientados hacia la cruz, también los tiempos son representados de forma compacta».

«En la visión podemos reconocer el siglo pasado como siglo de los mártires, como siglo de los sufrimientos y de las persecuciones contra la Iglesia, como el siglo de las guerras mundiales y de muchas guerras locales que han llenado toda su segunda mitad y han hecho experimentar nuevas formas de crueldad. En el “espejo” de esta visión vemos pasar a los testigos de la fe de decenios».

El prefecto de la Fe afirma también que en el *Via crucis* de este siglo «la figura del Papa tiene un papel especial. En su fatigoso subir a la montaña podemos encontrar indicados con seguridad juntos diversos Papas, que empezando por Pío X hasta el Papa actual han compartido los sufrimientos de este siglo y se han esforzado por avanzar entre ellos por el camino que lleva a la cruz».

«En la visión también el Papa es matado en el camino de los mártires, ¿No podía el Santo Padre, cuando después del atentado del 13 de mayo de 1981 se hizo llevar el texto de la tercera parte del “secreto”, reconocer en él su propio destino? Había estado muy cerca de las puertas de la muerte y él mismo explicó el haberse salvado con las siguientes palabras: “fue una mano materna la que guió la trayectoria de la bala y el Papa agonizante se detuvo en el umbral de la muerte” (13 de mayo de 1994)».

«Que “una mano materna” haya desviado la bala mortal muestra sólo una vez más que no existe un destino inmutable, que la fe y la oración son poderosas, que pueden influir en la historia y, que al final, la oración es más fuerte que las balas, la fe más potente que las

divisiones».

La conclusión del secreto, prosigue el cardenal Ratzinger, «recuerda imágenes que Lucía puede haber visto en libros piadosos, y cuyo contenido deriva de antiguas intuiciones de fe. Es una visión consoladora, que quiere hacer maleable por el poder salvador de Dios una historia de sangre y lágrimas. Los ángeles recogen bajo los brazos de la cruz la sangre de los mártires y riegan con ella las almas que se acercan a Dios. La sangre de Cristo y la sangre de los mártires están aquí consideradas juntas: la sangre de los mártires fluye de los brazos de la cruz. Su martirio se lleva a cabo de manera solidaria con la pasión de Cristo y se convierte en una sola cosa con ella».

«La visión de la tercera parte del secreto tan angustiosa en su comienzo, se concluye pues con una imagen de esperanza: ningún sufrimiento es vano y, precisamente una Iglesia sufriente, una Iglesia de mártires, se convierte en señal orientadora para la búsqueda de Dios por parte del hombre (...) del sufrimiento de los testigos deriva una fuerza de purificación y de renovación, porque es actualización del sufrimiento mismo de Cristo y transmite en el presente su eficacia salvífica».

¿Qué significa en su conjunto (en sus tres partes), el «secreto» de Fátima?, se pregunta por último el cardenal Ratzinger. «Ante todo debemos afirmar con el cardenal Sodano: “los acontecimientos a los que se refiere la tercera parte del “secreto” de Fátima parecen pertenecer ya al pasado”. En la medida en que se refiere a acontecimientos concretos ya pertenecen al pasado. Quien había esperado impresionantes revelaciones apocalípticas sobre el fin del mundo o sobre el curso futuro de la historia se desilusionará. Fátima no nos ofrece este tipo de satisfacción de nuestra curiosidad, lo mismo que la fe cristiana no quiere y no puede ser un mero alimento para nuestra curiosidad. Lo que queda de válido lo hemos visto de inmediato al inicio de nuestras reflexiones sobre el texto del “secreto”. La exhortación a la oración como camino para la “salvación de las almas” y, en el mismo sentido, la llamada a la penitencia y a la conversión».

«Quisiera al final volver aún sobre otra palabra clave del “secreto”, que con razón se ha hecho famosa: “mi Corazón Inmaculado triunfará”. ¿Qué quiere decir esto? Que el corazón abierto a Dios, purificado por la contemplación de Dios, es más fuerte que los fusiles y que cualquier tipo de arma. El *fiat* de María, la palabra de su corazón, ha cambiado la historia del mundo, porque ella ha introducido en el mundo al Salvador, porque gracias a este “sí” Dios pudo hacerse hombre en nuestro mundo y así permanece ahora y para siempre. El maligno tiene poder en este mundo, lo vemos y lo experimentamos continuamente; él tiene poder porque nuestra libertad se deja alejar continuamente de Dios».

«Pero desde que Dios mismo tiene corazón humano y de ese modo ha dirigido la libertad del hombre hacia el bien, hacia Dios, la libertad hacia el mal ya no tiene la última palabra. Desde aquel momento cobran todo su valor las palabras de Jesús: *padeceréis tribulaciones en el*

mundo, pero tened confianza; yo he vencido al mundo (Jn 16,33). El mensaje de Fátima nos invita a confiar en esta promesa».

Mensaje de Fátima; Ratzinger VIS 000626 (2000)

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

XVII. Tercera parte del secreto: preguntas pendientes...

Muchas preguntas pueden haber quedado pendientes a los que estudiaron atentamente la documentación sobre el secreto de Fátima. No es mi intención responderlas, ante todo porque no soy especialista en «Fatimología». Estas páginas tienen por objeto la divulgación del mensaje de Nuestra Señora Fátima porque es mi deseo hagamos nuestro el mensaje difundiendo en nuestros apostolados y misiones. Todo el mundo está consagrado al Inmaculado Corazón de María, a partir del mismo día en que nosotros nacimos como Congregación. Ayudemos al mundo, con nuestro pequeño granito de arena, a vivir de acuerdo a su consagración. La propagación del mensaje de Nuestra Señora de Fátima es un apostolado muy grande, de mucho provecho para las almas, y un deber de amor filial a la Santísima Virgen, a quien pertenecemos en calidad de esclavos.

Para las preguntas pendientes, seguramente será una gran ayuda el libro que ha escrito Sor Lucía «*Os apelos da Mesagem de Fátima*», de próxima publicación durante este año o principios del próximo. Pero para ilustrar algunos puntos de la documentación del secreto, también sirven los comentarios de personas autorizadas en el tema. Por eso transcribo en este capítulo recientes declaraciones de Mons. Tarcisio Bertone, Secretario de la Congregación para la fe y autor de la Presentación histórica de la tercera parte del secreto. Se trata de dos entrevistas concedidas en días cercanos a la revelación del “tercer secreto”; una al periódico “*Avvenire*”, de la Conferencia Episcopal Italiana, y otra a “*Il Corriere de la Sera*”, el periódico de mayor divulgación en Italia. También transcribo, porque me parecen iluminadoras en algunos puntos, dos entrevistas más: una al P. Georges Cottier, teólogo de la Casa Pontificia, y otra a Mons. Serafim de Sousa, Obispo de Fátima; ambas fueron reproducidas por *Zenit*.

Estas entrevistas confirman datos que no dejan de tener su importancia, por ejemplo, Mons. Bertone confirma que Sor Lucía ha seguido teniendo apariciones de la Santísima Virgen al menos hasta 1984, y el Obispo de Fátima afirma que «ella está convencida de que está aún en la tierra con una misión concreta: está convencida de que su larga existencia (tiene más de 90 años) es para testificar ante el mundo el mensaje de Fátima, velando porque las peticiones de la Señora se cumplieran en el modo previsto».

1. Lucía, un mensaje a lo largo de una vida: Bertone cuenta la obediencia sufrida de una

valiente testigo [1]

En otro subtítulo: *El secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe: Fátima dice que el calvario de los cristianos continúa*

«Por años ha sido obediente y silenciosa. “Tu pluma es la escoba”, le había dicho su superiora. Pero también ahora que escribe –incluso un libro– sor Lucía continúa siendo obediente. Sobre todo a la voluntad de la Señora y después a la de la Santa Sede, con cuya autorización ha compuesto el volumen que está por salir. A una semana de distancia de la publicación del texto integral del tercer secreto de Fátima, monseñor Tarcisio Bertone, secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, que la ha encontrado personalmente el 27 de abril pasado, la describe así: “Sor Lucía de Jesús y del Inmaculado Corazón es una persona luminosa, consciente de haber recibido una misión especial. Humilde y obediente, reconoce sus límites, pero está decidida a explicar hasta el fondo los mensajes a ella confiados por Nuestra Señora. No se detuvo delante de ninguna dificultad, ha sufrido, ha luchado hasta vencer las incredulidades y ha convencido. Es un *testigo* en el sentido más pleno de la palabra”.

–¿Nos puede decir alguna cosa más sobre el libro que sor Lucía ha escrito?

–Se trata de un conjunto de escritos espirituales, derivados del mensaje de Fátima, que Sor Lucía elabora con simplicidad y concreción de sugerencias. Sumergida por incesantes y numerosas peticiones acerca de las apariciones y sobre las palabras de la Virgen, y sobre su interpretación, y no pudiendo responder a todas personalmente, pide y obtiene la autorización de la Santa Sede para componer una obra –*Os apelos da Mesagem de Fatima*, este es el título– por medio de la cual puede dar una respuesta global a las múltiples interpretaciones recibidas. El punto de referencia constante y casi estructural del libro es la recomendación de la Virgen: “No ofendáis más a Dios Nuestro Señor que ya está muy ofendido” (aparición del 13 de octubre de 1917). De por sí el volumen no añade nada al mensaje de Fátima: lo interpreta, lo divulga, lo explica con indicaciones prácticas de la vida cristiana. Podrá por tanto hacer mucho bien a cuantos sienten dentro de sí inquietud, falta de certezas y dudas acerca de su suerte eterna.

–¿Cuándo será publicado?

–El libro consta de 334 páginas escritas a mano. Creo que pueda ser publicado en Portugal en tiempos relativamente breves; sino dentro del Año Jubilar, apenas iniciado el 2001.

–Durante el coloquio con Sor Lucía, ¿la vidente le ha hablado de otras apariciones de la Virgen?

–En el coloquio no hemos hablado de “otras” apariciones, porque la conversación versaba

específicamente sobre las apariciones de 1917 y en particular sobre aquella del 13 de julio. Pero por diversas cartas de Sor Lucía sé que ella todavía ha tenido apariciones o comunicaciones de “Nuestra Señora” en Pontevedra y en Tuy, en España, de 1925 en adelante, y después en 1952, en Portugal, en Coimbra, probablemente hasta 1984. Por tanto, el diálogo con la Señora se ha prolongado, como para demostrar la atenta asistencia de una Madre y Maestra para la interpretación correcta y la transmisión fiel de su mensaje.

–¿Y es también en base a esta asistencia que se puede estar ciertos que la visión de la tercera parte del “secreto” se refiere al pasado?

–Hay una secuencia de hechos históricos que parecen verificar exactamente las previsiones de la visión profética. Está ante todo el doloroso Vía Crucis de los sufrimientos de la Iglesia por las atroces persecuciones a las cuales fue sometida en el curso del siglo XX. Después está la coincidencia de la fecha del atentado “con arma de fuego” con el aniversario de la primera aparición de Fátima. Está el hecho –único en este sentido– de un Papa que es herido de muerte y verdaderamente corre el riesgo de morir. La visión, la imagen, “habla”, como ha notado el cardenal Ratzinger, y permite una identificación confirmada por otra parte por Sor Lucía.

–¿De qué cosa hacía descender Sor Lucía la intuición de que después de 1960 se habría comprendido el sentido de la visión?

–Esta pregunta no encuentra una fácil respuesta. Como he referido en la descripción del coloquio con Sor Lucía, sus palabras ofrecen una plausible explicación, pero no es todavía para contentarse. Tengamos presente que escribe en 1944; probablemente el año 1960 señalaba para ella un horizonte suficientemente lejano como para permitir el cumplimiento de las predicaciones.

–¿Sor Lucía le ha dicho cuáles fueron sus sentimientos, en el momento en que supo del atentado de Juan Pablo II?

–Sor Lucía había quedado profundamente golpeada en 1970, luego de las discretas noticias sobre el atentado cruento a Pablo VI, en Manila, el 27 de noviembre de aquel año. Hay que recordar que Pablo VI fue el primer Papa que se acercó a Fátima en 1967, y que se encontró con la vidente. En 1981 la estrategia y la gravedad del atentado a Juan Pablo II realizaron la terrible verdad de la tercera parte del “secreto”. Sor Lucía ha revivido aquella tarde del 13 de mayo de 1981 el atroz sufrimiento sentido por los tres pastorcitos en el momento de la visión: no puede olvidar la tierna expresión de Jacinta: “Pobrecito el Santo Padre; tengo mucha pena por los pecadores”.

–¿Y hoy que cosa piensa?

–Sor Lucía no es catastrófica a ultranza. Está serena y alegre de que la historia haya tomado un camino diverso de las tristes previsiones escuchadas en 1917. Hay alguno que se siente contrariado porque la profecía no ha tenido un cumplimiento “literal” con la muerte repentina del Papa y con la presunta tercera guerra mundial, “guerra atómica”, portadora de muerte y destrucción. Pero esta actitud, como ha dicho el cardenal Ratzinger, responde más a un fatalismo determinista que a una confianza fundada sobre la esperanza cristiana: “No existe un destino inmutable. Fe y oración son potencias que pueden influir en la historia y al final la oración es más fuerte que los proyectiles, la fe más potente que las divisiones”.

–¿Existe el peligro que una vez revelado el “secreto”, también el mensaje de Fátima vaya al olvido en un mundo todavía afligido de guerras, violencias, injusticias y desviaciones morales?

–En efecto, el peligro existe. Pero yo espero que el mensaje de Fátima no deje de hablar a los creyentes. Justamente por el hecho que el mundo está todavía afligido por guerras, divisiones, violencias, injusticias y desviaciones morales, es necesario partir de nuevo del corazón del Evangelio. Y por otra parte los ataques contra la Iglesia y los cristianos con el peso de sufrimiento que han arrastrado consigo, no han cesado en 1981 sino que continúan todavía. También si la llamada a la oración y la penitencia ha sido pronunciada al inicio del siglo XX, y a este siglo ha sido particularmente dirigida, ella conserva una perenne actualidad. Como ha escrito el Papa en 1996: “la insistente invitación de María Santísima a la penitencia no es más que la manifestación de su solicitud materna por la suerte de la familia humana, necesitada de conversión y de perdón».

2. Fátima: Sor Lucía publicará pronto un libro: Revelaciones del secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe[\[2\]](#)

«Sor Lucía ha escrito un libro que se llama “Los llamamientos del mensaje de Fátima”, lo ha confirmado hoy al diario de mayor tirada en Italia, *Il Corriere della Sera*, el arzobispo Tarcisio Bertone, secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, quien presentó el pasado 26 de Junio a la prensa junto al cardenal Joseph Ratzinger el tercer “secreto” confiado por la Virgen a los pastorcitos portugueses.

“En él no hay nada que se parezca a visiones y secretos”, explica el prelado. “Es una especie de respuesta a todos los devotos que le han escrito durante todas estas décadas. Unas trescientas páginas ya terminadas. Será impreso en Portugal, en cuanto esté listo el comentario, que ha sido confiado a un teólogo carmelita”.

Ofrecemos, a continuación, la traducción integral de la entrevista concedida por monseñor Bertone.

–Excelencia, sabíamos que había cartas y “memorias”, pero ahora se publicará un libro: Sor Lucía ha escrito mucho durante su vida...

–Sólo a partir de un cierto momento. Al inicio ni siquiera sabía escribir. Después aprendió y pidió a la superiora papel y pluma, pero la superiora le respondió: “¡Tu pluma es la escoba!”. Sus hermanas de la congregación se reían de ella, en los ambientes eclesiológicos había desconfianza por la leyenda que le rodeaba.

–Después, se le permitió escribir. ¿Cómo pudo mantener reservado el “secreto” durante 56 años, teniendo en cuenta su carácter expansivo y la curiosidad de todo el mundo?

–Fue posible gracias a su obediencia: en 1955 se le prohibió dar entrevistas y difundir sus escritos. Además, hay que tener en cuenta otro elemento decisivo: el gran respeto con el que se ha tratado esta materia. El obispo de Leiría encerró durante años en una caja fuerte el sobre del secreto. Después, en 1957, lo pasó al Archivo del Santo Oficio, y también en este segundo período sólo fue leído por los Papas que lo pidieron y por las personas a quienes los Papas se lo pidieron.

–Usted ha dicho que Juan Pablo II leyó por primera vez el secreto después del atentado...

–Se trata de un dato de hecho. Y no lo hizo inmediatamente después del atentado, sino dos meses después: el 18 de julio de 1981 el sustituto de la Secretaría de Estado, en aquella época monseñor Eduardo Martínez Somalo (hoy cardenal), le llevó al hospital dos sobres, uno con el “secreto” original y otro con la traducción en italiano.

–Ahora bien, aunque no había leído el texto, podía conocer su contenido...

–Me parece poco verosímil el que lo haya conocido de este modo. Ya sea porque había muy pocos –o quizá ninguno– que estaban al corriente con precisión del contenido, ya sea porque era facilísimo para el Papa leer el texto: no tenía más que pedirlo.

–El atentado del Papa tuvo lugar dos años y medio después de su elección. ¿Cómo es posible que nadie le hubiera hablado del “secreto”, si a Juan XXIII y a Pablo VI se lo llevaron al inicio de su pontificado?

–Esto no es exacto. Pablo VI lo vio en marzo de 1965, ¡cuando era Papa desde hacía dos años!

–Juan Pablo II ha sido muy audaz para publicar una profecía que le atañería, viviendo todavía la persona que la ha redactado...

–De hecho, había gente que decía que era mejor esperar. También en el caso de la beatificación de los dos pastorcitos no faltaba quien decía que era mejor postergarla hasta después de la muerte de Sor Lucía. Ahora bien, ya se habían terminado los dos procesos y termina ahora el siglo, por eso el Papa consideró que había llegado el momento.

–¿Cómo es posible estar seguros de que la profecía se refiere al atentado contra el Pontífice de 1981? ¿Podría referirse a un Papa del futuro que quizá muera de verdad?

–Ante todo se da la coincidencia entre la fecha del atentado y el aniversario de la primera aparición de Fátima. Además, se da el hecho –único en este siglo– de que un Papa estuvo a punto de ser asesinado. Por último, no hay motivos para esperar acontecimientos futuros: la revelación pública es para todos los siglos, pero las revelaciones privadas tienen una fecha».

3. Fátima: Una clave para descifrar la historia: Habla el “teólogo del Papa”, el padre Georges Cottier[3]

«El padre Georges Cottier ha seguido de cerca la historia del “secreto” de Fátima. Como teólogo de la Casa Pontificia, entre sus funciones, ofrece consejo a Juan Pablo II. Al igual que a otros colaboradores directos del Santo Padre y del cardenal Joseph Ratzinger (es también secretario general de la Comisión Teológica Internacional), ha ofrecido sus sugerencias sobre la manera en que debían ser presentadas las revelaciones de María en Cova da Iria. Se encuentra, por tanto, en una situación privilegiada para responder a las preguntas que han surgido tras la publicación del mensaje.

–Padre Cottier: ¿Qué relectura de la historia surge de la visión de Fátima?

–El mensaje está en sintonía con el Apocalipsis y el espíritu profético del Nuevo Testamento. Me parece que su sentido es éste: la Iglesia, que prolonga en la historia la obra de Cristo, siempre es perseguida por el demonio, el “padre de la mentira” que obra en el mundo. Tenemos una visión de la historia demasiado plana: en sus fundamentos, sin embargo, siempre se encuentra la batalla entre el bien y el mal que interpela la libertad humana. En esta lucha, el hombre se da cuenta que no está cerrado en la inmanencia de la historia, sino que se encuentra en un camino arduo que tiene como meta final la beatitud en Dios y, como peligro, la condena, la pérdida total de sí mismo. Es un concepto que pertenece al Apocalipsis y que encontramos también en Fátima.

–Pero, entonces, ¿cómo se concilia la libertad con el designio de la Providencia?

–Estamos hablando de un gran misterio. Dios, que es eternidad, ve la historia humana en toda

su amplitud, pero nos ha creado libres y para salvarnos nos pide nuestra colaboración. La libertad nos hace colaboradores del designio de Dios. Por este motivo, profecías como la de Fátima, que tocan el presente y la dirección que tenemos que dar a nuestro futuro, son “condicionales”, es decir, no son fatalistas, ni deterministas. El mensaje que ayer se reveló tiene que comprenderse como una advertencia, y no como una predicción: “si continuáis pecando corréis el riesgo de caer en estas desgracias; si os convertís, las evitaréis”.

–¿Por qué se ha mantenido oculto durante tanto tiempo el tercer “secreto”?

–Aquí entra en juego la prudencia pastoral. Juan XXIII o Pablo VI podrían haber revelado el mensaje. El Papa Roncalli tuvo la grandiosa intuición del Concilio, pero, ¿podía convocar una asamblea que se dirigía a todos los hombres de buena voluntad, sin cerrarse ni siquiera ante los perseguidores, y hablar al mismo tiempo de los castigos que ellos mismos infligen? Pablo VI buscó rendijas en el Este de Europa, donde la Iglesia era martirizada, para explorar la más mínima posibilidad para ayudar a los cristianos que se encontraban del otro lado de la cortina de hierro, ¿podía publicar un texto que hablaba tan abiertamente de persecuciones?

–Juan Pablo II relaciona el mensaje con su destino personal. Sin embargo, Ratzinger dejó ayer muy clara la idea de que Alí Agca, al intentar contra él, el 13 de mayo de 1981, actuó libremente.

–El Papa dice que la mano de la Virgen desvió la bala. El hombre que atentó contra él podía haberse comportado de otro modo, sin embargo, realizó el proyecto criminal de eliminar una figura que constituía una amenaza política. Fue un instrumento de un plan asesino y utilizó su libertad para hacer el mal. No se puede hablar de determinismo ni de casualidad: la Providencia de Dios guía la existencia de cada uno, especialmente la de la Iglesia y el Papa, pero no elimina la libertad de nadie.

–De modo que la profecía de Fátima no era “inevitable”. Lo que predijo podía no haber sucedido.

–Todo lo que se dice en el mensaje podía no suceder y no por ello la profecía perdería su sentido: la visión de los pastorcitos es la de la Iglesia mártir, invita a leer los signos de los tiempos para hacernos crecer en la fe, en la esperanza y en la caridad a través de la penitencia. El atentado no es más que la página más sorprendente.

–¿No cree usted que a la Iglesia hoy día le cuesta reconocer la profecía y acaba desalentándola?

–Se trata de una cuestión de discernimiento, esencial en cuestiones que tocan tan de cerca la devoción de la gente. Existe, sin embargo, un gusto malsano para quedarse en lo superficial. Toda revelación privada, reconocida por la Iglesia, debe ser situada en su lugar en la jerarquía

de la fe: es mucho más importante, por ejemplo, el culto a la Eucaristía.

–Algunos han acusado a la Iglesia de todo lo contrario: de dar mucho énfasis al “secreto” de Fátima. ¿No cree que de este modo la Iglesia se mete en temas que van más allá de lo racional?

–La Iglesia nunca ha favorecido el gusto exagerado por lo extraordinario. El auténtico culpable de una lectura unidimensional de la vida y de la historia, que aplasta al hombre sobre sí mismo, privándole de la visión de su destino trascendente, es el racionalismo moderno. La Iglesia tiene el mérito de plantear seriamente estos temas a los no creyentes. Negar “a priori” este horizonte es una actitud irracional.

–¿Puede haber influido en los Papas el conocimiento del tercer “secreto”?

–En él han visto la vocación de la Iglesia al martirio, y ciertamente han profundizado en ella. Por lo que se refiere a Juan Pablo II, por ejemplo, si releemos la carta “*Tertio millennio adveniente*”, nos damos cuenta que la Iglesia en el siglo XX ha vuelto a ser mártir».

4. Fátima invita a guardar la memoria de los mártires de este siglo: Habla el obispo de Leiría–Fátima, monseñor Serafim de Sousa[4]

«El obispo de Leiría–Fátima es, junto al Papa y al prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, la persona que más influencia ha tenido a la hora de tomar una decisión sobre la publicación de las revelaciones de la Virgen. Es, además, un buen amigo de la vidente, Sor Lucía. Su lectura del tercer “secreto” de Fátima, por tanto, adquiere una particular relevancia. Ofrecemos a continuación una entrevista que ha concedido al semanario “Alfa y Omega” en su última edición.

–Usted fue testigo ocular del encuentro del arzobispo Tarcisio Bertone, secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, con Sor Lucía, en abril de este año, cuando se presentó a la vidente el texto oficial del comentario teológico. ¿Podría describir la emoción de ese momento?

–Efectivamente, estuve presente en ese encuentro, pero sólo como intermediario. Más que emocionante, fue un encuentro sencillo; de hecho monseñor Bertone –él mismo lo dijo– estaba muy contento de comprobar cómo Sor Lucía contestaba con lucidez, con ilación, consciente y coherentemente a todo lo que se le decía.

–Usted es una de las pocas personas en el mundo que conoce personalmente a Sor Lucía. ¿Qué es lo que más le impresiona de ella?

–Yo destacaría su sinceridad, es una mujer enormemente sincera y valiente, no hace más que repetir lo que ha visto y oído, sin añadir ni quitar nada. Además, ella está convencida de que está aún en la tierra con una misión concreta: aunque le gustaría ir con sus primos Jacinta y Francisco, está convencida de que su larga existencia (tiene más de 90 años) es para testificar ante el mundo el mensaje de Fátima, velando porque las peticiones de la Señora se cumplieran en el modo previsto.

–¿Hay alguna razón, en su opinión, para que el “secreto” haya sido publicado durante el Jubileo del 2000?

–Yo creo que la fecha en sí es lo de menos. Supongo que el Papa tenía la intención de publicar el secreto tras el atentado, pero no inmediatamente, como esperando la confirmación de que esa parte del secreto se refería a él. Además, hay que tener en cuenta que este Jubileo era una ocasión muy conveniente, al ser el año de la reconciliación, y también por la beatificación de los pastorcitos.

–¿Qué parte del secreto subrayaría?

–Hay muchos aspectos, por ejemplo cuando “el obispo vestido de blanco” camina junto a los otros obispos, curas y laicos, como un signo importante de la universalidad de la Iglesia, compuesta de miembros desiguales que caminan unidos. Además, los soldados deben entenderse, más que como personas concretas, como la lucha de los Estados seculares contra la Iglesia. Otro aspecto es que los cristianos son martirizados no sólo con balas, también con flechas, lo que representa las persecuciones desde las diversas culturas, también del tercer mundo. Por otro lado, a mí me parece muy importante la visión de los dos ángeles, visión misteriosa hecha en lenguaje bíblico, que invita a tener siempre presente la memoria de los miles de mártires de este siglo.

–¿Cree usted que con la publicación del secreto se cierra, de alguna forma, el siglo XX?

–Más que hablar de cierres, yo diría que se ha abierto como una ventana de esperanza en este siglo, la esperanza de la conversión personal de cada uno de nosotros, para que la humanidad pueda encontrar por fin la paz.

–¿Qué cambia para Fátima y para Portugal de ahora en adelante?

–Yo creo que Fátima no cambia: sigue siendo ese pulmón espiritual, ese espacio de conversión. Obviamente, sí, es verdad, que tanto la beatificación de Francisco y Jacinta como la publicación del “secreto” de forma oficial confirman la validez del mensaje de Fátima».

[1] Avvenire, domenica 2 luglio 2000, 19.

[2] CIUDAD DEL VATICANO, 28 Junio (ZENIT.org).

[3] 27 Junio (ZENIT.org–AVVENIRE)

[4] FÁTIMA, 30 junio (ZENIT.org)

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

XVIII. LO QUE DEBEN VER LOS PEREGRINOS

En este capítulo quiero compartir con ustedes lo que recomiendan en un folleto muy interesante, respecto a lo que hay que conocer en Fátima. Les mando también el mapa de Fátima.

1. En Cova da Iria

En la columnata de la Basílica, pueden verse las imágenes de cuatro santos portugueses: San Juan de Dios, San Juan de Brito, San Antonio y Beato Nuno de Santa María.

De un lado y del otro, de izquierda a derecha, están los siguientes santos: Santa Teresa de Ávila, San Francisco de Sales, San Marcelino Champagnat, San Juan Bautista de la Salle, San Alfonso María de Liguori, San Juan Bosco con Santo Domingo Savio, San Luis María Grignion de Montfort, San Vicente de Paúl, San Simón Stock, San Ignacio de Loyola, San Pablo de la Cruz y Santa Beatriz da Silva.

plaza: explanada: con su escalera monumental, columnatas, y *Via crucis* en cuadros de cerámica policromada.

capilla de las apariciones: ella es el verdadero corazón del lugar. Fue el primer edificio construido en Cova da Iria, y precisamente en el lugar de las apariciones de Nuestra Señora. El local está marcado por la columnata de mármol sobre la cual está colocada la Imagen de la Virgen. Convergen por aquí los millones de peregrinos que visitan anualmente este Santuario.

basílica: Fue iniciada en 1928 y consagrada el 7 de octubre de 1953. Sus 15 altares representan los 15 misterios del rosario.

El cuadro del Altar Mayor representa el mensaje de Nuestra Señora a los videntes, preparados por el Ángel de Portugal, a través del encuentro con Jesús en la Eucaristía. Vemos en él al Obispo de la diócesis, de rodillas, al lado izquierdo y las figuras de Pío XII (que consagró el mundo al Inmaculado Corazón de María en 1942 y cuyo Legado coronó la Imagen de la Virgen en 1946) y la de los Papas Juan XXIII y Pablo VI.

Los vitrales representan escenas de las apariciones y algunas invocaciones de las Letanías de la Virgen.

En los cuatro ángulos del interior de la Basílica se encuentran las estatuas de los grandes Apóstoles del Rosario y de la devoción al Inmaculado Corazón de María: San Antonio María Claret, Santo Domingo de Guzmán, San Juan Eudes y San Esteban Rey de Hungría.

También encontramos en la Basílica el sepulcro del Beato Francisco, en la capilla que está cerca del altar –entrando a la derecha– y los sepulcros de la Beata Jacinta y el que será para Sor Lucía, en la capilla que está cerca del altar –entrando a la izquierda–; en el Presbiterio, están colocados los restos mortales de D. José Alves Correia de Silva, primer Obispo de Leiría, trasladados después de la restauración de la Diócesis, en el año 1920.

El órgano monumental, montado en 1952, posee cerca de 12 mil tubos.

capilla de la exposición del santísimo sacramento: Situada en el extremo de la columnata, en la parte norte, es visitable sólo para la adoración en silencio total.

encina grande: debajo de la cual esperaban los pastorcitos y los primeros peregrinos, rezando el Rosario, la aparición de la Virgen.

monumento del sagrado corazón de Jesús: este Monumento se levanta en el centro de la plaza y sobre un pozo cuya agua ha sido instrumento de muchas gracias.

albergue de nuestra señora de los dolores: está situado por detrás de la Capilla. Se destina a recibir los enfermos en las grandes peregrinaciones, retiros y también para alojamiento de peregrinos en general. Cerca de 300 camas.

rectoría: este edificio está situado a la derecha de la plaza, frente a la Capillita, en la Casa de Nuestra Señora del Carmen.

casa de retiros de nuestra señora del carmen: parte alta, detrás de la Rectoría. Cerca de 250 camas.

muro de Berlín: en la entrada del Santuario, por la parte sur de la Rectoría, se encuentra un monumento, que contiene un módulo de cemento del Muro de Berlín (fue comenzado a construir la noche del 12 para el 13 de agosto de 1961 y demolido a partir del 9 de noviembre de 1989). Este bloque fue regalado por intermedio del emigrante portugués en Alemania, Sr. D. Virgilio Casimiro Ferreira. Se colocó aquí como grato recuerdo de la gran intervención de Dios en la caída del Comunismo, prometida en las apariciones de Fátima. El peso del citado bloque es de 2,600 kg., mide 3,60 m. de altura y 1,20 de ancho. El arquitecto del monumento

es J. Carlos Loureiro. Fue inaugurado el 13 de agosto de 1994.

cruz alta: en la parte sur de la plaza, en conmemoración del Año Santo de 1951.

monumento al papa pablo vi: en recuerdo de su peregrinación a Fátima, en el 13 de mayo de 1967.

monumento a papa pío xii: fue construido con donativos de los católicos alemanes en 1961.

monumento a d. josé alves correia da silva: primer Obispo de la Diócesis restaurada de Leiría (1920–1957), quien declara dignas de fe las apariciones de la Virgen en Fátima y autoriza el respectivo culto (1930.10.13).

centro pastoral pablo vi: pasando por debajo de la avenida. Fue inaugurado el 13 de Mayo de 1982, por el PAPA JUAN PABLO II, para apoyo y reflexión del mensaje de Fátima y los problemas del mundo moderno, a la luz del Evangelio.

2. Otros lugares (entre 1 y 3 kilómetros del santuario)

en fátima

iglesia parroquial: allí fueron bautizados los videntes, iniciando su vida cristiana en la comunidad parroquial.

cementerio: allí estuvieron sepultados los cuerpos de Francisco y Jacinta.

en aljustrel y valinhos

las casas de los pastorcitos: no sufrieron transformaciones sensibles después de las Apariciones. Al fondo del huerto de la casa de Lucía, está el POZO, donde se apareció por segunda vez el “Ángel de Portugal” (verano de 1916).

museo etnográfico: junto a la casa de Lucía,

valinhos (a 400 metros de Aljustrel): lugar donde se dio la cuarta aparición de la Virgen, el 19 de agosto de 1917, en el mismo lugar se construyó el actual monumento.

loca do anjo (lugar del ángel): aquí los niños recibieron la primera y tercera aparición del «Ángel de la Paz» (en la Primavera y Octubre de 1916).

via crucis y calvario: el *Vía crucis* está compuesto por 14 capillitas en memoria de la Pasión del Señor y una decimaquinta correspondiente a la Resurrección. Por debajo del Calvario hay una Capilla dedicada a San Esteban.

Las primeras 14 estaciones, fueron donadas por los católicos húngaros, refugiados en los países de Occidente e inauguradas el 12 de Mayo de 1964; la décimo quinta el 13 de octubre de 1992, estando presente el Sr. Embajador de Hungría, ya libre del comunismo en esta nación.

El *Vía Crucis* comienza en la Rotonda de Santa Teresa, siguiendo el camino que los pastorcitos tomaban para ir de Aljustrel a Cova da Iria.

3. Fechas principales

28-04-1919: Se inició la construcción de la Capillita de las Apariciones.

13-10-1921: Se permite por primera vez celebrar la Santa Misa.

03-05-1922: El Obispo de Leiría manda iniciar el proceso canónico, sobre los acontecimientos de Fátima.

26-06-1927: El Obispo de Leiría preside por primera vez una ceremonia oficial en Cova da Iria, después de la bendición de las Estaciones del *Vía Crucis*, desde el pueblo de Reguengo do Fetal (11 Km.).

13-10-1930: Por la (provisión) "*La Divina Providencia*", el Obispo de Leiría declara dignas de fe las apariciones y autoriza el culto de Nuestra Señora de Fátima.

13-05-1931: Primera consagración de Portugal al Inmaculado Corazón de María, hecha por el Episcopado Portugués, siguiendo el Mensaje de Fátima.

31-10-1942: Pío XII, hablando en portugués por la radio, consagra el mundo al Inmaculado Corazón de María, haciendo mención velada de Rusia, según el pedido de Nuestra Señora.

13-05-1946: Es coronada la Imagen de Nuestra Señora de Fátima, de la Capillita por el Cardenal Marsella, Legado Pontificio. La Corona fue ofrecida por las mujeres portuguesas, en agradecimiento por haber librado a Portugal de la Segunda Guerra Mundial.

13-10-1951: Clausura del Año Santo (Universal), en Fátima, por el Cardenal Tedeschini,

Legado Pontificio, el cual revela que Pío XII presenció en el Vaticano, en 1950, el prodigio solar de Fátima del 13 de octubre de 1917.

13-05-1956: El Cardenal Roncalli, Patriarca de Venecia, futuro Papa Juan XXIII, preside las ceremonias de la Peregrinación aniversaria.

21-11-1964: Al clausurar la tercera sesión del Concilio Ecuménico, el Papa Pablo VI anuncia delante de 2.500 Padres conciliares, la concesión de la Rosa de Oro al Santuario de Fátima, la cual sería entregada por el Cardenal Cento, Legado Pontificio, el día 13-05-1965.

13-05-1967: El Santo Padre Pablo VI viaja a Fátima en el cincuentenario de la primera aparición de Nuestra Señora, para pedir por la paz en el mundo y la unidad de la Iglesia.

10-07-1977: Peregrinación a Fátima del Cardenal Luciani, Patriarca de Venecia, futuro Juan Pablo I.

12/13-05-1982: El Santo Padre Juan Pablo II viaja a Fátima como peregrino, para agradecer el haber salido bien del brutal atentado sufrido un año antes en la plaza de San Pedro y de rodillas, consagra la Iglesia, los hombres y los pueblos, al Inmaculado Corazón de María, haciendo veladamente mención de Rusia.

25-03-1984: En la Plaza de San Pedro en Roma, delante de la imagen de la Virgen, Juan Pablo II consagra una vez más, el mundo al Inmaculado Corazón de María, en unión con todos los Obispos del mundo. Día en que comenzó nuestra Congregación en San Rafael e hizo la consagración Mons. León Kruk, en el atrio de la Parroquia San José, cuyo Señor Cura Párroco era el Padre Victorino Ortego.

12/13-05-1991: El Santo Padre Juan Pablo II vuelve a Fátima por segunda vez, como peregrino, en el décimo aniversario de su atentado.

12/13-05-2000: El Santo Padre Juan Pablo II vuelve a Fátima por tercera vez, como peregrino, para beatificar a Francisco y Jacinta y hacer anunciar que se hará pública la tercera parte del secreto de Fátima.

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

XIX. El Beato Francisco

“Todo le parecía poco para consolar a Jesús”

(Palabras del Papa Juan Pablo II)

Apenas regresé de mi peregrinación a Fátima, hablé a distintos grupos (contemplativas, religiosos, religiosas, sacerdotes...) sobre dos aspectos que caracterizan la espiritualidad de los pastorcitos de Fátima: en Francisco, el deseo de «consolar y dar alegría a Jesús»; en Jacinta, el deseo «de convertir muchos pecadores y reparar al Inmaculado Corazón».

Quiero en este capítulo poner por escrito algunas de las ideas que entonces expresé, y desarrollarlas un poco más, porque me parecen de provecho para todos. Los niños de Fátima tienen muchas cosas que decirnos, especialmente a los religiosos. Sobre todo nos enseñan cómo debemos responder a los pedidos de Nuestra Señora.

Dedico este capítulo al beato Francisco, a quien le pido que proteja especialmente a los seminaristas menores, a los niños de los Hogarcitos y a los de nuestros colegios; le pido que a todos nos enseñe a «consolar y dar alegría a Jesús».

De Francisco dijo Juan Pablo II en la beatificación:

«*Al beato Francisco*, lo que más impresionaba y absorbía era Dios en aquella luz inmensa que penetrara lo más íntimo de los tres. Sin embargo, sólo a él Dios se daría a conocer “tan triste”, como él decía. Una noche, su papá lo escuchó sollozar y le preguntó por qué lloraba; el hijo le respondió: “Pensaba en Jesús que está tan triste por causa de los pecados que se cometen contra Él”. Por eso vive motivado por el único deseo –tan expresivo del modo de pensar de los niños –de “consolar y dar alegría a Jesús”.

En su vida se obra una transformación que se podría decir radical; una transformación sin duda no común en niños de su edad. Se entrega a una vida espiritual intensa, con una oración tan asidua y fervorosa, que llega a una verdadera forma de unión mística con el Señor. Justamente esto lo lleva a una progresiva purificación del espíritu mediante la renuncia a lo que le agrada y hasta a los juegos inocentes de niños.

Francisco soportó los grandes sufrimientos causados por la enfermedad que lo llevó a la muerte, sin ningún lamento. Todo le parecía poco para consolar a Jesús; murió con una

sonrisa en los labios. Grande era, en el pequeño, el deseo de reparar las ofensas de los pecadores, ofreciendo con esta intención el esfuerzo de ser bueno; los sacrificios, la oración».[1]

Es una síntesis espléndida de la vida de un niño que, como ha dicho Juan Pablo II, la Iglesia ha puesto «en el candelabro como una vela encendida por Dios para iluminar a la humanidad en sus horas inquietas y sombrías».

De este breve perfil biográfico que nos ofrece el Papa sólo desarrollaré un punto, el espíritu reparador de Francisco: «Grande era en el pequeño el deseo de reparar las ofensas de los pecadores, ofreciendo con esta intención el esfuerzo de ser bueno, los sacrificios, la oración».

«Los pastorcitos de Fátima recibieron de Dios una luz extraordinaria sobre el misterio del pecado y del castigo eterno del infierno; ellos vieron las almas que se condenan, y fueron invitados a orar y a hacer penitencia reparadora. Jacinta parecía sobre todo preocupada particularmente por impedir que las almas cayesen en el infierno; también Francisco, pero en su espiritualidad se encuentra un aspecto superior: el deseo de consolar a Jesús».[2]

Esta particularidad Lucía la advirtió claramente: «Mientras que Jacinta parecía preocupada con el único pensamiento de convertir a los pecadores y salvar almas del infierno, él parecía sólo pensar en consolar a Nuestro Señor y a Nuestra Señora, que le habían parecido estar tan tristes».[3]

Ya el Ángel que preparó las apariciones de Nuestra Señora les había enseñado a reparar, cuando les dijo: «Ofreced constantemente al Altísimo plegarias y sacrificios. (...) De todo lo que podáis, ofreced un sacrificio, en acto de reparación por los pecados con los que Él es ofendido, y de súplica por la conversión de los pecadores». Así fue como Francisco se inclinó más que todo hacia la reparación de las ofensas del Señor, impresionado de la experiencia mística de la luz, donde Dios, como ha señalado Juan Pablo II, “sólo a él se mostró tan triste”.

Es por eso que en la espiritualidad de Francisco hay una nota dominante: su preocupación de consolar a Jesús. Como ha dicho Mons. Rendeiro, “su pasión era consolar a Jesús”.

Hay varios episodios en su vida reveladores de esta espiritualidad. Cito a continuación diez anécdotas, con sabor a las “Florecillas”, que he encontrado en las *Memorias de Lucía*, donde se muestra este deseo vehemente que tenía de ser consuelo para Jesús.

1. «Si yo fuera capaz de darle alegría...»

«Pocos días después de la primera aparición de Nuestra Señora, al llegar al sitio del pasto,

subió a un elevado peñasco y nos dijo:

–Vosotras no vengáis para acá; dejadme estar solo.

–Está bien. Y me puse con Jacinta a correr detrás de las mariposas, que prendíamos para después dejarlas huir y así hacer un sacrificio; sin acordarnos más de Francisco. Llegada la hora de la merienda nos dimos cuenta de su ausencia y allá fui a llamarlo:

–Francisco, ¿no quieres venir a merendar?

–No; comed vosotras.

–¿Y rezar el rosario?

–A rezar, después voy; vuelve a llamarme.

Cuando volví a llamarle, me dijo:

–Vengan a rezar aquí, junto a mí.

Subimos a lo alto del peñasco, donde apenas cabíamos los tres puestos de rodillas y le pregunté:

–Pero ¿qué estás haciendo aquí durante tanto tiempo?

–*Estoy pensando en Dios que está muy triste debido a tantos pecados. ¡Si yo fuera capaz de darle alegría!»*[\[4\]](#)

2. «¡Si yo pudiera consolarle!»

Después de la tercera aparición, donde recibieron el secreto, no obstante quedar impresionado por la visión del infierno y la visión de los mártires, Francisco sigue impresionado por Dios, y por la tristeza con que se le manifestó. Cuenta Lucía:

«En la tercera aparición, Francisco parece que fue el que menos se impresionó con la vista del infierno, a pesar de que también le causase una sensación grande. Lo que más le impresionó y absorbió era Dios, la Santísima Trinidad, en esa luz inmensa que nos penetraba hasta en lo más íntimo del alma. Después decía:

–Estábamos ardiendo en aquella luz que es Dios y no nos quemábamos. ¡Cómo es Dios! Esto sí que nadie lo puede decir. *Da pena que esté tan triste. ¡Si yo pudiera consolarle!*»[5]

3. «Me gusta más consolar a Nuestro Señor»

«Un día le pregunté:

–Francisco, a ti ¿qué más te gusta: consolar a Nuestro Señor, o convertir a los pecadores para que no vayan más almas al infierno?

–*Me gusta más consolar a Nuestro Señor. ¿No te fijaste como Nuestra Señora, en el último mes, se puso tan triste cuando dijo que no se ofendiese más a Dios Nuestro Señor, que ya está muy ofendido? Yo deseo consolar a Nuestro Señor, y después convertir a los pecadores para que nunca más lo vuelvan a ofender*»[6].

4. «¡Ellos están tan tristes...!»

«Cierta día en que yo me mostraba descontenta con la persecución que tanto dentro como fuera de la familia, comenzaba a levantarse, él procuró animarme, diciendo:

–Deja ya. ¿No dijo Nuestra Señora que íbamos a tener que sufrir mucho, para reparar a Nuestro Señor y a su Inmaculado Corazón de tantos pecados con que son ofendidos? *¡Ellos están tan tristes...! Si con estos sufrimientos podemos consolarlos, ya quedamos contentos*».[7]

5. «Si tú no vas, estará todavía más triste».

En otro momento difícil para Lucía, cuando no quería ir más a Cova da Iria tentada de que podía ser el demonio quien se aparecía, para convencerla Francisco apeló a la tristeza de Nuestro Señor, que a él tanto impresionaba.

«Cuando me veía perpleja con la duda, echaba a llorar diciendo:

–Pero, ¿cómo es que tú puedes pensar que es el demonio? ¿No viste a Nuestra Señora y a Dios en aquella luz tan grande? ¿Cómo es que vamos a ir sin ti, si tú eres quien tiene que

hablar?

Ya de noche, después de la cena, volvió otra vez a mi casa. Me llamó a la vieja era y me dijo:

–Escucha, ¿tú vas mañana?

–No voy; ya dije que no vuelvo más.

–¡Pero, qué tristeza! ¿Por qué tú piensas ahora así? ¿No ves que no puede ser el demonio? *Dios ya está tan triste con tantos pecados y ahora, si tú no vas, estará todavía más triste.* Anda, ven.

–Ya te dije que no voy más; es inútil insistir.

Y bruscamente entré en casa.

Pasados algunos días, me decía:

–¡Dios mío! Aquella noche no dormí nada; pasé toda la noche rezando y llorando, para que Nuestra Señora te hiciese ir». [\[8\]](#)

6. «¿Estará Él todavía tan triste?».

«Cuando después del día 13 de septiembre, le dije que también en octubre vendría Nuestro Señor, él manifestó una gran alegría:

–Ay ¡qué bien! Sólo le hemos visto dos veces, y a mí me gusta tanto ver a Nuestro Señor...

De vez en cuando preguntaba:

–¿Todavía faltan muchos días para el día 13? Estoy ansioso de que llegue, para ver otra vez a Nuestro Señor.

Después pensaba un poco y decía:

–Pero, ¡joye!: *¿estará Él todavía triste? Tengo tanta pena de que esté así tan triste.* Le ofrezco todos los sacrificios que puedo hacer. A veces, ya no huyo de esa gente, para hacer sacrificios». [\[9\]](#)

7. «Recordé de pronto hacer ese sacrificio para consolar a Nuestro Señor».

«Un día, pasábamos camino de casa por delante de la vivienda de mi madrina de bautismo. Ella acababa de hacer aguamiel y nos llamó para darnos un vaso. Entramos; y Francisco fue el primero a quien le dio el vaso para que bebiese. Él lo tomó y, sin beber, lo pasó primero a Jacinta para que bebiese primero conmigo, y entre tanto, dando un rodeo, desapareció.

–¿Dónde está Francisco? –preguntó la madrina.

–No lo sé. Hace un rato todavía estaba aquí.

No apareció, y Jacinta y yo fuimos a buscarle, no dudando ni un momento que estaría sentado junto al pozo ya tantas veces mencionado.

–Francisco, no bebiste el aguamiel. La madrina te llamó muchísimas veces, pero no apareciste.

–Cuando tomé la copa, *recordé de pronto hacer ese sacrificio para consolar a Nuestro Señor*, y mientras bebíais, me escapé aquí». [\[10\]](#)

8. «Sufro para consolar a Nuestro Señor».

Cuando ya estaba muy enfermo, «un día le pregunté:

–Francisco, ¿te encuentras muy mal?

–Sí, pero *sufro para consolar a Nuestro Señor*». [\[11\]](#)

9. «Lo ofrezco en primer lugar para consolar a Nuestro Señor y Nuestra Señora».

Durante su enfermedad, «al entrar un día con Jacinta en su cuarto nos dijo:

–Hoy hablad poco que me duele mucho la cabeza.

–No te olvides de ofrecerlo por los pecadores –le dijo Jacinta.

–Sí, pero *en primer lugar lo ofrezco para así poder consolar a Nuestro Señor y a Nuestra Señora*; y después lo ofrezco por los pecadores y por el Santo Padre». [\[12\]](#)

10. «Ante todo, lo quiero consolar».

El episodio más significativo, que muestra esta “pasión” de Francisco por consolar a Jesús, ocurre cuando estaba moribundo, en el momento en que Lucía le hace sus recados para el Cielo:

«En vísperas de morir me dijo:

–¡Escucha!, estoy muy mal, ya me falta poco para ir al Cielo.

–¡Entonces mira! Allí no te olvides de pedir mucho por los pecadores, por el Santo Padre, por mí y Jacinta.

–Sí, lo pediré; pero escucha: esas cosas pídelas antes a Jacinta, que yo tengo miedo de olvidarme cuando llegue junto al Señor. Y después, *ante todo, lo quiero consolar*». [\[13\]](#)

Pasemos a considerar brevemente las expresiones de este niño: “si yo pudiera consolarle”, “me gusta más consolar a Nuestro Señor”, “si yo fuera capaz de darle alegría”, “si con estos sufrimientos podemos consolarlos, ya quedamos contentos”, “ellos están tan tristes”, “¿estará todavía tan triste?”; “lo ofrezco para consolar al Señor”, “sufro para consolar al Señor”, “ante todo, lo quiero consolar”... ¿serán ocurrencias de niño?

Francisco «vive motivado –como dice el Papa–por el único deseo –tan expresivo del modo de pensar de los niños–de “consolar y dar alegría a Jesús”».

Y esto no es una “chiquillada” de un niño “delicado”, demasiado sensible, advierte Mons. Rendeiro. «No faltará quien interprete así esta preocupación del pastorcito. Pero no olvidemos que se trata de un niño de la montaña, muy habituado a la vida dura. Muy lejos de ser un niño delicado. Sensibilidad sobrenatural, esto sí. De lo demás, la teología espiritual no tiene dificultad de explicar este fenómeno místico. Es justamente uno de las más bellas actitudes de las almas generosas, golpeadas por profundas intuiciones de la gracia.

Pero, ¿dónde encontrar el fundamento teológico de tal preocupación? Está en el Evangelio, en una de las escenas más impresionantes: yendo Jesús al Huerto de los Olivos, eligió a los tres

apóstoles más íntimos para que velaran y oraran con él; y ellos se durmieron. Todavía hoy las almas pías aman hacer compañía al Señor, recordando su agonía en el Huerto. Pascal decía que Cristo estará en agonía hasta el fin del mundo.

Los tres apóstoles que dormían en el Huerto no estaban solos. Con ellos estaban todas las almas buenas, más o menos conscientes, más o menos despiertas, que hacen compañía a Jesús agonizante. Este es el sentido de la reparación que nosotros podemos hacer ahora, con una actualidad que se eleva más allá del tiempo y que adquiere características de eternidad. Los pastorcitos de Fátima no habían estudiado teología, pero viven iluminados por los dones del Espíritu Santo. No es necesario saber teología para llegar a la intuición de que el pecado ofende a Dios, el bien lo conforta. Esta es la gran lección de Francisco Marto». [\[14\]](#)

Durante mi peregrinación a Fátima, tuve el gusto de leer unas conferencias de Mons. Francisco Rendeiro, OP, obispo de Coimbra, sobre la espiritualidad de los pastorcitos. En una de ellas, "El Mensaje de Francisco de Fátima", Mons. Rendeiro profundiza en este aspecto, preguntándose de dónde le viene, de dónde le nace a un niño de 9 años esta preocupación. Mons. Rendeiro explica que «uno de los misterios más difíciles de penetrar es el misterio del pecado y su reparación. En el mensaje de la Señora el punto esencial es la revelación de Dios ofendido por causa de nuestros pecados, de la que se sigue el pedido de oración y sacrificios en reparación de las ofensas y por la conversión de los pecadores».

Concluyendo

Aquí repito, particularmente a las contemplativas y contemplativos de nuestros Institutos, que nuestra vida religiosa puede ser de muy poco triunfo, de mucha incompreensión, de falta de reconocimiento incluso por parte de los mismos hermanos; finalmente, pasar la vida metidos en un monasterio, ignorados del mundo, poco importa, si nosotros llegamos a hacer la experiencia de unión mística con Dios, **si nosotros llegamos a ser el consuelo de Jesús**. Y todos debemos consolar a Jesús, **¡también los miembros laicos de la Tercera Orden!** El beato Francisco era laico.

¡Qué hermoso que nosotros tuviésemos ese deseo! Como decíamos en la Finca, vivir la caridad es poner feliz al otro. Lo mismo acá: ¡buscar poner feliz a Jesús!

El Papa dijo de Francisco «que todo le parecía poco para consolar a Jesús». Y nosotros, ¿qué hacemos para consolar a Jesús? Es parte de la espiritualidad ignaciana preguntarnos, a menudo: «¿Qué he hecho por Cristo?, ¿qué hago por Cristo?, ¿qué haré por Cristo?».

Deseo decir algunas cosas más sobre la reparación, satisfacción y expiación, que forma parte esencial del Mensaje de Fátima. Lo dejo para el próximo capítulo.

[1] Homilía durante la Misa de beatificación, 2; en: *L'Osservatore Romano*, n. 20, 19 de mayo de 2000.

[2] Mons. Francisco Rendeiro, OP, *El Mensaje de Francisco de Fátima*, a los peregrinos en el Santuario de Fátima, el 13 de abril de 1969; en: *La espiritualidad de los pastorcitos Francisco y Jacinta Marto*, Secretariado de los Pastorcitos, Fátima, 49–50.

[3] *Memoria cuarta*, 142.

[4] *Ibid.*, 128.

[5] *Ibid.*, 131.

[6] *Ibid.*, 141.

[7] *Ibid.*, 127.

[8] *Ibid.*, 131.

[9] *Ibid.*, 133–134.

[10] *Ibid.*, 135.

[11] *Ibid.*, 142.

[12] *Ibid.*

[13] *Ibid.*, 148.

[14] *Op.cit.*, 50–52.

[\[Volver Atrás\]](#)

XX. El sentido de la reparación

En el capítulo anterior me extendí en los testimonios que hacían referencia al espíritu reparador del beato Francisco. Para que se comprenda mejor el sentido de la reparación, una doctrina que los hombres de nuestro tiempo no comprenden porque se ha perdido el sentido del pecado, deseo fundamentar el sentido de la reparación a la luz de la doctrina pontificia.

Profundizar en el sentido del pecado y su reparación, satisfacción o expiación es un tema que es necesario estudiar y meditar, mas en nuestros tiempos, donde el sentido del pecado y de la reparación se ha perdido. Por eso ofrezco aquí los párrafos principales de la encíclica *Miserentissimus Redemptor* de S. S. Pío XI sobre la obligación de la reparación. Es un documento hermosísimo. Centra su atención en «el espíritu de expiación y reparación», que «tiene la primacía y la parte principal en el culto al Sagrado Corazón de Jesús».

Enseña el Papa Pío XI verdades impresionantes sobre el grato deber de “consolar a Cristo” y de unirse a su Pasión para expiar con él por los pecados propios y los del mundo; y fundamenta este deber grandioso en la condición sacerdotal de todo el pueblo cristiano. Fue publicada el 8 de mayo de 1928, como una respuesta del Pontífice a los pedidos de reparación hechos por el Sagrado Corazón a Santa Margarita María de Alacoque. Recuerdo que para esa fecha, Nuestro Señor ya había hecho a Sor Lucía, en Tuy y Pontevedra, el pedido de reparación al Inmaculado Corazón de su Madre: «Ten compasión del Corazón de tu Santísima Madre...»

Releyendo la encíclica, me parece que se explica por qué Francisco se abocó a «consolar Jesús», es decir, a reparar por los pecados de la humanidad.

Cito extensamente la parte en la que el Papa profundiza en la doctrina de la expiación o reparación.

1. La expiación o reparación

«...Nos referimos al deber de tributar al Sacratísimo Corazón de Jesús aquella satisfacción honesta que llaman reparación. Si lo primero y principal de la consagración al Sagrado

Corazón es que al amor del Creador responda el amor de la criatura, síguese espontáneamente otro deber: el de compensar las injurias de algún modo inferidas al Amor increado, si fue desdeñado con el olvido o ultrajado con la ofensa. A este deber llamamos vulgarmente reparación.

Con más apremiante título de justicia y amor estamos obligados al deber de reparar y expiar: de justicia, en cuanto a la expiación de la ofensa hecha a Dios por nuestras culpas y cuanto a la reintegración del orden violado; de amor, en cuanto a padecer con Cristo paciente y “saturado de oprobios” y, según nuestra pobreza, ofrecerle algún consuelo.

Pecadores como somos todos, abrumados de muchas culpas, no hemos de limitarnos a honrar a nuestro Dios con sólo aquel culto con que adoramos y damos los obsequios debidos a su Majestad suprema, o reconocemos suplicantes su absoluto dominio, o alabamos con acciones de gracias su largueza infinita; sino que, además de esto, es necesario satisfacer a Dios, juez justísimo, “por nuestros innumerables pecados, ofensas y negligencias”. A la consagración, pues, con que nos ofrecemos a Dios, con aquella santidad y firmeza que, como dice el Angélico, son propias de la consagración^[1], ha de añadirse la *expiación* con que totalmente se extingan los pecados, no sea que la santidad de la divina justicia rechace nuestra indignidad imprudente, y repulse nuestra ofrenda, siéndole ingrata, en vez de aceptarla como agradable.

Este deber de expiación incumbe *a todo el género humano*, pues, como sabemos por la fe cristiana, después de la caída miserable de Adán el género humano, inficionado de la culpa hereditaria, sujeto a las concupiscencias y míseramente depravado, había merecido ser arrojado a la ruina sempiterna. Soberbios filósofos de nuestros tiempos, siguiendo el antiguo error de Pelagio, niegan esto blasonando de cierta virtud innata en la naturaleza humana, que por sus propias fuerzas continuamente progresa a perfecciones cada vez más altas; pero estas inyecciones del orgullo rechaza el Apóstol cuando nos advierte que “*éramos por naturaleza hijos de ira*” (Ef 2,3).

En efecto, ya desde el principio los hombres en cierto modo reconocieron el deber de aquella común expiación y comenzaron a practicarlo guiados por cierto natural sentido, ofreciendo a Dios sacrificios, aún públicos, para aplacar su justicia”.

2. Expiación de Cristo

Pero ninguna fuerza creada era suficiente para expiar los crímenes de los hombres si el Hijo de Dios no hubiese tomado la humana naturaleza para repararla. Así lo anunció el mismo Salvador de los hombres por los labios del sagrado Salmista: *Hostia y oblación no quisiste; más me has dado un cuerpo. Holocaustos por el pecado no te agradaron; entonces dije: Heme aquí* (Heb 10,5.7). Y *ciertamente Él llevó nuestros dolores; herido fue por nuestras iniquidades*

(Is 53,4–5); y *llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero* (1 Pe 2,24); *borrando la cédula del decreto que nos era contrario, quitándole de en medio y enclavándole en la cruz* (Col 2,14), *para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia* (1 Pe 2,24).

3. Expiación nuestra, sacerdotes en Cristo

Mas, aunque la copiosa redención de Cristo sobreabundantemente *perdonó nuestros pecados* (Col 2, 13); sin embargo, por aquella admirable disposición de la divina Sabiduría, según la cual ha de completarse en nuestra carne lo que falta en la Pasión de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia (Col 1,24), aun a las oraciones y satisfacciones *que Cristo ofreció a Dios en nombre de los pecadores* podemos y debemos añadir también las nuestras.

Necesario es no olvidar nunca que *toda la fuerza de la expiación pende únicamente del cruento sacrificio de Cristo*, que por modo incruento se renueva sin interrupción en nuestros altares; pues ciertamente, «una y la misma es la Hostia, el mismo es el que ahora se ofrece mediante el ministerio de los sacerdotes que el que antes se ofreció en la cruz; sólo es diverso el modo de ofrecerse»^[2]; por lo cual debe unirse con este augustísimo sacrificio eucarístico la inmolación de los ministros y de los otros fieles para que también se ofrezcan como *Hostias vivas, santas, agradables a Dios* (Ro 12,1). Así, no duda afirmar San Cipriano «que el sacrificio del Señor no se celebra con la santificación debida si no corresponde a la Pasión nuestra oblación y sacrificios».^[3]

Por ello nos amonesta el Apóstol que, *llevando en nuestro cuerpo la mortificación de Jesús* (2 Cor 4,10), y con Cristo sepultados y plantados, no sólo a semejanza de su muerte crucifiquemos nuestra carne con sus vicios y concupiscencias^[4], *huyendo de lo que en el mundo es corrupción de concupiscencia* (2 Pe 1,4), sino que *en nuestros cuerpos se manifieste la vida de Jesús* (2 Cor 4,10), y, hechos partícipes de su eterno sacerdocio, *ofrezcamos dones y sacrificios por los pecados* (Heb 5,1).

Ni solamente gozan de la participación de este misterioso sacerdocio y de este deber de satisfacer y sacrificar aquellos de quienes nuestro Señor Jesucristo se sirve para ofrecer a Dios la oblación inmaculada desde el oriente hasta el ocaso en todo lugar^[5], sino que toda la grey cristiana, llamada con razón por el Príncipe de los Apóstoles *linaje escogido, real sacerdocio* (1 Pe 2,9), debe ofrecer por sí y por todo el género humano sacrificios por los pecados, casi de la propia manera que todo sacerdote y pontífice *tomado entre los hombres, a favor de los hombres es constituido en lo que toca a Dios* (Heb 5,1).

Y cuanto más perfectamente respondan al sacrificio del Señor nuestra oblación y sacrificio, que es inmolar nuestro amor propio y concupiscencias y crucificar nuestra carne con aquella crucifixión mística de la que habla el Apóstol, tantos más abundantes frutos de propiciación y

de expiación para nosotros y para los demás percibiremos. Hay una relación maravillosa de los fieles con Cristo, semejante a la que hay entre la cabeza y los demás miembros del cuerpo, y asimismo una misteriosa comunión de los santos, que por la fe católica profesamos, por donde los individuos y los pueblos no sólo se unen entre sí, mas también con Jesucristo, que es la cabeza; *del cual, todo el cuerpo compuesto y bien ligado por todas las junturas, según la operación proporcionada de cada miembro, recibe aumento propio, edificándose en el amor* (Ef 4,15–16). Lo cual el mismo Mediador de Dios y de los hombres, Jesucristo próximo a la muerte, lo pidió al Padre: *Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en la unidad* (Jn 17, 23).

Así, pues, como la consagración profesa y afirma la unión con Cristo, así la expiación da principio a esta unión borrando las culpas, la perfecciona participando de sus padecimientos y la consume ofreciendo sacrificios por los hermanos. Tal fue, ciertamente, el designio del misericordioso Jesús cuando quiso descubrirnos su Corazón con los emblemas de su Pasión y echando de sí llamas de caridad: que mirando de una parte la malicia infinita del pecado, y, admirando de otra la infinita caridad del Redentor, más vehementemente detestásemos el pecado y más ardientemente correspondiésemos a su caridad.

4. Comunión Reparadora y Hora Santa

Y ciertamente en el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús tiene la primacía y la parte principal el espíritu de expiación y reparación; ni hay nada más conforme con el origen, índole virtud y prácticas propias de esta devoción, como la historia y la tradición, la sagrada Liturgia y las actas de los Sumos Pontífices confirman.

Cuando Jesucristo se aparece a Santa Margarita María, predicándole la infinitud de su caridad, juntamente, como apenado, se queja de tantas injurias como recibe de los hombres por estas palabras que habían de grabarse en las almas piadosas de manera que jamás se olvidaran: ***“He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres y de tantos beneficios los ha colmado, y que en pago a su amor infinito no halla gratitud alguna, sino ultrajes, a veces aun de aquellos que están obligados a amarle con especial amor”***.

Para reparar estas y otras culpas recomendó entre otras cosas que los hombres comulgaran con ánimo de expiar, que es lo que llaman Comunión Reparadora, y las súplicas y preces durante una hora, que propiamente se llama Hora Santa; ejercicios de piedad que la Iglesia no sólo aprobó, sino que enriqueció con copiosos favores espirituales.

5. Consolar a Cristo

Mas, ¿cómo podrán estos actos de reparación consolar a Cristo, que dichosamente reina en los cielos? Respondemos con palabras de San Agustín: “Dadme un corazón que ame y sentirá lo que digo”.[\[6\]](#)

Un alma de veras amante de Dios, si mira al tiempo pasado, ve a Jesucristo trabajando, doliente, sufriendo durísimas penas “por nosotros los hombres y por nuestra salvación”, tristeza, angustias, oprobios, *quebrantado por nuestras culpas* (Is 53, 5) y sanándonos con sus llagas. De todo lo cual tanto más hondamente se penetran las almas piadosas cuanto más claro ven que los pecados de los hombres en cualquier tiempo cometidos fueron causa de que el Hijo de Dios se entregase a la muerte; y aun ahora esta misma muerte, con sus mismos dolores y tristezas, de nuevo le infieren, ya que cada pecado renueva a su modo la pasión del Señor, conforme a lo del Apóstol: *Nuevamente crucifican al Hijo de Dios y le exponen a vituperio* (Heb 6,6). Que si a causa también de nuestros pecados futuros, pero previstos, el alma de Cristo Jesús estuvo triste hasta la muerte, sin duda algún consuelo recibiría de nuestra reparación también futura, pero prevista, cuando el ángel del cielo se le apareció para consolar su Corazón oprimido de tristeza y angustias. Aquí, aún podemos y debemos consolar aquel Corazón Sacratísimo, incesantemente ofendido por los pecados y la ingratitud de los hombres, por este modo admirable, pero verdadero; pues alguna vez, como se lee en la sagrada liturgia, el mismo Cristo se queja a sus amigos del desamparo, diciendo por los labios del Salmista: *Improperio y miseria esperó mi corazón; y busqué quien compartiera mi tristeza y no la hubo; busqué quien me consolara y no lo hallé* (Sl 68, 21).

6. La Pasión de Cristo en su Cuerpo la Iglesia

Añádase que la Pasión expiadora de Cristo se renueva y en cierto modo se continúa y se completa en el Cuerpo místico, que es la Iglesia. Sirviéndonos, pues, de otras palabras de San Agustín[\[7\]](#): “Cristo padeció cuanto debió padecer; nada falta a la medida de su Pasión. Completa está la Pasión, pero en la cabeza; faltaban todavía las pasiones de Cristo en el cuerpo”. Nuestro Señor se dignó declarar esto mismo cuando, apareciéndose a Saulo, *que respiraba amenazas y muerte contra los discípulos* (He 9,1), le dijo: *Yo soy Jesús, a quien tú persigues* (He 9,5); significando claramente que en las persecuciones contra la Iglesia es a la Cabeza divina de la Iglesia a quien se veja e impugna. Con razón, pues, Jesucristo, que todavía en su Cuerpo místico padece, desea tenernos por socios en la expiación, y esto pide con Él nuestra propia necesidad; porque siendo como somos *Cuerpo de Cristo, y cada uno por su parte miembro* (1Cor 12,27), necesario es que lo que padezca la cabeza lo padezcan con ella los miembros (Ibíd.).

7. Necesidad actual de expiación por tantos pecados

Cuánta sea, especialmente en nuestros tiempos, la necesidad de esta expiación y reparación, no se le ocultará a quien vea y contemple este mundo, como dijimos, *en poder del malo* (1 Jn 5,19). De todas partes sube a Nos clamor de pueblos que gimen, cuyos príncipes o rectores se congregaron y confabularon a una contra el Señor y su Iglesia (2 Pe 2,2). Por esas regiones vemos atropellados todos los derechos divinos y humanos; derribados y destruidos los templos, los religiosos y religiosas expulsados de sus casas, afligidos de ultrajes, tormentos, cárceles y hambre; multitudes de niños y niñas arrancados del seno de la Madre Iglesia, e inducidos a renegar y blasfemar de Jesucristo y los más horrendos crímenes de la lujuria; todo el pueblo cristiano duramente amenazado y oprimido, puesto en el trance de apostatar de la fe o de padecer muerte crudelísima. Todo lo cual es tan triste que por estos acontecimientos parecen manifestarse *los principios de aquellos dolores que habían de preceder al hombre de pecado que se levanta contra todo lo que se llama Dios o que se adora* (2 Tes 2, 4).

Y aun es más triste, venerables hermanos, que entre los fieles, lavados por el bautismo con la sangre del Cordero inmaculado y enriquecidos con la gracia, haya tantos hombres, de todo orden y clase, que con increíble ignorancia de las cosas divinas, inficionados de doctrinas falsas, viven vida llena de vicios, lejos de la casa del Padre; vida no iluminada por la luz de la fe, ni alentada de la esperanza en la felicidad futura, ni caldeada y fomentada por el calor de la caridad, de manera que verdaderamente parecen sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte.

Cunde además entre los fieles la incuria de la eclesiástica disciplina y de aquellas antiguas instituciones en que toda la vida cristiana se funda y con que se rige la sociedad doméstica y se defiende la santidad del matrimonio; menospreciada totalmente o depravada con muelles halagos la educación de los niños, aún negada a la Iglesia la facultad de educar a la juventud cristiana; el olvido deplorable del pudor cristiano en la vida y principalmente en el vestido de la mujer; la codicia desenfrenada de las cosas perecederas, el ansia desesperada de aura popular; la difamación de la autoridad legítima, y, finalmente, el menosprecio de la palabra de Dios, con que la fe se destruye o se pone al borde de la ruina.

Forman el cúmulo de estos males la pereza y la necedad de los que, durmiendo o huyendo como los discípulos, vacilantes en la fe míseramente desamparan a Cristo, oprimido de angustias o rodeado de satélites de Satanás; no menos que la perfidia de los que, a imitación del traidor Judas, o temeraria o sacrílegamente comulgan o se pasan a los campamentos enemigos. Y así aun involuntariamente se ofrece la idea que se acercan los tiempos vaticinados por nuestro Señor: *Y porque abundó la iniquidad, se enfrió la caridad de muchos* (Mt 24,12).

8. El ansia ardiente de reparar

Cuantos fieles mediten piadosamente todo esto, no podrán menos de sentir, encendidos en amor a Cristo apenado, el ansia ardiente de expiar sus culpas y las de los demás; de reparar el honor de Cristo, de acudir a la salud eterna de las almas. Las palabras del Apóstol: *Donde abundó el delito, sobreabundó la gracia* (Ro 5,20), de alguna manera se acomodan también para describir nuestros tiempos; pues si bien la perversidad de los hombres sobremanera crece, maravillosamente crece también, inspirando el Espíritu Santo, el número de los fieles de uno y otro sexo, que con resultado ánimo procuran satisfacer al Corazón divino por todas las ofensas que se le hacen, y aun no dudan ofrecerse a Cristo como víctimas.

Quien con amor medite cuanto hemos dicho y en lo profundo del corazón lo grave, no podrá menos de aborrecer y de abstenerse de todo pecado como sumo mal; se entregará a la voluntad divina y se afanará por reparar el ofendido honor de la divina Majestad, ya orando asiduamente, ya sufriendo pacientemente las mortificaciones voluntarias, y las aflicciones que sobrevinieren, ya, en fin, ordenando a la expiación toda su vida.

Aquí tienen su origen muchas familias religiosas de varones y mujeres que, con celo ferviente y como ambicioso de servir, se proponen hacer día y noche las veces del Ángel que consoló a Jesús en el Huerto; de aquí las piadosas asociaciones asimismo aprobadas por la Sede Apostólica y enriquecidas con indulgencias, que hacen suyo este oficio de la expiación con ejercicios convenientes de piedad y de virtudes; de aquí finalmente los frecuentes y solemnes actos de desagravio encaminados a reparar el honor divino, no sólo por los fieles particulares, sino también por las parroquias, las diócesis y las ciudades».

Hasta aquí el Santo Padre Pío XI.

Concluyendo

Quiero concluir destacando cinco cosas:

1º. En Fátima no es la primera vez que desde el Cielo se pide reparación. Hay que recordar las apariciones del Sagrado Corazón a Santa Margarita María de Alacoque, donde las peticiones de consagración al Sagrado Corazón y reparación son la parte esencial del mensaje. La Iglesia, a través de León XIII y Pío XI, respondió a los pedidos de Jesucristo: el primero consagró el mundo al Sagrado Corazón; el segundo, escribió la encíclica *Miserentissimus Redemptor*, que acabo de citar extensamente, sobre la obligación de expiación que todos debemos al Sagrado Corazón. En esta encíclica mandó que en toda la Iglesia se rece una oración reparadora con ocasión de solemnidad del Sagrado Corazón.

2º. Todo lo que se aplica aquí a la reparación del Sagrado Corazón debe aplicarse en cierto modo a la reparación del Inmaculado Corazón, pedida por Cristo a Sor Lucia en Tuy y Pontevedra contemporáneamente a la encíclica *Miserentissimus Redemptor*.

3º. Si prestaron atención, habrán notado que el Papa fundamenta la doctrina de la reparación en el Sacrificio de la Cruz, renovado en la Santa Misa: «Necesario es no olvidar nunca que *toda la fuerza de la expiación pende únicamente del cruento sacrificio de Cristo*, que por modo incruento se renueva sin interrupción en nuestros altares», dice Pío XI; también fundamenta la reparación en el sacerdocio común de los fieles: «toda la grey cristiana, llamada con razón por el Príncipe de los Apóstoles “linaje escogido, *real sacerdocio*” (1 Pe 2,9), debe ofrecer por sí y por todo el género humano sacrificios por los pecados, casi de la propia manera que todo sacerdote y pontífice *tomado entre los hombres, a favor de los hombres es constituido en lo que toca a Dios* (Heb 5,1)». Esto lo entendió muy bien Marcelo Morsella, cuando se ofrecía como “Hostia pura, inmaculada, frágil...”.

4º. En las últimas apariciones privadas cuya autenticidad ha sido reconocida por la Iglesia, Nuestro Señor, porque es buen pastor, ha orientado la devoción popular de los fieles enseñando a ofrecer a Dios Padre la Santa Misa, el sacrificio eucarístico, con oraciones de reparación o expiación. Basta pensar en las oraciones enseñadas por el Ángel de la Paz a los pastorcitos: «Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, os adoro profundamente y os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os pido la conversión de los pobres pecadores».

Impresionantes las palabras con las cuales el Ángel los movió a la reparación, al darles la Comunión: «Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. *Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios*».

Esto se ve también en la oración del Rosario de la Divina Misericordia, enseñado por Cristo: «Padre eterno, te ofrezco *el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad* de Nuestro Señor Jesucristo en reparación de nuestros pecados y los del mundo entero».

Nosotros debemos enseñar a los fieles a ofrecer la Santa Misa, a hacer reparación. Como enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*: “en cuanto sacrificio, la Eucaristía es ofrecida también en reparación de los pecados de los vivos y difuntos, y para obtener de Dios beneficios espirituales o temporales” (n. 1414).

5º. La reparación es una cuestión de amor. Como dice Pío XI: «Quien con amor medite cuanto hemos dicho y en lo profundo del corazón lo grabe, no podrá menos de aborrecer y de abstenerse de todo pecado como sumo mal; se entregará a la voluntad divina y se afanará por reparar el ofendido honor de la divina Majestad, ya orando asiduamente, ya sufriendo

pacientemente las mortificaciones voluntarias, y las aflicciones que sobrevinieren, ya, en fin, ordenando a la expiación toda su vida».

[1] *S. Th.* II–II, 81, 8c.

[2] *Conc. Trid.*, sess. 22 c. 2.

[3] *Epis.* 63 n. 381.

[4] cf. *Ga* 5, 24.

[5] cf. *MI* 1–2.

[6] *In Ioan.* tr. XXVI, 4.

[7] *In Ps.* 86.

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

XXI. EL ESPIRITU DE FRANCISCO

«¡GOZO TANTO DE DIOS!»

(Palabras de Francisco)

«¡Gozo tanto de Dios!»... Esto que dijo un niño de 9 años, el beato Francisco Marto, es una lección enorme para todo consagrado como para todo cristiano... ¡Ojalá lo fuese para todo ser humano! Me recuerda la frase de Santa Teresa de los Andes, que se encuentra en una pared del noviciado “Marcelo Javier Morsella”: “*Dios es alegría infinita*”.

«¡Gozo tanto de Dios!»... Es una frase espléndida: en cierto modo compendia toda una eternidad y la razón de nuestra existencia. Compendia la eternidad, porque nos recuerda la síntesis de la vida eterna que hizo el Señor, en la parábola de los talentos, cuando dice al *servidor bueno y fiel... entra en el gozo de tu Señor* (Mt 25,21); y compendia la razón de nuestra existencia, porque, como enseña el primer párrafo del Catecismo de la Iglesia Católica, “Dios, infinitamente Perfecto y **Bienaventurado** en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para que tenga parte en su vida **bienaventurada**”.

Elijo este pensamiento –«¡Gozo tanto de Dios!»–, como “leiv motiv” para desarrollar otro aspecto de su espiritualidad, relacionado con su deseo de «consolar a Jesús», que traté de modo sumario en unas buenas noches. Me referiré a su espíritu contemplativo, a la purificación de su espíritu y a su «transformación radical», temas de los que ha hecho mención Juan Pablo II en su Catequesis sobre los nuevos beatos.

1. «¡Gozo tanto de Dios!»: su espíritu contemplativo».

Aunque Francisco tenía 10 años cuando murió, es un ejemplo de alma contemplativa. Lucía nos lo muestra así, en la *Memoria cuarta*, dedicada especialmente a sus recuerdos sobre su primo:

«Francisco era de pocas palabras; y para hacer su oración y ofrecer sus sacrificios, le gustaba ocultarse hasta de Jacinta y de mí. No pocas veces le sorprendíamos detrás de una pared o

de un matorral, donde, de una manera disimulada, se había escapado de los juegos para, de rodillas, rezar o pensar, como él decía, en Nuestro Señor, que estaba triste por causa de tantos pecados.

Si le preguntaba:

–Francisco, ¿por qué no me llamas para rezar contigo y también a Jacinta?

–Me gusta más –respondía– rezar solo, para así poder pensar y consolar a Nuestro Señor, que está muy triste».[1]

Lo mismo remarca Lucía en otro lugar:

«De vez en cuando, se alejaba de nosotras de una manera disimulada; y, cuando le echábamos de menos, nos poníamos a buscarlo, llamándole. Entonces nos contestaba desde alguna tapia, o de una mata o árbol, donde rezaba postrado de rodillas.

–¿Por qué no nos avisas para que recemos contigo? –le preguntábamos varias veces.

–Porque prefiero rezar solo».[2]

«Un día, hacía tanto tiempo que le echaban de menos, que Jacinta pensó que se había perdido. “¡Francisco, Francisco!” Ninguna respuesta. Finalmente le descubrieron, postrado y sin movimiento, detrás de un montón de rocas. Siguió, no obstante, sin contestar. Apenas se movió cuando le sacudieron, y cuando al final se levantó, casi no se daba cuenta donde se encontraba. Explicó que había estado rezando la oración del Ángel y que después se había quedado allí pensando.

–¿Y no oíste a Jacinta que te llamó?

–¿A mí? No, no oí nada».[3]

A primera vista las ideas: «estar solo para así poder pensar y consolar a Nuestro Señor que está muy triste», «rezar solo», manifiestan un alma contemplativa por excelencia.

Su contemplación es un testimonio para todos. Francisco muchas veces dejaba a su hermana y a su prima, y se iba a rezar solo; en cambio, a nosotros, cuando en la vida sacerdotal y en la vida religiosa, todo nos parece pesado... ¡Es que nos falta amor!

Aquí quiero recordar algo que me gusta repetir porque es parte esencial de la vida religiosa: **toda vida consagrada tiene como finalidad, en distintos modos, la contemplación.**

De hecho, vemos que en la Iglesia están los religiosos que se dedican exclusivamente a la contemplación, «que orientan toda su vida y actividad a la contemplación de Dios»[4]; están los religiosos de vida apostólica, la que vivió Nuestro Señor y los Apóstoles, que tiene como finalidad esencial y primaria la contemplación, pero como fin anejo y secundario la predicación de la verdad revelada; y por otra parte está lo que suele llamarse «vida religiosa activa» –el término no es muy feliz–, que puramente no existe. También religiosos de «vida activa» tienen como finalidad primaria la contemplación, y aneja a esto la práctica de las obras de misericordia.

Esto se desprende claramente de la enseñanza de Santo Tomás, cuando compara los institutos religiosos de vida contemplativa con los de vida activa. Él hace una distinción entre los distintos tipos de obras propios de la vida activa, y destaca cómo toda obra de apostolado «se desprende de la contemplación de las cosas divinas»:

«Se debe notar que las obras de la vida activa son de dos géneros: **unas derivan de la plenitud de la contemplación**, como la enseñanza y la predicación. Por eso San Gregorio afirma que “de los hombres perfectos que regresan de la contemplación se dice en la Escritura: *proclaman el recuerdo de tu bondad. Y esto se prefiere a la simple contemplación*. En efecto, del mismo modo que el iluminar **es más** (*maius*) que el solo resplandecer, así también **comunicar a los otros las verdades contempladas es más que el solo contemplarlas** (*ita maius est contemplata aliis tradere quam solum contemplari*)».

El segundo género de obras que distingue son «las otras obras de la vida activa que consisten totalmente en ocupaciones exteriores, como por ejemplo, dar limosna, recibir huéspedes, y otras de este género, las cuales son inferiores a la contemplación, salvo en caso de necesidad».[5]

Estas obras propiamente hablando no se derivan de la “plenitud” de la contemplación, como la enseñanza y la predicación, pero no por eso dejan de ser “frutos” de la “contemplación de las cosas divinas”. Pienso aquí en religiosos y religiosas de nuestra Familia que trabajan con niños, con enfermos, con ancianos... Aunque gran parte de sus jornadas las tengan dedicadas a obras externas, también necesitan de la contemplación, porque «cuando los religiosos se aplican a las obras de la vida activa por amor de Dios, está claro que *su obrar deriva de la contemplación de las cosas divinas. Y por tanto ellos no están privados totalmente de los frutos de la vida contemplativa*».[6]

De esta enseñanza magnífica de Santo Tomás, que reproduce el sentir de los Padres de la Iglesia y de los santos, se hace eco el Papa al recordar en la Exhortación Apostólica *Vita Consecrata* la necesidad de que la acción apostólica «esté compenetrada de contemplación»: «“Los religiosos y religiosas deben continuar en cada época tomando ejemplo de Cristo el Señor, alimentando en la oración una profunda comunión de sentimientos con Él [7], de modo

que toda su vida esté impregnada de espíritu apostólico y ***toda su acción apostólica esté sostenida por la contemplación***».[8]

Y es precisamente la contemplación la causa del gozo y de la alegría, que debe tener todo religioso al hacer lo que hace por Jesús.

Dos motivos da Santo Tomás para explicar por qué la contemplación es agradable y causa gozo sobrenatural:

«Primero: porque cada uno encuentra agradable la operación que le es propia, o según su propia naturaleza o según su hábito. Ahora bien, la contemplación de la verdad compete al hombre según su naturaleza, porque el hombre es un animal racional. Como “todos los hombres por su naturaleza desean conocer”, por esto se gozan al conocer la verdad. Y esto es todavía más agradable para quien posee el hábito de la sabiduría y de la ciencia, gracias al cual uno puede contemplar sin dificultad.

Segundo, la contemplación se vuelve agradable por razón del objeto, en cuanto uno contempla lo que ama: como sucede también en la visión material, en la cual se tiene placer no sólo porque el mismo mirar es agradable, sino también porque uno ve la persona amada. Luego, como la vida contemplativa consiste sobre todo en la contemplación de Dios, a la cual estamos movidos por la caridad, como se ha dicho[9], en la vida contemplativa hay gozo no sólo con motivo de la misma contemplación, sino también por razón del mismo amor divino.

Y desde todo punto de vista el gozo de la contemplación sobrepasa cualquier alegría humana. Pues el gozo espiritual es superior al carnal, como se ha visto en el tratado sobre las pasiones[10]; de allí que el mismo amor por el cual amamos a Dios, supera a todo otro amor. Con cuanta razón se dice en los Salmos (33, 9): *Gustad y ved que bueno es el Señor*.[11]

Con cuanta razón San Gregorio había enseñado: «la vida contemplativa es una dulzura muy gustosa».

Teniendo en cuenta todos estos elementos, se comprende por qué la contemplación fue en Francisco el secreto de su “gozo”:

«Cierta día, me dijo:

–Gocé mucho al ver el Ángel, pero más aún me gustó Nuestra Señora. Con lo que más gocé, fue ver a Nuestro Señor, en aquella luz que Nuestra Señora nos introdujo en el pecho. **¡Gozo tanto de Dios!**”[12]

2. La explicación de este gozo

Ciertamente que la explicación principal de este “gozo sobrenatural”, se encuentra en las apariciones y haber tenido esa experiencia mística extraordinaria, similar a la de Moisés, de ver a Dios como Luz, que penetra el alma y el corazón, donde él mismo llega a verse como en un espejo (Dios como “un fuego que no quema”), que ciertamente contribuyó a que Francisco viviera “**absorbido**” por esa Luz que lo había penetrado tan fuertemente.

«Lo que más le impresionó y absorbió era Dios, la Santísima Trinidad, en esas luz inmensa que nos penetraba hasta en lo más íntimo del alma. Después decía:

–Estábamos ardiendo en aquella luz que es Dios y no nos quemábamos. ¡Cómo es Dios! Esto sí que nadie lo puede decir. Da pena que esté tan triste. ¡Si yo pudiera consolarle!»[13]

Sin embargo, fue la contemplación asidua, a la que él frecuentemente se retiraba, la que permitió que su “gozo” continuara durante las durísimas pruebas que tuvo que pasar. Y fue este estado habitual de contemplación el que le encendía en deseos sobrenaturales de ver a Dios y deseos ardientes del Cielo:

«A veces decía:

–Nuestra Señora dijo que tendríamos que sufrir mucho. No me importa; sufro todo cuanto ella quiera. **Lo que yo quiero es ir al Cielo**».[14]

Es la contemplación la que enciende el deseo de Dios y el deseo del Cielo: «A la contemplación de Dios nos incita su mismo amor. Por eso San Gregorio afirmaba que contemplación despreciando toda otra ocupación, enardece el deseo de ver el rostro del Creador».[15]

Es la contemplación la que nos mueve a amar a Dios, a contemplar su belleza, a gozar de su bondad y de sus maravillas. «A la visión y contemplación del primer principio, es decir, Dios, estamos incitados por su amor». Por eso, explica Santo Tomás, «San Gregorio **puso la esencia de la vida contemplativa en el amor de Dios; porque del amor de Dios uno es inflamado a contemplar su belleza**. Y porque del conseguir lo que se ama nace la alegría, por esto **la vida contemplativa culmina en el gozo**, que reside en la voluntad; y que a su vez acrecienta el amor».[16]

Era este amor el que desde los seis años, le movía a gozar de la bellezas de las obras cotidianas de Dios, como son, por ejemplo, las salidas y las puestas del sol:

«Cuando a los siete años comencé a pastorear mi rebaño, él (Francisco) pareció estar

indiferente. Allá iba por la noche a esperarme con su hermanita; pero parecía ir por complacerla y no por amistad. Iban a esperarme al patio de mis padres. Y mientras Jacinta, salía a mi encuentro, corriendo, tan pronto sentía los balidos del rebaño, él me esperaba sentado sobre las gradas de piedra que había delante de la entrada de la casa. Después nos acompañaba a la vieja era a jugar, mientras aguardábamos que Nuestra Señora y los ángeles encendiesen sus candelas. Él se animaba también a contarlas, pero nada le gustaba tanto como el bonito nacer y ponerse del sol. Mientras se viese algún rayo de éste, no investigaba si ya había alguna candela encendida.

—Ninguna candela es tan bonita como la de Nuestro Señor, decía él a Jacinta, a la que le gustaba más la de Nuestra Señora; porque, según ella, no hace daño a la vista.

Y, entusiasmado, seguía con la vista a todos los rayos que centelleaban en los cristales de las casas de las aldeas vecinas.»[17]

Dios nos dé alma de niños para no perder jamás la capacidad de asombro y para gozar a diario las maravillas de Dios.

3. La «purificación de su espíritu» y su «transformación radical».

Ha señalado Juan Pablo II que la santidad de los pastorcitos «no depende de las apariciones, sino de la fidelidad y del compromiso con que respondieron al singular don recibido del Señor y de María Santísima. Después del encuentro con el ángel y con la bella Señora, rezaban el Rosario varias veces al día, ofrecían penitencias frecuentes por el final de la guerra y por las almas más necesitadas de la divina misericordia, y sentían el intenso deseo de “consolar” el Corazón de Jesús y el de María».

El Papa ha dicho de Francisco que «era un niño bueno, reflexivo, de espíritu contemplativo»[18], pero que en su vida se dio «una transformación radical», «una transformación ciertamente no común en niños de su edad», a través de «una vida espiritual intensa, que se traduce en oración asidua y fervorosa», que le lleva «a una verdadera forma de unión mística con el Señor», a «una progresiva purificación del espíritu mediante la renuncia y a los propios gustos y hasta a los juegos inocentes de niños».

Esto es bastante decir, si comprendemos que se trata de un niño de 9 años, y por eso es interesante notar de qué modo se dio la «transformación radical», y la «progresiva purificación del espíritu», propia de los grandes místicos. Para mostrarla, conviene mostrar cómo era Francisco antes de las apariciones, según el retrato que de él nos ha dejado Lucía:

«La amistad que me unía a Francisco era sólo debido al parentesco y la que traía consigo las

gracias que el Cielo se dignaba concedernos.

Francisco no parecía hermano de Jacinta, sino en la fisonomía del rostro y en la práctica de la virtud. No era tan caprichoso y vivo como ella. Al contrario, era de un natural pacífico y condescendiente.

Cuando, en nuestros juegos, alguno se empeñaba en negarle sus derechos de ganador, cedía sin resistencia, limitándose a decir sólo:

—¿Pienzas que has ganado tú? Está bien. Eso no me importa.

No manifestaba, como Jacinta, la pasión por la danza; gustaba más de tocar la flauta, mientras otros danzaban.

En los juegos, era muy animado, pero a pocos les gustaba jugar con él, porque perdía casi siempre. Yo mismo confieso que simpatizaba poco con él, porque su natural tranquilidad excitaba a veces los nervios de mi excesiva viveza. A veces, tomándole por el brazo le obligaba a sentarse en el suelo, o en alguna piedra, mandándole que se estuviera quieto; y él me obedecía como si yo tuviese una gran autoridad. Después sentía pena e iba a buscarlo asiéndole por la mano, y regresaba con el mismo buen humor como si nada hubiera acontecido. Si alguno de los otros niños porfiaba en quitarle alguna cosa que le era propia, decía:

—¡Deja ya!, ¿a mí qué me importa?

Recuerdo que un día llegó a mi casa con un pañuelo en el que estaba pintada Nuestra Señora de Nazaret que le habían traído de esa misma playa. Me lo enseñó con una gran alegría y toda aquella chiquillada le admiró. Andando de mano en mano, al rato el pañuelo desapareció. Se buscó, pero no se encontró. Poco después lo descubrí en el bolsillo de otro pequeño. Intenté quitárselo, pero él porfiaba que era suyo, que también se lo habían traído de la playa. Entonces Francisco, para acabar con la contienda, se acercó diciendo:

—¡Déjalo ya!, ¿qué me importa a mí el pañuelo!

Me parece que si hubiera llegado a ser mayor, su defecto principal hubiera sido el de “tú, tranquilo.”^[19]

En otro lugar, dice lo siguiente:

«Francisco era también un poco diferente: siempre sonriendo, amable y condescendiente, jugaba con todos los niños indistintamente. No regañaba a nadie. Sólo alguna vez se retiraba cuando veía que una cosa no andaba bien. Si se le preguntaba por qué se había ido,

respondía:

–Porque vosotros no sois buenos.

O:

–Porque no quiero jugar más». [20]

Lucía cuenta también cuáles eran sus atractivos y entretenimientos preferidos:

«Lo que más le entretenía, cuando andábamos por los montes, era, sentarse en el peñasco más elevado y tocar su flauta o cantar. Si su hermanita bajaba conmigo para echar algunas carreras, él se quedaba entretenido allí con su música y sus cantos. Lo que cantaba con más frecuencia era: “Amo a Dios en el cielo. También lo amo en la tierra. Amo el campo, las flores. Las ovejas en la sierra...”

En nuestros juegos, tomaba parte siempre que le invitábamos, pero a veces manifestaba poco entusiasmo, diciendo:

–Voy; pero seguro que perderé.

Los juegos que sabíamos y en los cuales nos entreteníamos eran: el de las chinas, el de las prendas, pasar el aro, el del botón, el de la cuerda, la malla, la brisca, descubrir los reyes, los condes y las sotas, etc. Teníamos dos barajas: una mía y otra de ellos. El juego de cartas preferido de Francisco era la brisca». [21]

Según estos testimonios, podríamos concluir que por su natural tranquilo y pacífico, Francisco tenía una inclinación especial hacia la contemplación. No obstante, era un niño, y cómo niño que era, no estaba habituado a largas oraciones sino más bien a jugar todo el día:

«Nos habían encomendado que, después de la merienda, rezáramos el Rosario, pero como todo el tiempo nos parecía poco para jugar, encontramos una buena manera de acabar pronto: pasábamos las cuentas diciendo solamente: ¡Ave María, Ave María, Ave María! Cuando llegábamos al fin del misterio, decíamos muy despacio simplemente: ¡Padre Nuestro!, y así, en un abrir y cerrar de ojos, como se suele decir, teníamos rezado el rosario». [22]

Hasta aquí tenemos un retrato bastante completo de Francisco antes de las apariciones. ¿Cómo se dará «la transformación radical» de este niño pacífico, bondadoso, pero poco preocupado, que a todo parecía responder «qué me importa», interesado en los juegos más que en rezar, aunque a veces se mostraba poco entusiasta hasta en los mismos juegos porque perdía siempre?

Una respuesta que me parece acertada la da Mons. Rendeiro en su “Conferencia sobre el Mensaje de Francisco de Fátima” cuando muestra algunos contrastes de la vida de Francisco, que ponen de manifiesto cómo Dios obró en él de manera progresiva, hasta llevarlo a un alto grado de contemplación, produciendo así la «purificación de su espíritu» y la «transformación».

«El primer contraste que se nota es que Francisco, siendo el único varón e incluso por su edad (era un año menor que su prima Lucía y dos años mayor que su hermana Jacinta) pudiendo ser la cabeza del grupo, siempre aparece en el último lugar, quizá por su temperamento tímido y reservado. Su prima y su hermanita, se presentan mucho más vivaces que él. Además, en los misteriosos designios aparece como el menos favorecido de la gracia: Lucía ve a la Señora y le habla; Jacinta la ve y entiende, pero no habla; Francisco sólo ve, pero no entiende ni habla con la Señora (deberá por tanto creer a lo que su prima y su hermana le confían). Más impresionante todavía es la diferencia en el trato de la Señora, en el primer diálogo con Lucía:

–Y yo, ¿también iré al Cielo?

–Sí, irás.

–¿Y Jacinta?

–También.

–¿Y Francisco?

–También; pero antes tendrá que rezar muchos rosarios.

A las dos niñas el Cielo ha sido prometido incondicionalmente; a Francisco le es puesta una condición: deberá rezar muchos rosarios. Tal vez porque el pequeño era perezoso para rezar. Como sea, los designios de Dios son siempre maravillosos. La condición puesta por la Señora tiene la ventaja de hacer sumergir a Francisco en un estado de oración profunda, y no sólo de hacerlo un repetidor mecánico de las fórmulas del rosario. Esta situación secundaria en la cual se encuentra frente a las dos niñas, esta aparente disminución en trato con la Señora, está compensada por una gracia interior, nada inferior a la que recibieron sus compañeras».[23]

Tratemos de penetrar ahora en el secreto de esta gracia que transformó profundamente a Francisco y lo maduró tan rápido, que finalmente fue el primero en ingresar al cielo. Veamos primeramente la transformación que obró en él la primera aparición:

«La aparición de Nuestra Señora vino a concentrarnos una vez más en lo sobrenatural, pero de una manera más suave. En lugar de aquel aniquilamiento en la presencia divina que nos postraba, incluso físicamente, nos quedó una gran paz y alegría expansiva, que no nos

impedía hablar a continuación de cuanto había pasado. Mientras tanto, con respecto al reflejo que nos había comunicado Nuestra Señora con las manos y de todo lo que con él se relacionaba, sentíamos un no sé qué en el interior, que nos movía a callarnos.

Inmediatamente contamos a Francisco, todo cuanto Nuestra Señora había dicho. Y él, feliz, manifestando lo alegre que se sentía por la promesa de ir al Cielo, cruzando las manos sobre el pecho, decía:

–Querida Señora mía, rezaré todos los rosarios que Tú quieras.

Y desde entonces tomó la costumbre de separarse de nosotras como paseando; y, si alguna vez le llamaba y le preguntaba sobre lo que estaba haciendo, levantaba el brazo y me mostraba el rosario. Si le decía que viniese a jugar, que después rezaríamos todos juntos, respondía:

–Después rezo también. ¿No recuerdas que Nuestra Señora dijo que tenía que rezar muchos rosarios?»[24]

«Notemos ante todo, que Francisco, si bien sabía que su entrada al Cielo estaba condicionada al rezo de muchos rosarios, se mantiene admirablemente en un estado de tranquilidad y confianza. Permanece convencido que dentro de poco tiempo se iría al Cielo y no hacía caso a otra cosa»:

–¡Yo voy a ir pronto al Cielo!, dijo Francisco. Y desde entonces repetía:

–Jacinta y yo vamos a ir pronto al Cielo. ¡Al Cielo!, ¡Al Cielo!»[25]

Resumiendo: como dijo Juan Pablo II, «una vida espiritual intensa, que se traduce en oración asidua y fervorosa, (...), y una progresiva purificación del espíritu mediante la renuncia a los propios gustos», fueron en gran parte el secreto de su santidad y el secreto de su contemplación.

Y como gran contemplativo que fue, al igual que los antiguos monjes del desierto, también él se las tuvo que ver con las asechanzas del demonio que perturban su contemplación. ¡Y qué asechanzas!:

«Bastante diferente es el hecho que ahora se me viene a mi memoria. Estuvimos cierto día en un lugar llamado la Pedreira, y mientras que las ovejas pastaban, nosotros saltábamos de roca en roca, haciendo eco con la voz en el fondo de esos grandes barrancos.

Francisco, como era su costumbre, se retiró a la cavidad de una roca. Cuando pasó un buen

rato, lo oímos gritar llamándonos a nosotras y a Nuestra Señora. Asustados por lo que pudiera haberle pasado, nosotras comenzamos a buscarlo llamándole.

—¿Dónde estás?

—¡Aquí, aquí!

Pero todavía tardamos mucho tiempo en encontrarlo, por fin dimos con él temblando de miedo; aún estaba de rodillas, conmocionado de tal forma que no había sido capaz de ponerse de pie.

—¿Qué tienes?, ¿qué fue?

Con la voz medio sofocada por el susto, dijo:

—Era uno de aquellos bichos grandes que estaban en el infierno, que estaba aquí arrojando fuego.

No vi nada, ni Jacinta; y por eso me sonreí y le dije:

—Tú no quieres pensar nunca sobre el infierno, para no pasar miedo, y ahora eres el primero en tenerlo.

Él, cuando Jacinta se mostraba tan impresionada con el recuerdo del infierno, acostumbraba a decirle:

—No pienses tanto en el infierno. Piensa en Nuestro Señor y en Nuestra Señora. Yo no pienso en el infierno para así no pasar miedo.

Y manifestaba no ser nada miedoso. Iba de noche solo a cualquier lugar oscuro, sin dificultad; jugaba con los lagartos; las culebras que se encontraba las hacía enrollarse alrededor de un palo. Echaba en las piedras de las cuevas leche de oveja para que bebiesen. Se metía en dichas guaridas en busca de la cría de las raposas, de conejos, de jinetas, etc...». [26]

No conozco en este momento a ningún religioso que el demonio perturbe su oración o contemplación de un modo similar a cómo lo hizo en esta aparición a Francisco, con forma de «bicho arrojando fuego». Parece que estaba un poco molesto, como molesto estaba con la oración y penitencia del Cura de Ars, de Santa Gema Galgani, del Padre Pío... Sin embargo, conozco casos de sacerdotes, religiosas y religiosos a los cuales el demonio mucho más sutilmente perturba su oración: por ejemplo, con el uso desmedido de internet, de la televisión, de los videos, de los vehículos y, lamentablemente, con el espíritu mundano con el que se dejan dominar y con el que juzgan las cosas de Dios.

Concluyendo

¡Cuánto para seguir aprendiendo de los santos pastorcitos! Bien dijo el Papa que «por su fidelidad a Dios, constituyen un ejemplo luminoso para niños y adultos sobre cómo es posible conformarse de manera sencilla y generosa con la acción transformadora de la gracia divina».

Ojalá cada uno de nosotros pueda decir siempre, como este niño, aún en las grandes tribulaciones: «**¡Gozo tanto de Dios!**»

Nos conceda la Virgen la gracia de la contemplación, y la gracia de algún día poder decir por toda la eternidad: «**¡Gozo tanto de Dios!**».

[1] *Memoria cuarta*, 141.

[2] *Memoria cuarta*, 134.

[3] William Thomas Walsh, *Nuestra Señora de Fátima*, 202.

[4] Cf. Juan Pablo II, *Vita consecrata* 8: «Los Institutos orientados completamente a la contemplación, formados por mujeres o por hombres, son para la Iglesia un motivo de gloria y una fuente de gracias celestiales. Con su vida y su misión, sus miembros imitan a Cristo orando en el monte, testimonian el señorío de Dios sobre la historia y anticipan la gloria futura. En la soledad y el silencio, mediante la escucha de la Palabra de Dios, el ejercicio del culto divino, la ascesis personal, la oración, la mortificación y la comunión en el amor fraterno, orientan toda su vida y actividad a la contemplación de Dios. Ofrecen así a la comunidad eclesial un singular testimonio del amor de la Iglesia por su Señor y contribuyen, con una misteriosa fecundidad apostólica, al crecimiento del Pueblo de Dios. Es justo, por tanto, esperar que las distintas formas de vida contemplativa experimenten *una creciente difusión en las Iglesias jóvenes* como expresión del pleno arraigo del Evangelio, sobre todo en las regiones del mundo donde están más difundidas otras religiones. Esto permitirá testimoniar el vigor de las tradiciones ascética y mística cristianas, y favorecer el mismo diálogo interreligioso».

[5] Santo Tomás de Aquino, *S.Th*, II–II, 188, 6.

[6] Santo Tomás de Aquino, *S.Th*, II–II, 188, 2.

[7] Cf. Flp 2, 5–11

[8] *Vita consecrata*, 9.

[9] Santo Tomás de Aquino, *S.Th*, *II–II*, 1; 2, ad 1.

[10] Santo Tomás de Aquino, *S.Th*, *I–II*, 31.

[11] Santo Tomás de Aquino, *S.Th*, *II–II*, 180, 7.

[12] *Memoria cuarta*, 127.

[13] *Ibíd.*, 131.

[14] *Ibíd.*, 127.

[15] Santo Tomás de Aquino, *S.Th*, *II–II*, 180, 1, ad 2.

[16] Santo Tomás de Aquino, *S.Th*, *II–II*, 180, 1.

[17] *Memoria cuarta*, 123.

[18] *Audiencia general*, miércoles 17 de mayo de 2000.

[19] *Memoria cuarta*, 123.

[20] *Memoria cuarta*, 191.

[21] *Memoria cuarta*, 124.

[22] *Memoria segunda*, 27.

[23] El Mensaje de Francisco de Fátima, en: La espiritualidad de los pastorcitos Francisco y Jacinta Marto, Secretariado de los Pastorcitos, Fátima, 46–47.

[24] *Memoria cuarta*, 126–127.

[25] Walsh, op.cit., 98.

[26] *Memoria cuarta*, 142–143.

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

XXII. LOS PASTORCITOS Y LA EUCARISTIA

«...Y HABRÁ NIÑOS SANTOS»

(Palabras de San Pio X)

Veíamos en el capítulo anterior el don de contemplación con que Dios embelleció el alma del beato Francisco, que le hacía gozar de Dios de un modo extraordinario. Como enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*, «la contemplación es mirada de fe, fijada en Jesús. “Yo le miro y Él me mira”, decía a su santo cura un campesino de Ars que oraba ante el Sagrario».[1]

Gracias a su contemplación, el pequeño se gozaba con estar largas horas en compañía de Nuestro Señor Sacramentado. Una escena similar a la del campesino de Ars, se repitió varias veces, y por largas horas, en los últimos meses de la vida de Francisco. La Virgen les había mandado a los pastorcitos que aprendiesen a leer, pero como Francisco sabía que pronto iría al Cielo, no le importaba la escuela, pero era para quedarse en la Iglesia junto a Jesús. Lucía lo recuerda bien:

«Cuando íbamos a la escuela, a veces, al llegar a Fátima, me decía:

—Ahora, tú vas a la escuela. Yo quedo aquí en la iglesia, junto a Jesús escondido. No vale la pena aprender a leer, pues dentro de muy poco me marchó al Cielo. Cuando regreséis, pasad por aquí a llamarme.

El Santísimo estaba, entonces, en la entrada de la iglesia del lado izquierdo. Él se metía entre la pila bautismal y el altar; y allí le encontraba cuando regresaba. (El Santísimo estaba allí porque la iglesia estaba en obras)».[2]

Incluso cuando ya se sentía muy enfermo, prefería pasar largas horas junto a «Jesús escondido» antes que quedarse en casa:

«Otro día, al salir de casa noté que Francisco andaba muy despacio.

—¿Qué tienes? —le pregunté—. Parece que no puedes andar.

–Me duele mucho la cabeza y me parece que me voy a caer.

–Entonces no vengas; quédate en casa.

–No me quedo. Prefiero quedarme en la iglesia con Jesús escondido, mientras tú te vas a la escuela».[3]

«Después de enfermar, con frecuencia me decía cuando, camino de la escuela, pasaba por su casa:

–Atiende, ve a la iglesia y saluda de mi parte a Jesús escondido. De lo que más pena tengo es de no poder ir ya a estar algún rato con Jesús escondido».[4]

De modo notable se ve cómo tenía una clara conciencia de la presencia verdadera, real y sustancial de Nuestro Señor en la Eucaristía, y por eso no soportaba que los Sagrarios estuviesen abandonados. Digamos que era un buen amigo. Para nosotros es un ejemplo de la confianza que debemos tener de que Cristo siempre nos espera y nos escucha en el Sacramento. No había petición de oración que se le hiciera a Francisco que él no presentase a Jesús en el Sagrario, como lo atestigua esta historia:

«Aún pongo otra cosa de su breve tiempo escolar: cierto día salía de casa y me encontré con mi hermana Teresa, casada desde hacía poco tiempo en Lomba. Venía a petición de otra mujer de un lugarejo vecino, a quien habían tomado preso un hijo, acusándole, no sé de qué crimen, por el cual, si no se justificaba que era inocente, sería condenado al destierro, o al menos a un número considerable de años de encarcelamiento. Ella me pedía con insistencia, en nombre de la pobre mujer, a quien ella deseaba complacer, que le alcanzase esta gracia de Nuestra Señora. Recibido el recado, me marché a la escuela; y por el camino conté a mis primos lo que pasaba. Al llegar a Fátima, me dice Francisco:

–¡Oye!, mientras vas a la escuela, yo quedo con Jesús escondido, y le pido eso.

Al salir de la escuela fui a llamarle y le pregunté:

–¿Has pedido aquella gracia a Nuestro Señor?

–Sí, la he pedido. Dile a tu hermana Teresa que dentro de pocos días él regresará a casa.

Efectivamente, de allí a algunos días el pobre rapaz estaba en casa, y el día 13 fue con toda la familia a agradecer a Nuestra Señora la gracia que había recibido».[5]

Ahora me gustaría contar la historia de la relación personal de los pastorcitos con Jesús Sacramentado. En un retiro que prediqué el año pasado a los seminaristas, a manera de «captatio benevolentiae» ofrecí algunos recuerdos personales de mi relación con Cristo Eucaristía, con la intención de que todos se animaran a reconstruir la historia personal de su relación con Nuestro Señor Sacramentado. Ciertamente que en nuestra vida no ha habido una cita más importante, que aquella en la que por primera vez hemos recibido a Jesucristo en la Eucaristía.

En aquella oportunidad, animé a los religiosos a que ellos mismos reconstruyeran la historia personal de su relación con Jesús, porque es muy importante reconstruir esta historia: es la historia de la gracia de Dios en nuestra alma. Es una historia a la que hay que volver porque es la historia de lo que nos caracteriza: los sacerdotes hemos de ser siempre ministros de la Eucaristía; y la misma vida de todo consagrado gira en torno a la Eucaristía, fuente y la cumbre de la vida de la Iglesia. Para mí ha sido un regalo muy grande de Dios poder trabajar estos últimos 16 años en la formación de sacerdotes que ya celebran la Misa en los cinco continentes, cosa de la cual no dejo de estar sumamente agradecido a Dios, porque no me cabe la menor duda de que ha sido Él quien ha querido que trabajase en la formación de futuros ministros de la Eucaristía. Desde hace años la Eucaristía y la Misa ha sido el objeto preferido de mis estudios, y puedo asegurarles que vivo asombrado de las maravillas que obra a diario Dios en la Santa Misa, que es «un misterio tremendo», como decía el beato Pío de Pietrelcina.

Ahora la historia que quiero reconstruir es hermosísima: es la historia personal de la amistad de los tres pastorcitos, la historia de la gracia de Dios en sus almas. Para comprenderla, es necesario comenzar con el relato de la primera Comunión de Lucía; fue en gran parte por medio de ella, que Francisco y Jacinta recibieron la catequesis fundamental de las verdades de la fe y el amor a «Jesús escondido», como ellos cariñosamente le llamaban; en la próxima circular continuaré esta historia relatando la primera Comunión de Francisco y Jacinta de manos del Ángel, y la última de Francisco, que fue su segunda Comunión. Como siempre, me sirvo de las anécdotas que nos cuenta Lucía.

1. «Pide a Nuestro Señor que te haga una santa». La primera Comunión de Lucía.

«Se aproximaba, pues, el día que el señor Párroco había fijado para que los niños de la Parroquia hiciesen su Primera Comunión solemne. Mi madre pensó que ya que su hija sabía bien la doctrina y que tenía cumplidos los seis años, podría hacer la Primera Comunión. Para lo cual, me mandó con mi hermana Carolina asistir a la explicación de la doctrina que hacía el Párroco a los niños como preparación para ese día. Allá iba, pues, radiante de alegría con la esperanza de recibir en breve, por primera vez, a mi Dios. El Párroco hacía sus explicaciones sentado sobre una silla que estaba sobre un estrado. Me llamaba junto a él y, cuando algún

niño no sabía responder a sus preguntas, para avergonzarlo, me mandaba responder a mí.

Llegó, pues, la víspera del gran día, y el Párroco mandó ir a la iglesia a todos los niños por la mañana, para decir definitivamente cuáles eran los que iban a comulgar. ¡Cuál no sería mi tristeza cuando el Párroco, llamándome junto a sí, y acariciándome, me dijo que tenía que esperar hasta los siete años! Comencé entonces a llorar, y como si estuviese junto a mi madre, recliné mi cabeza sobre sus rodillas sollozando. Estaba en esta actitud, cuando entró en la iglesia un sacerdote, que el Párroco había mandado venir de fuera, para que le ayudase con las confesiones. El Reverendo preguntó el motivo de mis lágrimas, y al ser informado, me llevó a la sacristía, me examinó en relación a la doctrina y al misterio de la Eucaristía, y después me trajo de la mano hasta el señor Párroco y dijo:

–Padre Pena, V. Rcia. puede dejar comulgar a esta pequeña. Ella entiende lo que hace, mejor que muchas de éstas.

–Pero sólo tiene seis años –respondió el buen Párroco.

–No importa, esa responsabilidad, si V. Rvcia. quiere, la tomo yo.

–Pues bien –me dice el buen Párroco–, ve a decirle a tu madre que sí, que mañana haces tu Primera Comunión.

Mi alegría no tuvo explicación. Me fui tocando las palmas de alegría, corriendo todo el camino, para dar la buena noticia a mi madre, que enseguida comenzó a prepararme para llevarme a confesar por la tarde. Al llegar a la iglesia, le dije a mi madre que quería confesarme con aquel sacerdote de fuera. Él estaba confesando en la sacristía, sentado en una silla. Mi madre se arrodilló junto a la puerta, en el altar mayor, con otras mujeres que estaban esperando el turno de sus hijos. Y delante del Santísimo me fue haciendo las últimas recomendaciones.

Y cuando llegó mi turno, fue arrodillarme a los pies de nuestro buen Dios, allí representado por su ministro, a pedir perdón por mis pecados. Cuando terminé, vi que toda la gente se reía. Mi madre me llamó y me dijo:

–Hija mía, ¿no sabes que la confesión se hace bajito, que es un secreto? Toda la gente te ha oído. Sólo al final dijiste una cosa que nadie sabe lo que fue.

En el camino a casa, mi madre hizo varias tentativas para ver si descubría lo que ella llamaba el secreto de mi confesión; pero no obtuvo más que un profundo silencio. Voy, pues, a descubrir ahora el secreto de mi primera confesión. El buen sacerdote, después de que me oyó, me dijo estas breves palabras:

–Hija mía, tu alma es el Templo del Espíritu Santo. Guárdala siempre pura, para que Él pueda

continuar en ella su acción divina.

Al oír estas palabras me sentí penetrada de respeto interiormente y pregunté al buen confesor cómo lo debía hacer.

—De rodillas —dijo— a los pies de Nuestra Señora, pídele con mucha confianza que tome posesión de tu corazón, que lo prepare para recibir mañana dignamente a su querido Hijo, y que lo guarde para Él solo.

Había en la iglesia más de una imagen de Nuestra Señora. Pero como mis hermanas arreglaban el altar de Nuestra Señora del Rosario, estaba acostumbrada a rezar delante de Ella, y por eso allí fui también esta vez, para pedirle con todo el ardor que fui capaz, que guardase solamente para Dios mi pobre corazón. Al repetir varias veces esta humilde súplica, con los ojos fijos en la imagen, me parecía que Ella me sonreía y que, con su mirada y gesto de bondad, me decía que sí. Quedé tan inundada de gozo, que con dificultad conseguía articular las palabras.

Mis hermanas quedaron trabajando esa noche para hacerme el vestido blanco y la guirnalda de flores. Yo, por la alegría, no podía dormir y no había manera de que pasasen las horas. Constantemente me levantaba para ir junto a ellas y preguntarles si aún no era de día, si me querían probar el vestido, la guirnalda, etc.

Amaneció, por fin, el día feliz; pero las nueve ¡cuánto tardaban! Ya vestida con mi vestido blanco, mi hermana María me llevó a la cocina para que les pidiese perdón a mis padres, besarles las manos y pedirle la bendición. Terminada la ceremonia, mi madre me hizo las últimas recomendaciones. Me dijo lo que quería que yo pidiese a Nuestro Señor cuando lo tuviese en mi pecho y me despidió con estas palabras: —Sobre todo, pide a Nuestro Señor que te haga una santa; palabras que se me grabaron tan fuertemente en el corazón, que fueron las primeras que dije a Nuestro Señor después que lo recibí. Y aún hoy parece que oigo el eco de la voz de mi madre que me las repite.

Allá fui, camino de la iglesia, con mis hermanas; y para que no me manchase con el polvo del camino, mi hermano me subió sobre sus hombros. Cuando llegué a la iglesia, corrí hasta el altar de Nuestra Señora, para renovar mi súplica. Allí me quedé, contemplando la sonrisa del día anterior, hasta que mis hermanas me fueron a buscar, para colocarme en el lugar que me estaba destinado. Los niños eran muchos. Formaban, desde el fondo de la iglesia hasta la balaustrada, cuatro filas: dos de dos niños, y dos de niñas. Como yo era la más pequeña, me tocó junto con los ángeles, en la grada de la balaustrada.

Comenzó la Misa cantada, y a medida que se aproximaba el momento, mi corazón latía más deprisa esperando la visita del gran Dios que iba a descender del Cielo, para unirse a mi pobre alma. El señor Párroco bajó por entre las filas para distribuir el Pan de los Ángeles. Tuve la

suerte de ser la primera. Cuando el sacerdote bajaba las gradas del altar, el corazón parecía querer salirse del pecho. Pero después que puso sobre mis labios la Hostia Divina, sentí una serenidad y una paz inalterables; sentí que me envolvía una atmósfera tan sobrenatural, que la presencia de nuestro buen Dios se me hacía tan sensible como si lo viese y lo oyese con mis sentidos corporales. Entonces le dirigí mis súplicas:

–Señor, hazme una santa, guarda mi corazón siempre puro, para Ti solo.

Aquí me pareció que nuestro buen Dios me dijo, en el fondo de mi corazón, estas palabras:

–La gracia que hoy te ha sido concedida, permanecerá viva en tu alma, produciendo frutos de vida eterna.

¡Cómo me sentía transformaba en Dios!

Cuando terminó la función religiosa era casi la una de la tarde, debido a que los sacerdotes de fuera habían tardado mucho en venir, y por causa del sermón y de la renovación de las promesas del bautismo... Mi madre vino a buscarme, afligida, creyéndome muerta de flaqueza. Pero yo me sentía tan saciada con el Pan de los Ángeles, que me fue imposible, entonces, tomar alimento alguno. Desde entonces, perdí el gusto y atractivo que empezaba a sentir por las cosas del mundo; y solamente me sentía bien en algún lugar solitario, donde pudiese, a solas, recordar las delicias de mi Primera Comunión». [6]

2. Primeros contactos de Jacinta y de Francisco con «Jesús escondido»

Lucía apenas tenía diez años cuando se convirtió en la catequista de sus primitos. Veamos de qué modo fue ella quien introdujo a Francisco y Jacinta en el amor y conocimiento de «Jesús escondido»:

«Como mi hermana era celadora del Corazón de Jesús, siempre que había comunión solemne de niños, me llevaba a renovar la mía.

Mi tía llevó una vez a su hija a ver la fiesta. La pequeñita se fijó en los ángeles que echaban flores. Desde ese día, de vez en cuando se separaba de nosotros, cuando jugábamos; tomaba una brazada de flores y venía a tirármela.

–Jacinta, ¿por qué haces eso?

–Hago como los angelitos: te echo flores.

Mi hermana tenía la costumbre, en una fiesta anual que debía de ser la del Corpus Christi, de vestir algunos angelitos, para que fuesen al lado del palio, en la procesión, echando flores. Como yo era siempre una de las designadas, una vez, cuando mi hermana me probó el vestido, conté a Jacinta la fiesta que se aproximaba y cómo yo iría a echar flores a Jesús. La pequeñita me pidió entonces que intercediese ante mi hermana, para que la dejase a ella también. Mi hermana dijo que sí. Le probó también un vestido, y en el ensayo, nos dijo cómo deberíamos echar las flores al Niño Jesús. Jacinta le preguntó:

—¿Y nosotras le veremos?

—Sí —le respondió mi hermana—, lo lleva el señor Prior.

Jacinta estaba muy contenta y preguntaba continuamente si faltaba mucho para la fiesta. Llegó por fin el ansiado día, y la pequeña estaba loca de contenta. Nos colocaron a las dos al lado del altar, y durante la procesión al lado del palio, cada una con su cesto de flores. En los sitios señalados por mi hermana, yo tiraba a Jesús mis flores. Jacinta estuvo todo el tiempo pendiente del Prior y por muchas señales que le hice, no conseguí que echase ni una sola flor; miraba continuamente al Sr. Prior, y nada más. Al terminar la función mi hermana nos sacó de la iglesia y pregunté:

—Jacinta, ¿por qué no echaste las flores a Jesús?

—Porque no lo vi.

Después, me preguntó:

—¿Tu viste al Niño Jesús?

—No. ¿Pero tú no sabes que el Niño Jesús no se ve, porque está escondido en la Hostia que recibimos cuando comulgamos?

—¿Tú, cuando comulgas, hablas con Él?

—Sí.

—¿Por qué no lo ves?

—Porque está escondido.

—Voy a pedir a mi madre que me deje ir también a comulgar.

–El señor Prior no te la dará, sin tener los diez años.

–Pero tú, aún no los tienes y ya comulgaste.

–Porque sabía toda la doctrina y tú aún no la sabes.

Me pidieron entonces que se la enseñase. Así me constituí en catequista de mis dos compañeros, que aprendían con un entusiasmo único. Cuando yo era preguntada, respondía a todo; pero, al enseñar, me acordaba de pocas cosas; por lo que Jacinta me dijo una vez:

–Enséñanos más cosas porque esas ya las sabemos.

Les confesé que no las sabía sino cuando me las preguntaban, y añadí:

–Pide permiso a tu madre para ir a la iglesia y así aprenderás más.

Los dos pequeñitos que deseaban recibir a Jesús escondido, como ellos decían, fueron a hacer la petición a su madre. Mi tía aunque dijo que sí, los dejaba ir muy pocas veces, luego iban muy poco, pues decía que la iglesia estaba bastante lejos y que eran muy pequeñitos para comulgar; el Prior no le daría la Sagrada Comunión hasta después de los diez años.[\[7\]](#)

Jacinta continuamente me hacía preguntas sobre Jesús escondido. Recuerdo que un día me preguntó:

–¿Cómo es que tantas personas reciben al mismo tiempo a Jesús escondido? ¿Es un bocadito para cada uno?

–No ¿no ves que son muchas formas y en cada forma hay un niño?

–¡Cuántos disparates le habré dicho!»[\[8\]](#)

Concluyendo

Como conclusión quiero recordar que en aquella época apenas habían pasado siete años de la publicación de los decretos de San Pío X sobre la Comunión frecuente y la edad para recibir la primera Comunión. Fue en 1910 que el Santo Pontífice recordó al mundo el mandato de Cristo: «Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis», determinando: «la edad de la discreción para la Comunión es aquella, en la cual el niño sepa distinguir el Pan Eucarístico del pan común y material, de suerte que pueda acercarse devotamente al altar. Así, pues, no se

requiere un perfecto conocimiento de las verdades de la Fe, sino que bastan algunos elementos, esto es, *algún conocimiento* de ellas; ni tampoco se requiere el pleno uso de la razón, pues basta cierto uso incipiente, esto es, *cierto uso de razón*». [9]

La mamá de Lucía, mujer muy cristiana, seguramente había oído hablar de esta sentencia, y por eso procuró que su hija recibiera cuanto antes la primera Comunión. Y fue ella misma quien la preparó en la doctrina, y se preocupó de preparar santamente el corazón de su hijita: «Pídele a Nuestro Señor que te haga una santa».

¡Aprendamos también nosotros a ser apóstoles de la Primera Comunión! Sepamos siempre preparar con esmero el corazón de los niños para su primer encuentro con Jesús.

Si lo hacemos así, veremos cómo se hará realidad ante nuestros ojos la profética visión de San Pío X al permitir a los niños, ya desde tierna edad, acercarse a comulgar: «...y **habrá niños santos**».

[1] n. 2715.

[2] *Memoria cuarta*, 141.

[3] *Memoria cuarta*, 146.

[4] *Memoria cuarta*, 141.

[5] *Memoria cuarta*, 146.

[6] *Memoria segunda*, 56.

[7] Jacinta había nacido el día 11 de marzo de 1910. Tenía, por lo tanto, ya en mayo de 1917, siete años y meses.

[8] *Memoria primera*, 24–26.

[9] Decreto «*Quam singulari*», del 8 de agosto de 1910, sobre la edad para la primera Comunión.

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

XXIII: LA COMUNIÓN DE FRANCISCO

«YO ME VOY AL CIELO...»

(Palabras de Francisco)

Quisiera terminar la historia de la relación personal del beato Francisco con Jesucristo Sacramentado, mostrando los momentos culminantes de esta relación: su primera Comunión, recibida de manos del Ángel, y la última, que recibió un día antes de su partida al Cielo.

1. Primera Comunión de manos del Ángel

Hemos visto cómo fue Lucía la catequista de los sus primos. Un día, de imprevisto, llegó el momento de la primera Comunión de Francisco y de Jacinta, nada menos que de manos de un Ángel. ¡Inolvidable! Ya he citado el relato en las apariciones del Ángel, pero vale la pena leerlo otra vez:

«Después que llegamos, de rodillas, con los rostros en tierra, comenzamos a repetir la oración del Ángel: ¡Dios mío! Yo creo, adoro, espero y os amo, etc. No sé cuántas veces habíamos repetido esta oración, cuando vimos que sobre nosotros brillaba una luz desconocida. Nos levantamos para ver lo que pasaba y vimos al Ángel, que tenía en la mano izquierda un Cáliz, sobre el cual había suspendida una Hostia, de la que caían unas gotas de Sangre dentro del Cáliz. El Ángel dejó suspendido en el aire el Cáliz, se arrodilló junto a nosotros, y nos hizo repetir tres veces:

–Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, os adoro profundamente y os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os pido la conversión de los pobres pecadores.

Después se levanta, toma en sus manos el Cáliz y la Hostia. Me da la Sagrada Hostia a mí y la Sangre del Cáliz la divide entre Jacinta y Francisco, diciendo al mismo tiempo:

–Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres

ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios.

Y, postrándose en tierra, repitió con nosotros otras tres veces la misma oración:

–Santísima Trinidad... etc.

Y desapareció»[\[1\]](#).

«Transportados por la fuerza de lo sobrenatural que nos envolvía, imitábamos al Ángel en todo; es decir, postrándonos como él y repitiendo las oraciones que él decía. La fuerza de la presencia de Dios era tan intensa, que nos absorbía y anonadaba casi del todo. Parecía privarnos hasta del uso de los sentidos corporales por un gran espacio de tiempo. En aquellos días, hacíamos las acciones materiales como transportados por ese mismo ser sobrenatural que a eso nos impulsaba. La paz y la felicidad que sentíamos, eran inmensas; pero sólo interior, completamente concentrada el alma en Dios. El abatimiento físico que nos postraba, también era grande».[\[2\]](#)

« Cuando hablábamos del Ángel, no sé lo que sentíamos. Jacinta decía:

–No sé lo que siento. Yo no puedo hablar, ni cantar, ni jugar, ni tengo fuerza para nada.

–Yo tampoco –respondió Francisco–mas ¿qué importa? El Ángel es más bello que todo esto. Pensemos en él.

En la tercera aparición (del Ángel, en la cual recibieron Francisco y Jacinta su primera Comunión), la presencia de lo sobrenatural fue todavía más intensa. En muchos días Francisco ni siquiera se atrevía hablar. Después decía:

–Me alegró mucho ver al Ángel; pero lo malo es que después no somos capaces de nada. Yo ni andar podía. No sé lo que tenía.

A pesar de todo fue él quien se dio cuenta, una vez pasada la tercera aparición del Ángel, de lo próxima que estaba la noche. Él fue quien nos lo advirtió y quien pensó en conducir el rebaño a casa.

Pasados los primeros días, y recuperado el estado normal, Francisco preguntó:

–El Ángel, a ti te dio la Sagrada Comunión; pero a mí y Jacinta, ¿qué fue lo que nos dio?

–Fue también la Sagrada Comunión –respondió Jacinta con una felicidad indecible– ¿No ves que era la Sangre que caía de la Hostia?

–¡Yo sentía que Dios estaba en mí, mas no sabía como era!

Y arrodillándose permaneció por largo tiempo, con su hermana repitiendo la oración del Ángel: Santísima Trinidad...». [3]

Así fue la primera Comunión Francisco: *sentía que Dios estaba en él*, pero no sabía cómo era. Estaba comenzando a penetrar en lo más profundo del misterio, y crecía en él de tal modo su deseo de Dios que su único ideal era irse al Cielo.

2. «Deseo partir para estar con Cristo» (Flp 1, 23)

Este deseo del Cielo hacía que se mostrara sin interés por la escuela, no por aquel desinterés natural de algunos niños de su edad, sino porque pensaba que convenía aprovechar el tiempo en hacer compañía a Nuestro Señor, y cuando le preguntaban por su futuro, mostraba siempre el mismo desinterés; ni siquiera la perspectiva de llegar a ser sacerdote le decía nada, como lo atestigua muy bien este episodio:

«La mayoría de los forasteros aburrían a Francisco. ¡Qué preguntas tan tontas! Una de las preferidas era la que se suele dirigir a los niños pequeños en todas partes: “¿qué vas a ser cuando seas mayor?” Tal pregunta suponía demasiadas explicaciones para él. Hubo, por ejemplo, dos señoras curiosas que le hicieron las siguientes preguntas:

–¿Quieres ser carpintero?

–No, señora.

–¿Soldado entonces?

–No, señora.

–¿Quizá médico?

–¡Oh, no!

–¡Ya sé lo que te gustaría ser: sacerdote!

–No.

–¡Cómo no! ¿Decir Misa? ... ¿Escuchar confesiones? ... ¿Rezar en la Iglesia? ¿No es así?

–No, señora. No quiero ser cura.

–Entonces, ¿qué quieres ser?

–No quiero ser nada.

–¿No quieres ser nada, efectivamente?

–No. Quiero morir e ir al Cielo». [4]

Mons. Rendeiro, a los que «estén tentado a ver en esto un desequilibrio psicológico», se apresura a dar esta explicación:

«El pequeño era un montañés sano, sanos sus padres y hermanos; Francisco muestra en todo un comportamiento normal. Por esto el desinterés que manifiesta por las cosas de esta tierra tiene una explicación muy simple en el hecho de estar marcado por las cosas del Cielo. El desinterés por la escuela, el desinterés por su futuro terreno, se explica por la convicción de que dentro de poco subiría al Cielo. Me hace recordar al gran doctor de la Iglesia Santo Tomás de Aquino, que en la plenitud de la edad y de su talento, a los 49 años, después de una visión tenida en la Santa Misa, cesó repentinamente de escribir y de dictar. Y a su compañero y secretario que le preguntaba por qué, respondió: “No puedo; después de lo que he visto, todo lo demás me parece paja”». [5]

Y esto tiene también una explicación muy sencilla en el Catecismo: había comprendido el sentido cristiano de la muerte. «En la muerte, Dios llama al hombre hacia sí. Por eso, el cristiano puede experimentar hacia la muerte un deseo semejante al de San Pablo: *Deseo partir para estar con Cristo* (Flp 1, 23); y puede transformar su propia muerte en un acto de obediencia y de amor hacia el Padre, a ejemplo de Cristo [6]». [7]

El Catecismo cita palabras ejemplos de santos, que tenían los mismos sentimientos de Francisco con respecto a la muerte y a su deseo del Cielo:

«Mi deseo terreno ha desaparecido...; hay en mí un agua viva que murmura y que dice dentro de mí “ven al Padre”» (San Ignacio de Antioquia) [8];

«Yo quiero ver a Dios y para verlo es necesario morir» (Santa Teresa de Jesús); [9]

«Yo no muero, entro en la vida» (Santa Teresita del Niño Jesús); [10]

Y esto, los santos lo han podido decir, porque «gracias a Cristo, la muerte tiene un sentido positivo»:

«*Para mí, la vida es Cristo y morir es una ganancia*» (Flp 1, 21), decía San Pablo;

«Para mí es mejor morir en Cristo Jesús que reinar de un extremo a otro de la tierra. Lo busco a Él, que ha muerto por nosotros; lo quiero a El, que ha resucitado por nosotros. Mi parto se aproxima... Dejarme recibir la luz pura; cuando yo llegue allí, seré un hombre», decía San Ignacio de Antioquia.[\[11\]](#)

En definitiva, el deseo de morir de Francisco para estar con Cristo, y de allí que «acostumbrara a pasar horas enteras de rodillas mirando al tabernáculo donde su Señor esperaba que alguien viniese y lo visitase»[\[12\]](#) y «su gran deseo, después de ir al Cielo, fuera el de recibir a Jesús oculto en la Sagrada Eucaristía. Esto llegó a ser un anhelo mortificante cuando vio a su hermana Jacinta ir a recibir la Primera Comunión. Habían comenzado a prepararse juntos para ella el verano anterior. Su padre, Tío Marto, lo recuerda bien: fue a poco de interrogarles el párroco respecto a las apariciones. “Señor párroco –dijo él–, aquí están mis dos hijos dispuestos a hacer su primera confesión. ¡Ahora puede usted hacerles cuantas preguntas desee!”. Después los llevó a que pasasen su examen para la Primera Comunión, pero el Padre Ferreira pensó que era mejor esperar otro año. Jacinta fue, finalmente, autorizada en mayo de 1918, pero no así Francisco, por confundirse un poco en algún pasaje del Credo. Esta vez volvió a su casa llorando. Era muy duro para un niño de diez años el fracaso, pero lo era aun más tomar asiento con los mayores en un fragante día de primavera y ver cómo su hermana se marchaba sin él. Mas la pena de la separación es familiar a los amantes de Dios, y Francisco lo soportó valientemente, dedicándose cada vez más a sus oraciones. “¡Es por tu amor, oh, Jesús mío!”». [\[13\]](#)

Vemos que no faltan paradojas en la vida de Francisco. Esta sinrazón del párroco, que les niega acercarse a la Comunión por cuestión de edad, tiene una explicación: los residuos de jansenismo, que de cierto modo continúan actuales en nuestros días, bajo nuevas formas de «genialidades pastorales». Este sacerdote que postergó al beato Francisco la hora de su Comunión sacramental no tuvo en cuenta, vaya a saber por qué, lo que siete años atrás, el 10 de agosto de 1910, había enseñado y mandado el Papa Pío X en el decreto «*Quam singulari*» sobre la edad y las condiciones necesarias para recibir la Primera Comunión. Allí, con toda claridad, enseñaba el Santo Pontífice:

«Tales daños ocasionan los que insisten tenazmente, más de lo debido, en exigir que a la primera Comunión antecedan preparaciones extraordinarias, no fijándose quizá en que tales excesivas precauciones son resto de errores jansenistas, pues sostenían que la Santísima Eucaristía era un premio, pero no medicina de la fragilidad humana. Muy al contrario sentía el Concilio de Trento, al enseñar que era *antídoto para librarnos de las culpas diarias y para preservarnos contra los pecados mortales*[\[14\]](#); doctrina poco ha inculcada con empeño por la

Sagrada Congregación del Concilio en su decreto del 26 de diciembre de 1905, por el cual se abre camino a toda clase de personas para comulgar diariamente, ya sean de madura, ya de tierna edad, exigiendo tan sólo dos condiciones: estado de gracia y pureza de intención.

«Ni hay justa razón para que, si en la antigüedad se distribuían los residuos de las Sagradas Especies a los niños, aun a los de pecho, ahora se exija extraordinaria preparación a los niños que se encuentran en el felicísimo estado de su primera inocencia, los cuales, por muchos peligros y asechanzas que les rodean, tanto necesitan de este místico Pan».

«...al fijar cuál sea esta edad de la razón o de la discreción, se han introducido en el curso del tiempo muchos errores y lamentables abusos. Hubo quienes sostuvieron que la edad de la discreción era distinta, según se tratase de recibir la Penitencia o la Comunión. Para la Penitencia juzgaron ser aquella en que se pudiera distinguir lo bueno de lo malo, y en que, por lo mismo, se podía pecar; pero para la Comunión exigían más edad, en la que se pudiese tener más completo conocimiento de las cosas de la fe y una preparación mayor. Y así, según las diferentes costumbres locales y según las diversas opiniones, se fijaba la edad de la primera Comunión en unos sitios a los diez años o doce, y en otros a los catorce o aun más, excluyendo, entre tanto, de la Comunión Eucarística a los niños o adolescentes menores de la edad prefijada.

«Esta costumbre, so pretexto de mirar por el decoro del Santísimo Sacramento, alejaba de él a los fieles, y ha sido causa de no pocos males. Sucedió, pues, que la inocencia de los primeros años, apartada de abrazarse con Cristo, se veía privada de todo jugo de vida interior; de donde se seguía que la juventud, careciendo de tan eficaz auxilio, y envuelta por tantos peligros, perdido el candor, cayese en los vicios antes de gustar los santos Misterios. Y aunque a la primera Comunión preceda una preparación diligente y una confesión bien hecha, lo cual no en todas partes ocurre, siempre resulta tristísima la pérdida de la inocencia bautismal, que, recibiendo en edad más temprana la Santa Eucaristía, acaso pudiera haberse evitado».

«De todo esto se desprende que la edad de la discreción para la Comunión es aquella, en la cual el niño sepa distinguir el Pan Eucarístico del pan común y material, de suerte que pueda acercarse devotamente al altar. Así, pues, no se requiere un perfecto conocimiento de las verdades de la Fe, sino que bastan algunos elementos, esto es, *algún conocimiento* de ellas; ni tampoco se requiere el pleno uso de la razón, pues basta cierto uso incipiente, esto es, *cierto uso de razón*. Por lo cual, la costumbre de diferir por más tiempo la Comunión y exigir, para recibirla, una edad ya más reflexiva, *ha de reprobarse por completo* –y la Sede Apostólica la ha condenado muchas veces».

¡Lástima que el Párroco esto no lo tuvo en cuenta! De los datos que he encontrado, deduzco que probablemente Francisco haya recibido la Comunión dos veces en su vida: la primera, de manos del Ángel; la segunda, el día antes de su muerte. Dos Comuniones bastaron para prepararle para su encuentro definitivo con Jesucristo.

En 1918, en Portugal estalló una epidemia de gripe que diezmó a la población. A fines de ese año, Francisco y Jacinta, junto con otros miembros de su familia, se enfermaron. El padre, la única persona que resistió a la enfermedad, tenía que ocuparse de su mujer y de sus hijos. Francisco fue el primero que hubo que meter en cama, terminando con una bronconeumonía.

«Fue desalentador para su padre y su madre verle recibir gozoso la enfermedad como el comienzo del viaje que la Señora le había prometido. Se quedó tan débil que apenas podía moverse, aunque nunca se quejaba.

–Si le dábamos un poco de leche –recuerda Lucía, la tomaba. Si le dábamos un huevo, se lo comía. ¡Pobre niño! Tomaba las medicinas más amargas sin hacer mueca alguna. Esto nos daba la esperanza de que curaría. Pero ¿qué creéis que pensaba? Siempre nos decía que era inútil, que Nuestra Señora iba a venir a buscarlo para llevárselo al Cielo.

Su único pesar era no poder hacer su visita diaria a Jesús en el Sagrario de la iglesia de Fátima».[\[15\]](#)

También recuerda Lucía:

«Francisco en su dolencia sufría con una paciencia heroica, sin dejar nunca escapar ningún gemido, ni la más leve queja. Le pregunté un día poco antes de morir.

–Francisco, ¿sufres mucho?

–Sí; pero lo sufro por amor a Nuestro Señor y Nuestra Señora.

Un día me dio la cuerda de la que ya hablé, y me dijo:

–Toma, llévala antes que mi madre la vea. Ahora ya no soy capaz de ponérmela en la cintura.

Tomaba todo lo que su madre le llevaba, y nunca llegué a saber si alguna cosa le repugnaba.

Así llegó el día feliz de partir para el Cielo. La víspera nos dijo, a mí y a su hermanita:

–Voy al Cielo, pero allí he de pedir mucho a Nuestro Señor y a Nuestra Señora que os lleve también allá en breve».[\[16\]](#)

Hay que recordar que la Santísima Virgen se apareció a Francisco y Jacinta, en su propia casa, cuando estaban enfermos, y les dijo «que pronto vendría a buscar a Francisco para llevarlo al Cielo».[\[17\]](#) «Antes de final de junio de 1918, Francisco se puso de nuevo enfermo con fiebre. Su padre, como de costumbre, intentó poner buen semblante ante el niño:

–No te importe, Francisco, pronto te vas a poner bien como anteriormente. Serás un hombre fuerte, ya lo verás.

–No –replicó el muchacho– Nuestra Señora vendrá muy pronto.

Su madrina Teresa intentó animarle con lo que ella consideraba una perspectiva halagüeña. Le prometió una rápida mejoría, pues iba a ofrecer su peso en trigo para repartir a los pobres, y Nuestra Señora nunca se negaría a semejante ofrecimiento.

–No merece la pena que te molestes –dijo el niño con calma– Nuestra Señora no te concederá esa gracia.

Pocos días después se puso mucho peor y tuvo que guardar cama. Era aquella cama de hierro que aún se ve allí, con su colcha de trocitos de distintas telas, su cabecera de metal coloreado y con adornos, y sus dos perinolas de bronce...». [\[18\]](#)

3. Preparación para su última Comunión y partida al Cielo.

La descripción de sus últimos días, sus últimos diálogos, su preparación para su última Confesión y Comunión, han sido descritas minuciosamente por Lucía:

«Durante la enfermedad, Francisco se mostró siempre alegre y contento. A veces le preguntaba:

–Francisco, ¿sufres mucho?

–Bastante; pero no importa. Sufro para consolar a Nuestro Señor; y después, de aquí a poco iré al Cielo.

–Allí no te olvides de pedir a Nuestra Señora que me lleve también pronto allá.

–Eso no lo pido. Bien sabes tú que Ella no te quiere allí aún.

En vísperas de morir me dijo:

–¡Escucha!, estoy muy mal, ya me falta poco para ir al Cielo.

–¡Entonces mira! Allí no te olvides de pedir mucho por los pecadores, por el Santo Padre, por

mí y Jacinta.

–Sí, lo pediré; pero escucha: esas cosas pídelas antes a Jacinta, que yo tengo miedo de olvidarme cuando llegue junto al Señor. Y después, ante todo, lo quiero consolar.

Un día, de madrugada, temprano, su hermana Teresa viene a llamarme:

–Ven de prisa, Francisco está muy grave y dice que te quiere decir una cosa.

Me vestí corriendo y allá fui. Pidió a la madre y a los hermanos que saliesen del cuarto, puesto que era secreto lo que me quería comunicar. Salieron y entonces él me dijo:

–Es que me voy a confesar para comulgar y morir después. Quería que me dijese si me viste hacer algún pecado y que fuese a interrogar a Jacinta si ella me vio hacer alguno.

–Desobedeciste alguna vez a tu madre –le dije–, cuando ella te decía que te quedases en casa y tú te escapabas para estar conmigo o para irte a esconder.

–Ciertamente, tengo éste. Ahora vete a preguntar a Jacinta, si ella se acuerda de alguno más.

Marché, y Jacinta, después de pensar un poco, me dijo:

–Escucha: dile que, todavía antes de aparecérsenos Nuestra Señora, robó 10 centavos a nuestro padre para comprarle una armónica a José Marto de Casa Velha; que, cuando los muchachos de Aljustrel tiraron piedras a los de Boleiros, él también tiró algunas.

Cuando le di este recado de su hermana, respondió:

–Estos ya los confesé; pero vuelvo a confesarlos. Tal vez es a causa de estos pecados que yo hice, por los que Nuestro Señor está triste. Pero yo aunque no muriese, nunca más los volvería a cometer. Y poniendo las manos juntas, rezó la oración:

–¡Oh Jesús mío, perdónanos, líbranos del fuego del infierno, lleva a todas las almas al Cielo, especialmente a las que más lo necesitan...!

–Escucha, pide tú también al Señor que me perdone mis pecados.

–Sí, pido, quédate tranquilo. Si el Señor no te hubiese perdonado ya, la Virgen no hubiera dicho que te venía a buscar muy en breve para el Cielo. Y ahora voy a Misa y ahí pido a Jesús escondido por ti.

Escucha; pídele para que el señor Cura me dé la Sagrada Comunión.

–De acuerdo.

Cuando regresé de la iglesia ya Jacinta estaba sentada al lado de su cama. Al verme, Francisco, me preguntó:

–¿Pediste al Señor escondido para que el señor Cura me dé la Sagrada Comunión?

–Lo pedí.

–Después en el Cielo pediré por ti.

–¿Vas a pedir?, pues el otro día me dijiste que no ibas a pedir.

–Eso era para llevarte allá en breve. Pero si tú lo deseas, yo pido, y después que Nuestra Señora haga lo que Ella quiera.

–Pues quiero; tú pide.

–Pues sí, quédate tranquila, que yo pido.

Los dejé allí y me marché para hacer mis ocupaciones diarias de trabajo y escuela.

Cuando volví al anochecer ya estaba radiante de alegría. Se había confesado y el Cura había prometido llevarle al día siguiente la Sagrada Comunión. Después de comulgar al día siguiente, decía a su hermanita:

–Hoy soy más feliz que tú, porque tengo dentro de mi pecho a Jesús escondido. Yo me voy al Cielo; pero desde allí voy a pedir mucho al Señor y a la Virgen para que pronto te lleve también allí.

Ese día, casi todo lo pasé con Jacinta junto a su cama. Como ya no podía rezar, nos pedía que rezásemos nosotros el Rosario por él. Después me dijo:

–Sin lugar a dudas, en el Cielo voy a tener muchas añoranzas de ti. ¡Quién diera que Nuestra Señora te llevase también para allá pronto!

No las tendrás, no; ¡fíjate! ¡Al pie del Señor y de la Virgen, que son tan buenos!

Pues es cierto. Tal vez ni me acuerde.

Y ahora añado yo: tal vez no se acordó más. ¡¡¡Paciencia!!!

Cuando era de noche, me despedí de él.

–Francisco, adiós. Si fueras esta noche al Cielo, no te olvides de mí. ¿Has escuchado?

–No me olvido, no. Quédate tranquila.

Y agarrándome la mano derecha, la apretó con mucha fuerza durante un buen rato, mirándome con lágrimas en los ojos.

–¿Deseas alguna cosa más? –le pregunté con lágrimas que también me corrían por las mejillas.

–No –me respondió con voz apagada.

Como la escena estaba poniéndose demasiado conmovedora, mi tía me pidió que saliese del dormitorio.

–Entonces, adiós, Francisco, hasta el Cielo.

Adiós, hasta el Cielo.

Y el Cielo se aproximaba. Allá voló al día siguiente a los brazos de la Madre Celestial.

No se puede describir mi nostalgia. Es una espina triste que atraviesa mi corazón a lo largo de los años. Es el recuerdo del pasado que siempre resuena en la eternidad.

Era de noche, y yo plácida soñaba

Que en tan festivo, suspirado día

Celestial enlace en gran porfía,

entre nosotros y los Ángeles se daba.

¡Qué áurea corona –ninguno imaginaba–

de flores que la tierra producía,

que igualase a la que el Cielo ofrecía

en angélico primor que el cariño dejaba!

De labios maternos... gozos, sonrisas,

en el celeste paraíso... vive en Dios,

de amor encantado, de gozos soberanos,

pasó estos años... tan breves... ¡¡¡Adiós!!!».[19]

A este relato, ciertamente impresionante, podemos añadir algunos testimonios más:

«Toda la noche el niño estuvo tranquilo pensando en Jesús, que había recibido y a quien vería pronto cara a cara. Tenía sed, pero no pudo beber la leche que su madre le ofreció; sólo pudo tomar unas gotas de agua.

–Estoy bien –dijo–, no me des nada.

Mas tarde la llamó y dijo:

–¡Mira, madre, qué bonita luz hay allí, junto a la puerta!... Ahora ya no la veo.

Por la mañana pidió su bendición y perdón por cualquier disgusto que le hubiese ocasionado en su vida. A las diez, su vida se extinguió casi imperceptiblemente. Subsistía una leve sonrisa en sus labios cuando Jacinta y Lucía vinieron a verle».[20]

Juan Pablo II aludió a esta sonrisa, seguramente motivada de la vista de la Madre de Dios que venía a buscarlo para llevarlo al Cielo, al decir en la homilía de beatificación: «Murió con una sonrisa en los labios». Era el 4 de abril de 1919. Era el momento esperado para Francisco, que un día, cuando estaba prisionero en la cárcel de Ourém, había dicho con tanta nostalgia: «¡Tengo tanta añoranza de Ella...!».[21]

Desde el momento en que la Virgen le llevó al Cielo, las gracias derramadas por el pastorcito Francisco fueron cada día más abundantes. El mismo día de su muerte, por su intercesión se alcanzó la siguiente:

«Me viene a la memoria otro hecho que tuvo relación con Francisco, y voy a contarlo.

Entró, un día en el cuarto de Francisco, una mujer de Casa Velha, llamada Mariana, que

afligida porque su marido había echado a un hijo de la casa, pedía la gracia de la reconciliación del hijo con el padre. Francisco le respondió:

–Quédese tranquila. Dentro de poco voy al Cielo, y cuanto llegue pido esa gracia a Nuestra Señora.

No recuerdo bien los días que tardó aún en irse al Cielo; pero lo que recuerdo es que, en la tarde del día en que Francisco murió, el hijo pidió por segunda vez perdón al padre, ya que se lo había negado una vez, por no querer atenerse a las condiciones impuestas. Se sometió a todo lo que el padre le impuso y se restableció la paz en aquella casa.

Una hermana de este muchacho, de nombre Leocadia, se casó después con un hermano de Jacinta y Francisco, y es la madre de aquella sobrina de Jacinta y Francisco que V. Rvma. –escribe Lucía al obispo de Fátima–hace tiempo vio entrar en Cova da Iria para hacerse religiosa dorotea». [\[22\]](#)

Concluyendo

Juan Pablo II ha recordado que en la vida de los beatos Francisco y Jacinta «sus padres les habían educado en la oración y el Señor mismo les acercó hacia sí, a través de la aparición de un ángel que, teniendo entre sus manos un Cáliz y una Hostia, les enseñó a unirse al sacrificio eucarístico en reparación de los pecados». [\[23\]](#)

Nosotros también debemos acercarnos al Señor uniéndonos al sacrificio eucarístico en reparación de los pecados. Por mi parte, siempre recomiendo hacer una pausa en lo que hacemos, para unirnos durante el día, a la Santa Misa que en ese momento algún sacerdote está celebrando en alguna parte del mundo. Sin la Eucaristía, sin unión con el sacrificio del Señor, no podemos nada; en cambio, con Cristo todo es posible: *Todo lo puedo en aquel que me conforta!* (Flp 4,13) ¡Todo! ¡Todo!

Nos lo enseñe siempre el beato Francisco, santo a los 10 años. Nos enseñe a vivir de tal modo que realmente podamos decir, con él, con san Pablo y con todos los santos de todos los tiempos: *Mi vida es Cristo* (Flp 1, 21).

[\[1\]](#) Memoria segunda, 63.

[2] *Memoria cuarta*, 160.

[3] *Memoria cuarta*, 126.

[4] Cf. William Thomas Walsh, *Nuestra Señora de Fátima*, 200; tomado de las *Memorias de tío Marto*, en De Marchi, 211.

[5] *El Mensaje de Francisco de Fátima*, 49.

[6] Cf. Lc 23, 46

[7] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1011.

[8] Cf. Ro 7, 2.

[9] Vida 1.

[10] *Novissima Verba*.

[11] Cf. Ro, 6,1–2; cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1010.

[12] Cf. William Thomas Walsh, *Nuestra Señora de Fátima*, (Madrid 1960) 201.

[13] *Nuestra Señora de Fátima* (Madrid 1960) 203.

[14] Concilio de Trento, c. 2.

[15] Walsh, *op. cit*, 205–206.

[16] *Memoria segunda*, 94.

[17] *Memoria primera*, 43.

[18] Walsh, *op. cit*. 207–208.

[19] *Memoria cuarta*, 148–152.

[20] Walsh, *op.cit.*, 213.

[21] *Memoria cuarta*, 133.

[22] *Memoria cuarta*, 193.

[23] Audiencia general, miércoles 17 de mayo de 2000.

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

XXIV. JACINTA, LA NIÑA QUE REFLEJABA A DIOS

Ahora me queda decir algunas cosas sobre la beata Jacinta. Su breve vida –vivió tan sólo diez años– merece ser conocida en detalle porque se trata de la beata no mártir más pequeña de la historia de la Iglesia. Nació en Aljustrel, el 11 de marzo de 1910, y murió santamente el 20 de febrero de 1920, en el Hospital de D. Estefânia, en Lisboa, después de una larga y dolorosa enfermedad, ofreciendo todos sus sufrimientos por la conversión de los pecadores, por la paz del mundo y el Santo Padre.

Desarrollaré el retrato de la vida de Jacinta antes y después de las apariciones, a partir de los elementos ofrecidos por Juan Pablo II: «Lucía, la prima mayor, que todavía vive, ha ofrecido significativos retratos de los nuevos beatos. Francisco era un niño bueno, reflexivo, de espíritu contemplativo; mientras que Jacinta era vivaz, más bien susceptible, pero muy dulce y amable»[\[1\]](#).

1. Retrato de Jacinta, antes de las apariciones

a) Temperamento

Lucía escribe al Obispo de Fátima en su *Memoria primera*:

«Excmo. y Rvmo. Señor Obispo:

Antes de los hechos de 1917, exceptuando los lazos de familia que nos unían[\[2\]](#), ningún otro afecto particular me hacía preferir la compañía de Jacinta y Francisco, a la de cualquier otra; por el contrario, su compañía se me hacía a veces, bastante antipática, por su carácter demasiado susceptible. La menor contrariedad, que siempre hay entre niños cuando juegan, era suficiente para que enmudeciese y se amohinara, como nosotros decíamos. Para hacerle volver a ocupar su puesto en el juego, no bastaban las más dulces caricias que en tales ocasiones los niños saben hacer. Era preciso dejarle escoger el juego y la pareja con la que quería jugar. Sin embargo, ya tenía muy buen corazón y el buen Dios le había dotado de un carácter dulce y tierno, que la hacía al mismo tiempo, amable y atractiva. No sé por qué, tanto Jacinta como su hermano Francisco, sentían por mí una predilección especial y me buscaban

casi siempre para jugar. No les gustaba la compañía de otros niños, y me pedían que fuese con ellos junto a un pozo que tenían mis padres en el huerto. Una vez allí Jacinta escogía los juegos con los que íbamos a entretenernos. Los juegos preferidos eran casi siempre, jugar a las chinas y a los botones, sentados a la sombra de un olivo y de dos ciruelos, detrás de las losas. Debido a este juego, me vi muchas veces en grandes apuros, porque, cuando nos llamaban para comer, me encontraba sin botones en el vestido; pues casi siempre ella me los había ganado y esto era suficiente para que mi madre me regañase. Era preciso coserlos de prisa; pero ¿cómo conseguir que ella me los devolviera, si además de enfadarse, tenía también el defecto de ser agarrada? Quería guardarlos para el juego siguiente y así no tener que arrancar los suyos. Sólo amenazándola de que no volvería a jugar más, era como los conseguía. Algunas veces no podía atender los deseos de mi amiguita.

Mis hermanas mayores eran, una tejedora y la otra costurera, pasaban los días en casa, y las vecinas pedían a mi madre poder dejar a sus hijos jugando conmigo en el patio de mis padres, bajo la vigilancia de mis hermanas, mientras ellas marchaban a trabajar al campo. Mi madre decía siempre que sí, aunque costase a mis hermanas una buena parte del tiempo. Yo era entonces la encargada de entretener a los niños y de tener cuidado para que no cayesen en un pozo que había en el patio. Tres grandes higueras resguardaban a los niños de los ardores del sol; sus ramas servían de columpio, y una vieja era hacía de comedor. Cuando en estos días venía Jacinta, con su hermano, a llamarme para ir a su retiro, les decía que no podía ir, pues mi madre me había mandado quedarme allí. Entonces los pequeños se resignaban con desagrado, y tomaban parte en los juegos. En las horas de la siesta, mi madre daba a sus hijos el catecismo, sobre todo cuando se aproximaba la cuaresma, porque –decía–no quiero quedar avergonzada cuando el Prior os pregunte la doctrina. Entonces todos aquellos niños asistían a nuestra lección de catecismo; Jacinta también estaba allí».

b) Delicadeza de alma

«Un día, uno de aquellos pequeños acusó a otro de haber dicho algunas palabras poco convenientes. Mi madre le reprendió con toda la severidad, diciéndole que aquellas cosas feas no se decían, que era pecado y que el Niño Jesús se disgustaba y mandaba al infierno a los que pecaban y no se confesaban. La pequeñita no olvidó la lección. El primer día que asistió a la reunión de niños, dijo:

–¿No te deja ir hoy tu madre?

–No.

–Entonces me voy a mi patio con Francisco.

–¿Y por qué no te quedas aquí?

–Mi madre no quiere que nos quedemos cuando estén estos. Dijo que nos fuéramos a jugar a nuestro patio. No quiere que aprendamos cosas feas que son pecado y no gustan al Niño Jesús.

Después me dijo muy bajo al oído:

–Si tu madre te deja, ¿vendrás a mi casa?

–Sí.

–Entonces ve a pedírselo.

Y, tomando la mano de su hermano, se fue a su casa.

Como ya dije, uno de sus juegos favoritos era el de las prendas. Como V. Excia. Rvma. sabe, el que gana manda al que pierde hacer la cosa que le parezca. A ella le gustaba mandar correr detrás de las mariposas hasta cazar una y llevarla. Otras veces mandaba tomar la flor que a ella le pareciese.

Un día que jugábamos en casa de mi padre, me tocó a mi mandarle a ella. Mi hermano estaba sentado junto a la mesa escribiendo. Le mandé que le diera un abrazo y un beso, pero ella respondió:

–¡Eso no! Mándame otra cosa. ¿Por qué no me mandas besar aquel Cristo que está allí? (Era un crucifijo que estaba colgado de la pared).^[3]

–Pues sí –le respondí–, sube encima de una silla; tráelo aquí, y de rodillas le das tres abrazos y tres besos: uno por Francisco, otro por mí y otro por ti.

–A Nuestro Señor le doy todos los que quieras. –Y corrió a buscar el crucifijo. Lo besó y lo abrazó con tanta devoción, que nunca más me olvidé de aquello. Después, mira con atención al Señor y pregunta:

–¿Por qué está Nuestro Señor, así clavado en una cruz?

–Porque murió por nosotros.

–Cuéntame cómo fue».

c) Amor a Cristo Crucificado

«Mi madre, por la tarde solía contarnos cuentos. Y, entre los cuentos de hadas encantadas, princesas doradas, palomas reales, que nos contaban mi padre y hermanas mayores, nos narraba ella la historia de la Pasión, de San Juan Bautista, etc.

Yo conocía, pues, la Pasión del Señor como una historia; y, como para mí no era necesario oír las historias dos veces, pues con sólo oírla una vez no se me olvidaba un solo detalle, comencé a contar a mis compañeros la historia de Nuestro Señor, como yo la llamaba, con todo detalle.

Cuando mi hermana[4], al pasar junto a nosotros, se dio cuenta de que teníamos el crucifijo, nos lo quitó y nos riñó, diciéndonos que no quería que tocásemos las imágenes de los santos. Jacinta, levantándose, fue junto a mi hermana y le dijo:

—¡María, no te enfades! Fui yo, pero no lo volveré a hacer.

Mi hermana le hizo una caricia y nos dijo que fuésemos a jugar fuera, pues en casa no dejábamos nada quieto en su lugar.

Y así nos fuimos a contar nuestra historia encima del pozo, del que ya hablé; y porque estaba escondido detrás de unos castaños, de un montón de piedras y de un matorral, lo habíamos de escoger, unos años más tarde, como celda de nuestros coloquios, de fervorosas oraciones; y, también —Excmo. y Rvmo. Señor Obispo, para decirle todo—para llorar lágrimas a veces bien amargas.

Mezclábamos nuestras lágrimas a sus aguas, para beberlas de nuevo de la misma fuente donde las derramábamos. ¿No sería esta cisterna imagen de María, en cuyo Corazón secábamos nuestro llanto y bebíamos la más pura consolación?

Pero, volviendo a nuestra historia: al oír contar los sufrimientos de Nuestro Señor, la pequeña se enterneció y lloró. Muchas veces, después, me pedía repetírsela. Entonces lloraba con pena y decía:

—¡Pobrecito Nuestro Señor! Yo no debo cometer ningún pecado. No quiero que Nuestro Señor sufra más».

d) Sensibilidad de alma

«A la pequeñita le gustaba ir por las noches a una era que teníamos frente a casa, a ver la maravillosa puesta de sol y después el cielo estrellado. Cuando había noche de luna se entusiasmaba. Nos desafiábamos a ver quién era capaz de contar las estrellas; decíamos que eran las candelas de los Ángeles. La luna era la de Nuestra Señora, y el sol la de Nuestro Señor. Por lo que Jacinta decía a veces:

—A mí me agrada más la candela de Nuestra Señora que no quema ni ciega; y la de Nuestro Señor, sí.

En verdad, el sol allí, algunos días de verano, apretaba bien fuerte; y la pequeñita como era de constitución débil, sufría mucho con el calor».[\[5\]](#)

e) Jacinta, la pastorcita

«Entre tanto, Señor Obispo, llegué a la edad en que mi madre mandaba a sus hijos a guardar el rebaño. Mi hermana Carolina había cumplido trece años y era necesario que se pusiera a trabajar; por ello, mi madre me entregó el cuidado del rebaño. Di la noticia a mis compañeros y les dije que ya no podría jugar más con ellos. Ellos, como no les gustaba separarse, fueron a pedirle a su madre que les dejase venir conmigo, pero les fue negado. Tuvieron que aguantarse, aunque ellos venían casi todos los días, al anochecer, a esperarme al camino, y desde allí, marchábamos a la era; dábamos algunas corridas, mientras esperábamos que Nuestra Señora y los Ángeles encendiesen sus candelas y las asomasen a las ventanas para alumbrarnos, como decíamos. Cuando no había luna, decíamos que la lámpara de Nuestra Señora no tenía aceite.

A los dos pequeños, les costaba mucho separarse de mí. Por ello, pedían continuamente a su madre, que les dejase, también a ellos, guardar su rebaño. Mi tía, tal vez para verse libre de tantas súplicas, a pesar de que todavía eran muy pequeños, les confió el cuidado de sus ovejas. Radiantes de alegría, fueron a darme la noticia, y a planear cómo juntaríamos todos los días nuestros rebaños. Cada uno abriría el suyo a la hora que lo mandase su madre; el primero esperaría al otro en el Barreiro. (Así llamábamos a una pequeña laguna que había en el fondo de la sierra) Una vez juntos, decíamos cuál sería el pasto del día; y para allá íbamos felices y contentos, como si fuésemos a una fiesta.

Aquí tenemos, Excmo. y Rvmo. Señor Obispo, a Jacinta, en su nueva vida de pastorcita. A las ovejas nos las ganábamos a fuerza de distribuir entre ellas nuestra merienda. Por eso, cuando llegábamos al pasto, podíamos jugar tranquilos, porque ellas no se apartaban de nosotros. A Jacinta le agradaba mucho oír el eco de la voz en el fondo de los valles. Por ello, uno de nuestros entretenimientos era sentarnos en un peñasco del monte y pronunciar nombres en alta voz. El nombre que mejor eco hacía, era el de María. Jacinta decía a veces, el Ave María

entero, repitiendo la palabra siguiente sólo cuando la anterior había terminado su eco.

Nos agradaba también entonar cantos; entre varios profanos –de los que, infelizmente, sabíamos bastantes–, Jacinta prefería: “Salve, noble Padroeira”; “Virgen Pura”, “Anjos cantai comigo”. Éramos, sin embargo, muy aficionados al baile; cualquier instrumento que oíamos tocar a los otros pastores, nos hacía bailar; Jacinta a pesar de ser tan pequeña, tenía para eso un arte especial (...).

A Jacinta le agradaba mucho tomar los corderitos blancos, sentarse con ellos en brazos, abrazarlos, besarlos y, por la noche, traérselos a casa a cuestras, para que no se cansasen.

Un día, al volver a casa, se puso en medio del rebaño.

–Jacinta, ¿para qué vas ahí en medio de las ovejas? –pregunté.

–Para hacer como Nuestro Señor, que, en aquella estampa que me dieron, también estaba así, en medio de muchas y con una en los hombros». [\[6\]](#)

f) Humildad y veracidad

«Antes de comenzar a contar a V. Excía. Rvma. lo que recuerdo del nuevo período de la vida de Jacinta, debo decir que hay algunas cosas, en las manifestaciones de Nuestra Señora, que habíamos convenido no decirlas; y tal vez ahora me vea obligada a decir algo de ello, para aclarar dónde fue Jacinta a beber tanto amor a Jesús, al sufrimiento y a los pecadores, por la salvación de los cuales tanto se santificó.

V. Excía. Rvma. sabe bien que fue ella, quien no pudiendo contener para sí tanta alegría, quebrantó nuestro contrato de no decir nada a nadie. Cuando, aquella misma tarde, embebidos por la sorpresa, permanecíamos pensativos, Jacinta de vez en cuando exclamaba con entusiasmo:

–¡Ay, qué Señora tan bonita!

–Estoy viendo –le dije– que lo vas a decir a alguien.

–No lo diré, no; estate tranquila.

Al día siguiente cuando su hermano corrió darme la noticia de que la noche anterior lo había dicho en casa, ella escuchó la acusación en silencio.

–¿Ves cómo yo sabía que lo ibas a decir? – le dije.

–Yo tenía dentro de mí una cosa que no me dejaba estar callada –respondió con lágrimas en los ojos.

–Bueno, ahora no llores, y en lo sucesivo no digas a nadie nada de lo que esa Señora nos dijo.

–Yo ya lo he dicho.

–¿Qué dijiste?

–Dije que esa Señora prometió que nos llevaría al Cielo.

–¿Y enseguida fuiste a contar eso?

–Perdóname; ya no diré nada a nadie». [7]

Francisco, «como era de la misma forma de pensar sobre la guarda del secreto, añadió con aire triste:

–Yo, cuando mi madre me preguntó si era verdad, tuve que decir que sí, para no mentir». [8]

«Entre tanto, la noticia del acontecimiento se había extendido. Mi madre empezaba a afligirse y quería a toda costa que yo dijera que era mentira lo que había dicho. Un día, antes de salir con el rebaño, quiso obligarme a decir que había mentido, no escatimó para ello, ni el cariño, ni las amenazas, ni la escoba. No consiguiendo obtener otra cosa que mi silencio, o la confirmación de lo que yo había dicho, me mandó abrir el rebaño, diciéndome que pensase bien durante el día que, si nunca había consentido una mentira a sus hijos, mucho menos iba a consentir ahora una de aquella especie; que, por la noche, me obligaría ir a ver a aquellas personas que había engañado para confesar que había mentido y pedir perdón.

Me fui con mis ovejas; mis compañeros en ese día ya me esperaban. Al verme llorar, acudieron a preguntarme la causa. Les contesté lo que me había pasado y añadí:

–Ahora, decidme lo que voy a hacer; mi madre quiere que diga que he mentido. Y ¿cómo voy a decirlo?

Entonces, Francisco le dijo a Jacinta:

–¿Ves? Tú eres quien tiene la culpa. ¿Para qué lo dijiste?

La pobre niña, se puso de rodillas, con las manos juntas pidiéndonos perdón.

–Hice mal –decía llorando– pero nunca diré ya nada a nadie.

Ahora preguntará V. Excia. que quién le enseñó a hacer este acto de humildad. No lo sé. Tal vez el hecho de haber visto a sus hermanos pedir perdón a sus padres la víspera de la comunión; o porque fue a Jacinta, según me parece, a la que la Santísima Virgen comunicó mayor abundancia de gracias y conocimiento de Dios y de las virtudes. Cuando algún tiempo después, el señor Prior nos mandó llamar para interrogarnos, Jacinta bajó la cabeza y con dificultad consiguió su reverencia obtener de ella dos o tres palabras.

Cuando nos marchamos después, le pregunté:

–¿Por qué no querías responder al señor Prior?

–Porque te prometí que no diría nada a nadie». [\[9\]](#)

«Por este tiempo, el Párroco de mi feligresía supo lo que pasaba, y me mandó decir a mi madre que me llevase a casa.

Esta respiró al fin, juzgando que el Párroco iría a tomar la responsabilidad de los acontecimientos. Por eso, me decía:

–Mañana vamos a Misa muy de mañanita. Y luego, vas a casa del Señor Cura. Que él te obligue a confesar la verdad, sea lo que fuere; que te castigue; que haga de ti lo que quiera; con tal que te obligue a confesar que has mentado, yo quedo contenta.

Mis hermanas también tomaron el partido de mi madre; e inventaron un sinnúmero de amenazas para asustarme con la entrevista del Párroco.

Informé a Jacinta y a su hermano de lo que pasaba; los cuales me respondieron:

–Nosotros también vamos. El señor Cura también mandó decir a mi madre que nos llevara; pero mi madre nunca nos dice nada de estas cosas. ¡Paciencia! Si nos castigan, sufriremos por amor de Nuestro Señor y por los pecadores.

Al día siguiente, fui allá, detrás de mi madre, quien por el camino no me dijo palabra. Yo confieso que temblaba, a la espera de lo que había de suceder. Durante la Misa, ofrecí a Dios mis sufrimientos (...). El interrogatorio fue muy minucioso y, casi me atrevería a decir, agobiante. Su Rvcia. me hizo una pequeña advertencia; porque decía:

—No me parece una revelación del Cielo. Cuando se dan estas cosas, de ordinario, el Señor manda a esas almas, a las que se comunica, dar cuenta de lo que pasa a sus confesores o párrocos; ésta, por el contrario, se retrae cuanto puede. Esto también puede ser un engaño del demonio. Vamos a ver. El futuro nos dirá lo que tenemos que pensar.

Lo que esta reflexión me hizo sufrir, sólo el Señor puede saberlo, porque sólo Él puede penetrar en nuestro interior. Comencé, entonces, a dudar si las manifestaciones serían del demonio que procuraba, por ese medio, perderme. Y como había oído decir que el demonio trae siempre la guerra y el desorden, comencé a pensar que, de verdad, desde que veía estas cosas, no había habido ya más alegría ni bienestar en nuestra casa. ¡Qué angustia la que sentía! Manifesté a mis primos mis dudas. Jacinta respondió:

—No es del demonio, ¡no! El demonio dicen que es muy feo y que está debajo de la tierra, en el infierno; ¡y aquella Señora es tan bonita!, y nosotros la vimos subir al Cielo.

Nuestro Señor se sirvió de esto para desvanecer algo mis dudas. Pero en el transcurso de estos meses, perdí el entusiasmo por la práctica de los sacrificios y mortificaciones, y titubeaba si decir que había mentido, así terminar con todo. Jacinta y Francisco me decían:

—¡No hagas eso! ¿No ves que ahora es cuando tú vas a mentir, y mentir es pecado?». [\[10\]](#)

2. Retrato de Jacinta, después de las apariciones

a) Jacinta, reflejo de Dios

«Todavía me falta responder a otra pregunta del Sr. Dr. Galamba:

—¿Qué sentían las personas junto a Jacinta?

Es difícil la respuesta, porque, de ordinario no sé lo que ocurre en el interior de los otros; y por eso no conozco sus sentimientos. Puedo, pues, decir algo de lo que yo misma sentía; y describir alguna manifestación exterior del sentimiento de otras personas.

Lo que yo sentía era lo que de ordinario se siente al lado de una persona santa que en todo parece comunicar a Dios.

Jacinta tenía un porte siempre serio, modesto y amable que parecía reflejar la presencia de Dios en todos sus actos, propio de personas de edad avanzada y de gran virtud. No le vi nunca aquella excesiva ligereza o entusiasmo propio de las niñas por los adornos y los juegos

(Esto, después de las apariciones; ya que antes, era el número uno de capricho y entusiasmo).

No puedo decir que las otras niñas corriesen junto a ella, como lo hacían junto a mí. Y esto tal vez porque ella no sabía cantar tanto y tantas historias para enseñarles y entretenerles; o también, porque la seriedad de su porte era muy superior a su edad. Si en su presencia una niña o también personas mayores, decían alguna cosa o decían alguna acción menos conveniente, las reprendía diciendo:

—No hagáis eso, que ofende a Dios Nuestro Señor, que ya está muy ofendido.

Si alguna persona o niña contestaba llamándola beata o santurróna o cosa semejante, lo que ocurría varias veces, ella las miraba con cierta seriedad, y sin decir palabra, se alejaba. Tal vez fuese éste uno de los motivos por lo que no gozase de más simpatía. Al estar yo cerca de ella, enseguida se juntaban decenas de niñas; y al marcharme pronto se quedaba sola. Sin embargo, cuando yo estaba en su compañía, se abrazaban a ella con cariño inocente; gustaban de cantar y jugar con ella. A veces, me pedían que fuese a buscarla cuando no estaba, y si les decía que ella no quería venir porque ellas eran malas, prometían ser buenas si ella iba:

—Vete a buscarla, y dile que vamos a ser buenas, si viene.

En la enfermedad cuando a veces la iba a visitar, encontraba fuera en la puerta un buen grupo esperándome para entrar a verla. Parecía que un cierto respeto las retenía. Antes de marcharme, alguna vez preguntaba:

—Jacinta, ¿quieres que diga a alguna que se quede contigo para hacerte compañía?

—Pues sí, pero de esas más chicas que yo.

Entonces todas porfiaban diciendo:

—¡Me quedo yo! ¡Me quedo yo!

Después se entretenía con ellas enseñándoles el Padre nuestro, el Avemaría, santiguarse, a cantar. Y, sobre la cama o sentadas en el suelo; o, si estaba levantada, en medio de la casa, jugaban a las piedrecitas, sirviéndose para ello de pequeñas manzanas, de castañas, bellotas dulces, higos secos, etc. con que mi tía las obsequiaba para que hiciesen compañía a su hijita.

Rezaba con ellas el rosario, les aconsejaba que no cometiesen pecados para no ofender a Dios Nuestro Señor y no ir al infierno. Algunas pasaban allí mañanas y tardes casi enteras, parecían sentirse felices junto a ella. Pero después de haberse marchado, no se atrevían a volver con esa misma confianza que parece connatural entre niñas. Unas veces iban a

buscarme para que entrase con ellas, otras esperaban junto a la casa en la calle a que mi tía o la misma Jacinta las llamase y las invitase a entrar. Parecía que ella y su compañía les gustaba, pero se sentían cohibidas por cierta timidez o cierto respeto que las mantenía a cierta distancia.

b) Jacinta, reflejo de Dios

Las personas mayores que también la visitaban, mostraban admiración por su conducta, siempre igual, paciente, sin la mejor queja o exigencia. En la postura en que la madre la dejaba, así permanecía. Si le preguntaban si estaba mejor, respondía:

–Estoy igual,

O:

–Parece que estoy peor. Muchas gracias.

Con un aspecto más bien triste se mantenía en silencio delante del visitante. Las personas se sentaban allí a veces largo rato, al parecer sintiéndose felices. Allí tuvieron lugar minuciosos y fatigosos interrogatorios, y ella, sin mostrar nunca la más mínima impaciencia o aburrimiento, sólo me decía después:

–¡Me dolía tanto la cabeza, de oír a aquella gente! Ahora que no puedo huir para esconderme, ofrezco más sacrificios de éstos a Nuestro Señor.

Las vecinas a veces iban a coser la ropa a su alcoba, y decían:

–Voy a trabajar un poco al pie de Jacinta. No sé qué es lo que ella tiene. Se está a gusto a su lado.

Llevaban a sus hijitos para que con ella se entretuvieran jugando, y las madres quedaban así más libres para coser. A las preguntas que le hacían, respondía con palabras amables, pero breves. Si contaban alguna cosa que no le pareciese buena, cortaba enseguida:

–No digan eso que ofenden a Dios Nuestro Señor.

Si contaban alguna cosa de familia que no fuese buena, les decía:

–No dejen cometer pecados a sus hijos, que pueden ir a parar al infierno.

Si eran personas mayores:

–Díganles que no hagan eso, que ofenden a Dios Nuestro Señor, y después pueden condenarse.

Las personas venidas de lejos que, por curiosidad o devoción, nos visitaban, parecían sentir algo de sobrenatural junto a ella. A veces al venir a mi casa para hablar conmigo, decían:

–Venimos de hablar con Jacinta y Francisco; junto a ellos se siente uno un no sé que sobrenatural.

A veces hasta querían que yo les explicase dónde provenía ese sentimiento. Como no sabía me encogía de hombros y guardaba silencio. No pocas veces oí comentar esto.

Un día llegaron a mi casa dos sacerdotes y un caballero. En cuanto mi madre les abrió la puerta y les mandó sentarse, subí al desván a esconderme. Mi madre, después de haberlos recibido, los dejó solos para llamarme al patio donde acababa de dejarme. Al no encontrarme, pasó cierto tiempo en mi búsqueda. Mientras, los buenos señores iban comentando:

–Vamos a ver lo que nos dice ésta, –decía el caballero–. A mí me impresionó la inocencia y la sinceridad de Jacinta y de su hermanito. Si ésta no los contradice, voy a creer.

–No sé lo que sentí junto a los dos pequeños. Parece que se siente allí algo sobrenatural –agregó uno de los sacerdotes–. A mí me hizo bien al alma hablar con ellos.

Mi madre no me encontró y los buenos señores tuvieron que resignarse a partir sin hablar conmigo. Mi madre les decía:

–A veces se va por allí a jugar con otras muchachas y no hay quien la encuentre.

–Lo sentimos mucho. Pues nos ha encantado mucho hablar con los dos pequeñitos y queríamos también hablar con la suya. Volveremos en otra ocasión.

Un domingo, mis amigas de Moita, María Rosa y Ana Caetano, y María y Ana Brogueira, después de la Misa fueron a pedir permiso a mi madre, que me dejase pasar el día junto a ellas. Obtenido el permiso, me pedían que llevase conmigo a Jacinta y a Francisco. Obtenida la licencia de mi tía, fuimos a Moita.

Después de comer, Jacinta empezó a dar cabezadas con sueño. El señor José Alvas mandó a una de sus sobrinas a que la acostase en la cama. Al poco tiempo se dormía profundamente. Comenzó a reunirse la gente del lugar a pasar la tarde con nosotros; y en el ansia de estar con

ella, fueron a espiar para ver si ya estaba despierta. Quedaron admiradas al verla dormir un sueño tan profundo, con una sonrisa en los labios, con un aire angelical, las manos juntas, elevadas hacia el Cielo. El cuarto se llenó enseguida de curiosos. Todos querían verla. Y con dificultad salían unos para dejar entrar a otros. La mujer del señor José Alves y las sobrinas decían:

–Esto debe ser un ángel.

Y dominadas por un cierto respeto, permanecieron de rodillas junto a su cama, hasta que yo, cerca de las cuatro y media la fue a llamar para irnos a rezar el Rosario a Cova da Iria e irnos después a casa». [\[11\]](#)

Concluyendo

Lucía, respondiendo a un interrogatorio del Dr. Galamba, da la explicación más interesante de lo que significaba para el gente el mensaje de Francisco y de Jacinta:

«Algunas vecinas comentaban un día con mi tía y con mi madre, después de haber estado un buen rato con Francisco en su habitación:

–Es un misterio que no se explica. Son niños como los otros, no nos dicen nada, y junto a ellos se siente un no sé qué de diferente de los demás.

–Parece que se siente al entrar en el cuarto de Francisco, lo que sentimos al entrar en la iglesia, –decía una mujer vecina de mi tía, que se llamaba Romana, y que manifestaba no creer en los hechos.

En ese grupo aún había tres más: una era la mujer de Manuel Faustino; otra, la de José Marto; y otra, la de José Silva.

No es de admirar que las personas experimentasen estos sentimientos, acostumbrados a encontrar en todos solamente la materialidad de la vida caduca y percedera. Ahora, la sola vista de estos niños les eleva el pensamiento: a la Madre del Cielo, con la que se dice tienen relaciones; hacia la eternidad a donde les ven tan dispuestos a partir, tan alegres y felices; hacia Dios al cual dicen que aman más que a sus propios padres, y también hacia el infierno a donde ellos les dicen que irán si continúan pecando. Físicamente, son niños como los otros. Pero si esa buena gente, tan acostumbrada sólo a lo material de la vida, supiese elevar un poco el espíritu, vería sin dificultad que en ellos había algo que los distinguía bastante». [\[12\]](#)

Sor Lucía, con claridad meridiana, testimonió ante el Padre Fuentes, que lo que santificó a los niños fue el aplicarse a sí mismos los contenidos del mensaje de Nuestra Señora de Fátima: «... mis primos Francisco y Jacinta se sacrificaron porque siempre vieron a la Santísima Virgen muy triste... jamás se sonrió con nosotros... por causa de las ofensas a Dios y de los castigos que amenazan a los pecadores... Lo otro que santificó a los niños fue la visión del infierno (...)».[13]

[1] *Audiencia general*, 17 de mayo de 2000.

[2] El padre de Lucía, Antonio dos Santos, y la madre de Francisco y Jacinta, María Rosa, eran hermanos.

[3] Aun hoy puede verse este crucifijo, colgado en la habitación de Lucía, en su casa de Aljustrel.

[4] María de los Ángeles, la mayor de los hermanos (+1986).

[5] *Memoria primera*, 20–25.

[6] *Ibid.*, 26–28.

[7] *Ibid.*, 29.

[8] *Memoria cuarta*, 127.

[9] *Ibid.*, 32–33.

[10] *Memoria segunda*, 69–70.

[11] *Memoria cuarta*, 188–191.

[12] *Ibid.*, 192.

[13] *Panorama Católico*, n 2, mayo de 2000, tomado del libro de Juan Clá Días, *Fátima, Aurora del Tercer Milenio*.

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

XXV. VISITAS DE LA VIRGEN A JACINTA

«EN LA ESCUELA DE NUESTRA SEÑORA»

(Palabras de Juan pablo II)

Del material que les ofrezco ahora, para mí lo más impactante, además del heroísmo de Jacinta, son las últimas visitas que le hizo la Santísima Virgen en su casa y en el Hospital de Lisboa. En una de ellas, como recordó el Santo Padre en la homilía de beatificación, la Virgen le pide si todavía quería quedarse más tiempo a sufrir por los pecadores.

¡Quién nos diera la gracia de que la Santísima Virgen, en la hora de nuestra muerte, nos viniese a buscar, como a Francisco y Jacinta! Al menos, confiamos en su asistencia maternal en la hora de nuestra muerte y por eso rezamos siempre: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora, y **en la hora de nuestra muerte**».

El relato de los últimos días de Jacinta, sus últimos diálogos, sus recomendaciones, sus consejos, además de ser una historia conmovedora, son una lección sin igual para todos. Al leerlo, se comprueba por qué Lucía afirma que «fue a Jacinta, según me parece, a la que la Santísima Virgen comunicó mayor abundancia de gracias y conocimiento de Dios y de las virtudes».[1] También se comprenden muchas de las revelaciones particulares que ella tuvo, como las visiones del Santo Padre y de la Guerra: «Ordinariamente, Dios acompaña sus revelaciones de un conocimiento íntimo y minucioso de lo que ellas significan. Jacinta parecía tener este conocimiento en un grado muy alto».[2]

1. Jacinta, víctima de la peste

«Pasaban así los días de Jacinta, cuando Nuestro Señor le mandó la neumonía que la postró en cama, con su hermano.[3] En las vísperas de la enfermedad decía:

—¡Me duele tanto la cabeza y tengo tanta sed! Pero no quiero beber para sufrir por los pecadores.

Todo el tiempo que me quedaba libre de la escuela y de alguna otra cosa que me mandasen hacer, iba junto a ellos. Un día, cuando pasaba hacia la escuela, me dijo Jacinta:

–Oye, dile a Jesús escondido que le recuerdo mucho y le amo mucho.

Otras veces decía:

–Dile a Jesús que le mando muchos saludos.

Cuando iba primero a su cuarto, me decía:

–Vete a ver a Francisco; yo hago el sacrificio de quedarme aquí sola.

Un día su madre le llevó una taza de leche y le dijo que la tomara.

–No quiero, madre mía –respondió, apartando la taza con las manos.

Mi tía insistió un poco, y después se retiró diciendo:

–No sé cómo hacerle tomar alguna cosa con tan poco apetito. Después que quedamos solas, le pregunté:

–¿Por qué desobedeces a tu madre y no ofreces este sacrificio al Señor?

Dejando caer algunas lágrimas, que tuve la dicha de limpiar, dijo:

–¡Ahora no me acordé!

Llamó a su madre y, pidiéndole perdón, le dijo que tomaría todo cuanto ella quisiera. La madre le trajo la taza de leche y la tomó sin mostrar la más leve repugnancia. Después me dijo:

–¡Si tú supieses cuánto me cuesta tomarla! En otra ocasión me dijo:

–Cada vez me cuesta más trabajo tomar la leche y los caldos; pero lo hago sin decir nada, por amor a Nuestro Señor y al Inmaculado Corazón de María, nuestra Madrecita del Cielo.

–¿Estás mejor?, le pregunté un día.

–Ya sabes que no mejoro. Y añadió: ¡Tengo tantos dolores en el pecho!, pero no digo nada; sufro por los pecadores.

Cuando un día llegué junto a ella me preguntó:

–¿Has hecho hoy muchos sacrificios? Yo he hecho muchos. Mi madre ha salido, y yo quise ir muchas veces a visitar a Francisco y no fui». [4]

«Un día me regalaron una estampa del Corazón de Jesús, bastante bonita para lo que los hombres pueden hacer. Se la llevé a Jacinta:

–¿Quieres esta estampa?

–¡Es tan feo! No se parece nada a Nuestro Señor, que es tan bonito; pero la quiero, ya que siempre es Él.

Y la llevaba siempre consigo. Por la noche y durante la enfermedad, la tenía bajo la almohada, hasta que se rompió. La besaba con frecuencia y decía:

–Lo beso en el Corazón que es lo que más quiero. ¡Quién me diera también un Corazón de María! ¿No tienes ninguno? Me gustaría tener a los dos juntos.

En otra ocasión, le llevé una estampa con un sagrado cáliz y una Hostia. La tomó, la besó; y radiante de alegría, decía:

–Es Jesús escondido. ¡Lo quiero tanto! ¡Quién me diera recibirlo en la iglesia! ¿En el Cielo no se comulga? Si se comulga allí, yo comulgo todos los días. ¡Si el Ángel fuese al hospital a llevarme la Sagrada Comunión! ¡Qué contenta me quedaría!

A veces, cuando volvía de la iglesia y entraba en su casa, me preguntaba:

–¿Comulgaste?

Si le decía que sí:

–Acércate aquí, lo más cerca de mí, que tienes en tu corazón a Jesús escondido.

Otras veces me decía:

–No sé como es: siento a Nuestro Señor dentro de mí. Comprendo lo que me dice; pero no lo veo ni lo oigo; ¡pero es tan bueno estar con Él!». [5]

2. Visitas de Nuestra Señora

«Por entonces, se recuperó un poco; y a veces se levantaba y se sentaba en la cama de su hermano. Un día me mandó llamar, para que fuese junto a ella de prisa. Allí fui corriendo, y me dijo:

–Nuestra Señora ha venido a vernos, y ha dicho que muy pronto vendrá a buscar a Francisco para llevárselo al Cielo. A mí me preguntó si todavía quería convertir más pecadores. Le dije que sí. Y me contestó que iría a un hospital, y que allí sufriría mucho, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María y por amor a Jesús. Le pregunté si tú vendrías conmigo. Dijo que no. Esto es lo que más me cuesta. Dijo que iría mi madre a llevarme y después quedaría allí solita.

Quedó un rato pensativa y añadió:

–¡Si tú fueses conmigo! Lo que más me cuesta es ir sin ti. Tal vez, el hospital es una casa muy oscura donde no se ve nada y yo estaré allí, sufriendo sola. Pero no importa; sufro por amor al Señor, para reparar al Inmaculado Corazón de María, por la conversión de los pecadores y por el Santo Padre.

Cuando llegó el momento de partir para el Cielo su hermanito [\[6\]](#), ella le hizo sus recomendaciones:

–Da muchos saludos míos a Nuestro Señor y Nuestra Señora; y diles que sufriré todo lo que ellos quieran para convertir a los pecadores y para reparar al Inmaculado Corazón de María.

Sufrió mucho con la muerte de su hermano. Quedaba mucho tiempo pensativa y, si se le preguntaba en qué estaba pensando, respondía:

–¡En Francisco! ¿Quién me diera verlo? Los ojos se le llenaban de lágrimas.

Un día le dije:

–A ti ya te queda poco para ir al Cielo, pero ¿yo?

–¡Pobrecita!, no llores; allí he de pedir mucho por ti. Nuestra Señora lo quiere así. Si me escogiese a mí, quedaría contenta, para sufrir más por los pecadores.

3. En el Hospital de Ourém

«Llegó el día de ir al hospital[7], donde de verdad tuvo que sufrir mucho. Cuando su madre fue a visitarla, le preguntó si quería alguna cosa; le dijo que quería verme. Mi tía, a pesar de los muchos sacrificios, me llevó. En cuanto me vio, me abrazó con alegría y pidió a su madre que me dejase con ella y se fuese a hacer algunas compras.

Le pregunté si sufría mucho.

–Sufro, sí, pero lo ofrezco todo por los pecadores y para reparar al Inmaculado Corazón de María.

Después habló entusiasmada de Nuestro Señor y de Nuestra Señora. Y decía:

–¡Me agrada tanto sufrir por su amor, para darles gusto! A ellos les agradan mucho los que sufren por la conversión de los pecadores.

El tiempo dedicado a las visitas pasó rápido; y mi tía había llegado ya para recogerme. Preguntó a Jacinta si quería alguna cosa; sólo le pidió que me volviese a traer en la próxima visita, y mi buena tía, que quería dar gusto a su hija, me volvió a llevar otra vez. La encontré con la misma alegría por poder sufrir por amor a nuestro buen Dios, para reparar el Inmaculado Corazón de María, por los pecadores y por el Santo Padre. Todo esto era su ideal, era de lo que hablaba.

4. Regreso a Aljustrel

«Volvió aún por algún tiempo a casa de sus padres. Tenía una gran herida abierta en el pecho, cuyas curas diarias sufría sin una queja, sin mostrar las menores señales de enfado.

Lo que más le costaba eran las frecuentes visitas e interrogatorios de las personas que la buscaban, de las que ahora no podía esconderse.

–Ofrezco también este sacrificio por los pecadores –decía con resignación. ¡Quién pudiera ir otra vez al Cabezo para poder rezar un rosario en nuestra gruta! Pero ya no soy capaz. Cuando vayas a Cova da Iria, reza por mí. Ciertamente nunca más volveré allí –decía llorando–.

Un día me dijo mi tía:

–Pregunta a Jacinta qué es lo que piensa cuando está tanto tiempo con las manos en la cara, sin moverse; yo ya se lo he preguntado, pero sonrío y no responde.

Le hice la pregunta.

–Pienso en Nuestro Señor, en Nuestra Señora, en los pecadores y en... (nombró algunas cosas del secreto); me agrada mucho pensar.

Mi tía me preguntó por la respuesta de su hijita; con una sonrisa lo tenía todo dicho. Entonces dijo mi tía a mi madre:

–No lo entiendo; la vida de estos niños es un enigma.

Y mi madre añadía:

–Cuando están solas, hablan por los codos, sin que la gente sea capaz de entenderles una palabra, por más que escuchan; y cuando llega alguien, bajan la cabeza y no dicen nada. ¡No puedo comprender este misterio!».

5. Nuevas visitas de la Virgen

«De nuevo la Santísima Virgen visitó a Jacinta para anunciarle nuevas cruces y sacrificios. Me dio la noticia y me dijo:

–Nuestra Señora me ha dicho que voy a ir a Lisboa, a otro hospital, que no volveré a verte, ni a mis padres; que después de sufrir mucho, moriré sola; pero que no tenga miedo: Ella me irá a buscar para llevarme al Cielo.

Y abrazándome, decía llorando:

–Nunca más volveré a verte; tú no irás a visitarme allí. ¡Oye!, reza mucho por mí, que moriré solita.

Hasta que llegó el día de ir a Lisboa sufrió enormemente; se abrazaba a mí y decía llorando:

–Nunca volveré a verte, ni a mi madre, ni a mis hermanos, ni a mi padre. Nunca más os volveré a ver; después he de morir sola!

–No pienses en eso –le dije un día.

–Déjame pensar, porque cuanto más pienso, sufro más. Y yo quiero sufrir por amor a Nuestro

Señor y por los pecadores. Y, además, no me importa; Nuestra Señora me irá a buscar allí para llevarme al Cielo.

A veces, besaba un crucifijo y abrazándolo decía:

—¿Y voy a morir sin recibir a Jesús escondido? ¡Si me lo trajese Nuestra Señora cuando me viniese a buscar!

Una vez le pregunté:

—¿Qué vas a hacer en el Cielo?

—Voy a amar mucho a Jesús, al Inmaculado Corazón de María; pediré mucho por ti, por los pecadores, por el Santo Padre, mis padres y hermanos, y por todas esas personas que me han dicho que pida por ellas.

Cuando la madre se mostraba triste al verla tan enferma, decía:

—No se aflija, madre, voy al Cielo; allí he de pedir mucho por usted.

Otras veces decía:

—No llore, yo estoy bien.

Si le preguntaban si necesitaba alguna cosa, respondía:

—Muchas gracias; no necesito nada.

Y cuando se retiraban, decía:

—Tengo mucha sed, pero no quiero beber; se lo ofrezco a Jesús por los pecadores.

Un día que mi tía me hacía algunas preguntas, me llamó y me dijo:

—No quiero que digas a nadie que sufro mucho; ni a mi madre, porque no quiero que se aflija.

Otro día la encontré abrazando una estampa de Nuestra Señora y diciendo:

—¡Oh Madrecita mía del Cielo!, entonces ¿yo he de morir sola?

La pobre niña parecía asustarse con esta idea. Para animarla, le dije:

–¿Qué te importa morir solita, si Nuestra Señora te viene a buscar?

–Es verdad, no me importa nada; pero no sé cómo será; a veces no recuerdo que ella viene a buscarme; sólo recuerdo que moriré sin que tú estés a mi lado».

6. Partida para Lisboa

«Llegó por fin el día de salir para Lisboa[8]; la despedida partía el corazón. Permaneció mucho tiempo abrazada a mi cuello, y decía llorando.

–Nunca más volveremos a vernos. Reza mucho por mí hasta que yo vaya al Cielo; después, cuando yo esté allí, pediré mucho por ti. No digas nunca el secreto a nadie, aunque te maten. Ama mucho a Jesús y al Inmaculado Corazón de María; y haz muchos sacrificios por los pecadores.

De Lisboa me mandó todavía decir que Nuestra Señora ya la había ido a ver; que le había dicho la hora y el día en que moriría, y me recomendaba que fuese muy buena».[9]

«Me olvidé de decir que Jacinta, cuando fue a los hospitales de Vila Nova de Ourém y de Lisboa, sabía que no iba para sanar sino para sufrir. Mucho antes de que nadie hablase de su ingreso en el hospital de Vila Nova de Ourém me dijo ella un día:

–Nuestra Señora quiere que yo vaya a dos hospitales; pero no es para curarme, es para sufrir más por amor a Nuestro Señor y por los pecadores.

Las palabras exactas de Nuestra Señora, en estas apariciones a ella sola, no las sé, porque nunca las pregunté. Me limitaba a escuchar sólo estas frases sueltas que ella me decía».[10]

7. En Lisboa: últimos diálogos

El relato de sus últimos días y de sus últimos diálogos, lo tomo del libro de William Thomas Wlsh, Nuestra Señora de Fátima:

«Olimpia, la mamá de Jacinta y su hijo Antonio, la llevaron a Chao da Mazas, donde tomaron un tren para Lisboa. Ninguno de ellos había estado antes en la gran ciudad. Allí se había conseguido un lugar para Jacinta en el Asilo de la calle la Estrella, próximo a la iglesia de Nuestra Señora de los Milagros. Doña Purificación Godinho, la directora de la institución, era una monja franciscana que iba de un lado para otro vestida como una seglar –ya que el hábito

religioso estaba prohibido por la República—, recogiendo limosnas, que administraba para albergar, vestir, alimentar y educar de veinte a veinticinco niñas huérfanas. Tenía una devoción especial a Nuestra Señora, y habiéndose enterado de sus apariciones en Fátima, rezaba para poder ir allí y ver a los niños tan favorecidos, cuando alguien le dijo que Jacinta estaba en Lisboa. Desde este momento, su corazón maternal le indujo a cuidar de la niña, aceptándola en su orfelinato, e hizo que sentase todos los días en una ventana soleada que daba al jardín de la Estrella, donde siempre había algo que ver.

Jacinta era feliz. Le gustaba vivir en un convento. Le parecía un sueño celestial el pensar que el Señor escondido en la Eucaristía estaba allí constantemente y podía visitarlo a diario y recibirle en la Misa todas las mañanas. No pudo comprender cómo los visitantes podían reír y hablar en la capilla, y pedía a la Madre Godinho que les recordase que guardasen más respeto por Aquel que estaba allí. Como la advertencia tuviese poco efecto, ella dijo resueltamente:

—En este caso tendrá que saberlo el Cardenal. Nuestra Señora no quiere que la gente hable en la iglesia.

La Madre Godinho pensaba que tenía una santa bajo su techo. “¡Habla con tanta autoridad!”, decía. Observó que Jacinta tenía poco contacto con las otras niñas, excepto de vez en cuando para darles algún consejo maternal sobre veracidad u obediencia. A menudo la monja se sentaba a su lado en la ventana y conversaba con ella. Después escribía algo de las cosas más notables que había dicho.

“Las guerras —decía Jacinta —no son sino castigos por los pecados del mundo”.

“Nuestra Señora no puede sostener por más tiempo el brazo de su amado Hijo sobre el mundo. Es necesario hacer penitencia. Si la gente se reforma, Nuestro Señor salvará el mundo. Pero si no se reforma, Él lo castigará”.

“Nuestro Señor está profundamente indignado con los pecados y crímenes cometidos en Portugal. Por esto amenaza a nuestro país, y principalmente a la ciudad de Lisboa, un terrible cataclismo de orden social. Estallará aquí, por lo que se ve, una guerra civil de carácter anarquista o comunista, acompañada de saqueos, asesinatos, incendios y devastaciones de todo género. La capital será transformada en una verdadera imagen del infierno. En el momento en que la Divina Justicia ultrajada inflija tan terrible castigo, todo el que pueda huirá de esta ciudad. Este castigo ahora predicho se anunciará poco a poco y con la debida discreción”.[\[11\]](#)

“¡Querida Señora Nuestra! ¡Ay! ¡Estoy tan desconsolada por Nuestra Señora! ¡Está tan triste!”

“Rece mucho, mi madrecita, por los pecadores”.

“Pida mucho por los sacerdotes; pida mucho por los religiosos”.

“Los Padres deben ser puros, muy puros”.

“Los Padres sólo deben ocuparse de los asuntos de la Iglesia”.

“La desobediencia de los Padres y de los Religiosos a sus Superiores y al Santo Padre, ofende mucho a Nuestro Señor”.

“Pida mucho por los Gobiernos”.

“¡Ay, de los que persiguen la religión de Nuestro Señor!”.

“Si el Gobierno deja en paz a la Iglesia y da libertad a la santa Fe será bendecido por Dios”.

“Mi madrecita, no guste estar en medio de la riqueza; huya de las riquezas”.

“Sea amiga de la santa pobreza y del silencio”.

“Sienta gran caridad aun por los malos”.

“No hable mal de nadie y huya de quien hable mal”.

“Tenga mucha paciencia, porque la paciencia nos lleva al cielo”.

“La mortificación y los sacrificios agradan mucho a Nuestro Señor”.

“La Confesión es un Sacramento de misericordia. Por esta razón es necesario acercarse al confesionario con confianza y alegría. Sin confesión no hay salvación”.

“La Madre de Dios quiere almas vírgenes, que se ligen a ellas por voto de castidad”.

“Me gustaría entrar en el convento. Pero me gustaría mucho más ir al Cielo”.

“Para ser religiosa es necesario tener un alma y corazón puros”.

Al llegar a este pasaje, la Madre Godinho preguntó:

–“Y ¿tú sabes lo que significa ser pura?”

–Lo sé, lo sé. Ser pura de cuerpo es guardar castidad. Ser pura de alma es no cometer pecados, no mirar a lo que no se debe ver, no robar, no mentir, decir siempre la verdad por mucho que nos cueste”.

“Aquellos que no mantienen las promesas que hacen a Nuestra Señora, no serán nunca felices en sus asuntos. Los médicos no tienen luces para curar al enfermo porque no tienen amor a Dios”.

–“¿Quién te enseñó todas estas cosas? –preguntó la Madre Godinho.

–Fue Nuestra Señora. Pero algunas las pensé yo. Me gusta mucho pensar”.

La madre de Jacinta la visitó más de una vez en el asilo antes de volver a Aljustrel. La Madre Godinho la hacía sentirse como en su casa, y con curiosidad de mujer le sonsacaba la vida y milagros de cada miembro de la familia. Se interesaba particularmente por Teresa, que entonces tenía quince años, y por Florinda, que rayaba en los dieciséis.

–“¿No le agradecería el que tuviesen vocación religiosa? –le preguntó.

–¡Dios me libre!” –exclamó Olimpia.

Jacinta no oyó la conversación. Pero más tarde dijo a la Madre Godinho:

–“Nuestra Señora quiere que mis hermanas sean monjas. Mi madre no quiere que lo sean, pero por esto Nuestra Señora quiere llevarlas al cielo antes de que pase mucho tiempo”.

Otros dichos de Jacinta fueron:

“Han de venir unas modas que han de ofender mucho a Nuestro Señor”.

“Las personas que sirven a Dios no deben andar con la moda”.

“Los pecados del mundo son muy grandes”.

“Si los hombres supiesen lo que es la eternidad harían todo para cambiar de vida”.

“Los hombres se pierden porque no piensan en la muerte de Nuestro Señor ni hacen penitencia”.

“Muchos matrimonios no son buenos, no agradan a Nuestro Señor ni son de Dios”.

“Los pecados que llevan más almas al infierno son los de la carne”».

Sobre esto último, Lucía recuerda: «Ahora me viene a la cabeza una reflexión. Muchas veces me he preguntado si Nuestra Señora, en alguna de las apariciones, nos dijo cuáles son los pecados que ofenden más a Dios. Pues, según he oído, a Jacinta le dijo en Lisboa que eran los de la carne. Tal vez, ahora pienso, que, como era una de las preguntas que a veces me hacía a mí, se le ocurriese preguntársela a Nuestra Señora en Lisboa, y Ella le dijo era ése».

«El día del santo de la Madre Godinho, 2 de febrero de 1920, fiesta de la Purificación de la Virgen María, llevó la madre a Jacinta al Hospital de Dona Stefania. Se trataba de un lugar más bien oscuro y deprimente, y uno de los primeros desengaños de la niña, después de haber sido instalada en la cama 38 de la sala de niños, en el piso bajo, fue que no había capilla ni alojamiento para Jesús Sacramentado. Allí sufrió un largo y cuidadoso reconocimiento por parte del doctor Castro Freire, el cirujano principal, un notable pediatra. Y su conclusión fue que debía someterse a una operación tan pronto como se fortaleciese un poco.

–No servirá de nada –dijo Jacinta–. Nuestra Señora vino a decirme que voy a morir pronto.

Un día, al elevar su vista, vio a su padre en el umbral de la puerta. Había venido de Aljustrel para verla; pero tenía prisa en volver a las pocas horas por encontrarse enfermo alguno de sus otros hijos y necesitar su ayuda. Quizá fue por mediación de él como Jacinta enteró a Lucía que Nuestra Señora la había visitado de nuevo, señalándole el día y la hora de su muerte.

Tuvo Jacinta muchas conversaciones en el hospital con la Madre Godinho, que iba todos los días. Una vez, la madrina mencionó a cierto sacerdote que había pronunciado un maravilloso sermón, y era muy elogiado por las señoras elegantes por su voz de maneras teatrales.

–Cuando menos lo espere Ud., verá que el Padre resulta ser un perverso.

Al cabo de pocos meses el gran predicador abandonó el sacerdocio en circunstancias escandalosas. Ésta fue tan sólo una de las profecías de Jacinta que se vieron confirmadas. Un médico que le rogó rezase por él cuando ella estuviese en el cielo, quedó sorprendido de oírla decir que él y su hija iban a morir poco después que ella; y así fue.

A la Madre Godinho, que quería visitar Cova da Iría, le dijo:

–Usted irá, pero después de mi muerte; y yo también.

Cuando Jacinta fue llevada a la sala de operaciones, el 10 de febrero, estaba tan débil que hubo que recurrir a la anestesia local en vez de aplicarle el cloroformo o el éter. Lloró al ver que la desnudaban y que manos de hombres iban a tocar su cuerpo. El doctor Castro Freire

procedió entonces a quitarle dos de sus costillas del lado izquierdo, dejando una abertura suficientemente grande para contener su puño. El dolor fue terrible.

–*Ai, Nossa Senhora!* –gimió la niña–. *Ai, Nossa Senhora!* –Después murmuró–. Paciencia. Debemos sufrirlo todo para ir al cielo. ¡Es por tu amor, Jesús mío!... Ahora puedes convertir muchos pecadores, porque sufro mucho.

La operación terminó y volvieron a llevar al salón de hospitalizados: esta vez a la cama 60. El doctor Freire y su ayudante dijeron que la operación había sido feliz.

Jacinta lo sabía mejor. Durante seis días continuó con terribles dolores. Después, en la noche del 16 de febrero, dijo a la Madre Godinho que había visto a Nuestro Señora.

–Me dijo que vendría por mí muy pronto y suprimiría mis sufrimientos.

De aquí en adelante no tuvo más dolores. Pero sentía con certeza que la hora de su ida de este mundo estaba próxima. Mandó buscar urgentemente al doctor Lisboa para decirle algún secreto, probablemente relativo a él. El doctor estaba ocupado en aquel momento, y pensó que tendría tiempo para verla más tarde. Pero a las seis de la tarde del viernes 20 de febrero llamó ella a su enfermera Aurora Gómez (“mi pequeña Aurora”), y le dijo que iba a morir y que quería recibir los últimos sacramentos. Dos horas más tarde confesó con el Padre Pereira dos Reis, de la iglesia de los Santos Ángeles, quien prometió traerle la Comunión a la mañana siguiente.

Jacinta ya no estaba allí a la mañana siguiente. A las diez y media de la noche la enfermera la dejó por unos momentos y regresó precisamente a tiempo para verla exhalar su último aliento, con un tinte rosa en sus mejillas y asomo de sonrisa en sus labios. Quizá fuese simbólico el nombre de la enfermera. Era de noche en el hospital, pero en el alma de Jacinta surgió la aurora sempiterna cuando la Madre de Dios se inclinó sobre la cama 60 y la recogió con sus brazos que habían abrazado a Cristo en la infancia y en la muerte.

La noticia cundió rápidamente, y algunos católicos que creían en las apariciones de Fátima recogieron dinero para los gastos del funeral, fijándose el entierro para el sábado 22 de febrero en uno de los cementerios de Lisboa. La Marquesa de Río Mayor amortajó el cuerpo con un vestido blanco de Primera Comunión, al que la Marquesa de Lavradio añadió una capa azul, y de este modo, llevando los colores de Nuestra Señora, fue depositada en un ataúd blanco y llevada a la iglesia de los Santos Ángeles, donde fue colocada de través sobre dos pequeños bancos en la sacristía». [\[12\]](#)

Concluyendo

Para comprender el mensaje de Jacinta y de Francisco, para encontrar la explicación de cómo ha sido posible tan alto grado de santidad a tal edad, debemos comprender lo que el Santo Padre dijo el día de la beatificación, a los niños, muchos de ellos vestidos ese día como pastorcitos:

«Mis últimas palabras son para los niños: queridos niños y niñas, veo que muchos de vosotros estáis vestidos como Francisco y Jacinta. ¡Estáis muy bien! Pero luego, o mañana, dejaréis esos vestidos y... los pastorcitos desaparecerán. ¿No os parece que no deberían desaparecer? La Virgen tiene mucha necesidad de todos vosotros para consolar a Jesús, triste por los pecados que se cometen; tiene necesidad de vuestras oraciones y sacrificios por los pecadores.

Pedid a vuestros padres y educadores que os inscriban a la “escuela” de Nuestra Señora, para que os enseñe a ser como los pastorcitos, que procuraban hacer todo lo que ella les pedía. Os digo que “se avanza más en poco tiempo de sumisión y dependencia de María, que en años enteros de iniciativas personales, apoyándose sólo en sí mismos”.[\[13\]](#)

Fue así como los pastorcitos rápidamente alcanzaron la santidad. Una mujer que acogió a Jacinta en Lisboa, al oír algunos consejos muy buenos y acertados que daba la pequeña, le preguntó quién se los había enseñado: “Fue Nuestra Señora”, le respondió. Jacinta y Francisco, entregándose con total generosidad a la dirección de tan buena Maestra, alcanzaron en poco tiempo las cumbres de la perfección.

“Yo te bendigo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños”.

Yo te bendigo, Padre, por todos tus pequeños, comenzando por la Virgen María, tu humilde sierva, hasta los pastorcitos Francisco y Jacinta».

No lo olvidemos nosotros, que como miembros del Instituto del Verbo Encarnado y de las Servidoras del Señor y de la Virgen de Matará, y de la Tercera Orden, estamos consagrados a esta gran Maestra, en materna esclavitud de amor. Ni lo olvide ningún cristiano.

Una vez más: *Totus tuus!*

[\[1\]](#) *Memoria primera*, 33.

[\[2\]](#) *Memoria segunda*, 115.

[3] Casi toda la familia –menos el padre– cae enferma de la peste, a fines de octubre de 1918.

[4] *Memoria primera*, 42–43.

[5] *Memoria tercera*, 116–117.

[6] Francisco muere santamente, después de confesarse y recibir el Santísimo Viático, el día 4 de abril de 1919.

[7] Se trata del primer hospital donde estuvo internada un mes: el de Vila Nova de Ourém.

[8] Fue para Lisboa el 21 de enero de 1920. Muere el 20 de febrero de 1920, a las diez y media de la noche.

[9] *Memoria primera*, 42–47.

[10] *Memoria segunda*, 101.

[11] Según Walsh, es evidente aquí la dicción de la Madre Godinho, aunque la sustancia de lo dicho, era, sin duda, de Jacinta.

[12] 226–237.

[13] San Luis María Grignion de Montfort, *Tratado sobre la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n. 155.

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

XXVI. LA BEATA JACINTA, VÍCTIMA POR LOS PECADORES

Una página magnífica del magisterio de Juan Pablo II, que en el futuro será ciertamente un punto firme de referencia para el que desee predicar con valentía la verdad católica, es la homilía pronunciada en Fátima, con ocasión de la beatificación de los pastorcitos.

Es también el mejor comentario que he encontrado a la vida de la beata Jacinta, heroica desde todo punto de vista. Vale la pena reproducirlo aquí –para mí el magisterio de Juan Pablo II sobre Fátima me parece el mejor comentario a los pedidos de Nuestra Señora–; e ilustrar uno de los puntos principales de la espiritualidad de Jacinta: la conversión de los pecadores.

Dijo Juan Pablo II, con una fuerza y una entonación particular, como tuve el gusto de apreciar: «Con su solicitud materna, la santísima Virgen vino aquí, a Fátima, a pedir a los hombres que “no ofendieran más a Dios, nuestro Señor, que ya ha sido muy ofendido”. Su dolor de madre la impulsa a hablar; está en juego el destino de sus hijos. Por eso pedía a los pastorcitos: “Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno porque no hay quien se sacrifique y pida por ellas”.

La pequeña Jacinta sintió y vivió como suya esta aflicción de la Virgen, ofreciéndose heroicamente como víctima por los pecadores. Un día –cuando tanto ella como Francisco ya habían contraído la enfermedad que los obligaba a estar en cama– la Virgen María fue a visitarlos a su casa, como cuenta la pequeña: “Nuestra Señora vino a vernos, y dijo que muy pronto volvería a buscar a Francisco para llevarlo al cielo. Y a mí me preguntó si aún quería convertir a más pecadores. Le dije que sí”. Y, al acercarse el momento de la muerte de Francisco, Jacinta le recomienda: “Da muchos saludos de mi parte a Nuestro Señor y a Nuestra Señora, y diles que estoy dispuesta a sufrir todo lo que quieran con tal de convertir a los pecadores”. Jacinta se había quedado tan impresionada con la visión del infierno, durante la aparición del 13 de julio de 1917, que todas las mortificaciones y penitencias le parecían pocas con tal de salvar a los pecadores.

Jacinta bien podía exclamar con san Pablo: *Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia* (Col 1, 24). (...) Expreso mi gratitud también a la beata Jacinta por los sacrificios y oraciones que ofreció por el Santo Padre, a quien había visto en gran sufrimiento.

Yo te bendigo, Padre, porque has revelado estas verdades a los pequeños. La alabanza de Jesús reviste hoy la forma solemne de la beatificación de los pastorcitos Francisco y Jacinta. Con este rito, la Iglesia quiere poner en el candelero estas dos velas que Dios encendió para iluminar a la humanidad en sus horas sombrías e inquietas».

Apoyado en estas enseñanzas del Sucesor de Pedro, deseo ampliar dos puntos:

1º. Jacinta, víctima por los pecadores.

2º. Su oración de intercesión: gracias obtenidas.

1. Jacinta, víctima por los pecadores

Para entender este punto, debemos hacerlo a la luz de las verdades fundamentales de nuestra fe. Lo advierte Mons. Francisco Rendeiro, obispo de Coimbra: «en el mensaje del Fátima, me parece esencial la referencia a Dios ofendido por nuestros pecados, como así también a la necesidad de la oración y de la penitencia para evitar los castigos temporales y eternos provocados por nuestros pecados. En estos elementos esenciales del mensaje, encuentro el signo de la autenticidad del mismo, mucho más que en los milagros, porque estos elementos coinciden con los hechos fundamentales de la revelación divina que se contiene en la Sagrada Escritura y, además, con las grandes líneas de la espiritualidad cristiana. El pecado ha cambiado la rueda de la obra de la Creación y ha motivado el plano de la Redención. El Credo dice que “el Hijo Unigénito de Dios bajó del cielo por nosotros los hombres y por nuestra salvación”. El misterio del pecado, por su aspecto negativo ha determinado el misterio de la Encarnación de Cristo, que “con el sacrificio de la Cruz, nos redimió del pecado original y de todos los pecados personales”.[\[1\]](#)

Cristo nos redime con el precio de su sangre, y nos dejó el Sacramento del Bautismo y de la Penitencia para actualizar en el tiempo y en el espacio, en cada uno de nosotros, la obra de la redención. Es en cada uno de nosotros y en cada momento de nuestra vida que Cristo quita el pecado del mundo; pero lo quita en la medida en que colaboramos con Él, completando en nosotros lo que falta a Su Pasión, haciendo penitencia, cambiando de vida.

En el Mensaje de Fátima el elemento que más impresionó a Jacinta fue la visión de las consecuencias del pecado, la ofensa a Dios y el castigo de los condenados al infierno. (...) Estamos de frente al gran problema de la fe en la eternidad, de la fe en el pecado y en sus castigos. Ciertamente los fenómenos místicos de este género nos aparecen recubiertos de hábitos propios de la época y de la psicología de sus protagonistas. Quiero decir que la visión

del infierno fue ciertamente adaptada a la capacidad de los niños. Pero esto no quiere decir que debamos “desmitificar” este fenómeno hasta reducirlo a proporciones meramente naturales. Al contrario, es necesario tener presente que la doctrina de los castigos eternos en el Evangelio está presentada con un realismo sorprendente. La expresión sensible de las visiones del infierno no exagera para nada esta realidad, es siempre una adaptación a la capacidad humana de entender el misterio.

El Santo Padre Pablo VI en el *Credo del Pueblo de Dios* refiriéndose a la segunda venida de Cristo, nos presenta la perspectiva del Amor y de la Misericordia de Dios como determinantes de la vida eterna; pero no puede no agregar que aquellos que rechazan hasta el final este amor y la Misericordia “irán al fuego que no se extingue jamás”. Hay quien habla solamente del Amor y de la Misericordia, y no quiere admitir el resto. No es Dios quien rechaza dar su Amor y su Misericordia, son los hombres que lo rechazan hasta el final.

Y esto es el misterio que la Señora del Cielo ha mostrado a los pastorcitos adaptándolo a la capacidad de sus inteligencias. Jacinta, delicada y sensible, permanece dolorida y triste por las almas en camino de la perdición. Frecuentemente se sentaba por la tierra o sobre una piedra, y absorta repetía: “¡El infierno!, ¡El infierno! ¡Cuánta pena tengo de las almas que van al infierno!”

Y la niña a la cual la Virgen había prometido llevarla pronto al Cielo, sufría disgustos enormes por las almas que van en camino al infierno, y se preocupaba extraordinariamente por ellos, rezando y sacrificándose por ellos. Esta es la expresión más bella de la caridad cristiana, la participación en la Obra redentora de Cristo». [\[2\]](#)

Como ejemplo de este amor, el mayor, de ofrecerse por los pecadores, transcribo una serie de anécdotas de la vida de Jacinta que hablan por sí solas.

a) Amor a los pecadores

«Jacinta tomó tan a pecho el sacrificio por la conversión de los pecadores que no dejaba pasar ninguna ocasión. Había allí unos niños, hijos de dos familias de Moita, que pedían de puerta en puerta. Los encontramos un día que íbamos con las ovejas. Jacinta, cuando los vio, nos dijo:

—¿Damos nuestra merienda a aquellos pobrecitos por la conversión de los pecadores?

Y corrió a llevársela. Por la tarde me dijo que tenía hambre. Había algunas encinas y robles. Las bellotas estaban todavía bastante verdes, sin embargo, le dije que podíamos comer de ellas. Francisco subió a la encina para llenarse los bolsillos, pero a Jacinta le pareció mejor

comer bellotas amargas de los robles para hacer mejor los sacrificios. Y así, saboreamos aquella tarde aquel delicioso manjar. Jacinta, tomó esto por uno de sus sacrificios habituales; tomaba las bellotas amargas o las aceitunas de los olivos.

Me dijo un día:

–Las como porque son amargas, para convertir a los pecadores.

No fueron solamente éstos nuestros ayunos; acordamos dar a los niños nuestra comida, siempre que los encontráramos y las pobres criaturas, contentas con nuestra generosidad, procuraban encontrarnos esperándonos en el camino. En cuanto los veíamos, corría Jacinta a llevarles nuestra comida de ese día, con tanta satisfacción como si no nos hiciese falta. Nuestro sustento era entonces: piñones, raíces de campánulas (es una florcita amarilla que tiene en la raíz una bolita del tamaño de una aceituna), moras, hongos y unas cosas que tomábamos de las raíces de los pinos, que no recuerdo cómo se llamaban, y también fruta, si es que la había ya en las propiedades de nuestros padres».[3]

b) «Parecía insaciable practicando sacrificios»

«Jacinta parecía insaciable practicando sacrificios. Un día, uno de nuestros vecinos ofreció a mi madre un campo donde apacentar nuestro rebaño; pero estaba bastante lejos y nos encontrábamos en pleno verano. Mi madre aceptó el ofrecimiento hecho con tanta generosidad y nos mandó allá. Como estaba cerca una laguna donde el ganado podía ir a beber, me dijo que era mejor pasar allí la siesta, a la sombra de los árboles. Por el camino encontramos a nuestros queridos pobrecitos, y Jacinta corrió a darles nuestra merienda. El día era hermoso, pero el sol muy ardiente; y en aquel erial lleno de piedras, árido y seco parecía querer abrasarlo todo. La sed se hacía sentir y no había una gota de agua para beber; al principio, ofrecíamos este sacrificio con generosidad, por la conversión de los pecadores; pero pasada la hora del mediodía, no se resistía más.

Propuse a mis compañeros ir a un lugar cercano a pedir un poco de agua. Aceptaron la propuesta y fui a llamar a la puerta de una viejecita, que al darme una jarra con agua me dio también un trocito de pan que acepté agradecida y corrí para repartirlo con mis compañeros. Di la jarra a Francisco y le dije que la bebiese:

–No quiero –respondió.

–¿Por qué?

–Quiero sufrir por la conversión de los pecadores.

–Bebe tú, Jacinta.

–¡También quiero ofrecer este sacrificio por los pecadores!

Derramé entonces el agua de la jarra en una losa, para la bebiesen las ovejas, y después fue a llevarle la jarra a su dueña». [4]

c) «¿No quieres sufrir esto por los pecadores?»

En aquella misma ocasión: «El calor se volvía cada vez más intenso, las cigarras y los grillos unían sus cantos a los de las ranas de una laguna cercana, y formaban un griterío insoportable. Jacinta, debilitada por la flaqueza y por la sed, me dijo con aquella simplicidad que le era natural:

–Diles a los grillos y a las ranas que se callen; ¡me duele tanto la cabeza!

Entonces Francisco le preguntó:

–¿No quieres sufrir esto por los pecadores?

–Sí, quiero; déjalas cantar –respondió la pobre criatura apretando la cabeza entre las manos». [5]

d) Comunión en el sufrimiento

«El buen Párroco continuó mostrándose cada vez más descontento y confuso con relación a los hechos; y, un buen día, dejó la parroquia. Se extendió, entonces, la noticia que su Rvcia. se había ido por mi culpa, por no haber querido asumir la responsabilidad de los hechos. Como era un párroco celoso y querido por el pueblo, no me faltaron, por ello, motivos para sufrir. Algunas piadosas mujeres, cuando me encontraban, desahogaban su disgusto, dirigiéndome insultos, y, a veces, me despedían con un par de bofetadas o puntapiés.

Jacinta y Francisco pocas veces tomaban parte en estos mimos que el Cielo nos enviaba, porque sus padres no consentían que nadie les tocara. Pero sufrían al verme sufrir, y no pocas veces las lágrimas les corrían por la cara al verme afligida y mortificada.

Un día Jacinta me decía:

–Ojalá mis padres fueran como los tuyos, para que esta gente también me pudiera pegar, porque así tendría más sacrificios que ofrecer a Nuestro Señor».

e) «Quiero sufrir por su amor»

«No obstante, ella sabía aprovechar bien las ocasiones de mortificarse. También teníamos por costumbre, de vez en cuando, ofrecer a Dios el sacrificio de pasar un novenario o un mes sin beber. Una vez hicimos este sacrificio en pleno mes de agosto, en el que el calor era sofocante. (...)

Otras veces decía:

–Nuestro Señor debe de estar contento con nuestros sacrificios, porque yo ¡tengo tanta sed!; pero no quiero beber, quiero sufrir por su amor». [6]

f) «¿Le has dicho a Jesús que es por su amor?»

«Desde que Nuestra Señora nos enseñara a ofrecer a Jesús nuestros sacrificios, siempre que pensábamos hacer algunos, o que teníamos que sufrir alguna prueba, Jacinta preguntaba:

–¿Le has dicho a Jesús que es por su amor?

Si le decía que no:

–Entonces lo diré yo. Y, juntando las manos y levantando los ojos al cielo, decía:

–¡Oh Jesús! Es por tu amor y por la conversión de los pecadores». [7]

g) «Hoy aún no hemos hecho ningún sacrificio por los pecadores»

«Otra vez, mi tía nos fue a llamar para que comiésemos unos higos que habrían traído y que, en realidad, abrían el apetito a cualquiera; Jacinta se sentó con nosotros, satisfecha, ante la cesta y tomó uno para empezar a comer, pero de repente, acordándose, dijo:

–¡Es verdad!, hoy aún no hemos hecho ningún sacrificio por los pecadores. Tenemos que

hacer éste.

Puso el higo en la cesta, hizo el ofrecimiento, y nos fuimos dejando allí los higos, para convertir a los pecadores. Jacinta repetía con frecuencia estos sacrificios, pero no me detengo a contar más, porque no acabaría nunca». [8]

h) La cuerda: «Quiero ofrecer este sacrificio a Nuestro Señor en reparación y por la conversión de los pecadores»

«Pasados algunos días, íbamos con las ovejas por un camino, donde encontré un trozo de una cuerda de un carro. La tomé y jugando la até a uno de mis brazos. No tardé en notar que la cuerda me lastimaba; dije entonces a mis primos:

–Oíd: esto hace daño. Podíamos atarla a la cintura y ofrecer a Dios este sacrificio.

Las pobres criaturas aceptaron mi idea, y tratamos enseguida de dividirla para los tres. Las aristas de una piedra, a la que pegábamos con otra, fue nuestra navaja. Fuese por el grosor o aspereza de la cuerda, fuese porque a veces la apretábamos mucho, este instrumento nos hacía, a veces, sufrir horriblemente. Jacinta dejaba, en ocasiones, caer algunas lágrimas debido al daño que le causaba; yo le decía entonces que se la quitase; pero ella me respondía:

–¡No!, quiero ofrecer este sacrificio a Nuestro Señor en reparación y por la conversión de los pecadores». [9]

«Pocos días después de enfermar me entregó la cuerda que usaba, diciendo:

–Guárdamela, que tengo miedo que me la vea mi madre. Si mejoro, la quiero otra vez.

Esta cuerda tenía tres nudos y estaba algo manchada de sangre. La conservé escondida hasta que salí definitivamente de casa de mi madre. Después, no sabiendo qué hacer con ella, la quemé junto con la de su hermanito». [10]

i) Las ortigas: «...para ofrecer a Dios también aquel sacrificio»

«Otro día, jugábamos tomando de las paredes unas hierbas, que producen un estallido cuando se aprietan en las manos. Jacinta, al recoger estas hierbas, tomó sin querer también una ortiga, con la que se produjo una picazón. Al sentir dolor, las apretó más con las manos, y nos

dijo:

–Mirad, mirad, otra cosa con la que nos podemos mortificar.

Desde entonces quedamos con la costumbre de darnos, de vez en cuando, con las ortigas un golpe en las piernas, para ofrecer a Dios también aquel sacrificio». [\[11\]](#)

j) Oraciones y sacrificios en la cueva del Cabezo

Después de las apariciones, «mi tía, cansada de tener que mandar a buscar a sus hijos para satisfacer los deseos de las personas que querían hablar con ellos, mandó que llevara a pastar el rebaño su hijo Juan. [\[12\]](#)

A Jacinta le costó mucho esta orden por dos motivos: porque tenía que hablar con toda la gente que la buscaba y por no poder estar todo el día conmigo. Sin embargo, tuvo que resignarse. Y, para ocultarse de las personas que la buscaban, solía esconderse con su hermano en una cueva formada por unas rocas, situadas en la falda de un monte que había frente a nuestro pueblo; tenía encima un molino de viento. La roca queda en la falda que da al naciente; y está tan bien dispuesta, que nos resguardaba perfectamente de la lluvia y de los rayos calurosos del sol. Además, la ocultaban numerosos olivos y robles. ¡Cuántas oraciones y sacrificios ofreció ella allí a nuestro buen Dios!». [\[13\]](#)

Esta concavidad donde Jacinta y Francisco ofrecían sus sacrificios se llama «Roca do Cabeço»; fue identificada por la Hermana Lucía, en su primera visita a los lugares después de su salida en 1921, el día 20 de mayo de 1946.

k) «Rezar y ofrecer sacrificios para que el Señor lo convierta y así no vaya al infierno»

«Mi madre, cansada de ver como mi hermana perdía el tiempo por ir a buscarme continuamente y a quedarse en mi lugar con el rebaño, determinó venderlo, y, de acuerdo con mi tía, nos mandaron ir a la escuela. A Jacinta le gustaba, durante el recreo, ir a hacer algunas visitas al Santísimo; pero decía:

–Parece que lo adivinan; en cuanto entro en la iglesia, hay mucha gente que quiere hacernos preguntas y a mí me gustaría estar mucho tiempo sola, hablando con Jesús escondido; pero ¡no me dejan!

Era verdad, aquella gente sencilla de la aldea no nos dejaba. Nos referían con sencillez, todas sus necesidades y problemas. Jacinta se entristecía, sobre todo si se trataba de algún pecador; entonces decía:

–Tenemos que rezar y ofrecer sacrificios al Señor para que lo convierta y así no vaya al infierno, pobrecito». [\[14\]](#)

l) Paciencia de Jacinta en la enfermedad

«Por este tiempo, Jacinta y Francisco comenzaron también a empeorar. Jacinta me decía algunas veces:

–¡Siento un dolor tan grande en mi pecho! Pero no digo nada a mi madre; quiero sufrir por Nuestro Señor, en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María, por el Santo Padre y por la conversión de los pecadores.

Cuando un día por la mañana llegué junto a ella, me preguntó:

–¿Cuántos sacrificios ofreciste esta noche a Nuestro Señor?

–Tres: me levanté tres veces para rezar las oraciones del Ángel.

–Pues yo le ofrecía muchos; no sé cuántos fueron, porque tuve muchos dolores y no me quejé». [\[15\]](#)

m) Las uvas o la leche: «Quise ofrecer este sacrificio a Nuestro Señor»

«Jacinta se quedó, pues, allí con su dolencia que poco a poco se fue agravando. Tampoco voy a describirla ahora, porque también lo hice ya. Sólo voy a contar algún que otro acto de virtud que le vi practicar y que me parece que aún no escribí.

Su madre sabía que le repugnaba la leche. Un día le llevó junto con la taza de leche, un hermoso racimo de uvas.

–Jacinta, le dijo, toma; si no puedes tomar la leche, déjala y tómate las uvas.

–No, madre mía; las uvas no las quiero, llévalas; dame más bien la leche, que si la tomo.

Y, sin mostrar mínima repugnancia, la tomó. Mi tía se retiró contenta, pensando que el fastidio

de su hijita iba desapareciendo. Jacinta se volvió después hacia mí y me dijo:

–¡Me apetecían tanto aquellas uvas y me costó tanto tomar la leche! Pero quise ofrecer este sacrificio a Nuestro Señor».

n) «Quise ofrecer a Nuestro Señor el sacrificio de...»

«Otro día, por la mañana, la encontré muy desfigurada y le pregunté si se encontraba peor.

–Esta noche, dijo, tuve muchos dolores, y quise ofrecer a Nuestro Señor el sacrificio de no moverme en la cama; por eso no dormí nada».[\[16\]](#)

ñ) «¿Y Nuestro Señor quedará contento?»

«Otra vez me dijo:

–Cuando estoy sola, dejo la cama para rezar las oraciones del Ángel; pero ahora ya no soy capaz de llegar con la cabeza al suelo, porque me caigo. Rezo sólo de rodillas.

Un día, en que tuve ocasión de hablar con el Sr. Vicario, su Rvcia. me preguntó por Jacinta y su estado de salud. Le dije lo que me parecía de su estado de salud, y después, conté a su Rvcia. lo que ella me había dicho: que ya no era capaz de inclinarse hasta el suelo para rezar. Su Rvcia. me mandó, entonces, decirle que no quería que descendiese más de la cama para rezar; que echada en la cama rezase sólo lo que pudiese, sin cansarse. Le di el recado en la primera ocasión que tuve y ella me preguntó:

–¿Y Nuestro Señor quedará contento?

–Sí, le respondí; Nuestro Señor quiere que se haga lo que el Sr. Vicario manda.

–Entonces está bien, nunca más me volveré a levantar».[\[17\]](#)

2. Su oración de intercesión: gracias obtenidas por Jacinta

Después de conocer los sacrificios que la beata Jacinta hizo por los pecadores, conviene

conocer también los frutos de su oración de intercesión, para convencernos de que la cruz fecunda todo lo que toca. Recuerdo aquí lo que enseña el Catecismo de la Iglesia Católica sobre la oración de intercesión:

«La intercesión es una oración de petición que nos conforma muy de cerca con la oración de Jesús. Él es el único intercesor ante el Padre en favor de todos los hombres, de los pecadores en particular.^[18] Es capaz de *salvar perfectamente a los que por Él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor* (Hb 7,25). El propio Espíritu Santo *intercede por nosotros... y su intercesión a favor de los santos es según Dios* (Rm 8,26–27).

Interceder, pedir un favor a otro, es, desde Abraham, lo propio del corazón conforme a la misericordia de Dios. En el tiempo de la Iglesia, la intercesión cristiana participa de la de Cristo: es la expresión de la comunión de los santos. En la intercesión, el que ora busca, *no su propio interés sino el de los demás* (Flp 2,4), hasta rogar por los que hacen mal (recuérdese a Esteban rogando por sus verdugos, como Jesús^[19])». ^[20]

Toda oración, todo sacrificio bien ofrecido a Dios, es grato a ojos y tiene su fruto. *Si el grano de trigo no muere, no da fruto*. ¡Cuántas almas tal vez deban su salvación a las oraciones y sacrificios que por su conversión hizo Jacinta! Unida a la Pasión de Cristo, su poder de intercesión era muy grande. Valgan como ejemplo, estas anécdotas:

a) Regreso de un hijo pródigo

«Una tía mía, casada en Fátima, de nombre Vitoria, tenía un hijo que era un verdadero hijo pródigo. No sé por qué hacía tiempo que había abandonado la casa de sus padres, sin saberse lo que había sido de él.

Un día mi tía, muy afligida, fue a Aljustrel para que pidiese a Nuestra Señora por aquel hijo suyo. No encontrándome, hizo el encargo a Jacinta. Esta prometió pedir por él. Pasados algunos días el hijo volvió a casa pidiendo perdón a sus padres; y des-pués fue a Aljustrel a contar su desventurada suerte.

Después (contaba él) de haber gastado todo lo que había robado a sus padres, anduvo algún tiempo por allí, hecho un va-gabundo, hasta que no sé por qué motivo le metieron en la cárcel de Torres Novas.

Después de estar allí algún tiempo, consiguió escaparse; y fugitivo, de noche se metió entre montes y pinares desconocidos. Considerándose completamente perdido, entre el miedo de ser agarrado de nuevo y la oscuridad de la noche cerrada y tempestuo-sa, encontró como único recurso la oración. Cayó de rodillas y comenzó a rezar. Pasados algunos minutos, según

afirmaba él, se le apareció Jacinta, lo tomó de la mano y lo condujo a la carretera que va de Alqueidão a Reguengo, haciéndole señal que continuase por allá. Al amanecer se halló camino de Boleiros; reconoció el lugar en que estaba; y conmovido, se dirigió a casa de sus padres.

Ahora bien; él afirmaba que Jacinta se le había aparecido, que la había reconocido perfectamente. Pregunté a Jacinta si era verdad que ella había ido por él. Me respondió que no, que ni sabía dónde estaban esos pinares y montes donde él se había perdido.

—Yo se lo recé y pedí mucho a Nuestra Señora por él, por compasión con la tía Vitoria —fue lo que me respondió.

—¿Cómo fue, entonces?

—No lo sé. Sólo Dios lo sabe». [\[21\]](#)

b) «Tenemos que pedir a Nuestra Señora y ofrecer sacrificios por la conversión de esta mujer»

«Había en nuestro pueblo una mujer que nos insultaba siempre que nos veía. Nos la encontramos cuando salía de la taberna; y la pobre, como no estaba en sí, no se conformó esta vez solamente con insultarnos. Cuando terminó su tarea, Jacinta me dijo:

—Tenemos que pedir a Nuestra Señora y ofrecer sacrificios por la conversión de esta mujer; dice tantos pecados, que, como no se confiese, va a ir al infierno.

Unos días después pasábamos corriendo por delante de la casa de esta mujer. De repente, Jacinta se detiene y, volviéndose atrás, pregunta:

—Oye. ¿Es mañana cuando vamos a ver a esa mujer?

—Entonces, no juguemos más; hacemos este sacrificio por la conversión de los pecadores.

—Y, sin pensar que alguien la podía ver, levanta las manos y los ojos al cielo, y hace el ofrecimiento.

La mujercita estaba espiando por el postigo de casa; después dijo a mi madre que le había impresionado tanto aquella acción de Jacinta, que no necesitaba más prueba para creer en la realidad de los hechos. Desde entonces no sólo dejó de insultarnos, sino que también nos

pedía continuamente que intercediésemos por ella a Nuestra Señora, para que le perdonase sus pecados».[22]

c) «No dejó nunca de rezar por ella...»

«Nos encontró un día una pobre mujer, y, llorando, se puso de rodillas delante de Jacinta, pidiendo que consiguiese de Nuestra Señora ser sanada de una terrible enfermedad. Jacinta, al verla de rodillas, se afligió y le cogió las manos trémulas, para que se levantase. Pero viendo que no lo conseguía, se arrodilló también y rezó con la mujer tres avemarías. Después le pidió que se levantara, que Nuestra Señora había de curarla; y no dejó de rezar nunca por ella, hasta que, pasado algún tiempo, volvió a aparecer para agradecer a Nuestra Señora su curación».[23]

d) «No llore; Nuestra Señora es tan buena, que seguro le concede la gracia que le pide»

«En otra ocasión fue un soldado al que encontramos llorando como un niño; había recibido orden de partir a la guerra y dejaba a su mujer enferma en la cama con tres hijos pequeños. Él pedía, o la salud de la mujer, o bien la anulación de la orden. Jacinta le invitó a rezar con ella el Rosario.

Después le dijo:

–No llore; Nuestra Señora es tan buena, que seguro le concede la gracia que le pide.

Y no se olvidó jamás de su soldado. Al final del rosario, siempre rezaba un avemaría por el soldado. Pasados algunos meses apareció con su esposa y sus tres hijos para agradecer a Nuestra Señora las dos gracias recibidas. A causa de unas fiebres que le habían dado la víspera de la partida, quedó libre del servicio militar; y su esposa, decía él, fue curada milagrosamente por nuestra Señora».[24]

e) Su intercesión por Portugal, por el Santo Padre y por los sacerdotes

«Un día fui a su casa, para estar con ella. La encontré sentada en la cama, muy pensativa.

–Jacinta, ¿en qué estás pensando?

–En la guerra que va a venir. ¡Va a morir tanta gente! Y va casi toda para el infierno. Muchas casas serán arrasadas y matarán a muchos sacerdotes. Oye: yo voy para el Cielo. ¡Y tú, cuando veas, de noche, esa luz que aquella Señora nos dijo que vendría antes, corre para allá también!

–¿No ves que para el Cielo no se puede huir?

–Es verdad. No puedes. Pero no tengas miedo. Yo, en el Cielo he de pedir mucho por ti, por el Santo Padre, por Portugal, para que la guerra no venga para acá, y por todos los sacerdotes.

Exmo. y Rvmo. Señor Obispo: V. Excia. sabe cómo, hace algunos años, Dios manifestó esta señal, y que los astrónomos quisieron designar con el nombre de aurora boreal. No sé. Pero me parece a mí que si lo examinasen bien, verían que no fue ni podría ser, por la forma en que se presentó, tal aurora. Pero sea lo que sea, Dios se sirvió de eso para hacerme comprender que su justicia estaba presta a descargar el golpe sobre las naciones culpables, y por ello, comencé a pedir con insistencia la Comunión reparadora de los Primeros Sábados y la consagración de Rusia. Mi fin era, no sólo conseguir misericordia y perdón para todo el mundo, sino, en especial, para Europa.

Dios en su infinita misericordia, me fue haciendo sentir cómo ese terrible momento se aproximaba, y V. Excia. Rvma. no ignora cómo, en su momento, lo fui indicando. Y aún digo que la oración y la penitencia hecha hasta ahora no ha sido acompañada de la contrición y enmienda. Espero que Jacinta interceda por nosotros en el Cielo».[\[25\]](#)

Portugal, a pesar de los grandes peligros, fue verdaderamente favorecido en la Segunda Guerra Mundial. Sobran en la historia de la Iglesia ejemplos de santos que se han ofrecido así, como Jacinta, como víctimas. Aquí me vienen a la mente, el nombre de Santa Marianita de Jesús, la Azucena de Quito, que se ofreció como víctima por Ecuador, y su sacrificio fue aceptado, y por eso hoy es considerada «heroína nacional».

Concluyendo

Debemos convencernos cada vez más que no trabajamos por cosas efímeras, o pasajeras, sino «por la obra más divina entre las divinas»[\[26\]](#), la salvación eterna de las almas. Por un lado debemos decir con Santa Catalina de Siena y el beato Luis Orione: «Colócame, Señor, en la boca del infierno, para que yo, por tu misericordia lo cierre».[\[27\]](#)

Conociendo el valor del sacrificio, no nos contentemos sólo con rezar por los pecadores sino que hagamos también sacrificios por ellos. Así lo pidió la Virgen:

«Cierta día me preguntaron si Nuestra Señora nos había mandado rezar por los pecadores. Yo respondí que no. Francisco, cuando pudo, mientras interrogaban a Jacinta, me llamó y me dijo:

–Tú ahora mentiste. ¿Cómo es que dijiste que Nuestra Señora no nos mandó rezar por los pecadores?

–Por los pecadores, ¡no! Nos mandó rezar por la paz, para que terminara la guerra. Por los pecadores nos ordenó hacer sacrificios.

–¡Ah!, es verdad. Ya estaba pensando que habías mentido».[28]

Y sin sacrificios y oraciones, en esta misión muchas veces terminamos desanimados, como a Lucía después de las primeras persecuciones y sacrificios, nos anima y exhorta la Virgen:

«Fue en este día el día en que la Santísima Virgen se dignó revelarnos el secreto. Después, para reanimarme mi fervor decaído, nos dijo:

–Sacrificaos por los pecadores, y decir a Jesús muchas veces, especialmente que hagáis un sacrificio: Oh Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María».

El ejemplo y las palabras de Jacinta nos estimulen siempre:

–«Mira, ¿sabes? Nuestro Señor está triste; porque Nuestra Señora nos habló así para que no Le ofendiesen más, que ya está demasiado ofendido, y nadie hace caso; continúan cometiendo los mismos pecados».[29]

¡El amor es más fuerte!

[1] Pablo VI, *Credo del pueblo de Dios*.

[2] *El Mensaje de Jacinta*, Conferencia de Mons. Francisco Rendeiro, O.P., Obispo de Coimbra, 21 de febrero de 1970; en: *La espiritualidad de los pastorcitos de Fátima*, 31.

[3] *Memoria primera*, 30–31.

[4] *Ibid*, 31

[5] *Ibid*, 32.

[6] *Memoria segunda*, 88.

[7] *Memoria primera*, 33.

[8] *Ibid*, 41.

[9] *Memoria segunda*, 77.

[10] *Ibid.*, 96.

[11] *Ibid.*, 77.

[12] Juan Marto, hermano de Francisco y de Jacinta, murió diez días antes de la beatificación de sus hermanos, que esperaba con ansiedad.

[13] *Ibid.*, 37–38.

[14] *Ibid.*, 38–39.

[15] *Ibid.*, 94.

[16] *Ibíd.*, 94.

[17] *Ibid.*, 95.

[18] Cf. Ro 8,34; 1Jn 2,1; 1 Tim 2,5–8.

[19] Cf. Heb 7,60; Lc 23,28.34.

[20] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2634–2635.

[21] *Memoria cuarta*, 176.

[22] *Memoria segunda*, 40.

[23] *Ibid.*

[24] *Ibid.*

[25] *Ibid.*

[26] Pseudo Dionisio, citado por San Alfonso, *Selva de materias predicables*: IX, I.

[27] Apuntes de febrero de 1939, cit.: *En camino con Don Orión*, ed. Provincia, Nuestra Señora de la Guardia, Argentina, t. II, 427.

[28] *Memoria cuarta*, 131.

[29] *Memoria tercera*, 117.

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

XXVII. EL MILAGRO QUE POSIBILITÓ LA BEATIFICACIÓN^[1]

«Los siervos de Dios, Francisco y Jacinta Marto fueron beatificados el 13 de mayo de 2000 en Fátima. En un 13 de mayo de 1989, fueron declarados venerables por un decreto que certifica la heroicidad de sus virtudes: ese día la Santa Iglesia aprobaba su veneración privada. Para su beatificación, es decir, para obtener el permiso –restringido igualmente a algunos lugares– para el culto público, el derecho canónico exige que sea científicamente probado un milagro obtenido por su intercesión.

Después de un minucioso examen de María Emilia Santos, realizado en Roma bajo la dirección de los profesores Machiarelli, Romanini y Santoro, fue reconocida por unanimidad la curación de esta mujer como inexplicable para la medicina, en la reunión del consejo médico en la Congregación para la Causa de los Santos, presidida por el profesor Rafael Cortesini y realizada el 28 de enero de 1999. El caso fue sometido seguidamente a examen de los consultores teológicos, el 7 de mayo de 1999, y después a la opinión de dos cardenales y obispos de esta misma Congregación, en sesión ordinaria el 22 de junio de 1999, en ambos casos con respuesta afirmativa sobre el hecho de saber si se trataba de un milagro divino. Finalmente el decreto para la Congregación para la Causa de los Santos, reconociendo la cura de María Emilia Santos como milagro de Dios obtenido por la intercesión de los dos pastores de Fátima, fue promulgado, por orden del Santo Padre, el 28 de junio de 1999. Este decreto posibilitó la beatificación de los niños que, de este modo, van a convertirse en los beatos más jóvenes en la historia moderna de la Iglesia. Éste título pertenecía a Santo Domingo Savio, que murió poco antes de cumplir los 15 años.

La señora María Emilia Santos, portuguesa de nacimiento, de la ciudad de Leiria, tenía apenas 16 años cuando, en octubre de 1946, fue internada con una dolencia que al principio parecía una gripe con altas fiebres. Después de dos meses de permanencia en el hospital, le comunicaron que debía haber tenido una fiebre reumática. Sin embargo, nunca más se sintió bien y trabajaba con suma dificultad.

Dos años más tarde, un dolor muy fuerte en las piernas le impidió caminar. Estuvo diecisiete meses internada en el hospital de Leiria y de allí fue transferida al sanatorio de Outao, en donde permanecería otros veintiocho meses más. Operada de la columna vertebral y de las rodillas, regresó a su casa sin mejoría alguna. Diez meses más tarde seguía empeorando, no conseguía siquiera arrastrarse y los dolores eran intolerables. Un médico ortopedista aconsejó internarla nuevamente en Coimbra o Lisboa. A esta altura, ella, harta de médicos y de

hospitales, se niega y en ocho días más debe ser internada de urgencia en el Hospital Universitario de Coimbra. Sometida a una nueva operación de la columna vertebral, se agravó más aún el cuadro clínico. Quedó parapléjica. En vista de este fracaso se trasladó al Centro de Alcoitao donde, por medio de ejercicios, consigue recuperar el movimiento de las manos. Le diagnostican que su mal es incurable y regresa a su casa.

A consecuencia de un nuevo síntoma febril nuevamente se interna en el Hospital de Leiria, el 8 de enero de 1978 y allí permanece seis años. Luego es transferida al Hogar de San Francisco. De allí en más nunca consultó a ningún médico ni tomó ningún remedio. Sólo analgésicos para soportar los dolores más intensos. Permanecía recostada sobre un lado, con total insensibilidad de la cintura para abajo. Sólo le era posible mover limitadamente las manos y la cabeza. A pesar de que rezaba y cantaba, también lloraba y era presa del desánimo, y el malhumor muchas veces la llevó a maltratar a quienes la cuidaban.

Un día, en ambulancia y con gran dificultad por los intensísimos dolores que sufría al movérsela, llegó a realizar un retiro para enfermos graves en Fátima. Allí adquirió una gran devoción por los pastorcitos y comenzó a rezarles novenas constantemente. Acababa una novena y dos o tres días después empezaba otra. Esto fue así hasta que el 25 de marzo de 1987, en su cuarto, rezando ya casi el final de una nueva novena, le dijo así: “Jacintita mía, falta ya un solo día para acabar otra novena y aun nada”. De repente, comenzó a sentir un hormigueo en los pies y un calor fuerte que la asustaron. Estando completamente insensible de la cintura para abajo, pensó si no estaría también perdiendo ahora el juicio. Pero el hormigueo y el calor aumentaban y oyó una voz de niña que le decía: “Siéntate, que tú puedes hacerlo”. Pero precisó oír estas palabras una segunda vez y hasta una tercera vez antes de intentarlo, y retirando sus mantas se sentó en la cama.

Pasado el primer momento de consternación, pensó que al día siguiente nadie le creería que se había sentado sola, más aún cuando esa mañana se hartara de gritar por los dolores que le producían cuando la lavaban. Decidió llamar a la enfermera de guardia. Tocó el timbre y llamó, pero no lograba hablar. Por eso cuando llegó al cuarto, que estaba a oscuras, la enfermera le preguntó qué deseaba. Ella intentó pedir varias veces que encendiera la luz. Cuando finalmente el cuarto se iluminó, la enfermera, espantada, comenzó a gritar y corrió a llamar a la directora y a otras personas para que viesan. Todo el lugar quedó en gran excitación.

Después de este acontecimiento pasó a utilizar una silla de ruedas, pero continuó pidiendo a los pastorcitos que la ayudasen a ponerse de pie. Esto aconteció el 20 de febrero de 1989, aniversario de la muerte de Jacinta. La señora María Emilia Santos se levantó de la silla de ruedas, experimentó realizar una flexión de rodillas, no sintió dolor alguno y comenzó a caminar. A más de diez años de este acontecimiento continúa moviéndose sin dificultad y realizando una vida normal».

¡Dios me conceda la gracia de poder participar también, y pronto, de su canonización! Supe en

una muy amable entrevista con el Prefecto de la Congregación para la Causa de los Santos que están estudiando un milagro para la canonización, una curación instantánea, ocurrida el 13 de mayo de este año, horas después de la beatificación y que está en estudio.

¡Tenemos dos tiernos protectores más en el Cielo!

[1] *Panorama Católico*, n 2, Mayo del 2000, 3.

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

Epílogo

El gran regalo de Dios a la humanidad en el siglo XX fueron las apariciones de la Santísima Virgen María en Cova da Iria, Fátima, Portugal, en 1917. Allí con toda sencillez, se presentó como Madre y Maestra, a tres pastorcitos. Como Madre mostrando su inmenso amor por todos los hombres y como Maestra dando grandes lecciones para el siglo XX y los venideros. Podríamos decir que así como las grandes órdenes religiosas fueron suscitadas por Dios para que diesen fuerte y firme testimonio de los valores cristianos de los que la humanidad carecía en las distintas épocas de su historia, así la Virgen se aparece para contrarrestar las carencias más flagrantes de la humanidad en este tiempo. Así en Fátima, se presenta la Madre, amante y fiel, y se presenta el Trono de la Sabiduría, con gran hondura teológica, catequética, pedagógica y profética.

Es Madre y Maestra de la fe, que en un mundo que niega a Dios y a sus misterios, que en un mundo esclavo de la diosa razón que niega a priori lo sobrenatural, da claro testimonio del amor del Padre manifestado en su Hijo, Jesucristo. De manera particular, se muestra como Doctora de las postrimerías del hombre: muerte, juicio, infierno, (purgatorio), y cielo. Todo lo que ha venido rechazando el racionalismo, incluso el infiltrado en las filas católicas, como ser: ángeles, diablos, apariciones, revelaciones, profecías y milagros, se manifestaron en Fátima. En especial, las apariciones de Ella y el gran milagro del sol danzando. En un tiempo caracterizado por la reaparición de la hidra de mil cabezas de la gnosis rediviva, Ella muestra, sencillamente, toda la grandeza de la verdad católica. Frente a la brutal eclosión de paganismo, como puede verse, por ejemplo, en la siguiente noticia: «La Federación de Paganos del Reino Unido, conocidos por sus siglas en inglés UKPF, anunció que ha nombrado a un nuevo funcionario juvenil para atender a las miles de llamadas de jóvenes que han leído la secuencia de libros de Harry Potter, y **desean averiguar más sobre magia y hechicería**, dos temas centrales en los “best–sellers” de la escritora Joan Rowlin. Según la UKPF, los shows televisivos como “Sabrina, la Bruja Adolescente” y “Buffy, la Caza–Vampiros”, pero especialmente los libros de Harry Potter, han desatado una corriente de interés por el paganismo entre los jóvenes. Según Andy Norfolk, vocero de la UKPF, “para responder al creciente número llamadas de jóvenes interesados, hemos nombrado a un funcionario juvenil, no para promover el paganismo, porque eso iría contra la ética pagana, sino para responder simplemente a las preguntas y ofrecer consejo e información”. Norfolk reveló que la mayoría de llamadas provienen fundamentalmente de jóvenes mujeres, aunque el nombre de varones también es significativa, y señaló que “los padres no deberían alarmarse por el interés de sus hijos en el paganismo y la magia, ya que el paganismo está reconocido como una religión. El interés de los jóvenes en la brujería es también porque quieren resolver sus problemas de una **manera rápida y sencilla**, mediante sortilegios como los de (Harry) Potter”, agregó el vocero;

quien informó también que “nosotros no aceptamos a miembros menores de 18 años”. Según Norfolk, mediante la magia y la hechicería promovida por Potter, “los jóvenes descubrirán que el paganismo es una religión espiritual basada en la naturaleza, de la que los padres no deberían preocuparse”. Sin embargo, John Buckeridge, editor de la revista para jóvenes cristianos “Youthwork”, “no hay duda de que las historias de Potter alientan la fascinación por lo oculto, con la **consecuencia inadvertida de daño psicológico y espiritual**”. “El número creciente de libros y shows televisivos como Harry Potter y Sabrina, la Bruja Adolescente, alientan un interés en la magia como un entretenimiento inocuo”, dijo Buckeridge, “sin embargo, para mucha gente joven, podría definitivamente alentar una fascinación que lleva a juegos peligrosos con poderes ocultos, de tal manera que lo que comienza como inocentes cuentos de terror pueden conducir a un grave daño psicológico y espiritual”, concluyó»^[1], frente a esta mezcla de brujería, hechicería, ocultismo y magia, de esbirros de la New Age, María de Fátima se alza como un baluarte inexpugnable.

Es Madre y Maestra de vida cristiana, que en un mundo dominado por el consumismo, el permisivismo y el hedonismo, enseña el valor insustituible de la oración, de la penitencia y el sacrificio, de la reparación y la expiación. Así, ya el Ángel en la segunda aparición enseñó a los pastorcitos: “...de todo lo que podáis, ofreced un sacrificio...”. Ella no les prohibió el uso del cilicio, sólo les dijo que no lo usasen cuando dormían. ¡Cuántas veces repitió que había que rezar el Santo Rosario diariamente! ¡Cómo insistió en la frecuencia de la Eucaristía! ¡Cómo al enseñarles la importancia de la eternidad los niños aprendieron lo efímero y caduco de todo lo terreno! ¡La Maestra de la vida le hizo frente a la cultura de la muerte y del pecado!

Madre y Maestra de la historia de la humanidad, les anunció las atroces persecuciones que sufriría la Iglesia y el Papa, con una cantidad innumerable de mártires de todas las edades y en todos los continentes. El papel que desempeñarían las ideologías materialistas de todos los signos y en todas las variantes, de estos tiempos, que magníficamente, con dedo acusador, señala nuestro querido amigo el Dr. Enrique Díaz Araujo: «Todavía, durante los años de la denominada Guerra Fría, frente a la maldad intrínseca del comunismo soviético con su materialismo dialéctico, el hedonismo materialista craso de los yanquis quedaba un tanto disimulado. Pero luego de 1990, con USA ocupando todo el escenario mundial, ha quedado al desnudo el panorama miserable de la llamada cultura de drogas, sexos y *rock and roll*.

(...) Entonces tenemos este materialismo grosero, avariento, codicioso, inhumano y prepotente, que luego del comunismo da con la fórmula socialdemócrata: las cosas para el capitalismo, las personas para el socialismo. Ése es un hermoso invento, lo más logrado de los logros yanquis. Como es sabido, en 1951, en Frankfurt, Alemania Federal, los norteamericanos procedieron a fundar la socialdemocracia, cuya ideología sería la de la Escuela de Frankfurt, la de la Modernidad entendida como una secularización absoluta. Apartándose del antiguo socialismo marxista, este artefacto novedoso se aplicaba más al terreno social o cultural que al económico, porque en este último se apegaba a las recetas del mercado liberal, con leves retoques distribucionistas. Hasta la caída del Muro de Berlín la socialdemocracia se mantuvo en sus límites estratégicos, para los cuales fuera creada: la de

combatir al sovietismo desde la izquierda. Pero, a partir de 1989, se produce un cambio muy cualitativo en ese movimiento. Se convirtió, como dice Ricardo de la Cierva, en: “la Casa Común de la Izquierda que alberga por igual a socialistas y comunistas o excomunistas del mundo”, en estrecha dependencia de las ONG del Partido Demócrata de los EE.UU., y vuelca todo su aparato logístico al tema de los Derechos Humanos, que pudieran haber sido violados fuera de Europa Occidental o los Estados Unidos. Así, con el corazón a la izquierda y la cartera a la derecha, la socialdemocracia llena todo el escenario político cultural. Y esa tarea la hace hasta la saciedad, mediante el uso compulsivo de la TV».[2] María de Fátima y sus privilegiados alumnos, los tres pastorcitos de Cova da Iria, nos enseñan que todo eso pasará como papel picado de Carnaval, porque, finalmente, el fin último de la historia del hombre sobre la tierra es Jesucristo y que la oración unida al sacrificio tiene más fuerza que los tanques, los submarinos atómicos, los portaviones, las bombas nucleares... que no son más que invenciones del hombre.

Luego de la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María realizado por el Papa junto con todos los Obispos del mundo, vimos, de un momento para otro, caer por implosión, como un castillo de talco, al otrora intocable imperio soviético. Es que siempre se ha de cumplir la profecía de la Virgen: «**Al fin mi Inmaculado Corazón triunfará**».

¡Que los niños beatos, Francisco y Jacinta, nos alcancen desde el cielo la gracia de amar, cada vez más y mejor, a nuestra Madre del cielo, para amar, cada vez más y mejor, al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo!

[1] Aci Prensa, Roma, 9 de agosto de 2000.

[2] *Gladius*, artículo “*Gladius frente a la contracultura*”, n 46, 216–217.

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.

[Página Principal](#)

[Padre Carlos M. Buela](#)

[Indice](#)

Imprimatur.

16 de agosto de 2000

+ Mons. Hugolino Cerasuolo Stacey, OFM.

Obispo de Loja – Ecuador

Primera edición en esta colección: agosto, 2000

[\[Volver Atrás\]](#)

Copyright © EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO- Todos los derechos reservados.